

Alfonso Armas Ayala

Palabras y Líneas

*Introducción de
Yolanda Arencibia*

*Las Palmas de Gran Canaria
1991*



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE C. CANARIA
N.º Documento 105402
N.º Copia 10543

Alfonso Armas Ayala

Palabras y Líneas

*Introducción de
Yolanda Arencibia*

*Las Palmas de Gran Canaria
1991*

Composición e impresión:
GRAFICAS JUMA, S.L.
Pino Apolinario, 8
Las Palmas de Gran Canaria

I.S.B.N.: 84 - 87832 - 01 - 6
D.L.: G.C. 303 - 91

Indice

<i>Introducción</i>	5
---------------------------	---

I. Palabras

Gordillo, orador y político.	13
La inquietud del Vizconde.	25
El milagro de San Roque.	33
De Juan Rejón al Sargento Antúnez.	39
Carta apócrifa a Don José Viera y Clavijo.	51
Ayer y hoy.	53
El ojo que camina.	61
Cuadros y marcos.	63
Madroños y palmeras.	65
Viajar y ver.	69
Teresa de Jesús, mística y humana.	77
La Ilustración en Canarias.	89
Estampas del XVIII insular.	101
La grande y la menuda historia.	107
Cultura y Educación.	115
Los Viajeros.	121
Flor de Almendro.	123
Agua y Castaños.	127
Vecinos de "Las Tiraxanas".	133
La mantilla.	137
El profesor.	139
Postales Amarillentas.	141
Enseñar y modelar.	143
Leyendas Canarias.	145
Viñas y Haciendas.	157

II. Líneas

El Doncel.	165
Evocación.	167
Boceto.	169

El Barco.	171
Historia y Vida.	173
Fotografías.	175
Memorias y Recuerdos.	177
Corrales y Teatros.	181
Epístola.	185
Patos y Cisnes.	189
Tontómanos.	191
El Congresista.	193
Derroteros de la novela.	195
Carta desde Salbago.	199
Islas sin fortuna.	203
Tres medallones.	205
J. Manuel Trujillo.	211
Lectura en alta voz.	215
Evocación de un poeta.	217
Dos insatisfechos: Clavijo - Goethe.	219
Siluetas de Galdós.	221
Sófocles, autor moderno.	225
Don Leandro Fernández Moratín.	227
El Doctoral.	229
Evocación de Blas Cabrera Felipe.	235
El Marqués de Santillana.	237
La Gruta del humor (Quevedo).	241
Nicolás Estévez.	245
"Don Alonso", Cronista.	247
Contrarreseña.	251
El Cuento Literario en Canarias.	253
Albores Románticos.	271
El espejo de la novela.	275
Sin pasión y con rigor.	277
Máscaras y contornos.	281
Elogio de la crítica.	285
Un cónsul en Canarias.	287
Pedro Lezcano, poeta en la amistad.	297

Introducción

El nombre de Alfonso Armas Ayala (en nuestras islas y aun fuera de ellas) suscita inmediatamente la imagen de un experimentado difusor de cultura.

Nada es gratuito; nada ocurre por puro azar: esa imagen la ha ido cincelandando el propio Alfonso Armas en una labor sin tregua durante más de treinta años –día a día, texto a texto– llenando con su voz y con su presencia muy distintas y muy variadas tribunas.

Muchos otros le han acompañado y le acompañan en tan importante cometido; pero el caso de Alfonso Armas tiene tintes peculiares que vamos enseguida a analizar.

La difusión de la cultura es tarea que puede realizarse desde atalayas muy diferentes, desde actitudes muy determinadas y desde contextos muy específicos; todos ellos igualmente dignos y válidos. A algunos les será fácil, desde una tribuna universitaria, erigirse en maestro riguroso o en estudioso especializado que disecciona y muestra. Otros tendrán su campo en las columnas de un periódico y dirigirán a un público interesado sus reseñas, sus comentarios culturales o sus incursiones divulgadoras al hilo de la actualidad o de la oportunidad. Otros tendrán su campo en la enseñanza directa de las aulas del Instituto o de la escuela. Otros realizarán calladas tareas de organización o gestión para facilitar productos culturales a públicos diversos. Otros asumirán la misión de poner la nota erudita o cultivada en las fiestas populares y en las conmemoraciones ciudadanas o campesinas, entre voladores y cajas de turrón... Alfonso Armas ha sido capaz de llenar, en el mismo espacio de tiempo, todas esas tribunas: desde la conferencia erudita al aula escolar, desde las páginas de la prensa al ensayo de revista especializada, desde la organización de un suceso artístico a la presentación del mismo en su medio propio, desde el comentario intencionado al hilo de un texto o de una situación al pregón de la fiesta popular sencilla e ingenua. Ha sido la voz cultivada reconocida por eruditos exigentes y por estudiosos y también la voz espontánea escuchada atentamente por curiosos de mayor o menor pericia dispuestos a dejarse cautivar por el verbo entusiasta que realiza el milagro de ampliar los horizontes de su mundo cotidiano. En resumen, Alfonso Armas ha sabido protagonizar, en armonía y siempre con éxito, el papel de profesional voluntarioso dispuesto a despertar curiosidades y a afinar

facultades intelectuales dormidas y el de “vocero” empeñado en la tarea de acercar mensajes culturales concretos a un público muy amplio y muy diverso.

Y ello ha podido ocurrir así porque de cada una de sus intervenciones Alfonso ha sabido hacer una obra artística inteligente y eficaz.

¿Y qué hace de un texto determinado “una obra artística inteligente y eficaz”? Respondiendo de manera clara y simple: la mezcla sabia de fondo y forma o, si se prefiere, de contenido y expresión. Dicho de modo más explícito y desde la perspectiva de la eficacia: la conjunción armonizada de dos componentes básicos: la validez, la claridad y la oportunidad del mensaje y la disposición del mismo en un lenguaje adecuado, atractivo y sugerente.

Tampoco se logra una “obra artística” por casualidad. Efectivamente, no por casualidad ha logrado las suyas Alfonso Armas. Los contenidos de nuestro autor vienen refrendados por su sólida formación humanística adquirida en un profundo conocimiento de los clásicos, en una intensa vocación histórica, y en años y años de profundas lecturas literarias y filosóficas: tal formación, unida a una curiosidad intelectual muy amplia, le han hecho poseedor de una vasta cultura que valida para él la reflexión del Antonio Machado teorizador que asoma en las prosas últimas: “la cultura es intensidad, concentración, labor heroica y callada, recogimiento; antes, mucho antes, que extensión y propaganda”.

El dominio de la forma tampoco se improvisa: a la literatura –“elemento irrecusable y primordial para la formación humanística” en opinión autorizada de Tierno Galván– debe Alfonso Armas un singular dominio del lenguaje que va a permitirle jugar de manera diestra con los distintos registros lingüísticos para amoldarse a la índole del mensaje y su destinatario, estableciendo las oportunas diferencias de grado o complejidad; así –sin menoscabo de la literariedad, la brillantez y el atractivo– el texto resultará solemne o sencillo, serio o desenfadado, e, incluso, podrá incluir oportunos coquialismos junto a la expresión especializada o docta. Porque Alfonso Armas sabe –tal vez lo ha bebido en el maestro Dámaso Alonso– que el lenguaje es nuestra primera ventana, el puente por donde nuestro interior y nuestras reacciones frente al exterior tienen el acceso al mundo interior de los demás y sabe también que toda obra artística logra ser aceptada como tal (y a él le interesa mucho la comprensión, recepción y aceptación de su mensaje) cuando su autor, deliberada o inconscientemente, ha tenido en cuenta el carácter, los gustos, las aptencias y la formación de sus posibles receptores.

En el caso concreto de los textos orales, tan abundantes en su repertorio, Alfonso Armas añade a la conjunción artística de fondo y forma un aditamento personal de definitiva eficacia ante el público: su excepcional condición de orador, sedimentada en cualidades innatas (voz, presencia, acento) pero que él sabe acentuar, no sé si conscientemente, con las lecciones bebidas en los viejos preceptistas clásicos de la antigua retórica; de este modo, sin desatender la invención, la disposición, ni la elocución, sabe que es cualidad básica del orador la actuación, ese atractivo que presta al discurso una presencia rotunda, una voz modulada, un gesto oportuno, unas pausas inteligentemente distribuidas.

***Palabras y Líneas** recoge, agavillados en forma de libro, muchos de los textos que Alfonso Armas ha ido desgranando durante todos estos años de tarea cultural. Se presentan estructurados bajo las dos unidades que su título indica: los concebidos en su origen para la presentación oral y los destinados a su publicación impresa.*

En la realidad de los textos, y salvo diferencias de intensidad –cualitativa y cuantitativa– las dos secciones del libro podrían considerarse de manera unitaria porque una misma intención docente las sustenta y un mismo estilo literario las conforma.

La observación, más interesada que rigurosa, de las páginas de nuestro libro nos puede aportar interesantes datos sobre la realidad de los distintos textos.

Los pregones son, generalmente, divagaciones personales o ejercicios de evocación cuyo “gancho” docente se apoya en directas pinceladas de referencia local –literaria, histórica, costumbrista o de un paisajismo interno trascendido a través de la cultura– envueltas en sugerente forma literaria: continente y contenido lograrán, sin duda, atraer la atención del público que despierta al redescubrimiento de su entorno desde una inusual perspectiva (Véase, entre otros, “Pregón de Firgas”, “Madroños y palmeras” o “Flor de almendro”). Las presentaciones son apuntes muy impresionistas y subjetivos, siempre con apoyo directo en el marco ocasional que las motiva (Véase, por ejemplo, “Cuadros y marcos”). Las conferencias son meditaciones en voz alta al hilo del tema central o propuesta de nuevas perspectivas que confieren al texto la condición de ensayos breves (“La Ilustración en Canarias” puede servir de ejemplo); en alguna ocasión, se trata de atinadas recreaciones eruditas al hilo de documentos de autoridades (Véase “Santa Teresa”, basada en los textos de Azorín, de Maldonado y de A. Castro). Cuando el centro del texto es la enseñanza o la docencia, la voz del conferenciante adquiere tonos de

reflexión preocupada que buscan apoyo y receptividad en el oyente (Véase "Sobre cultura y educación").

La mayor parte de los textos destinados a ser impresos son incursiones divulgadoras de muy variada cualificación o reflexiones personales sobre muy diversos temas cuya apoyatura crítica consigue llegar a convertirlos en inteligentes ejercicios ilustrados, alejándolos del peligro de un posible impresionismo. En ocasiones, los textos adquieren tonos de breves ensayos basados en el rigor del estudio específico y de la comprobación de los documentos ("El cuento literario en Canarias", "Graciliano Afonso" ...) Con más frecuencia son apuntes atractivos y sugerentes desarrollados en técnica "puntillista" (valga la comparación con el estilo pictórico) realizados a partir de leves pinceladas aparentemente aisladas que van dibujando, en su conjunto, un texto unitario y coherente (Véase "El espejo de la novela"). Con frecuencia, el puntillismo estilístico se alía con el atractivo de un planteamiento sorpresivo del tema que avanza hacia el centro del mismo desde un inesperado ángulo tangencial ("Derroteros de la novela", podría servir de ejemplo). La voz preocupada del mensajero docente se evidencia cuando, al hilo de un tema de actualidad, se quiere extraer una lección de contenido práctico: ocurre así en "Lectura en alta voz", en donde se reclama la oportuna presencia de las voces de intelectuales y artistas para romper fronteras entre las islas; o en "Sin pasión y con rigor" cuando se quiere llamar la atención sobre el peligro de aceptar tópicos sin base. A veces —y no es lo más usual— la pluma de Alfonso Armas se afila en la ironía o en el sarcasmo, para adquirir tonos duros de denuncia explícita o alegorizada (Véase "Tontomanía" y "Patos y cisnes").

*Por último, unas notas breves sobre el envolvente estilístico de estos textos. Es curioso comprobar cómo el estilo de Alfonso Armas se concibe y se explicita siempre desde la oralidad, cualquiera que sea el medio de difusión que van a seguir sus textos. Ya aludimos a esta particularidad en otra ocasión. En la realidad final de sus textos escritos (en los destinados a la difusión oral sería más normal) los signos de puntuación —especialmente el punto y seguido, y sus parientes cercanos el punto y coma y los puntos suspensivos— reflejan fielmente las modulaciones del tono "alfonsino". Apoyándolos, se suceden en la disposición textual recursos varios que se sirven de malabarismos léxicos y apuran dominios personales de la sintaxis (una especial **conjuración de las palabras**, diríamos, en homenaje al maestro Galdós y "manipulando" —con perdón— su título) para jugar con el lenguaje y para imitar a su través la entonación oral y sus dimensiones. Así en las "entretenidas" reiteraciones de palabras o de frases; en los distintos*

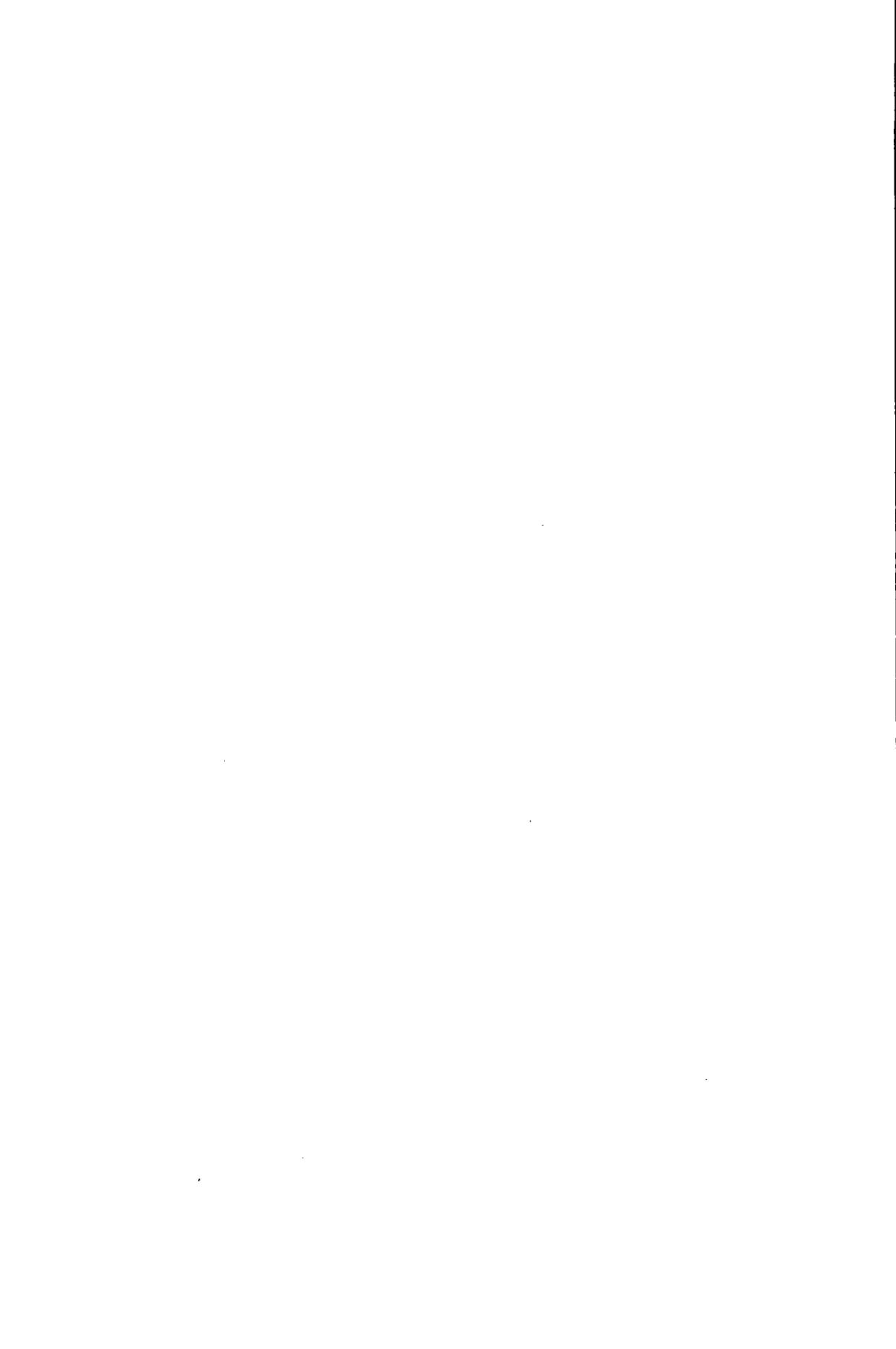
disfraces de los conceptos, más para llamar la atención del público que con intencionalidad intensificadora; en los mensajes desarrollados mediante más de un periodo gramatical de estructura paralela o sinonímica hábilmente enlazados, bien para recalcarlos o afianzarlos, bien para enredar sugestivamente al lector en el malabarismo dispositivo de las distintas cláusulas que, en disposición individualizada pero concatenada, resultan amplificaciones que duplican, triplican y hasta cuadriplican la idea expuesta. El resultado final es que, en la lectura de los textos de Alfonso Armas, se oye el eco profundo de su voz, se percibe la particular modulación de su frase, siempre despaciosa y solemnizada, y hasta se contempla el rotundo dibujo de su gesto. Porque Alfonso Armas es, por encima de cualquier otra consideración, presencia y palabra.

*En **Palabras y Líneas** queda, pues, trazado el retrato literario de Alfonso Armas. La imagen es incompleta y parcial; pero muy característica. En ella queda destacado su perfil de humanista cuya vida profesional y personal se ha desarrollado enmarcada en la preocupación intelectual y cuya dedicación a aquellos quehaceres de política cultural, múltiples y variados, que nuestro particular contexto le demandaba, ha sido generosa y completa. **Palabras y Líneas** va a permitir rescatar para la memoria futura muchos de sus discursos y de sus escritos. Podrá, también, llegar a ser materia propicia para una futura reconstrucción de la realidad actual de nuestros intelectuales en sus contextos.*

Yolanda Arencibia



Palabras



Gordillo, orador y político

Voy a intentar presentar ante ustedes un ensayo —nunca mejor empleada la palabra—, ensayo biográfico, de D. Pedro J. Gordillo, diputado canario en las Cortes de 1.812, coautor de la Constitución, conspicuo insular que merece una atención mucho mayor que la dedicada por este intento mio, harto incompleto.(1)

Yo me atrevería a decir que es éste un esbozo biográfico de Gordillo; especialmente del Gordillo más conocido de todos, el que coincide con los sucesos más revolucionarios de nuestra Patria: la Guerra napoleónica, el regreso del Rey Fernando a España y el nacimiento vivo y candente de las dos Españas entre asonadas, motines y algaradas. Con un fondo de voces, como en un coro clásico: el de los retóricos, buscadores de fama, de renombre o de originalidad. Porque no podemos olvidar que, al igual que en nuestros días presenciamos, entre indulgentes sonrisas, el paso de jóvenes barbilampiños y despeinados como supuestos representantes de ismos más o menos trasnochados, así también, en las primeras décadas del siglo XIX, cuando alboreaba la matinada romántica, la juventud de entonces, deseosa de originalidad, buscaba no sólo en el vestido, sino también en el discurso, en la perorata o en la simple Literatura política, un trampolín para satisfacer sus aspiraciones. Larra, Mesonero Romanos y tantos otros han escrito páginas inolvidables sobre este particular; y nuestro Galdós, en más de uno de sus Episodios, con su prosa maestra, nos ha dejado cuadros inolvidables, por lo vivos y por lo expresivos.

España cruzada de punta a punta por parrafadas retóricas, por gestos descompuestos, por tremolantes oradores. La oratoria, ya la política, ya la civil, ya la religiosa es el trasfondo que muchas veces se escapa a la sagacidad de los historiadores; y es ella, la oratoria, la hoy menospreciada oratoria, la que jugó papeles más decisivos en el discurrir histórico de nuestra Patria. Ya que, en definitiva, España no hacía otra cosa sino participar de un fenómeno general; el predominio de la palabra hablada sobre la escrita. Hasta los generales, jinetes procelosos, tenían siempre a flor de labio una arenga para excitar a sus mesnadas... y para solaz de los futuros lectores de sus hazañas.

Don Pedro José Gordillo, nacido en 1.773, en Guía, y muerto en La Habana en 1.844, participó de este clima imperante; y así su vida estuvo entretrejida de discursos, de discusiones y de iracundia. Porque en Gordillo, la ecuanimidad se llamaba pasión; y a la razón, la gran diosa del siglo, nuestro cura la vistió con la túnica de la Libertad. Pasión y Libertad condicionaron los 71 años de su vida.

Desde que Gordillo ingresó en el Seminario Conciliar hasta que salió de él para regentar la parroquia de la Antigua en Fuerteventura, en 1.800, tuvo tiempo de sobra para empaparse de libros, de ideas y de enseñanzas que le resultarían provechosas con el correr de los años. Toda la formación cultural de Gordillo se debió a

las aulas conciliares, ya que éstas, al igual que las universitarias, fueron, como ha dicho M. Pelayo, las forjadoras de diputados, catedráticos, generales, ministros y conspiradores: la historia decimonónica española no se comprendería bien si se desechara o se ignorara cuál fue la vida de los centros de Enseñanza Superior entonces más en prianza: Seminarios y Universidades, aquéllos mucho más nutridos de alumnos que éstas últimas.

El Seminario de Las Palmas, cuyos primeros cincuenta años de vida fueron tan influyentes para la historia cultural del Archipiélago, tuvo fundamentalmente dos Obispos que lo convirtieron en un Centro de Enseñanza moderno y eficiente; a tono con las últimas corrientes intelectuales de Europa. Herrera y Tavira fueron dos Diocesanos revolucionarios para su tiempo; el uno, estableciendo en su propio palacio Episcopal, reuniones, mesas redondas se llamarían hoy, en donde los sacerdotes planteaban y discutían temas de Moral, de Teología, de Historia Eclesiástica; el otro, Tavira, al que M. Pelayo llama el Fenelón español, antiguo profesor de la Universidad salmantina, introductor en Canarias de las reformas docentes que ya se habían ensayado en Salamanca. Tavira impuso nuevos textos, adoctrinó con libros traídos “desde fuera” (según frase del Inquisidor Decano) a la “juventud estudiosa de Canarias”, protegió las lecturas siempre vigiladas por el Santo Oficio y extendió su protección a todo perseguido o a cualquier necesitado. Las palabras Razón, Felicidad, Naturaleza, Libertad aparecieron con profusión en sus cartas y edictos pastorales; y en las clases del Seminario, el profesorado se caracterizó, como se denuncia en más de una ocasión, por su amplia libertad de juicio, por su tolerancia y por la explicación de doctrinas filosóficas que hasta aquel momento habían estado vedadas a los alumnos conciliares. D’Holbach, D’Alambert, Locke, Helvetius, son algunos autores que, denunciados al Santo Tribunal, demuestran la inclinación racionalista que iba adquiriendo el Seminario. Un cronista contemporáneo lo decía con frase muy expresiva: “El Obispo Tavira había llegado de la Península cargado del Jansenismo más exagerado, y desde su entrada en la Diócesis proclamó las doctrinas de Pistoya, arrojando del Seminario los antiguos libros de textos teológicos y filosóficos...”. Pistoya quería decir: dudosa jurisdicción del Papa, supeditada a los Reyes; amplitud ilimitada de los Obispos, “conforme a la antigua disciplina de la Iglesia”; sometimiento del poder espiritual al temporal.

Tales eran, en líneas muy generales, el ambiente reinante en las aulas conciliares. El Arcediano Lugo, protegido y amigo de Tavira, era el Rector del Seminario; Graciliano Afonso, Hernández Rosado, Frias, Gordillo eran algunos de los profesores. Las tesis defendidas por alumnos de Lógica, de Física, de Moral, de Teología, son pruebas irrecusables de cuáles eran las fuentes en donde se inspiraban para redactar sus conclusiones, defendidas en sesión pública en el propio Seminario, y, en muchas ocasiones, en presencia del propio Obispo. Gordillo, primero estudiante y luego Profesor de Teología, encontró campo muy adecuado para su carácter y para sus inclinaciones.

En el Seminario, Gordillo aprendió sus mejores lecciones de Derecho Político para sus futuras actuaciones parlamentarias; y aún de Derecho Canónico, confirma-

do luego en aulas universitarias. Supo allí que: “ningún hombre ha recibido de la Naturaleza el derecho de mandar a los demás”; “que la corona, el gobierno y la autoridad públicas son bienes de los que el cuerpo de la nación es propietaria”; “que el bien del pueblo constituye la máxima aspiración del gobierno”; “que cada hombre es necesario que renunciase a una parte de su total independencia, para someterse a una voluntad que representase la de toda la sociedad”; “que los hombres no se han constituido en sociedad más que para ser felices”. Y también supo que Obispos, Papas y Reyes tenían sus respectivas potestades perfectamente señaladas; sin entrometerse ni mezclarse. Las tesis más específicas del regalismo hispano, aplicadas luego, en las Constituyentes, por el Diputado Gordillo, tienen su raíz en las enseñanzas recibidas por el seminarista “Pedro J. Gordillo, natural de Guía”, según reza en su expediente de estudios. Cuando Don Santiago Bencomo, canónigo lagunero, enseñaba en su cátedra conciliar a sus alumnos de Teología que el Papa es falible y que su “autoridad no llega más allá de las murallas de Roma, de la cual era sólo su Obispo”, estaba haciendo fe de sus lecturas del *Obstraect*, libro muy utilizado por los docentes conciliares; cuando Graciliano Afonso —personaje, por otra parte, muy vinculado a la vida de Gordillo— defendía, pocos años después, en sus conclusiones teológicas, tesis poco reverentes a “los Santos Padres”; o cuando Pedro Gordillo explicaba, con los mismos textos anteriores, en su cátedra de Teología y Moral, estaban los tres empapándose de doctrinalismo racionalista, de “ideas avanzadas”, de “lecturas dañinas y llenas de libertinaje”, según la prosa oficial del Inquisidor Decano de las Palmas, escandalizado y atemorizado por el empuje que iban teniendo, en todos los sectores insulares, “la libertad y el desparpajo con que se expresan chicos y grandes en estas Islas”. Sí, los libros, los revoloteadores libros, entrados de mil maneras, tenían mucho de culpa, y los libros, los muy taimados, se colaban por los baúles de los seminaristas, por las carpetas de los profesores, por los entresijos eclesiásticos.

Pero había otras causas... Además, la educación. Don José de Viera y Clavijo, Arcediano de Fuerteventura, capitular de Santa Ana, académico de la Historia, Presidente de la Económica, figura prócer en las islas y fuera de ellas, descubrió en Gordillo desparpajo, viveza, facundia; ese no sé qué que sólo los felices intuitores tienen la virtud de descubrir. Y Viera fue el mejor guía y el más eficaz tutelador del seminarista Gordillo. Gordillo asistía, en la casa del Arcediano, a las tertulias que allí se celebraban; tertulias no miradas con buenos ojos por los vecinos inquisidores de las casas del Colegio. Tertulias —imagen ya desvaída de la afamada tertulia lagunera del Marqués de Villanueva, en la mocedad de Viera— en las cuales Don José y Doña María, la hermana de Viera, hacían los honores a los visitantes: con chicoleos, con anécdotas, con lecturas o recitales, ya de música, ya de versos. La casa de Viera convertida en “cenáculo de novedades”, como la calificaba un cronista anónimo, según se deduce nada amigo de tales reuniones...

En la cátedra viva de la palabra, sin retoques de oratoria ni acicalamiento de discurso, Don Pedro Gordillo aprendió a sonreír, a criticar, a razonar. Sí, a razonar; porque Viera, maestro en muchas cosas, se esforzó, contra la malevolencia y escándalo de muchos, por hacer aprender a sus paisanos las más elementales leyes de la

Lógica. De la Lógica del sentido común, la más común y la más desconocida de todas. Feijoiانو fervoroso, el arcadiano Viera imprimía lecciones de Agricultura, escribía versos “flogísticos”, analizaba aguas insulares; adoctrinaba sobre Geología, Hidrología, Botánica y aerostación; escribía cartas donosas y atrevidas a sus amigos de Madrid o de la Laguna; y, sobre todo, sonreía, muy veladamente, mientras su hermana hacía los honores y servía olorosas tazas de chocolate a los señores inquisidores, que alguna que otra vez también, muy cumplidos, asistían a la tertulia del Arcadiano. Tal vez, más movidos por curiosidad que por celo...

La amistad y el patrocinio de Viera fueron valiosos para Gordillo, pues con ellos venció los reparos de los timoratos o de los excesivamente conservadores; aquellos que miraban con desconfianza el carácter fuerte y la palabra viva del cura opositor a la parroquia del Sagrario...

Porque, necesario es decirlo, Gordillo fue un espíritu inquieto, un carácter pronto a la lucha, un político nato. Como lo demostró en los años constitucionales de Cádiz, cuando se estaba ensayando uno de los primeros intentos de europeización dentro de la Península Ibérica: una Europa que llegaba no sólo entre salvas de cañonazos y galopes de guerreros napoleónicos, sino también entre tesis, conclusiones y dictámenes constitucionales. Gordillo, como se verá, no supo o no fue capaz de atemperar su fogocidad con el ritmo sosegado del hemicycle; pero, en definitiva, más de uno de los constituyentes, al igual que él, también prefirió el ímpetu a la ponderación. Poner a España, atada a cien corceles de tradiciones, a tono con la andadura moderna exigía tacto, discreción, sosiego; y no, furia, pasión, coraje. Los constitucionales del 1.810, porque las circunstancias así lo exigieron, ensayaron la novedad democrática con desnudez y premura vivencia.

En algún momento, se vieron empujados a acelerar las reformas, a henchir de fogocidad las nuevas doctrinas, a emplear la cirugía más peligrosa y más prentoria para fortalecer a aquella criatura que estaba viendo la luz entre pólvora y sangre. Don Pedro José de Gordillo, movido por una fe sin límites, buscó en todo momento soluciones definitivas cuando la gravedad del enfermo exigía curaciones lentas y meditadas...

Y sus primeras armas de cirujano político las hizo en Las Palmas, cuando llegaron las primeras noticias de la francesada de 1.808.

A pesar de que son episodios conocidos, conviene recordarlos, tal vez con demasiada minuciosidad, porque ellos explicarán la vida parlamentaria del diputado, según lo ha hecho, con probidad, Marcos Guimerá en uno de sus últimos trabajos sobre el XIX insular. Ese XIX que en nuestras islas —como en toda nuestra patria— fue esencial para conformar todos los sucesos contemporáneos.

Los profesores Rumeu y Bonnet, en la obra dedicada al estudio de la Junta Suprema de La Laguna, mencionan a Gordillo como uno de los personajes más sig-

nificativos dentro de los sucesos ocurridos en Gran Canaria. Y, precisamente el profesor Rumeu, consigna, con todo detalle, a través de un documento esclarecedor, el papel jugado por el cura del Sagrario y por el Licenciado Penichet en las algaradas de 1.808 y de 1.810. Conviene sintetizarlos. (1)

Cabildo Permanente convocado con urgencia por su presidente; el común, formado por gentes de los pueblos, acude al llamamiento; en las Casas Consistoriales sucede casi lo mismo que en la mayoría de España: el pueblo se apropia del poder. Apoyándose o no en las premisas del Contrato Social. También en Caracas, en Bogotá, en Buenos Aires ocurrieron escenas muy parecidas a las de la Plaza de Sta. Ana. En Las Palmas, en vez de Capitanes Generales destituidos, lo fueron sus edecanes: el Gobernador de la Plaza, el del Castillo de S. Francisco y el Corregidor. Hubo vivas y mueras, se puso muy alto y se enseñó al pueblo desde los balcones, el retrato del "muy amado" Rey Fernando VII; y los oradores más enardecidos encontraron pretexto para volcar el torrente de su palabra. Uno de los más violentos, Gordillo; junto con Raymond, otro clérigo, llevó la voz cantante en este cambio de poderes.

Pero; era natural; no todos los insulares miraban con buenos ojos procedimientos tan violentos y expeditivos. Así, el Cabildo Catedral de Sta. Ana, vecino casi del Permanente, observaba una postura cautelosa ante tanta violencia. A pesar de las invitaciones y hasta de las amenazas del Permanente, los capitulares de Sta. Ana preferían seguir unidos a la autoridad tinerfeña, con la cual había roto el Permanente al no enviar a la Junta Lagunera los diputados pedidos por este Cuerpo. Resultó, por tanto, una situación singular que originó más de un incidente, en verdad más cómico que trágico. Así, la diputación del Permanente llegada a las aulas de Sta. Ana para denunciar las confabulaciones del canónigo doctoral Graciliano Afonso para poner en libertad a los detenidos por el Cabildo Permanente en el Castillo de Sta. Ana; confabulaciones que, al no poder ser probadas, fueron desechadas y desestimadas por el Cabildo Catedral, celoso y enérgico siempre en la defensa de sus capitulares. Los promotores se llamaban Penichet y Gordillo; sobre todo, el segundo, guía del ímpetu del primero. Tan impetuoso que, como refiere Rumeu, llegó a soñar con la independencia insular, y por dicho motivo, Penichet fue encausado, años más tarde, por la Audiencia canaria; en cuya causa aparecía como uno de sus adláteres, el cura Gordillo, el inquieto cura Gordillo.

Los meses últimos de 1.808, a partir de la instauración del Permanente en el mes de Septiembre, fueron tumultuosos para Gran Canaria. Denuncias, encarcelamientos, terror disimulado: el Permanente quería, a toda costa, conservar su poder. A pesar de que sabía cuán efímero era. Y la vehemencia de Gordillo fue factor fundamental en el sometimiento de este poder. Las asonadas de Teror y Valleseco, según refieren los encartados por el Permanente, exigieron una represión de fuerza por parte del Cabildo: hubo una expedición militar para pacificar a los terorenses exaltados, y en la expedición figuraba como comicio más representativo, el cura Gordillo. Fueron encarcelados los cabecillas más significativos, se tomaron prolijas

(1) Buenaventura Bonnet: La Junta Suprema de Canarias. Prólogo del Dr. D. Antonio Rumeu de Armas. Edic. R.S. Económica del País.-La Laguna.

declaraciones para descubrir a las cabezas instigadoras, se montó todo un aparato de represión: y el inspirador fue Gordillo. Junto con Penichet, el otro diputado del Cabildo con sueños redentoristas.

Conocidos estos antecedentes, es fácil explicar una buena parte de los sucesos en que se vio envuelto Gordillo a raíz de su nombramiento como diputado a Cortes en 1.810, motivo de su ausencia de Las Palmas. Primero, el Cabildo no acepta la propuesta de cura sustituto que Gordillo había hecho; aunque con anterioridad...

Con anterioridad, El Cabildo Catedral había tenido que intervenir en uno de los numerosos y repetidos incidentes de los curas servidores del Sagrario; uno de los temas más espinosos que siempre tuvo el Cabildo Catedral. Gordillo, cura servidor, se apropiaba de las rentas de los curas tenientes, y éstos reclamaban al Cabildo. Primero hubo advertencias, después amonestaciones y se llegó a amenazas de destitución. Las cosas llegaron a mayores, pues Gordillo, no reconociendo potestad al Cabildo, se dirigió a la Audiencia, y allí, en público, promovió un juicio contra la autoridad capitular; según el informe dado por el Presidente de la Audiencia, Gordillo se despachó allí a sus anchas, y los nombres más repetidos en su acusación fueron los del Deán y el Doctoral, los capitulares que más directamente menoscabaron las ansias y las desazones de Don Pedro. Afortunadamente, la Audiencia no encontró razones de peso, y la causa se sobreseyó. El Cabildo resultó triunfante, y Gordillo tuvo que someterse a los acuerdos capitulares.

Elegido Diputado, después de sus actuaciones tanto en el Permanente de Las Palmas cuanto en la Suprema de La Laguna —en donde también tuvo sus palabras con el muy prepotente Marqués de Villanueva del Prado—, Gordillo embarca para Cádiz después de haber conseguido el oportuno permiso de su Cabildo Catedral. Allí convertido en Diputado, actuó con entereza y con valentía; fue un diputado clé-rigo más, movido por los mismos ideales constitucionales de la mayoría de sus compañeros. No en vano, el *FILOSOFO RANCIO* lo incluyó en la lista de los répro-bos y de los enemigos de Su Majestad. Pero esta etapa de Gordillo quiero posponer-la; prefiero seguir las huellas de sus relaciones insulares. Especialmente, con su Cabildo Catedral.

Concluidas las Cortes en 1.816, el Cabildo espera que Gordillo se reincorpore a su curato: se cruzan cartas, se conceden plazos de espera y se llega al punto de con-minarlo para que venga con toda urgencia so pena de perder su cargo. Gordillo, que se había trasladado a Madrid, primero, y a Sevilla, luego, para terminar sus estudios de Licenciatura en Leyes, escribe cartas al Cabildo; en tono afectuoso, cordial, pero dejando ver siempre la poca simpatía que gozaba entre el cuerpo capitular. La situa-ción se pone demasiado tensa. Y, con el pretexto de nombrar un cura sustituto en el Sagrario, estalla la pugna.

Gordillo no reconoce potestad al Cabildo para separarlo de su curato y reclama ante el Obispo; el Cabildo recuerda a éste no tener jurisdicción en tal litigio, y el

Diocesano, cauteloso, no se atreve a admitir las quejas del cura del Sagrario. Todo este proceso exige informes, sentencias, declaraciones; de todos los documentos, vale la pena recordar, más por anécdota que por veracidad, los escritos de Gordillo y los informes del Doctoral. Casi se convierte en un tiroteo personal entre Gordillo y Afonso; tiroteo, es necesario decirlo, con mucho veneno, con demasiado veneno. Al final Gordillo tuvo que reconocer la autoridad del Cabildo, y tuvo que avenirse a lo decretado por el cuerpo capitular; su nombramiento de Magistral de la catedral de La Habana paliaría se destitución de cura del Sagrario.

Pero había habido mucho forcejeo entre el Cabildo y el cura; era mucha la entereza y mucho el arrojo de Gordillo. Ni Deanes, ni Obispos, ni Presidentes de la Audiencia le asustaban; en Las Cortes, había sabido lidiar con diputados absolutistas, con añagazas de ministros timoratos, con denuncias e insultos de la prensa diaria. Y había salido indemne de prueba tan difícil. Vale la pena recordar, para comprender mejor las relaciones entre el cuerpo capitular y sus subordinados, los incidentes ocurridos con motivo de querer trasladar personalmente el Cabildo los acuerdos tomados, al propio Gordillo. Primeramente, fue el pertiguero a llevarlos, y poco después apareció en pleno Cabildo un sobrino de Gordillo que “con mucha falta de respeto” —reza el acta capitular—, lo devolvió al Cabildo. Volvióse a enviar al pertiguero para que comunicase el acuerdo personalmente a Gordillo, y después de pasarse más de tres horas frente a la puerta de la casa, Don Pedro le dió el esquinazo saliendo por la puerta trasera. No hubo medio humano de localizarlo ni de entregarle el acuerdo capitular, hasta que el Cabildo, en vista de su actitud díscola y francamente ofensiva, acordó separarlo del curato, y nombrar a un cura sustituto, precisamente llamado D. Antonio Polier, que había iniciado el procedimiento contra Gordillo merced a una denuncia formulada contra este último por faltas cometidas en el desempeño del curato.

La vida de Gordillo enmarcada por litigios, por lucha constante. El temperamento del cura de Guía mal avenido con el sosiego de las parroquias y con las órdenes de los superiores; sobre todo, cuando éstos habían demostrado poca simpatía por tan díscolo subordinado. Y, sobre todo, cuando habían mediado, como ya se ha visto, motivos tan personales entre algunos miembros del Cabildo Catedral y el litigante Gordillo. En todo momento, Gordillo dando fe de su carácter, sí, pero también de su educación: de su ideología liberal.

En el Cabildo Permanente, en el curato del Sagrario, en el banquillo de la Audiencia, recordando cuáles habían sido los textos manejados en sus años conciliares y en los universitarios: la doctrina política más liberal. Como tantos otros clérigos de su tiempo, lectores de Pistoya, de Febronio y un tanto de Rousseau, Don Pedro José de Gordillo hizo gala de su facundia, de su “espíritu de igualdad”, al decir de la pluma de Afonso. *Espíritu de igualdad* que demostró en las Cortes, luchando no tan sólo contra sus enemigos políticos, sino contra sus personales vecinos, también diputados canarios: Ruiz y Padrón y Key y Muñoz, defensores acérrimos, bien de los intereses laguneros, bien de los santacruceros. Particularmente,

Key –antiguo capitular canario, años más tarde Rector de la Universidad de Sevilla, absolutista consumado–, hechura del canónigo Bencomo, el futuro Obispo lagunero, consejero aúlico del Rey Fernando, cabeza visible en los entonces incipientes problemas divisionistas insulares. Fue Bencomo, indirectamente, enemigo temible para Gordillo; en la Cámara Real movió, surrepticiamente, sus influencias para deshacer cualquier reclamación del cura del Sagrario, y hasta intervino, según se deduce de una carta del agente del Cabildo Catedral en Madrid, en el destino de Gordillo para La Habana, un aparente destierro y una fórmula ideal para alejarlo de su isla natal. No en vano, siendo Bencomo Presidente accidental del Cabildo en 1.812, año de la fiebre amarilla, adoptó una postura hostil –casi anticonstitucional– frente a las exigencias del Cabildo Permanente, deseoso de celebrar, con función religiosa y sermón de alto copete, el decreto por el cual se instauraba la Constitución gaditana. Bencomo se opuso, cuanto pudo, pero fracasó; el cura Frías, regente entonces de la parroquia del Sagrario –por ausencia de Gordillo en las Cortes– pronunció la oración sagrada, en verdad más política que sagrada. El orgullo de Bencomo no perdonó tan fácilmente esta derrota, pues Penichet, el diputado más fogoso del Permanente, era voz y hechura del cura Gordillo, el “republicano más acérrimo”, al decir de la prosa oficial del Cabildo Catedral.

Pero conviene escuchar la voz parlamentaria de Gordillo. Tanto por lo que dice cuanto por la forma en que lo dice.

Gordillo fue un hábil polemista, ejercitado en sus años de seminarista; un elegante orador, y un fogoso, un vehemente diputado del que se ocuparían sus enemigos con bastante celo. Ahí quedan las páginas del P. Alvarado, cuidadoso siempre de denunciar los excesos liberales de la Cámara. Y la voz del cura del Sagrario no era de las más comedidas.

En la sesión del 26 de Junio de 1.811, dijo:

“¡Iguales los hombres por naturaleza y dueños de sí mismos, (con exclusión de toda subordinación y dependencia) no han podido... reconocer autoridad que les rija y gobierne, sino en tanto que reunidos en sociedad han cedido parte de su libertad...!

Fixadas estas bases y reconocidas las de que por un convenio mutuo deposita cada individuo tado su poder en la comunidad social... que no hay diferencia entre los que mandan y son mandados... que todos han salido del Ser Supremo adornados de plena libertad... y que no existiendo otra autoridad humana que la que ha resultado del pacto social, y siendo esta innegable, indivisible, sólo pueden residir en las personas en que éstos la depositen próxima e inmediatamente...”.

Gordillo es un ilustrado que no desemboca en afrancesado. Lo salva su afán de libertad. Su enciclopedismo le viene de Viera y del Seminario; su espíritu liberal, quizás, de su educación o de su inclinación a la política. Tal vez los sucesos insulares favorecieron esta inclinación; o la excitaron. Su actuación parlamentaria, apoyada en textos legales, en razonamientos o en no dañar a la Constitución. Gordillo,

siempre, usando el Derecho; y aplicándolo. Cuando lo avasallan, o lo intentan, se revuelve.

Gordillo, político, en su informe, con Rousseau a la vista y con recuerdos de aquella Enciclopedia de su protector Viera, cuya “Librería... presenta en su primer término una reverenda comunidad de 145 volúmenes de la Enciclopedia Metódica, en hábito y negligencia franciscana”, según palabras del propio Abate, maestro en ironía. Gordillo, lector de Holbach, según el proceso inquisitorial que se le incoa siendo todavía clérigo en menores. Pero, sobre todo, Gordillo defensor del Regalismo, de la Centralización Administrativa y de la Libertad de Comercio, tres notas muy características del Despotismo Ilustrado. No por otra razón se opone al Obispo y al Cabildo Catedral (el Rey es Patrono de la iglesia); y defiende la apertura de los puertos insulares al comercio con América (intervendría activamente en las obras del fracasado muelle de Las Palmas). Y será, como se ha visto, celoso defensor –como Key, como Llanera, como R. Padrón– de una capital, una Diputación, un Jefe Político, según el informe de 1.812.

Sí, Gordillo ilustrado y revolucionario. Rusoniano en política; defensor de la tradición –como buen diputado del 12– e innovador en las ideas sociológicas, como en la de hacer desaparecer el señorío de las islas menores. Ilustrado y benéfico, al abogar por “hospitales, hospicios y educación pública”, y revolucionario impetuoso al defender la libertad “absoluta del voto sin cortapisas alguna”.

En la Sesión del 14 de Diciembre de 1.812, la Comisión de la Constitución opina que debe nombrarse la “Junta Preparatoria en donde resida el Gobierno, haciendo la elección de Diputados y Diputación Provincial en el mismo lugar, y residiendo en él esta Corporación, hasta que... las Cortes resuelvan definitivamente en este asunto”.

Gordillo interviene. Pide que se lea la exposición del Ayuntamiento de La Laguna, leída por el Diputado Key. Refuta Gordillo a la Comisión porque el Gobierno lo ejerce interinamente el Comandante General, residente en Tenerife; el Jefe Político, ya nombrado, deberá residir en Canaria y, por tanto, en ella deberá hacerse la elección.

Argumenta que “desde el año 1.808” se planteó el problema de la competencia entre Canarias y Tenerife. El vocabulario (“federalismo”, “desprecio”, “bien común”), las alusiones políticas son notas caracterizadoras de la actitud agresiva de Gordillo. “Gran pájaro de la libertad”, según el autor de “Semblanzas de Diputados a Cortes”. Hombre de gran entereza: frente a Llarena, a Key y a Ruiz Padrón, su más temible oponente. Como lo había sido en los sucesos de 1.808, en Las Palmas.

Pedro José Gordillo resulta ser un español más que, nacido en el último tercio del siglo XVIII, tiene un sedimento clásico y un revulsivo romántico. Como Arjona, como White, como Lista, Gordillo perteneció a la élite de clérigos ilustrados que

constituyeron la mejor parte, y la más fecunda, del estamento constitucional. Fueron ellos quienes hicieron, con su esfuerzo y con su sabiduría, el difícil andamiaje que España, huérfana de Rey, necesitaba. En las Cortes —no se olvide— se estaba redactando la primera constitución española y se estaban escribiendo las mejores páginas del Romanticismo español. De tono menor, pero heroico; de aire académico, pero exaltado; de aspecto solemne, pero con espíritu juvenil. Y fueron los clérigos ilustrados, los educados en aulas de Seminarios y de Universidades, los que daban la pauta e imponían un criterio de seriedad responsable en aquel abigarrado mundo constitucional, asiento de la representatividad de todas las Españas. O, como diría un poeta de nuestros días, rompeolas de inquietudes españolas.

Gordillo, uno entre los pocos, escribió en Cádiz, entre saetas y chuchufletas populares, una página inolvidable de buen saber y de responsabilidad. Porque había aprendido bien las lecciones en sus fecundos años seminarísticos. Cuando las aulas, los libros y los profesores impartían “sabiduría, progreso y libertad”, según decía un asustado Comisario del S.O. en una carta al Inquisidor Decano.

Sin duda, porque nuestro clérigo había leído muy bien aquel texto de la Enciclopedia: “Las leyes políticas y civiles de cada nación no deben ser más que los diversos casos particulares en que se aplica esa razón humana”. Y él estaba seguro de haber sabido aplicar con certeza su razón en cada uno de “esos diversos casos particulares”. Los que su oratoria exponía ante el auditorio gaditano.

Si mis palabras han servido para despertar en vosotros, la curiosidad de conocer mejor la vida —fructífera, movida, nada sosegada— de este constitucional canario, me doy por satisfecho. Y si he puesto mi grano de arena para desvirtuar la imagen falaz del cura de Guía, me consideraré afortunado biógrafo. Aunque en esta tarde sólo haya dejado apuntados los rasgos, las líneas más acusadas del diputado a Cortes. Cuando Don Pedro José de Gordillo quiso hacer de cura ilustrado; y cuando, en el ruedo insular, tanto asustó su comportamiento. Tal vez porque la isla, alejada de las sangrientas sacudidas bélicas, viese con demasiado temor el arrojado de los hombres como Gordillo. En definitiva, al decir de Marañón, españoles que aspiraban conseguir una nueva España a fuerza de renovar, inclusive con amputaciones y violentos traumas, el cadáver de una Patria mortecina.

A los unos, los afrancesados, les movió el espejismo de Francia como modelo renovador para su Patria; a los otros, los nacionalistas, la reivindicación de una Monarquía absoluta y divina; a unos pocos, la minoría, el ejemplo de una monarquía inglesa con destellos semi-revolucionarios en su concepción formal. Entre estos pocos, de ideas muy diversas, se encontraba Gordillo, clérigo ilustrado, deseo de felicidad para sus compatriotas, lector de la Enciclopedia, discípulo de Heinecio, una de sus lecturas favoritas. Con estos ingredientes, justo es que surgiera la figura de un Gordillo más que revolucionario, regenerador, y más que demagogo, hacedor de doctrina política y social. A pesar de que su doctrinarismo produjera el

escándalo de la mayoría, demasiado conservadora para talante tan fuerte y tan personal como el de Don Pedro José Gordillo.



La inquietud del Vizconde

He pensado hablar de un escritor nacido en Tasacorte, en esta isla de La Palma, y que vivió una parte del siglo XVII y un poco más de la mitad del siglo XVIII. Tuvo una vida por lo tanto larga, conoció y trató a personajes ilustres de la vida insular y de la vida nacional. Fue viajero infatigable, hombre de vida activa, rocambolesca y atrevida, escritor contumaz. Participó de esa imagen del personaje de comienzo del siglo XVIII que unas veces se disfraza de Casanova, otras veces de viajero ilustre y en todo momento parece adoptar la figura del D. Juan inaccesible y conquistador. (1)

Su vida estuvo señalada por la pasión y el azar. Porque apasionado, vehemente apasionado, enamorado y maduro ya en el amor, D. Cristóbal del Hoyo Sotomayor, Marqués de San Andrés y Vizconde del Buen Paso, dejó pruebas de los límites en que ardió su corazón y hasta qué punto ese ardimiento produjo sacudimientos en su vida y estremecimientos líricos en su obra.

Prisiones, procesos, fugas, raptos y cartas, rodearon la vida del Vizconde del Buen Paso. Hombre del XVIII, espléndido alumno de maestros en el vivir y en el hacer del siglo XVII (y no fue el menor de todos D. Francisco de Quevedo y Villegas), el Marqués de San Andrés, digo, supo jugar a conspirador, a raptor y a escritor. Escritor excelente y brillante, escritor nada común; concededor y dominador de la lengua literaria. Ahí nos ha dejado sus Cartas, sus versos; y ya veremos de esas Cartas una, y de sus versos, un soneto, van a ser en definitiva el motivo principal de la charla de esta tarde. Con ellos pretendo simplemente excitar la curiosidad de ustedes para conocer mejor el alma, la obra y el quehacer vital de este palmero ilustre que llegó a estancias muy altas y a alturas nada comunes en el campo de la literatura.

El Marqués de San Andrés, dados los límites cronológicos de su vida (1677 - 1762), conoció bastante y vivió bastante los sacudimientos políticos y sociales que se ocurrían en estas islas y en nuestra Patria. Llegó a conocer y participar de aquella Laguna deciochesca y culta que se alojaba la mayoría de las veces en la casa del Marqués de Villanueva del Prado, por donde en más de una ocasión pasó su blanca peluca y su ironía volteriana. El Marqués de San Andrés excedía en más de 60 años al joven Viera y Clavijo, y en más de 20 ó 25 al Marqués de Villanueva; y por eso su figura aparece desvaída y sólo mencionada por los contertulios de Villanueva del Prado y por los hombres del XVIII laguneros. Pero, infatigable, inquieto, yendo y viniendo a la Corte, prodigando sus favores cortesanos a los políticos, a las mujeres y a sus amigos en general, fue el Vizconde testigo excepcional del vivir insular de los finales de un siglo con el cual marchaban ya en el declive el último de las Austrias y comenzaba el esplendor y el brillo del primero de los Borbones. Pero el Marqués de San Andrés conoció guerras, y participó de ellas, y supo lo que fue el

asedio de la isla por los barcos ingleses, cuando la guerra con Inglaterra a comienzos del siglo XVIII, y supo lo que fue el declinar de un régimen que venía poco a poco desangelándose y perdiéndose; mientras él, en Madrid, en la Corte, escribía Cartas a sus amigos y hacía morisquetas en el aire y santos y señas en el tiempo.

¿Qué le llevó a nuestro Marqués, después de conocer media Europa, a volver a sus islas hacia el año 1716, cuando se estaba ya disfrutando de la Paz de Utrech?. ¿Qué aires, qué pasiones o qué obligaciones le ataron a la isla? Vale más dejar correr la imaginación y pensar que entre sus muchas idas y venidas tropezó con tribunales, tropezó con denuncias y en más de una ocasión tuvo que abjurar de sus errores ante el Tribunal de la Santa Inquisición. Y por desobedecer o desacatar órdenes superiores, el Marqués se vio encerrado en el Castillo de Paso Alto como militar que era, y allí transcurren casi doce años largos de su vida, casi de novela, en la cual se inspiraría Leoncio Rodríguez para escribir una novela titulada “Vizconde del Buen Paso”, en la cual el Vizconde parece más conde de Monte Cristo y caballero de las cavernas. El Vizconde recibía a sus amigos en la prisión, el Vizconde gozaba de buenos alimentos y era tratado a cuerpo de Rey por el castellano del Castillo de Paso Alto; y el poeta desgranaba versos cargados de hondura y de amor.

El Vizconde tenía una idea obsesiva: su libertad. Y otra idea no muy lejana, el poder llevarse consigo a su sobrina, Doña Leonor del Hoy, lo cual consigue, como cuenta en la carta, utilizando ardides, engaños y posiblemente dinero. Y hételo aquí, en la isla de La Madera, más tarde en Lisboa y por último residiendo en Madrid, gozando seguramente de la benevolencia Real. Por fin regresa a la isla más tarde, casi a los 76 años, y en el Convento de San Agustín de La Laguna es encerrado nuevamente por pequeñas diferencias con el Tribunal de la Inquisición, hasta que liberado de ese castigo enferma y muere en Noviembre de 1762.

Viera, el infatigable e irónico Viera, diría de él en versos de epitafio: “Perdió la poesía su antimonia, su pimienta, su sal y su hablar claro”. Conviene para situar mejor la figura de Cristóbal del Hoyo dentro del Parnaso insular, recordar los nombres de quienes convivieron con él, o fueron sus contemporáneos aún perteneciendo a diferentes generaciones.

El primero, a Poggio Monteverde nacido en esta isla en 1632 y muerto en 1707. Además de escribir poesías sentenciosas y barrocas, también escribió obras teatrales como las sacramentales o alguna dedicada a la Virgen de las Nieves. De Poggio, el Marqués poco aprendió porque su poesía tomaría otros derroteros y tocaría otras cuerdas distintas a las del autor teatral canario.

Ya decíamos antes que el Arcediano Viera y Clavijo nace casi 60 años después que el Vizconde, en 1731. Conocería ya al Vizconde en su ancianidad. Y en los comentarios de sus poesías aludiría a este poeta “de hablar claro y pimentoso” que fue un paradigma para los empelucados jóvenes de la tertulia de Villanueva; que conoció y disfrutó del ingenio y de la sabiduría del Vizconde del Buen Paso.

Este Vizconde, anciano joven y libre en todos sus manifiestos, recordado en memorables chistes, acompañado de buen humor, recluso en el Castillo de Paso Alto, capaz de desquiciar la puerta del encierro (y resumo a Viera y Clavijo), corriendo a La Laguna, ocultándose en casa de una comadre suya, pasando a la isla de La Madera en donde vivía "más a gusto que Fray Marcos de Alayón", desempeñando comisiones encomendadas por D. José de Patiño desde Madrid con proyección de bastante altura a nivel de la Corte lisboeta que le proporcionaron la paz y el perdón real. Casándose con la hija de D. Benito Losada Rajo y Texeiro, un gallego residente en Lisboa; muriéndosele su mujer y regresando a Tenerife en 1750, este Marqués de San Andrés, personaje de novela, fue, como dice Viera, "aventurero, chistoso, original y extraordinario", y llenó páginas, poesías y anécdotas para la historia y satisfacción del buen humor de los insulares del siglo XVIII.

La carta que escribe el Vizconde al Marqués de Valle-Hermoso, Capitán General de Canarias, cuando se fuga de Paso Alto y que según se refiere en la cabecera de la carta, la dejó sobre la mesa para que alguien la leyera, tiene en nuestra opinión tres partes bien diferenciadas que conviene analizar. En la primera de ellas, el Marqués hace una serie de consideraciones muy genéricas; en la segunda, ya hace una especificación de los motivos que le impulsan a este paso tan dramático, y en la tercera hace una serie de reflexiones en que lo personal y lo individual es lo que priva. Lo que sí está claro, me parece a mí, a lo largo de la lectura de esta carta, es el tener en cuenta como el escritor porque no hay que olvidar que es un escritor, un hombre con una sensibilidad literaria y con una cultura, se atreve, digo, a narrar, referir y en cierto modo comentar jocosamente un acto tan decisivo y tan peligroso como es la fuga de un castillo militar.

Veamos primeramente, de un modo general, cómo el escritor, a lo largo de la carta, nos da este sentido de confesionalidad, este deseo de contarnos su vida y este afán de no callar lo que podía haber callado. Hay también, no hace falta resaltarlo, una vanidad que parece ocultada por una falsa modestia; D. Cristóbal del Hoyo quiere contarnos detenidamente todo lo que hizo y por qué lo hizo; y por último vale, la pena destacar asimismo, continuando con el examen de la carta, como en ella hay un boceto de unidad textual. Es decir, en verdad nos encontramos con un mínimo texto literario, en el que el autor ha sabido con deliberada sensatez y con deliberado propósito de creación, darnos una unidad literaria.

En el primer párrafo, el escritor comienza por hacer una serie de consideraciones muy genéricas, muy amplias que pretenden en cierta manera justificar su actitud posterior. Cita, cómo no, el Vizconde era un hombre bastante culto, cita a César pasando el Rubicón, comparando su actitud con la del Dictador romano, para inmediatamente, desde ese plano del objetivo, pasar al del subjetivo y explicar el porqué de esa felicidad. "Se encuentra arrojado y detenido por esa violenta y cruel fatalidad que comprime la mayor obediencia": parece como si el escritor intentase, como cualquier escritor del siglo XVII, detener o compendiar su comportamiento en este

doble juego del plano de lo histórico y el plano de lo individual y particular. Influidos por los escritores ya del barroquismo, dándonos un doble plano en el que la contemplación de lo universal desemboca en lo particular. Las cosas contempladas a lo lejos, y los objetos al mismo tiempo relevados en un primer plano.

En el segundo párrafo, el autor comienza ya a desvelarnos un poco la causa de su fuga. Es, lo dice, el afán de casarse con su sobrina Dña. Leonor del Hoyo, lo que le mueve a dar un paso tan decisivo. Los acazos, vocablo que como veremos tiene tantas concomitancias barrocas, son los que le obligan a dar un paso tan peligroso. Y en un tono muy conciso, en un juego de oposiciones bien marcado, refiere por qué en este embargo de sus bienes y en esta falta de gracia real, se ve de pronto precipitado a romper con todos los prejuicios y a romper inclusive con la voluntad del Rey para buscar la libertad deseada.

En el último párrafo, ya nos explica cómo a pesar de tener valor para seguir sufriendo aquella prisión, desengañado y obediente nos dice: “Pasar de Escila a Caribids”, y vale la pena recordar que este mundo mitológico lo aprendió de Góngora y lo manejó Quevedo. Luego la confesionalidad: (“mi edad no es poca, y mi salud no es mucha, el camino es extraviado con que no sé cuándo llegaré a Madrid”). Hay como un afán de búsqueda, de fuga. En busca de un destino palabra también que en el barroquismo, tiene tantas y tantas connotaciones. Y, por último, en las últimas líneas muda compasión del tiempo, expresión quevedesca que parece cerrar esta carta en donde el reo no sólo confiesa cuales eran los grilletes que lo tenían amarrado, sino ese otro grillete invisible, el tiempo, que viene a ser el grillete que ata a tantos hombres del siglo XVII a su vida y a su destino.

Analícemos ahora, aunque se muy someramente, un aspecto que dentro de la prosa barroca tiene especiales características. Me refiero a la entonación.

Dejando a un lado los dos vocativos iniciales, “excelentísimo señor y muy señor mío”, que mezclan dos distintas actitudes del escritor, el del respeto y al mismo tiempo el del tratamiento más igualitario, no olvidemos que la carta está dirigida a la máxima autoridad que era el Capitán General, su superior jerárquico. Vamos a ver como la entonación hasta el primer punto está conseguida gracias a un juego bien equilibrado de tonemas ascendentes y tonemas descendentes o sea, para decirlo en buen español, de subidas y bajadas en la forma de expresión de grupos fónicos: “No siempre las violentas resoluciones se deben reputar por mal mirados arrestos, porque hay lances en que son las temeridades cuerdas y cae el infeliz destino mío”.

Veamos el último grupo: (*el infeliz destino mio hace número con estas*). Me parece que en esta última frase, el escritor enfáticamente, ha ido colocando no tan sólo los acentos fónicos en su lugar adecuado, sino que además ha sabido repartir para intensificar esta entonación un número extraordinario de acentos ortográficos, como son desde la palabra esdrújula *número* hasta las *palabras* paróxitonas, *mío* y

éstas. “*De esta osada resolución pero precisa y también dicho fue*”, viene a ser como una conclusión del juicio y del párrafo anterior.

Es decir, si resumiésemos el valor de entonación que el escritor nos da a lo largo de este primer párrafo, diríamos que hay un juego clarísimo de entonaciones ascendentes y descendentes que se oponen para dar un mayor énfasis y, en algún momento, como hemos visto, un mayor dramatismo al relato que está ocurriendo delante de nuestros ojos.

Si pasamos a examinar los sintagmas nominales que existen en la carta, podríamos advertir como primera consideración general, la abundancia de sustantivos abstractos que predominan sobre los concretos, (*resoluciones, los arrestos, los lances, las temeridades, el destino, el decreto, la resolución, la felicidad, el arrojó, la fatalidad*). Todo ello prueba que el escritor, conciente, de lo que estaba escribiendo, procuraba evitar los nombres concretos para dar un contenido más intelectual a la carta que estaba escribiendo. Si de adjetivos se tratase, y estamos solamente recorriendo de un modo muy rápido el primer párrafo de la carta, advertiríamos como el predominio de los adjetivos calificativos, unas veces epítetos y otras veces especificativos, redondean las sustancias a las cuales están cualificando; y en ocasiones, como ocurre en la penúltima línea de este primer párrafo (*violenta cruel, fatalidad*), nos encontramos con una construcción típicamente barroca en la cual hay una gran acción tanto de entonación cuando de contenido. Notemos también como en otras ocasiones la adjetivación se encuentra separada por medio de partículas que no hacen otra cosa sino intensificar aún más esa calificación deseada; por ejemplo: *osada resolución, pero precisa*; y también; *dichosa fue, resolución, decisión, pensamiento obra, está matizada por un epíteto*. Podríamos continuar analizando cada de las construcciones adjetivadas o sintagmas nominales que abundan prolijamente a lo largo de la carta. Y nos encontraríamos con que el escritor Cristóbal del Hoyo demuestra conocer, sabia y puntualmente, el uso y el valor que el adjetivo tiene en la lengua del barroco. No sólo puntualiza y califica sino que adorna y embellece. De ahí la variedad, de ahí la riqueza, de ahí la insistencia con que encontramos a los adjetivos a lo largo de la carta.

Valdría la pena, insistiendo en el aspecto nominal, en el valor nominal que existe dentro de la carta, recorrer rápidamente el último párrafo en donde tal vez se advierta más, no tan sólo los contenidos estrictamente morales, o inequívocamente dramáticos que el autor quiere dar al final de su texto, sino que también advertiremos como unas veces la concatenación, otras veces la gradación, otras veces la oposición, son procedimientos con los cuales Cristóbal del Hoyo demuestra una vez más su filiación de escritor barroco del siglo XVII. En *el valor me sobra a mí, sin faltarme desestimación del mundo*, ya advertimos que la eliminación de los artículos da universalidad a la frase que hubiese sido mucho más medida con la determinación que le daría el artículo.

Mi edad no es poca, mi salud no es mucha, el camino es extraviado, con que no

sé cuando llegaré a Madrid. En este caso los sintagmas se encuentran separados por puntuación. No hay nexos, no hay conclusiones, las frases se encuentran cortadas o yustapuestas; esta yustaposición, esta parataxis o unión, tan frecuente en el escritor conceptista, ayuda aún más a redondear ese tono solemne cadencioso y si se quiere mayestático con el escritor quiere ir terminando ya su carta. *Edad, salud, camino*, son sustantivos que están claramente determinados y señalados unas veces por dos adjetivos posesivos, que en este caso destacan y ponen énfasis en la determinación de los sustantivos, mientras que ese “con que no sé cuando llegaré a Madrid”, pone un final interrogativo y dubitativo que acentúa más esa interrogación que parece haber acompañado al Vizconde a lo largo de una buena parte de su vida.

El escritor expresa sus emociones y sentimientos a lo largo de la carta. El alegato del Vizconde, salpicado de humor, va discurriendo entre conceptismo y contraposiciones; es casi una defensa literaria de su vida y de su propia fuga. El Vizconde, utilizando frases tomadas de Quevedo, del mejor Quevedo, nos va ofreciendo razonamientos y conclusiones para apoyar su comportamiento; esto es, la manera de vivir.

Ahora, el soneto. Escrito en 1732, a los 55 años, cuando el Marqués sale de Sta. Cruz de Tenerife.

Oh cuán distinto, hermoso Teide helado,
te veo y vi, me ves ahora y viste!
Cubierto en risa estás, cuando yo triste,
y cuando estaba alegre, tú abrasado.
Tú mudas galas como el tiempo airado,
mi pecho a las mudanzas se resiste;
yo me voy, tú te quedas, y consiste
tu estrella en esto y en crueldad mi hado.
¡Dichoso tú, pues mudas por instantes
los afectos! ¡Oh, quién hacer pudiera
que fuéramos en eso semejantes!

El poeta, a través del soneto, consigue darnos un retrato de su intimidad adelantándose al intimismo romántico. D. Cristóbal, verso a verso, nos va dando la mudanza que el Teide –su corazón– va teniendo a lo largo de su vida. A través de todos los procedimientos lingüísticos anteriormente señalados, se puede seguir, sílaba a sílaba, la medida afectiva de la intimidad del hombre y la hondura lírica del poeta.

El Teide, sin duda por primera vez, recoge no sólo las salpicaduras de un corazón angustiado, sino que se convierte en espejo fiel de la mudanza de la vida del poeta. Con la maestría de un Quevedo, con una precisión matemática conceptual, el poeta, partiendo del vocativo inicial del primer verso, desemboca en ese rotundo

verso final, en el cual no se sabe qué admirar más: sí los significantes o los significados. Hay como un balanceo, tanto en el juego consonántico de sonidos, como la contraposición que ocurre desde el más hasta el antes semifinal del verso. El juego vivísimo de las formas verbales (futuros y pretéritos) redondea, casi como una conclusión, los cuartetos anteriores y el desiderativo terceto que antecede.

Si la carta del Marqués, perspicaz, nos refería, haciendo gala de su erudición, las razones que le obligaron a romper los “grilletes” de su prisión, en este soneto, estamos contemplando el alma del hombre, no entrevista con galas y oropeles retóricos, sino con desnudez y pasión. Los dos determinantes de su vida.

Pienso que, después de esta lectura de los dos textos del Vizconde, podemos tener de él una imagen más exacta. Un retrato más fiel.

Sus donjuaniles procederles parecen contenidos dentro de ese esquema riguroso de unos endecasílabos; su ironía y su humor se entremezclan con su razonamiento y su lógica. Y hasta su romanticismo auroral aparecen alentados por el impulso y el ardor.

Ese ardiente impulso que sin duda alguna es la silueta más delineadora de su biografía.

El milagro de San Roque

Cuando se me invitó por el Sr. Alcalde para serregonero de las fiestas de San Roque, me pregunté qué iba a decir, qué iba a pregonar ante ustedes. Y con qué autoridad podía yo, viajero de otros caminos, hacer posada en esta Villa para distraerles, durante unos minutos, del bullicio y la algarabía de la Fiesta.(1)

Deseché la idea de ser relator de las hazañas y esfuerzos de Palenzuela, fundador de esta Firgas con cinco siglos en sus blasones. La deseché porque debían ser otros los que refiriesen tales historias.

Y pensé que resultaba más original presentar ante el auditorio dos o tres filmi-nas en las que, desde ayer hasta hoy, pudiese presentar escenas vivas, cuadros en movimiento, de la vida y la trasvida de esta Villa, nacida al regazo de una montaña y acunada por marullo de agua soterrada.

Aquí está la primera postal. Se titula:

I.— El santo y su perro

¿Por qué el peregrino Roque (el de los milagros, el de las llagas, el de los enfermos, el del perro amigo) pudo llegar a estas montañas insulares? ¿Qué devoto pudo haber mediado para que la primitiva parroquia quedase bajo la advocación del curador milagroso? Los eruditos responderán a estas preguntas; yo, sólo peregrino viajero de esta Firgas fiestera, prefiero creer que el perro amigo pudo dirigirle sus pasos. Para encaminarlo a este altozano, para descansar en las ruinas del viejo con-vento. Y, tal vez, para saciar la sed peregrina en este torrente de agua, de luz y de belleza.

Me viene al recuerdo, entre las reproducciones artísticas de S. Roque, la del Españolito, el jugoso Ribera, que con tanta delicadeza y dramatismo supo expresar el carácter milagroso y peregrino de nuestro santo. Y me viene a la memoria, por-que en medio de los apóstoles, santos y vírgenes, este San Roque de Ribera parece poseer una frescura humana que lo acerca aún más a esa condición terrenal con que los pintores —ciertos pintores del Barroco— solían retratar a sus santos; a los santos destinados al adorno de tal capilla o de aquel otro altar. No es el retorcimiento de San Bartolomé —descoyuntado, por el suplicio—, ni el de San Andrés; recuerda más la alegría serena de los personajes que parecen salir desde una esquina del cuadro: para sonreír, para mirar o para ocultarse detrás de un árbol oscilante.

No puedo figurarme a San Roque, a este San Roque de Fargas, pintado por Ribera. Más pienso en esas esculturas graciosas y como bailarinas que aún podemos admirar en nuestras iglesias o conventos. Recuerdo, por ejemplo, a un San Roque casi muñeco infantil que acompaña a una Virgen insular en su bajada cuatrianual; el perro es casi un león perruno y la vara de S. Roque tiene más aspecto de cayado de pastor.

El haber estado nuestro Santo unido a las enfermedades y curaciones –como S. Lázaro–; el haber hecho camino de su propia vida y el haberse entregado a la ayuda del prójimo, facilitan más la aureola milagrosa que todos tenemos de él. En esa pareja indivisible de animal y hombre, santo en compañía, enriquece más su figura y engrandece, qué duda cabe, la devoción hacia el Santo.

¿Qué hubiese sido del patrono de Fargas representado por un estremecido, negruzco y barbado joven ribereño; con andares de bailarín, con sonrisa forzada y con vestuario demasiado ostentoso?. Yo creo que el pueblo no lo hubiese visto con buenos ojos, la Virgen del Rosario, su compañera en el patronazgo, se encontraría incómoda con una compañía tan solemne; y, se me ocurre, hasta el perro hubiese dejado solo al Santo.

Por eso –permítanme esta divagación–, este San Roque de Fargas, este San Roque caminante y peregrino, con su vara de plata –de plata indiana–, puede seguir caminando por los cielos limpios y azules de Fargas.

Por eso –sigo pensando en alta voz–, cuando San Roque sale en compañía de su perro, con su vara de plata, en compañía del pueblo, mira hacia atrás, contempla la espadaña de la iglesia, con arcada ciega, balaustrada y puerta adintelada; y hasta echa otra mirada a las paredes blancas y ruinosas del antiguo monasterio, a las tejas rojas de su galería y a las ventanucas vergonzosamente cerradas que parecen erguirse con curiosidad femenina por encima de la plaza. Y entonces, después de satisfacer su curiosidad, San Roque comienza su camino.

Para visitar a su pueblo, para ser contemplado por los lugareños. Y para descubrir cada año que los bancos de la plaza siguen siendo de piedra, que el tintineo de las campanas resulta más sonoro y que la Virgen del Rosario aparece más coqueta y femenina ante su feligresía.

Entonces, entonces, San Roque se siente más feliz. Y hasta contiene su mano –esa mano adelantada– dispuesta a acariciar el lomo del perro amigo.

Porque, yo no lo sé, quiero pensar que este nuestro patrono ya fue huésped ilustre del convento dominico. De aquel viejo convento descrito por viera y Clavijo:

“Fargas que tiene un convento de Dominicos como de ocho de comunidad. Son apreciables sus canteras de piedra para fábricas

y enlosados. Compónese toda la jurisdicción de dos mil setecientas noventa y ocho personas repartidas en los pagos siguientes: Montaña de Cardones, Transmontaña, El Trapiche, Altabacales, Masapeces, Los Portales, Santidad y Fuentecillas, Bañaderos y San Andrés, barrio del Cerrillo. Hay seis ermitas”.

Viera, siempre tan preciso, nos da el censo del Arucas, de la que Fargas era un pago. De ahí, los nombres de otros pagos aruquenses.

Pero vale la pena destacar a esos ocho frailes dominicos, a lomos de su convento, humedecidos por aguas diezmeras, apesurados en sus maitines y, a lo mejor, cuidando ya con celo de la Virgen del Rosario, del San Roque milagroso y de las maquilas de harina o de azúcar que podían llegar a la despensa. Después de que las acequias y las escurrideras hubiesen ayudado a moler tantos afanes y tantas esperanzas de molineros y aguatenientes.

Frailes dominicos que conocían por sus nombres a los vecinos de Buen Lugar, de Cambalud, de Casablanca, de Los Lomitos, de los Rosales. Que sabían de las ventas y las compras de Josefa Navarro, de Bme. Sánchez Ortega; y a las cuñadas de D^a Josefa que se llamaron M^a del Pino, Josefa, Juana, Benigna. Que estaban el tanto de los blancos costales que salían de los molinos; del coste de las piedras del molino (¡16 duros en 1901!). Y de los 210 reales de vellón que rentaba el Molino del Roque; y de las hipotecas de Don Cleto Matos, angustiado por sus apuros pecuniarios. Y que sabían andar con los ojos cerrados por los caminos colindantes de la acequia de Casablanca, por la del Capitán Rosales, por la del Albercón de Los Dolores y por la subacequia del Trapiche; cuando el Trapiche destilaba sabor de azúcar y de miel. Y en más de una ocasión servían de hombres buenos en los litigios de aguas, en las protestas de los acequeros, de los de la Heredad, de los molineros... Frailes que tenían la misma fe que había animado a aquel peregrino llamado Roque, caminante de los pueblos de Italia, enfermo de la peste, espejo de virtud para Gotardo (conquistado por la ejemplaridad virtuosa del Santo) y, sobre todo, hacedor de milagros. Como el de la fuentecita milagrosa con la que pudo curar sus males: “un manantial de agua clara y cristalina”, reza el rústico novenario relator de la vida del Santo, entrañable regalo de una convecina vuestra. ¿Tal vez parecido al vecino manantial de las aguas burbujeantes?. ¿Tal vez semejante al naciente de las aguas del barranco, también tocadas de dones curativos?.

Ni era fácil saberlo, ni los frailecitos de Fargas se preocupaban por contestarse tales preguntas.

Allí estaba la fuente, allí estaba el “milagro San Roque”, “abogado contra la peste” y allí estaban ellos, en su convento, rezando y laborando.

Mientras el agua seguía discurriendo, día a día, por el Cauce del barranco. Clara y cristalina, con el murmullo y el alivio de tantos males.

Hasta aquí la primera postal.
Aquí llega la segunda. Se titula:

II.- “El agua de los molinos”

Como la cola de un dragón, el barranco. Enroscado, en movimiento, emballeteado por las altas paredes de las laderas, trenzado por laureles y por palmeras, enverdecido por los siglos de agua, de murmullo y de silencio.

Sí, allí está el barranco. Bajando en busca del mar. El de Firgas es generoso, bien hundido, separando y uniendo dos pueblos; y bautizado con nombres diferentes a lo largo de su recorrido: Valsendero, de la Virgen, de las Madres, de la Montaña, de Guadalupe, de Azuaje y de S. Andrés. Envalentonado y convencido de ser río sin orilla, el barranco aún conserva agua, aún da fe de su condición de madre húmeda y fresca.

Las más importantes, la del Agua de Firgas y la de Azuaje. La primera, orgullosa de sus burbujas coquetas y ruidosas; la segunda, con la sombra de recuerdos. Cuando, desde 1868 y en el Hotel de Azuaje, se escuchaban discos de ancianas gramolas, desgranadas notas de algún piano y, de vez en cuando, algún trío musical que ponía más ritmo a los bailes veraniegos. Era un hotel, como decía una guía turística de la Belle Epoque, con “magníficas habitaciones... con espléndido comedor, ... comida de la mejor calidad. Todos los días festivos –concluía el anuncio– almuerzo extraordinario y the danzant”.

Por él, según refieren los periódicos, pasaba “lo más granado y selecto” de nuestra sociedad. Nuestros jóvenes abuelos y aún nuestros padres gozaron del “The danzant” de los días festivos; a lo mejor, “con tanta salsa” como el “The danzant” del añoso Hotel Sta. Brígida, cruzado por fantasmas rubios para que un poeta metido de cronista, pudiese escribir sus deliciosas crónicas de sociedad.

Sombra de sombras hoy, sus galerías abiertas, sus balaustradas, sus habitaciones derruidas parecen conservar fragancia de madre selva otoñal. Olor casi de tomillo reseco y amarillento.

Luego, más arriba, un anexo del Hotel, refugio amoroso de lunas de miel, escondrijo de fines de semana, oasis perdido en la ladera del barranco, desde donde era posible escuchar el gorgoteo del agua y el croar de las vespertinas ranas.

A mi, amigo de fantasmas y de sueños, me viene a la memoria las escenas vagorosas que en mis años infantiles me relataba mi mejor cuentera –mi propia madre–, cuando recordaba sus paseos matutinos, recién casada, por estos caminos

de la Capellanía impregnados de frescor húmedo y mañanero.

Y luego, los molinos. Los molinos de agua. El Molino de las Madres, con agua del Valsendero y con la gruesa de las aguas de la Heredad; y con sus litigios, como lo refiere puntualmente mi fraternal Juan Díaz en su libro Molinos de Agua en Gran Canaria. O el Molino de San Roque en el Lomito del “cigüelo”, con sus acequias murmulleantes de agua, vecino del manantial de agua con burbujas; con su tolva, con su pescante, con su rodezno, con las cargas de las maquilas y con sus piedras descomunales movidas, según las consejas del pueblo, por las brujas nocturnas y parlanchinas...

O el del Repartimiento, tal vez el más venerable de todos los molinos de Fingas. Con sus aguas llegadas desde las Madres para regar la caña de azúcar del siglo XVI, nacida como milagros de capellanías y de datas. Y con sus escurrideros, con sus mohosas acequias, con sus cantoneras. Y con sus amarillentos documentos que hoy parecen ser testigos mudos de tanta historia...

Molinos de agua, molinos harineros, algunos endulzados con melaza; molinos avencindados en las faldas de los barrancos, oliendo a agua fresca y a tierra húmeda. Molinos que aún hoy, por sus boquetes y por sus correntías silenciosas, quieren recordar el bullicio runruneante de su piedra giratoria y trituradora...

III.- “La fotografía”

En la margen izquierda del barranco, el fotógrafo. Con su trípode, con su magnesio y con su caja oscura; a la derecha, escalonados, veinte o treinta veraneantes. Dispuestos para ser fotografiados. Al fondo, el viejo Hotel de Azuaje, aún plétórico de vida y de bullicio.

En primer plano, echado en el suelo, un joven; algunas mujeres –muy pocas–, vestidas de blanco, con peinado de la época –¿1920?–, los hombres, con sombreros flexibles, algún maipó, corbatas de pajarita. Y todos, absolutamente todos, vestidos con traje completo –pantalón y americana–, mirando hacia la cámara.

Se me ocurre que en cualquier tarde, de cualquier verano de Azuaje, apareció por el Hotel, el fotógrafo de chalina y guardapolvo, dispuesto a inmortalizar, en papel amarillento, las imágenes de los veraneantes de Azuaje.

Porque allí, hoy ruina de ruina, hubo movimiento, bullicio y algarabía. En las mañanas veraniegas, los veraneantes se disponían a recibir el baño diario, con sus albornoces, con sus zapatillas, con sus toallas; con sus “buenos días” escuchado como ritual; con las idas y venidas del bañero que apenas tenía tiempo para atender a tanto huésped.

Durante semanas, en el viejo Hotel, se reunían decenas y decenas de veraneantes. Para alborozarse con tanta frescura, para gozar de tanta belleza, para escuchar el sonido de la naturaleza: croar de ranas, silbido de viento, arrullo de agua, eco de mirlos.

Ayer, rumor de silencio, de verdor y de agua: encaballada entre Firgas y Moya, cruzada por los veraneantes con chapoteo infantil. Hoy, ruina, abandono, silencio; cuando no suciedad, negligencia y dejación.

El gorgoteo del barranco aún parece seguir sonando. Sin la alegría de otro tiempo, sin el tráfago de otros días. Endormidos por el tiempo, solitarios, las ranas, los mirlos, y el viento apenas se escuchan. La destructora mano del hombre continúa su labor segadora.

Y allá arriba, la Villa parece indiferente y sorda.

Sin embargo, un testigo sí queda de la Firgas de fin de siglo y aún de bien entrados los años veinte. Me refiero a la Fonda, fechada en 1872. Con más de un siglo en sus ventanas, en sus puertas, en su piedra azul y blanca. Desde ella, cada mañana, camino del barranco, salían los veraneantes a lomo de mulo. Para solazarse por las noches con la cháchara, con el gramófono o con el *mus* repetidor. Aún parece escuchar sus ventanas el runruno de otras décadas. Y aún parece no estar arrullada por el sopor de la senectud.

El brillo de la piedra, el lustre de la jambas, el chirrido de las ventanas, la armonía de los zócalos perviven con un latido inaudible, pero vigoroso.

El mismo que yo quisiera que ustedes escuchasen, en esta tarde, en la cual sombras, recuerdos y fantasmas han pasado por delante de nuestros ojos: el tintineo de las campanas, el bamboleo de San Roque, la algarabía veraniega.

Y la fragancia nítida de un ayer que parece tan duradero como esa piedra azul de la plaza, como esa agua del barranco, como ese ronroneo de piedra del molino.

O como ese aire limpio y azul que desde hace quinientos años ha teñido de pátina eterna el agua, la piedra y la tierra roja de esta Villa.

De Juan Rejón al Sargento Antúnez (1)

Pregonar, decir en alta voz lo mucho que la ciudad ha vivido a lo largo de estos casi quinientos años de historia, relatar sus gestas y heroicidades, sus zozobras y temores, sus turbulencias y enconos, sus demandas y exigencias, sus necesidades y deseos, sus grandezas y miserias, su vida, en fin, es tarea ímproba; más digna de un orador maestro que de un aprendiz de mala retórica. De ahí que mi esfuerzo se oriente más a buscar, para releer en alta voz en vuestra compañía, los amarillentos folios, conocidos algunos y menos conocidos otros, en los cuales quedaron encerrados trozos palpitantes de una ciudad, hecha con el esfuerzo no sólo de sus municipales, sino también con el inaudible latido de sus calles, con el recoleto silencio de sus plazuelas, con el tintineo de sus campaniles, con el sigiloso y constante quehacer de sus moradores. De sus vecinos, que son los nuestros, aquellos que plantaron el Real ahí, en el altozano de San Antonio Abad, los que la hicieron crecer desde las huertas de San José hasta las del Camino Nuevo, los que la amurallaron primero al borde del barranco y luego en el borde del de Mata, los que la defendieron en la caleta de Sta. Catalina o en el bosque del Batán, los que llenaron esta plaza vecina con griterío y estruendo durante las calendas napoleónicas, o los que, impotentes, presenciaron el incendio de las Casas Consistoriales hace ya más de un siglo.

Narrador apasionado, tal vez un poco imparcial, procuraré revivir páginas que han pasado ignoradas o recordaré, sacándolos de la torrentera de la historia, nombres que hoy son para nosotros eco, sonido o memoria. Procuraré, si me es posible, y permitidme esta vanidad, pregonar lo que Unamuno llamó la intrahistoria, porque sin duda en ella, "la escrita con la estela del arado", es en donde podremos encontrar la simiente más ejemplar y fructificadora.

La primera hoja arrancada de nuestros anales está aquí.

Juan Rejón ha regresado a Canaria, después de ser rehabilitado por los Reyes. Desembarca sigilosamente en las Isletas un dos de Mayo de 1473, hace hoy casi quinientos años. Se encamina al Real, se aloja en casa de Pedro Hernández, en la plaza de San Antonio Abad; espera a que amanezca para, terminada la función religiosa de la Cruz, poder leer, en presencia del Alcalde Mayor, la provisión Real:

"fallamos —relata al escribano de la Real Cámara— que lo contra él intentado no ubo lugar y lo restituimos en su onor y buena fama y vida, y lo damos por libre y lo mandamos que buelva a la dicha ysla de Gran Canaria y acabe su conquista..."

Y refiere el cronista —tal vez el propio Jaimez de Sotomayor, testigo de los sucesos— que, hecha información,

"ubo otro testigo que juró que Pedro de Algaba uendía la ysla al rei de Portugal... por lo cual le mandó degollar en la dicha Plaza de San Antonio, con trompeta alta y uoz de pregonero, que manifestaba la culpa, y echó al Dean Bermúdez de Canaria a la isla de Lanzarote..."

(1) Pregon de S. Pedro Mártir. Abril de 1973. Las Palmas de G. C. Casas Consistoriales.



Juan Rejón, señor de horca y cuchillo, “restituido en su honor y buena fama”, nuevamente gobernador de la isla y justicia mayor de la misma. Parece trasoirse la voz del testigo que acusó tan gravemente a Algaba y hasta se nos ocurre escuchar todavía el eco de la trompeta anunciadora de la próxima ejecución del reo. Desearía, os lo confieso, conocer el nombre de aquel vecino mio, pregonero como yo, que sin solemnidad académica y sí “en alta voz” –como buen pregonero–, proclamaba el anuncio de muerte entre las resonadoras paredes de la plazuela de San Antonio Abad...

Pero pasemos la hoja, tal vez dos, y nos sobrecoge saber que un año después, Pedro de Vera, nuevo gobernador insular por mandato real, inventariaba los bienes de Juan Rejón, conducido una vez más ante la justicia de los Reyes para responder de los graves cargos que se le imputaban. Permitidme, porque la menudencia es mucha, que prefiera, por ahora, releer el inventario para conocer luego las acusaciones. Prefiero presentaros un cuadro doméstico de la vida insular en el siglo XV, en los albores de nuestra nueva vida; cuando conquista e incorporación empezaban a caminar juntas, y cuando las justicias y los ajusticiados estaban escribiendo los primeros anales insulares.

**“y era lo siguiente –relata el escribano–:
quatro cauallos con sus sillas y frenos,
quatro adargas,
quatro pares de corazas, las dos con aforros
de zeda y la clavazón dorada,
quatro cotas de malla,
una dozena de paueses y rodela,
tres docenas de lanzas,
una caja de aparejos de la gineta,
muchas cabezadas y riendas, sinchas, látigos,
pretales, arciones y estriuos, y espuelas y
otros aparejos,
dos arcas con ropas de su uestilo,
dos jarros de plata,
quatro tazas de plata,
un saléro de plata,
doze cucharas de plata,
dos paños de corte,
dos rreposteros,
mesas y sillas y otras manudencias de casa,**

Solamente –añade no sin un cierto tono humorístico– le hizo gracia de la cama y se la envió al navío. Todo lo demás lo hizo uender y rrematar con brevedad, e no gozó –comentaba el puntual historiador– el señor Pedro de Uera poco del uarato”.

Hasta aquí el ajuar de un gobernador destituido. Muchos arreos de caballero: sillas, adargas; cotas, mallas, corazas; cabezales, pretales, estribos y espuelas. Pocos útiles de casa, aunque de noble factura: la plata de los saleros, de las tazas y de las cucharas. Poquísimos, muy pocos muebles, “mesas y sillas” reza el texto, sin más comentario. Como única referencia, permitirle llevar la cama para el cómodo viaje de regreso. Pero no nos cuenta el cronista el cuchicheo de los vecinos del Real, aun-

que sí lo adivinamos, porque, dice, “mostraron con lágrimas que mouían a compasión y hazían llorar a quantos los uían”; como si de plañideras de tratasen. O como si el encarcelamiento de Rejón tuviese tonos funerarios y premonitorios.

De nuestros vecinos de San Antonio Abad, ahí queda ese bodegón de cosas vivas, esas “menudencias” no mencionadas por el escribano, esos cuchicheos adivinados en la relectura, ese cúmulo de informaciones y denuncias, esos pregones de ejecuciones; y, también, las cotas, las mallas, los caballos, las cucharas y los reposteros de Juan Rejón iban a parar a quién sabe qué manos de mercader para seguir dejando estela de historia. Porque, una vez más, no es el galope de los caballos o las lanzadas del guerrero lo que hemos escuchado, sino el recuento de domésticas intimidades, estela de tantos recuerdos, impregnadas de tanta vida.

La noria del vaivén histórico se repitió años después, cuando Pedro de Vera, el que “gozó del varato” de Rejón, es destituido por los Reyes y residenciado por Francisco Maldonado, pesquisidor y juez para averiguar la verdad entre las muchas denuncias que a la Cámara de los Reyes habfan llegado. Y que no eran pocas, como lo refiere el escribano de turno.

Ahorcar, por rebelarse contra su autoridad, a Alvaro de Oviedo y a Antón de Santo Domingo; a Juan Francés, “porque uino de noche a la dicha ysla y sobió por encima de la cerca”. Apoderarse de esclavos y bienes abintestatos y prisioneros, como hizo con “Pedro Trujillo (en nombre de Vera), alcalde que fue en la dicha ysla (que) tomó ciertos lienzos e bonetes e zapatos a Fernando Cabeza e un puerco cebón a otro vecino”. Imponer severas sanciones, como desterrar de la isla “por jugar a los dados” y quedarse con “syete negros, dos hembras e cinco machos”, precisamente propiedad del jugador desterrado; o apoderarse de “tres esclavos machos”, propiedad de Lope Salazar, un portugués juzgado por “sodomítico”. Y muchos más cargos, según refiere Pedro Muñoz de Córdoba, escribano real que el 1 de Octubre de 1492, ya en vísperas de América, rellenaba folios y más folios con las declaraciones de los testigos.

Pedro de Vera, residenciado, marchó a Jerez de la Frontera, en donde recibe, pasados diez años de su residencia, nueva denuncia formulada por un procurador del Obispo para reclamar “ciertos esclavos e vacas”, que Vera decía haber comprado y que el Obispo reclama como de su propiedad. Esclavos y animales, tierras y casas, rapiña y robo fueron el signo de su paso por la isla; y no en vano, tal vez porque ya había fama de su proceder, las lágrimas de los insulares no parecen ahora tan baldías. Aquellas recogidas por el puntual Jaimez de Sotomayor, en la punta de su pluma.

Pedro de Vera y Juan Rejón enmarcados con letra menuda, vindicados, “fatigados” —según expresión castiza—, llevados y traídos por jueces y pesquisidores, entre informes, residencias y juicios; acusados de mal gobierno, en boca de sus gobernados; manchados de robos, muertes, hurtos, pillaje y abusos sin cuento; cruzados sus nombres por esclavos, vacas, casas, bonetes, caballos, saleros y lanzas que iban a

parar a otras manos, llenas más de deseo de rapiña que de amor.

Para sí había amor en esta otra relación que conocemos de Don Juan de Frías, el primer obispo residenciado en Las Palmas, tutor de una “reyna de Canaria”, dice el texto, con la que, en 1482, a causa de una larga enfermedad, tuvo que gastar “en melecinas e purgas e xaropes e en una maestro que la curó, sycientos o cinquenta maravedfés”, cantidad que hoy nos puede hacer sonreír, si se tiene en cuenta que la enfermedad duró más de dos meses y que medicinas y médico tuvieron mucho que hacer en la mejora de la enfermedad, en estado de gestación muy avanzada y con graves contratiempos durante su viaje y estancia en tierras de Andalucía, a donde fue llevada por encargo del Obispo.

La niña recién nacida, dice el Obispo, necesitó “seys varas de frisa blanca o pardilla para mantillas a sesenta maravedfés la vara”; también, “lienzo para sauani-llas o camisitas”, “un par de zapatas”, “ocho varas de frisa verde para unas falderas, e un sayo e dos faxas”, así como “diez varas de lienzo para dos camisas”. Pero no sólo vestidos, sino muchas otras atenciones: “una cama e un colchoncito e una almohada e un paño para cobija de frisa”; todo con el coste de “600 maravedfés”. Menudencias de un nacimiento arropado por frisas y mantillas; y, sobre todo, por amor. Porque, no en vano, Frías, celoso defensor en todo momento de los nativos, buscaba por todos los medios ayudarles y honrarlos. Para que en ningún momento se sintiesen ni vejados, ni olvidados. Más importante que las corazas y las mallas de los guerreros, estas “savanillas” que arropaban a un recién nacido, la más importante preocupación del celoso Pastor.

Importante debió haber sido este “principito”, según reza el texto oficial, ya que los gastos y las atenciones son variadas. La partera recibió “seys reales”; el “ama por la crianza”, cuanto tiempo hiciese falta, y ya se vio que duró casi dos años. La “Reyna” de Canaria, según se deduce esposa del Guanarteme que fue a Calatayud a rendir pleitesía a los Reyes, costó sus buenos maravedfés, y al Obispo muchas preocupaciones, pues, por otras cuentas se infiere que el Guanarteme y sus acompañantes estuvieron a cargo del Obispo, casi mensajero Real y acompañante de insulares tan distinguidos.

Cuando el Real andaba encrespado con turbias andanzas y con rapiñas y sentencias, un insular ilustre, el Guanarteme y su esposa, acompañados por los suyos, marchan a la Península para saludar a los Reyes; y “la Reyna de Canaria... que me la entregaron doliente a muerte”, era mimada y solícitamente cuidada por médicos, parteras y criados a fin de que pudiese llegar a donde estaba su esposo, posiblemente por aquellos días ya en compañía de los Reyes. Los mismos que con los dineros de sus arcas —puntualmente anotados por el Obispo— pagaron todos los gastos de viajes, enfermedades y canastillas.

Cuentas estas, la de Frías, mucho más valiosas que las otras muchas que tuvieron que ser pagadas por las arcas de los Reyes; porque expresan la voluntad de con-

cordia y unión que en todo momento movió a la conquista, aunque las rencillas y los odios, las apetencias y las rapiñas enturbiasen muchas de sus páginas. Los “onze meses y medio que estuvo en poder del Obispo la Reyna hasta que llegó a menos de su marido”, fueron, pienso, los más fructíferos de la Conquista, porque fue el tiempo en que sólo amor guió viajes y avatares tan diversos.

Pero volvamos las páginas. Casi un siglo después, en 1575, la isla siente la amenaza de la peste, por aquellas fechas dueña de Europa. Las autoridades insulares toman sus medidas, y las de Tenerife, más celosas, prohíben todo tránsito entre Sta. Cruz y “los puertos de Canaria”. Audiencia y Consejo de Canaria, por boca de Pedro Escobar, regidor y procurador de las Palmas, piden y exigen que se levante la prohibición “por parte del Alcalde de la fortaleza de Sta. Cruz” para que no se interrumpa el tan necesario intercambio de mercancías y de pasaje entre las dos islas mayores.

Se abre una información para desmentir bulos tan poco fundamentados, y gracias a ella conocemos los nombres de médicos y boticarios de la isla. Alonso Pinto, médico, declara que “a entendido de ninguna de las enfermedades que aida avido ni aya en esta ysla peste”; Alonso Fiesco, médico residente durante catorce años en la isla, afirma que “no an sido enfermedades de peste ni de landre ni de otro mal que se pueda dezi pestilencia y que si alguna ay son dolores de costado y calenturas que dan con frio”. Mateo y Pedro Alarcón, boticarios, informan que en sus boticas no han despachado “medicinas para tales enfermedades”; y, por último, Alvaro Méndez, cirujano residente hace 14 años en la isla, dice que no “ha visto apostemas que se nombran carbunclos antraces que estos son apostemas venenosos que son indicios de peste”. Las autoridades sanitarias certifican la buena salud de la isla, y Don Hernán Pérez de Grado, Regente de la Audiencia, bajo pena de fuerte multa, ordena que Alcalde, Alcayde y “guardas de la fortaleza de Sta. Cruz” no impidan la entrada y salida de pasaje y mercancías entre Canaria y Tenerife.

Razón sobrada tenía la Audiencia para exigir con tal solemnidad la apertura del puerto. Años atrás, en 1570, en Lanzarote, los berberiscos habían asolado Teguiise; los ingleses habían desembarcado en Gomera, y en la misma Canaria, gracias al arrojo de sus defensores, el ataque pudo ser rechazado. No hubo, en ningún caso, aviso ni ayuda de una isla a otra, ya por temor, ya por falta de medios. Aislarse no era buena política, sino agruparse y defenderse; y defenderse en común, ante peligros tan continuos y reales. El celo y la prontitud del Regente estaban sobradamente fundamentados. Y, sin duda, es uno de los antecedentes más claros del sentimiento de agrupación entre las islas, problema en el que la Audiencia, a lo largo de cinco siglos, llevó siempre la palabra más oportuna y la más prudente, cuando no, como en este caso, la más enérgica. Unir y no dividir, fue siempre su lema: y buenos sabores conoció por esta política.

Veinte años después, en 1599, el holandés Van der Doez conquista y saquea la ciudad. Los versos de Cairasco celebraron la heroicidad de los insulares, improvisa-

dos infantes que resistieron, lucharon y, entre pólvora, fuego y sangre, obligaron a reembarcar a un enemigo superior en número y en aprestos bélicos. La ciudad había conocido el saqueo sistemático: tres conventos, el Palacio Episcopal, buena parte de Casas Consistoriales y casi 40 de las mejores casas de la ciudad quedaron destruidos. El Castillo de Sta. Ana hubo de reconstruirse, el castillo de La Luz reparado y en el cerro de San Francisco tuvo que restaurarse lo que la artillería enemiga había dejado inservible. Los Reyes enviaron a un pesquisidor, con poderes especiales, para ayudar y para investigar. Las autoridades insulares, celosas en extremo, dificultaron su tarea, pero se pudo, con ayuda de ingenieros, reparar y construir; para volver a dar vida a una ciudad que había conocido el horror de la ocupación militar.

El ingeniero militar Próspero Casola levantó un plano de la ciudad poco después de la invasión holandesa; dos siglos después hacía otro tanto Don Pedro Agustín del Castillo. Los dos planos pueden superponerse; la ciudad apenas ha cambiado. Limitada al Sur por la muralla que arrancaba casi desde la Plaza de Sta. Isabel (hoy Colegio de Jesuítas); por el Norte, por otra muralla paralela al hoy Camino Nuevo. En medio, el barranco, con un endeble puente situado casi a la altura de la Iglesia de los Remedios, la que, con 16 iglesias más y conventos restantes, destacaba en el plano, junto con la Iglesia Catedral. Las calles, por Norte, apenas pasaban de la iglesia de la Concepción (hoy San Bernardo); por el Sur limitaban con la línea Sto. Domingo - Sta. Isabel; hacia el occidente, con las huertas que ocuparían las paredes del Hospital de San Martín. Más allá de la puerta de Triana, las arenas que conducían al Puerto, flanqueado el camino por las ermitas de San Sebastián y San Lázaro. Hasta la ermita de San Telmo aparece rodeada de mar, playa y soledad. Una ciudad casi flanqueada de cubelos, castillos y murallas, como un fortín militar; escondida del mar, su peor enemigo; recogida en sus escasas plazas, entre las que destaca Sta. Ana por su cuadratura y espaciosidad.

Ciudad, como se ve, reducida a un perímetro estrecho y a una vida monótona. Volteos de campanas, alguna mojiganga por el Corpus y casi como única actividad cultural, ciertos círculos literarios nacidos al calor del Cabildo Catedral, foco importante en la trasvida ciudadana e insular. Por los demás, pueblo y nobleza rabiosamente separados y sólo juntos en las grandes solemnidades religiosas. Así, en 1707, al proclamarse heredero el recién nacido príncipe Luis de Borbón, hijo del Rey Felipe V, o cuando moría alguna reina, de las muchas que tuvieron nuestros Reyes de la Casa de Austria; o cuando llegaba, muy tardíamente, la noticia de alguna victoria militar sonada... El puerto, lejano, languidecía con soledad y ausencia de navíos; y una rústica posada, para la que el Rey destinó un corto pecunio, acogía por el momento al sufrido navegante o al destrozado pasajero.

Las disputas de privilegios —enfermedad nacional contagiosa a todo lo ancho de las Españas— conmocionaban el aletargamiento insular. Inquisición y Audiencia, Cabildo y Gobernador, Capitán General y Obispado, tales eran las instituciones que, en más de una ocasión, llenaron con sus quejas las cámaras reales, en defensa de privilegios, de derechos o de aspiraciones. En la Plaza Mayor, en la de Sta. Ana,

flanqueada por los edificios más notables de la ciudad, discurría la vida ciudadana. Porque en ella radicaba el latido de todos sus habitantes.

Don Pedro Agustín del Castillo, relator puntual y minucioso, da cuenta de las fiestas celebradas en la Plaza con motivo del nacimiento del hijo del Rey. Los cabildanos, antecesores de los actuales munícipes,

“el pecho guarnecieron con estimables joyas, los sombreros con preciosos cintillos y airosos penachos blancos, las mangas de color celeste franqueadas de oro y plata, manguito y media blanca, los caballos primorosamente jaezados, y alumbrada cada uno dos hachas que llevaban dos lacayos. Marchaban delante de todos, dos clarines con sus ropas de carmesí y dos tambores también a caballo”.

Viene al recuerdo la estampa brillante y multicolor de aquellos cuadros del siglo XVII que tienen por marco la Plaza Mayor madrileña: salpicada de caracoles, antes jinetes, de damas emperifolladas, con olor de fiesta y solemnidad. La Plaza de Santa Ana, guarnecida de ruido, de color, de fasto y de esplendor, parece un grabado de la época en el que no faltan ni siquiera los clarines y tambores anunciadores. Hasta la música de Diego Durón, músico de la capilla de la Catedral:

“con la más dulce y acorde armonía de voces e instrumentos festivos cantaron aplausos de nuestros Amados Monarcas y feliz nacimiento” –concluye el cronista.

Pueblo y nobleza, música y salvas de pólvora, cohetes y palmas, hachones y mojigangas, cintillos y penachos: así fue la gran fiesta de la Plaza. Una escena más de nuestro álbum histórico.

Dos siglos después, un cronista de pluma irónica y mordaz en ocasiones, la de Don Domingo José Navarro, nos da estas imágenes incompletas de Las Palmas, a comienzos del siglo XIX:

“la doble curvatura que con miserables casuchas de marineros formaba la calle de Triana hasta la esquina de Matula.. como un extenso basurero de escombros; las revendedoras, las lavanderas y mariscadoras del Risco; las reducidas celdas, húmedas pocilgas en que se asfixiaban los elefanciacos de San Lázaro; los altos muros jorobados del convento de San Francisco; las tiendas de la Peregrina de avecindados malteses y dos varoniles isleñas, algo turbulentas... que se mataban como perros y gatos; las cuatro esquinas, reunión de vagos y noticieros, en las márgenes del barranco; los cinco escalones de pizarra de la entonces única botica de la isla; la hediondez del agua de la fuente del Perro (hoy calle del Muro); los miserables cuartuchos de la calle del Toril oliendo a morenas y breças fritas; las piltrafas cubiertas de moscas en la única carnicería; las escribanías de la calle de Herrería salpicadas de tinta, de puntas de cigarro y de basura; la matraca y el reloj de la torre Norte de la Catedral; el fangal de la fuente del Espíritu Santo; los dos largos balcones de hierro de las Casas Consistoriales, y el estrépito de las corras arrastradas por yuntas de bueyes a través de las calles llenas de fango y de polvo”.

Como se ve, un trozo de prosa naturalista; una visión más que una descripción. Pero el puntual cronista no exageraba mucho. Otras crónicas y otras prosas coinci-

den en puntos comunes. Desde las “casuchas” de los marineros de San Telmo hasta las cuevas del Risco: desde la calle de Matula hasta las plataneras vecinas del entonces recién estrenado cementerio, sólo pocilga, griterío y turbulencia. Unico oasis, esta Plaza Mayor, rodeada por balcones y por torres catedralicias sintonizadoras. Ciudad en la que Luisa Montesdeoca, borracha y loca; José, el de Telde; Isabelita, desatinada y lenguaraz; Pablo Jariano, con voz aguardentosa y salmodiadora; las vendedoras, pregoneras y gritonas: todos ponían música no muy acorde a los trabajos y los días de los probos ciudadanos que procuraban librarse de tanta locura y algarabía.

Otro testigo de la vida ciudadana fue Antonio Bethencourt, vecino de la calle de Peregrina, comerciante, autor de sabrosísimas anales domésticos de Las Palmas decimonónica; como esta página digna del mejor gacetillero de sucesos:

“Mataron anoche –8 de Abril de 1804– a un estudiante de Fuerteventura que llamaban Velázquez, habiendo concurrido con otros estudiantes a un baile que se hizo en casa de las Morenas Patricias... enfrente del maestro José Magás... y su muerte fue una puñalada que le dieron por los compañeros”.

El crimen debió ser muy comentado, porque Alvarez Rixo, historiador de más bríos, también lo menciona, y añade todos los detalles del proceso, cárcel, y fuga de los inculpados, así como la supuesta complicidad de un clérigo, hermano de uno de los detenidos, llamado Graciliano Afonso, en aquellos días en vísperas de sus oposiciones a la canongía doctoral de la Catedral. La inculpación no fue probada, pero su nombre estuvo en boca de la ciudad, ya que A. Rixo refiere, con todo detalle, la intervención del futuro doctoral en la fuga de los presos, con borrachera de los carceleros y con limas pasadas en medio de la comida... Un capítulo rocambolesco y original¹.

Tal vez las “morenas Patricias”, Aspacias de muchos Pericles, tuviesen un modesto *nitgh club* que más de una vez se encresparía por el ardor de sus visitantes, o por la agitación de los ponches reiterados que se tomaban los visitantes y las visitadas. Tal vez una de las Patricias no usaría basquiña y mantillas de blondas, como cualquier dama distinguida; y sí saya de alepín. Tal vez Roberto Afonso, Basilio Velázquez o Juan Sosa, protagonistas del suceso, llevasen casaca, capa o bayetón, pues de algún modo debían ocultar sus ausencias del Convento de San Agustín y del Seminario, en donde vivían. Tal vez, en las mesas del mencionado *club* no hubiesen jícaras de chocolate, ni bizcochos lustrados o bollos de refrescos. Tal vez las camas de las habitaciones tuviesen cobertor o tal vez una modesta traperera. Y, sin duda alguna, en algún clavo, un color ya indefinido, estaría colgada una calceta higienizadora, restregada de sudor y de agua. Sí, la casa de las Patricias, tan frecuentada por jóvenes turbulentos y por maduros y probos caballeros, tendría poca luz y mucho alcohol. Por eso, seguramente por eso, Don Antonio, que tenía tratos comerciales con las dueñas de la casa, supiese tanto de sus interioridades; y, sin duda, por prudencia calló todo lo que yo, en gracia de la imaginación he añadido por mi cuenta, con ayuda del diligente Navarro.

La ciudad, la nuestra, seguía su vida; entre bullicio, silencio, algarabía y recogimiento. Mientras los vecinos transitaban lo menos posible por sus callejas, o mientras los toques de campana de la Catedral o de San Agustín anunciaban muertes o alegrías. O mientras en las galerías de esta misma casa, la que procedió a la que hoy nos acoge, los diputados y venían con mucho nerviosismo...

Y el motivo no era para menos. En el mes de Julio de 1808, después de haber pasado por el Puerto el barco de Bayona con las noticias harto confusas de los sucesos ocurridos en Madrid, los ánimos de las autoridades y del pueblo se contagiaron de los chispazos revolucionarios. El Capitán General es destituido por la voluntad del pueblo, los magistrados de la Audiencia son encarcelados, los militares no adictos corren la misma suerte y se constituyen las Juntas y Cabildos Permanentes. En los balcones de las Casas Consistoriales, se escucha la oratoria inflamada de tribunos improvisados, como el fraile Raymond o el cura Gordillo, fuego vivo del nuevo régimen. Los muchos peligros que rodeaban al nuevo Cabildo, formado de forma tan tumultosa, eran muchas. Desde la pretendida invasión de terorenses que venían a libertar a varios prisioneros encerrados en el castillo de Sta. Ana, hasta las denuncias formuladas contra ciertos canónigos que se decía tenían comunicación con los "enemigos del Cabildo", al decir del cronista. Los pasquines embadurnaban las esquinas de la calle de Herrería, los soldados hacían guardia en la calle de los Balcones, el Consejo se reunía una y otra vez para decidir si se iba a Tenerife, a la Junta Suprema de La Laguna. Y el coronel Quintana, anónimo cronista, se reunía con el doctoral Afonso, con el canónigo Albertos y con el poeta Bento para comentar las últimas noticias...

Nunca como entonces, la Plaza tuvo tanto bullicio popular, adornada no de bordados y blondas y sí de bayetas y palos. Las arengas desde el balcón del Ayuntamiento apenas se apagaban por el tañido campaneril. Quintana, Raymond, Bayle, Rocha, Russell, Gordillo, entre los diputados; Hernández, Herrera, Quevedo y Sánchez, entre la gente del común, fueron convecinos nuestros que en aquellos años de furia, de sangre y de terror, testimoniaron con su quehacer que la ciudad seguía viviendo. Y que de la vida ciudadana ellos eran latido muy importante.

El mismo latido que podemos escuchar en el relato de Domingo Déniz, encargado por el Alcalde López Botas de recomenzar las obras de la Alameda, interrumpidas desde 1849. El Dr. Déniz, alumno de Montpellier y París, quiere para su ciudad un rincón grato y amable; y sus esfuerzos se estrellan con la desidia o con la estulticia. López Botas, heroico y sufrido como todo Alcalde, publica un banco, redactado por Déniz, que viene a ser una Carta Universal de la defensa de los jardines:

"que no es permitido tenderse en los bancos para dormir; sentarse de espaldas al paseo con los pies sobre los cuarteles del jardín; treparse sobre los bancos de dichos asientos... porque -añade prudentemente el esforzado jardinero- no es posible poner un guarda al pie de cada árbol, al frente de cada planta; y las faltas que se cometan serán tanto más tristes y perjudiciales si provienen de personas que por su educación y clase no debieran cometerlas".

De ahí los partes, los continuados partes dados por el guarda, para denunciar las gamberradas de conocidos vecinos, de ilustres apellidos, que transgredían, con escarnio y mofa, las ordenanzas municipales; y de ahí las salomónicas disposiciones del Alcalde al imponer “cuatro reales de vellón” de multa, y una felicitación a la Dirección “por el celo que constantemente despliega en obsequio del buen orden y régimen de la Alameda”.

De ahí, también, los roces que Déniz tuvo con el recién nombrado Jefe de Policía Urbana, deseoso de inventariar todos los útiles que había en la Alameda, especialmente el excesivo “gasto de Belmontina” empleada en alumbrar los paseos nocturnos en la Alameda; roces que López Botas, siempre moderador, supo aclarar con prontitud para tranquilizar al sulfurado Dr. Déniz al verse inventariado con tanto celo por la autoridad municipal. Y buen falta hacía la “belmontina” porque desde 1840 ya había alumbrado público en la ciudad “desde el toque de oraciones hasta que el reloj de la Catedral toque las doce de la noche, menos las noches de luna clara”, rezaba la ordenanza. Con 169 faroles, incluidos los de la Alameda; esos que Don Domingo defendía con tanto ahinco.

Al igual que la escrupulosidad y rigor histórico de José Miguel Alzola han hecho posible conocer los avatares de la Alameda, la minuciosa y paciente labor de Simón Benítez –nuestro minucioso historiador– nos ha dado a conocer los partes que el Sargento Antúnez enviaba al Alcalde López Botas, empeñado, contra viento y marea, en modernizar una ciudad que había sido durante tanto tiempo un aduar con aspecto de zoco.

Don Juan Pestana, vecino de la calle de Los Canónigos, debió haber tenido genio vivo, porque, cuenta Antúnez, que le “rompió en sus narices la papeleta que el guardia Juan de Dios le entregó para que albease la casa”. El guardia Mirabal –continúa Antúnez– debía de ser modelo de holgazán, porque “no quiere limpiar las telarañas del techo de los arcos del Ayuntamiento... y los concejales por un poco se rompen la cabeza por no haber encendido el quinqué que está al subir la escalera”. Los insultos de las bañistas de San Telmo sorprendidas por los gamberritos de turno, las guardias sufridas de Antúnez en la playa para sostener el buen orden y decoro de los bañistas, de las denuncias que formula contra los escándalos de Juana la Jonda, la Caboblanco, la Juana Bocacambada, Blasinilla la Pájara, descendientes tal vez de aquellas jaracandosas vecinas de la calle de Botas; o los partes en que se consignan que los bañistas de la Playa de San Agustín (el San Agustín de nuestra ciudad) no tienen “calzoncillos ni nada que los cubra”.

Todo esto, sabroso e histórico, no son sólo páginas, sino cinta sonora que escuchamos hoy de nuestra ciudad, nacida hace ya casi 500 años y que, día a día se iba haciendo y deshaciendo.

Porque su Conquista e Incorporación, se me ocurre pensar, no empezó ni terminó con las calendas de Juan Rejón, de Pedro de Vera, de Pedro de Algaba, o de

Oviedo, de Antón de Santo Domingo o de Juan Francés, testigos de aquellos inciertos días de 1480 o 1490; ni con las peticiones de Pedro Escobar, Regidor de la ciudad en 1575; ni con las declaraciones del médico Alonso Pinto, auscultador de vivos y de muertos; ni con la pólvora y el incendio de Van Der Doez; ni con la minuciosidad de Pedro Agustín del Castillo, ni con los caballos primorosos que caracoleaban en Santa Ana en 1707, ni con los gritos de las mariscadoras de la calle de Matula; ni con el bullicio de las gentes apiñadas debajo del balcón del Ayuntamiento para escuchar la furia apostólica del frayle Raymond, tremolador del retrato del rey Fernando; ni con los esfuerzos de Déniz, López Botas o el Sargento Antúnez. No, la ciudad sigue hoy conquistándose e incorporándose. Y, estoy seguro, que Antúnez, López Botas, Déniz, Raymond, Russell, Velázquez, las Patricias, Pedro del Castillo, Pinto, Escobar, Juan Francés o Algaba están hoy con nosotros, los del Tren Vertebrado y la Ciudad Alta, los de la Avenida Marítima y el Gran Puerto, los de Nueva Isleta y Casablanca, los de Guanarteme y Santa Catalina, los de San Lorenzo y Tamaraceite. Sí, estamos con los Bermúdez, los Pérez, los Calcines, los Monagas, los Velázquez, de ayer que están hoy con nosotros. Porque ellos, nuestros vecinos de San Antonio Abad, de la Matula, de la Portada o de la Alameda fueron los que hicieron posible esta grande y nueva ciudad que hoy sigue siendo tarea nuestra.

Porque sigue siendo hecha, día a día, con el trabajo de todos los de ayer y los de hoy.

Carta apócrifa a Don José de Viera y Clavijo (1)

Esta tarde, admirado don José, cumplimos con el rito de bautizar un volumen que viene a ser epítome o cartilla de aquellas vuestras *noticias de la historia*, la de los cuatro volúmenes: hechura de vuestros esfuerzos y de vuestros sinsabores.

Desde aquel primer viaje vuestro a Cádiz para imprimir el primer tomo —argonáutico viaje subvencionado por el vellocino de la amistad tertuliana— hasta vuestro regreso a las Islas “para vegetar” y para enseñar, transcurre lo mejor y lo más singular de vuestra vida.

Y en las *noticias* —en la *historia*, como la conocemos hoy— queda referido con puntualidad, con rigor y con gracejo todo cuanto podía saberse en vuestra época de las Islas, de estas nuestras Islas de nuestros amores y nuestras desventuras. Desde la Mitología hasta las minucias y pecadillos de aquellos Intendentes prevadicatorios o desde la evangelización indígena hasta la administración más meticulosa de aquellos Presidentes que fueron Regentes, Capitanes generales y cuasi Virreyes de medio maravedí. Marchan, redoblan, desfilan, con paso medido o bélico ritmo, las páginas del libro por las manos del lector. Decisoras de hechos, narradoras de sucesos, henchidas de vida.

Y hasta podemos conocer los últimos avatares de la España borbónica insular, de aquella España vuestra del Rey Carlos, Alcalde de tantas Españas. Sacudida en las Islas por litigios, por menudencias, por intereses cortesanos y no precisamente bucólicos.

Ahí están, ahí quedan vuestras *noticias* como obra clásica de nuestra historiografía. Y como modelo de un estilo de escribir.

Por esta razón, por este vuestro modélico estilo de contar y narrar, es por lo que, entre otras razones, Joaquín Blanco, el autor de este epítome, se sintió atraído por vuestro nombre. Por eso, pasó tantas decenas de horas leyendo libros y documentos. Y por eso, yo puedo dar fe que cada buena nueva de Viera, hallada por su afán rebuscador, era saludada con regocijo en la covachuela bibliotecaria que fue asiento de nuestros ensayos de incipientes investigadores. Vuestras cartas, con sabor de miel y mostaza; vuestros versos, de versallesco patrón; vuestros sermones, orondos y solemnes; vuestras traducciones, recreadas por vuestro ingenio, admirado don José. Y vuestras prosas capitulares, impregnadas de latido vital.

Todo, todo ello buscado y revivido por nuestro Joaquín Blanco, colonizador de vuestro ingenio, conquistador de vuestra sabiduría, injerto fértil de vuestra ironía.

(1) Presentación de la Breve Noticia Histórica de las Islas Canarias, de J. Blanco Montesdeoca (I-XII-1983).

De ahí que un buen día, nuestro Joaquín se lanzase a apretujar, a exprimir las páginas de vuestras *noticias*. Para hacerlas legibles al común; para acercarlas a un mayor número de lectores. Para convertirlas en Cartilla obligada de cualquier curioso de nuestra Historia.

Y entonces se hizo el milagro. Una y dos, y tres ediciones agotadas de la *Breve Noticia Histórica*. Esta última casi vendida antes de recibir las aguas bautismales. Sí, milagro de vuestro hechizo y milagro del concienzudo resumidor de vuestra Historia.

Y el milagro es vuestro; y del autor de la *Breve Noticia* y de vuestro soplo inspirador. La narración y el retrato, el relato y la leyenda, el rigor y la ligereza se han asociado en este cartógrafo dieciochesco que es Joaquín Blanco, para ofrecer esta nueva edición. Con tinta fresca y con aliento clásico. Odres nuevos con vino viejo.

Ofrecerla a vuestra curiosidad, admirado maestro, es mi mejor deseo.

Y tengo la seguridad que allá, en los altos de las sombras de vuestra casa de Santa Ana —sombra de sombras—, entre el soconusco y el chocolate ofrecido por vuestra doña María, podréis releer, entre sonrisa y fruncimiento, el mejor jugo extraído de vuestra propia obra.

Acicalada. Resumida. Rejuvenecida. Para solaz de los buceadores de nuestra historia.

Ayer y hoy (1)

Ya rompen en el aire los cohetes, ya el olor a pólvora y a fiesta inunda el pueblo, que cada año, jubilosamente, parece recordar otros Septiembre otoñales, otros cálidos, brumosos y grisáceos Septiembre icodenses, aromados de vinos, de mostos y de azahar. Ya están los cohetes en el aire, y la ciudad de Icod dominada por el fervor de las fiestas.

Y aquí estoy yo, pregonero por obligación amistosa, y desde ahora entrañablemente atado a este aroma de festejos, sintiéndome un icodense más; arrollado por esta suma de tradiciones que en el tiempo y la distancia parecen volver a tener vida. Porque la tradición, la tradición viva, parece resucitar desde las piedras; o parece hundirse en el aire en esta plegaria comunitaria en la que el placer y el sentir forman una unidad indisoluble.

Icod vive, sigue viviendo bajo el signo del Otoño, bajo el signo de los ubérrimos pámpanos, dorados y negros, bajo el frescor del mosto que sale de sus lagares, bajo el terso y purpurino líquido que salía por los puertos vecinos de Garachico o del Puerto de la Cruz camino de las bodegas inglesas, francesas u holandesas. Icod, ciudad otoñal, en la que el verde, el dorado y el azul parecen los colores más significativos. Porque el Otoño de Icod es azul y brumoso; azul en el cielo y brumoso en ese manchón gigantesco que es el Teide, dominador del Valle y alentador de este aire, limpio y puro.

Y junto al Teide, el Drago, "cáliz gigantesco y eterno", arrumbado desde los siglos, que parece estallar en el aire, con su colosalismo: Acunador de las generaciones que lo han ido mimando y conociendo.

Icod dominado por el triángulo invisible del Teide, Drago y Vino. Triángulo mágico que ha envuelto su historia, que ha determinado su destino, que ha marcado su tradición y su pasado.

Pero Icod, pienso, es algo más. Es un conjunto de estampas, una suma de cuadros, un infolio de páginas amarillentas que parecen escaparse de los portales de piedras azuladas y teas ennegrecidas, de los patios de gárgolas silenciosas, de los claustros que un día tuvieron vida, de las callejuelas que ayer estuvieron llenas de rumor y ecos. Icod es, además, historia, historia viva, cargada de símbolos, enriquecida por la gracia. Como la que tiene ese barbado dios que en un gesto entre picaresco y coqueto, parece estar señalando, en el convento de San Francisco, el azul del cielo o los racimos tentadores que nunca llegaron a acariciar sus manos. El viejo barbado franciscano, el taimado tritón escapado de las playas de San Marcos, parece simbolizar la trasvida icodense, enriquecida de mollicie juguetona y femenina.

Icod, como dijo Carlos Murciano, tiene “sonido de aguas y rumor de mirlos”. Y el agua, borboteadora por sus acequias y por sus fuentes, acoge a esos mirlos, avecindados en el monte frondoso vecino o en el barrancar ignorado. Icod enciende “un mirlo en su garganta”; y la garganta sigue teniendo esa mágica, esa única nota musical que parece llenar el entorno del pueblo:

Forma tienes de cruz, ciudad de ensueño,
y es la cruz, que en tus brazos te inaugura,
mástil fiel del amor con el que sueño.

Así cantaba nuestro poeta Emeterio G. Albelo a su Ciudad; así la entreveía a la sombra del Cristo. Cristo y Ciudad entrecruzadas.

Teide, Drago, Cristo: símbolos de un pueblo, heraldos anunciadores de su historia. Y, junto a ellos, la vid, los pámpanos verdes, la uva pletórica, el mosto feraz. Icod y sus vinos, Icod y sus toneles. Icod acunado en las bodegas de los navíos anclados en los puertos vecinos. Icod, dando vida al Siervo de Dios, antes remachador de toneles que pregonero de la voz de Cristo; con sabor de mostos entre sus manos.

Pero Icod, además de lirismo, tiene historia; hecha con retazos pequeños, con sonidos inaudibles, con sudor y con esfuerzo. El barroquismo de Fray Andrés Abreu, la vio así en 1701, año de pólvora y sangre en el sitio de Gibraltar; cuando las calles barcelonesas se llenaban de griterío borbónico. El idílico Fraile contemplaba de este modo, a la Villa de Icod:

Es uno de los mejores lugares con que se puebla, rica, noble y devota, la isla de Tenerife; su población es mediana, el sitio alegre y agradable, a quien dieron renombre la abundancia de sus frutos.

Por la parte del Oriente y del Norte se guarnece de viñas y arbolado que parece que se despeñan hasta las orillas del Océano a descansar en sus arenas y borda aquella verde primavera con sus blancas espumas. Por la tarde del Poniente, le sirve de muro un risco, que deteniendo la infructuosa defensa del monte, se puebla de luz y verdor de las vides sobre las que se despeñan abundantes arroyos que son muy agradables recreo de la vista”.

El barroquismo del escritor nos da una imagen bellísima y singular de “este sitio alegre y agradable”. Es curioso destacar como el autor de *“La Vida del venerable Siervo de Dios”*, parece estar viendo el despeñarse de las viñas y los árboles, pobladores de riscos y de montes. “Las blancas espumas” del Atlántico icodense resultan entintadas de rojizo mosto a los ojos del franciscano Abreu. Y los “arroyos”, siguen discurriendo por el monte vecino, por entre el verdor de las vides salpicadas de marullo y de espuma.

Pero en la descripción de nuestro fraile faltan los templos, nos faltan las ermitas, las iglesias de Icod. Cinco ermitas y nueve templos, entre iglesias y santuarios: San Marcos, San Agustín, San Francisco, Nuestra Señora de los Dolores, San

Antonio de Padua, la Virgen de las Angustias, la Virgen del Tránsito, el Calvario. Nombres enriquecidos con los de sus patronos y fundadores; junto a cada advocación, los apellidos que registran sus donaciones; en las de las ermitas, Amparo, San Bernabé, Santa Bárbara y Buen Paso. Pérez Rijo, Martínez Alayón, Pérez Domínguez, Hurtado de Mendoza, Vergara, Estévez, Cáceres resuenan en las fachadas, en los portales, en las capillas, en las baldosas, con el eco de sus pisadas.

Y, en lo alto, el Cristo. El Cristo, Señor del Valle y de “alcores”, al decir el poeta. El Cristo, enjoyado por los catorce endecasílabos que vale la pena releer:

Cristo de Icod, mi Cristo del Calvario,
dulce guardián del Valle y sus alcores;
en tus heridas, Drago milenario;
y Teide agosto, en tu explosión de amores.
Cristo de Icod, mi Cristo del Calvario,
el que alumbró la fe de mis mayores:
deja que hoy me acerque a tu santuario;
y renovando todos mis fervores,
que mi canción hoy sea tu sudario;
que tu sostén, mis brazos pecadores;
y que mi pecho, roto, tu sagrario...
Cristo de Icod, oculto y solitario;
en tus heridas, Drago milenario;
y Teide agosto, en tu volcán de amores.

El poeta ha conseguido engarzar el Cristo con el Drago y con el Teide; ha encontrado para su Cristo, un nuevo santuario; y también, gracias al ritmo poético, ha esculpido en ese último terceto, *—Cristo, Drago, Teide—* el ineludible triángulo icodense. De nada vale recordar los versos de Lope de Vega, porque esta vez el pecho, los brazos, el corazón del poeta, se han convertido en himno majestuoso, íntimo y personal. Gerardo Diego, cantor del Ciprés de Silos, lo había llamado “enhiesto surtidor de fe viva”; ahora, G. Albelo escribe así sus cuartetos:

Como un cáliz brotando del anhelo,
de mi propia y ardiente fantasía;
como un cáliz te vi, te vi aquel día;
y aún te veo como un cáliz mi desvelo.
Cáliz, cáliz enorme, de madera,
con el sol, con la hostia fulgurante,
en tu propio cenit, cáliz eterno.

Ya no es “enhiesto surtido”; las rugosidades del Drago arañan altura y solemnidad, con el fondo verde de los riscales del Valle. Mientras su sombra de cáliz sigue acogiendo la vida del pueblo.

Drago, Vid, Cristo; piedras, tallas, maderas, cielo, silencio, rumores. Y calles, y callejones, y plazas, y balcones –confesionarios de requebríos–, y techos rojos, y portadas grises y rumorosas... Ahí está la historia de Icod: su ayer y su hoy. Y hasta su mañana, porque la historia no es hilandera del pasado, sino urdidora del futuro.

Para conocer mejor ese pasado, para volver los ojos a un ayer que aún percibimos, hemos querido valernos del testimonio de quienes vivieron esa historia y la contaron a su manera. No la estrepitosa y solemne, sino la tejida con sigilos silenciosos y menudencias. Más bien con brillos pequeños, instantáneas deslumbradoras. Porque estaban henchidos de calor humano.

A través de esas estampas, volveremos nuestra mirada hacia atrás, en la rueda del tiempo, para conocer algo de lo que fue Icod desde sus orígenes hasta nuestros días.

Aquí está la primera. Más triste que alegre. Llena de resonancias y amarguras. El mencey de Icod no se había sometido al poder castellano; el Adelantado lo lleva, como prisionero ilustre, ante los Reyes Católicos quienes, movidos de vanidad, lo envían al Dux de Venecia, en las fiestas de Corpus de 1496. El guanche cautivo, “impresionante y hierático”, sin perder su aplomo, va desfilando por las calles venecianas ¿Qué pensamiento, qué recuerdos pudo tener este insular icodense ante las aguas adriáticas, rememorando el espumoso oleaje de San Marcos, traspasado el corazón con el dardo duro del destierro y conquistado por la dorada maravilla veneciana?

En el año 1503, el Adelantado F. de Lugo, en un repartimiento de tierras, dona a Martín de Cosme y a Diego Pestana, un pedazo de tierra, que está en Icod, debajo de un monte y “está de un cabo un barranco en que está un pino, y del otro cabo está otro barranco, en que está una palma cortada, y está un monte en que están unos dragos. Asimismo vos doy otro pedazo, que está a cabo del barranco donde está el pino, que es donde el dicho pino a una plaza donde bailaban los guanches en su tiempo arriba, junto con el barranco, hasta el monte grande...”. Los nuevos dueños de estas tierras donadas oían aún los pies bailadores indígenas. En esa tierra en donde hubo ritmo, gracia y movimiento, se estaba ya gestando un pedazo del futuro de Icod, delimitado muy claramente a través de la prosa notarial, por barranco, monte y dragos, señeros vigilantes del pueblo. Barranco, drago, palma y pino que aún es posible que puedan ser imagen viva y actual.

1602, 1676: se construyen los primeros molinos en Icod, según lo refiere Martínez de la Peña. Rumor de piedras trituradoras, correr de acequias y cubos blancos con techos rojizos, caminos que se abren desde las últimas calles del pueblo, Molinos de agua y de viento; molinos señaladores de caminos y callejones. Molinos vecinos de casas ilustres por apellidos sonoros: Los Ascanio, Los Molina Llarena, Los Cáceres, no muy amigos de ver trocado el sosiego por el rumor de las maquillas. Molinos que un día rompieron el silencio de la villa...

Fragancia de estampa conventual es la que trasciende de la prosa del Arcediano Viera, puntual cronista de la fundación del nuevo convento bernardino en Icod, asentado en el viejo hospitalillo, en donde encontrarían aposento los pobres del lugar. Doña Tomasina de Santa Catalina, en compañía de tres monjas más, hizo viaje desde Las Palmas; y, según cuenta Viera, necesitó más de once días para llegar a su nueva fundación. Después de haber sido recibidas con cruces y ciriales, de haber sido hospedadas en conventos laguneros y orotavenses, de haber tenido acompañamiento ilustre “llegaron a Icod —dice Viera—, se apearon en la iglesia parroquial, donde fueron recibidas con cruz y cera de manos, y conducidas luego en procesión a su convento”. Mientras tanto, el pueblo cuchicheaba y comentaba la apertura del nuevo convento, regido por estas cuatro monjas dispuestas a sembrar amor y misericordia.

Don Lope Antonio de la Guerra, contemporáneo de Viera y autor de unas *Memorias* que son ricos anales insulares, refiere cuál fue la angustia que embargaba a los laguneros y a los icodenses, aterrorizados en 1761 por el fuego y por la devastadora cigarra. En La Laguna, pasto de las llamas fue el Convento de las Dominicas; en Icod, la casa de José Lucas de Medranda, en donde hubo muerte, saqueo y robo —“ni aún las descomuniones bastaron para que las volvieran”—, —cuenta Don Lope—. En la isla toda, las nubes pardas de la cigarra, contra la que se esgrime la fe insular y el milagro de San Plácido y otros santos, sacados de sus ermitas y arrullados de Tedeums. ¿Pudo haber ignorado el cronista lagunero tal vez, las procesiones y rogativas icodenses, resonadoras de fe sencilla en el ámbito de altares, artesonados y confesionados? Como un ángel exterminador, también conoció el Drago, el Pino y la Palma de Icod, la voracidad africana; y también supo de santos flamígeros y ahuyentadores.

En las mismas páginas de *Las Memorias*, en 1762, se lee un epitafio:

En fin, en esta Iglesia, en este hoy,
sin lápida, sin Mármol, ni Epitafio,
sin Ofrenda, sin Tumba y sin Escudo,
Don Cristóbal del Hoy halló descanso.
Marqués de San Andrés y de Buen Paso,
Vizconde sin igual, que dejó todo:
su nombre, fama y títulos dejando.
Nació en La Palma en tiernos años.
Garachico e Icod, de sus vivezas,
gracias, chistes y enredos fue el estadio,
La Orotava y el Puerto fue su circo,
y su valle de lágrimas, Santiago.

La sombra del Vizconde del Buen Paso, cortejador impenitente, galán sin fronteras, piropeador de la desconocida dama icodense con “talle de palmera”. Este Vizconde soñador de versos, requiebros y acrimonias, en estas calles de Icod deste-

rrado; este raro y excepcional poeta, cantor del Teide, aparece desnudo y marmóreo, a través de los esculpidos versos del Arcediano Viera.

Bueno es, a modo de recuerdo, recrearnos en una de sus piezas poéticas más notables, en su Soneto al Teide, fechado en 1731, año de su fuga de Paso Alto; soneto considerado hoy pieza antológica. De tanto fuste como las mejores estrofas barrocas de su tiempo.

Estos son los versos del Vizconde:

Cuan distinto, hermoso Theyde elado,
te veo y ví, me ves, aora, y viste,
Cubierto en risa estás cuando yo triste
y cuando estaba alegre, tú abrasado.

Tú mudas galas como el tiempo ayrado,
mi pecho a las mudanzas se resiste,
yo me voy, tú te quedas, y consiste,
tú Estrella en esto, y la crueldad de mi hado.

Dichoso tú, pues mudas por instantes
los afectos. ¡O quién hacer pudiera
que fuéramos en estos semejantes!

Para tí llegará la Primavera,
y a ser Otoño volverás como antes,
más yo no seré ya lo que antes era.

Releer hoy este soneto, al pie del Teide, contemplado con nuestros curiosos ojos de viajero, nos hace ver que el Marqués, exiliado de su patria, recrea su visión con ojos distintos a los nuestros. Ya no es manchón gigantesco, sino sólo “hermoso Teide alado”. Y en ese hielo, en ese frío está el corazón, aterido de amor. Las salpicaduras de un corazón angustiado, encuentran resonancia en las “mudanzas” del volcán. Porque el conceptismo del poeta lo lleva a esos derroteros: oscuros, barrocos, pero magistralmente expresados.

El octogenario Marqués de San Andrés iniciaba, de un modo magistral, el tema del Teide en nuestra poesía. Lo proseguirán otros muchos, especialmente los románticos; pero ninguno alcanzaría a expresar, con tanta belleza, con tanta pasión y con tanta concisión, el sentimiento inspirado por la ausencia del volcán amigo.

El Tiempo, el oneroso, el insoslayable, viene a ser el protagonista del poema. En el último terceto, especialmente, parece recorrer las estaciones de la vida. Siguiendo la mejor técnica quevedina, el poeta juega con el hoy y con el ayer.

Y como ese ayer, hoy, nosotros, al pie del volcán, deseáramos, como el Marqués, "quedarnos", permanecer. Sin que el ominoso ovillo nos condujera a otros Otoños ineludibles.

El Otoño, el mismo en el que ahora nos encontramos, es el mismo que presagiaba el vizconde cuando, en la rueda de la Fortuna, resultaba anunciador de los azares, los incontables azares de su vida.

Por eso, se diría que el dorado Otoño icodense podría ser el símbolo de nuestro pregón. Un pregón que desaría tener la remembranza poética del viejo Marqués, helado, sí, pero abrasado.

Abrasado de juvenil pasión de enamorado.

El ojo que camina (1)

En esta plaza de San Antonio Abad, por donde ha pasado un ángel de Fellini para transformar su silencio de piedra en aleteos de bambalinas blancas, yo quisiera a modo de guía acompañarles a ustedes, por un paseo imaginario. Por un soñado paseo durante el cual nos acompañarán seres fabulosos, seres presentidos, animales gráciles e indómitos, sombras de seres y blancos de mármoles vespertinos —mármoles coloreados de otoño malva—; seres y sombras que se convertirán en movimiento, color y vida merced a la paleta creadora de un artista.

Yo les sugeriría entrar por la primera puerta para quedar deslumbrado por un damero coloreado de carteles. Carteles deslumbrantes, carteles dorados y negros, carteles fantasmales que anuncian el quehacer múltiple del artista: cineasta, decorador, surcador de formas y colores.

Después, en las salas altas, caminad con presteza. Porque un galope de ojos, de ojos desconcertantes, mortecinos, escrutadores y monocordes, os perseguirán. Los ojos aparecerán escondidos en los rincones más inesperados: saltarán de un pliegue, burbujearán de un relincho, se asomarán debajo de las manos o de los pies, rebotarán desde el mismo cuadro: como un único, inconmensurable ojo caminante que nos siguiese por nuestro recorrido. No nos libraremos de él; será señal y aviso, destello y guiño, siseo y pliegue. Ojo, dominador, que se escapa y vuelve.

Allí, en aquellas dos parejas de ojos que nos miran a nuestra izquierda; allí, entre aquellas formas gráciles, mofletudas y marmóreas; allí, entre las galopadas de unos caballos pifiantes, hiperbóreos y alados. Caballos, caballos multiplicadores que nos harán compañía por todas las salas que visitemos. Ojos caminantes, sí, que van galopando junto a nuestra sombra.

Yo os invitaría a un alto cuando os encontreis delante de los dos grandes cuadros, en donde no se sabe si admirar más la quietud escalofriante o la tensión escondida presagiada por los gestos de las figuras. Esas nebulosas, blanquecinas y lineales figuras arrancadas de entre las arrugas trazadas por la espátula del pintor. Pintor fabricante de arrugas rítmicas, de arrugas corcoveantes, de arrugas acompasadas por un trote incontenible de los caballos soñadores.

Porque los caballos, los caballos de cuévanos blancos y mortecinos, vuelan y galopan; se encabritan y se desbocan. A través de crines aladas, a través de figuras estáticas, admiradoras de su belleza y de su ímpetu. Como aquel hipógrifo de patas en el aire, dispuestas al vuelo, reposo del héroe ensangrentado y muerto; contemplado por figurones arrancados de lienzo cuatrocentino o de un fresco de Miguel Ángel.

Caballos, obsesión del artista, perseguidos por galopes de madrugada blanca, por rubenianos corceles asomados por fuera del marco: con enarcadas patas voladoras, como si de mitológicas criaturas se trataran. O como si el pintor hubiese arrancado de sus sueños esas imágenes estilizadas y presentidas.

Caballos, figuras, ojos, en donde el reposo se convierte en movimiento; en donde el arco tenso de la lividez se torna palidez y frialdad. Con la magia de la espátula, con el poder creador del artista, apaciguador de las múltiples y silenciosas batallas que libran sus criaturas.

Y en este paseo, multiforme y agobiante, por más de cien cuadros, será posible preguntarse por el silencio expresivo de los gestos, por el escorzo violento de las figuras, por esos muertos callados y mudos: por esa creación de fantasmas con alma inundadores de los espacios más recónditos de cada cuadro.

Aunque al final, ahogado por tanta blancura, el visitante habrá enriquecido su espíritu con una sensación de serena quietud. Porque el artista, potro sin freno, ha conseguido comunicar al espectador ese tornasol de luz vespertina, mortecina, mármorea, expresión fiel de sus más escondidos sentimientos.

Busquemos, pues, al fiel acompañante, al Argos de cien ojos, que no nos abandonará desde el momento en que entremos en el reino de los blancos y sugeridores sueños de Pepe Dámaso.

Cuadros y marcos (1)

Contemplando esta espléndida exposición de artistas canarios, me viene al recuerdo una lección, una inolvidable lección que Juan Antonio Gaya Nuño, uno de los maestros en la historia del arte español, dictaba en 1958 sobre la "Ataraxia y el desasosiego en el arte".

Gaya Nuño decía, glosando en cierto modo al maestro D'Ors, que toda sociedad, cualquier sociedad, necesita sosiego para contemplar las manifestaciones artísticas que en ella se produzcan. Conservadurismo, clasicismo, serenidad, tranquilidad, son los caracteres señalados por Gaya como los fundamentales para que una sociedad, como la griega por ejemplo, pudiese dar a luz tan hermosas obras de arte. Admitiendo el doble juego de arte sosegado y el arte sin sosiego, podríamos señalar parejas tales como arte helénico y helenístico, arte gótico y romántico, arte renacentista y pre-renacentista, neoclásico y barroco, impresionista y romántico. Frente al desasosiego del uno, la serenidad y la tranquilidad del otro. Así planteaba Gaya, en líneas generales, y citando ejemplos bien concretos de cuadros, esculturas, este juego de la historia del arte.

Mencionaba a Florencia ciudad monumento como raíz del Renacimiento, en donde la placidez, la frescura de Fray Angélico, de Fray Filippo hacía que pudiesen entenderse, decía Gaya, el nacimiento vertical de Venus, aquel nacimiento de Venus en donde el mar y las diosas que la acompañan complementan la serenidad de todo el cuadro. Por otro lado, Roma, con la Iglesia de Santa María de la Villoria, con el éxtasis de Santa Teresa de Bernini, trance místico, arrobos y delirio que justifican la anormalidad de la exageración y la desproporción.

Saltando en el tiempo, llega Picasso, el segundo gran genio, después de Goya; el genio con paz y tranquilidad, a pesar de su furia, a pesar de su desbocamiento. Como ocurre en el *Guernica*: precisamente por su capacidad de genio y por esa ataraxia que le acompaña. Picasso es, recordémoslo, el último gran maestro del noventa y cinco y el verdadero iniciador del arte contemporáneo. Ese arte contemporáneo en donde la angustia y la desolación son constantes atosigadoras. Y en donde, con la llegada del arte abstracto, parece surgir una atmósfera sedante conseguida gracias al planismo, a esas líneas y superficies que el artista antes ha conseguido plasmar dentro del lienzo.

Viene todo a cuento, repito, al contemplar esta exposición en donde hoy nos encontramos, en donde podemos admirar las firmas y las obras de 13 nombres señeros dentro de la historia del arte en Gran Canaria especialmente. Porque sin ser Las Palmas ni Florencia ni Roma precisamente, en ella podemos seguir un poco de lejos lo que sociológicamente ocurrió, lo que pudo ser reflejo de muchos de estos cuadros o de alguna de las firmas de estos cuadros.

(1) Presentación de la Exposición "Artistas Canarios". Banco de Santander, Las Palmas de G.C.

Pensemos, por ejemplo, en Néstor, por citar un nombre concreto. Néstor es uno de nuestros grandes artistas. Es un pintor de talla internacional. Néstor había expuesto en París, había convivido en Londres con artistas y con técnicas nuevas, entonces nuevas claro está; y regresa a su ciudad natal movido por muchas razones, y entre otras la de su espíritu creador y reformista. Se lanza a pintar, consigue con su hermano Miguel esa obra, esa pequeña maravilla que es el interior del Teatro Pérez Galdós; sueña con ese *Pueblo Canario* que hoy podemos contemplar, un tanto mitificado desgraciadamente, y deja ahí los lienzos de sus retratos, de sus dibujos: su *Poema del Mar*, su *Poema de la Tierra*. Crea y rompe los moldes de una sociedad en la que vivía, lanza a una ciudad provinciana y pequeña a la vorágine de unas cabalgatas que hoy nos parecen casi de película de Hollywood y, repito, todo esto lo hace en contra de una buena parte de la ciudad, apoyándose en una minoría que eran sus amigos y colaboradores; consigue, en fin, crear o mostrar un nuevo arte con unas características que ahora no vamos a examinar, pero que responden claramente a cuanto hemos venido diciendo, a cuanto hemos escuchado de la propia y sabia palabra del profesor Gaya Nuño.

Néstor, sin ser Picasso, es también punto de arranque de una buena parte de nuestros artistas vivos y de algunos muertos que aquí contemplamos. Néstor fue un pintor clásico, un pintor en el que la tela, el color y el impulso renacentista podemos contemplarlos en alguno de sus cuadros y Néstor es, en resumidas cuentas, un maestro, un artista que supo llevar con su ataraxia y con su genialidad a su ciudad por unos derroteros que rompían por completo los moldes, las costumbres, que le eran tradicionales.

Por eso, cuando contemplamos hoy una vez más esta exposición, sería cuestión de reflexionar lo que significa el esfuerzo hecho por este Banco de Santander en mostrar no tan sólo un retablo de nuestra historia de arte más reciente (de finales del S. XVII hasta nuestros días), sino además, una historia en donde laten tantos artistas hijos de esta isla o acomodados en ella, que lucharon, que vencieron o fueron vencidos por la atmósfera ahogadora que los rodeaba.

Porque el artista, no lo olvidemos, es un ser raro, singular y excepcional. Y el artista, mirado desde los ángulos o las artistas más esquinosas de la sociedad, nunca se adapta a ella. Se enfrenta con ella. En ocasiones se burla de ella. Y la sociedad se defiende del artista olvidándolo o silenciándolo.

Este esfuerzo que el Banco de Santander ha hecho al presentarnos esta hermosa, esta singular muestra artística nos ha movido a estas reflexiones, que dicen muy poco, ya lo sé, del análisis artístico que debió haberse hecho de esta exposición. Pero que espero que nos mueva a recapacitar sobre lo que cada uno de estos nombres ha significado en la sensibilización de nuestra cultura; y de los esfuerzos que por culturizar a nuestra isla estos hombres hicieron.

Hombres y nombres, que son ya historia, reunidos, presentados hoy en este haz fulgurante y plástico, gracias a la voluntad y a la fina sensibilidad de los rectores bancarios que hoy son nuestros anfitriones.

Madroños y palmeras (1)

Camino de Las Vegas. Hacia arriba.

Por el viejo camino real: el que subía por San Roque; bordeando el barranco. Hasta llegar a las fincas del Salvago, proseguir por el camino de La Angostura; o para seguir subiendo por Tafira, Monte arriba. Hasta llegar a serpentear San José; hasta pisar, entre magnolias y bungavillas, la plaza del pueblo. Para contemplar a lo lejos el paredón azul de la Cumbre; para alongarse hacia abajo en el infinito azul del mar, bordeado de palmeras, festoneado de verde, salpicado de palomares blancos. Y, sobre todo, para aspirar el aire limpio, zumbador, que llega, cañada abajo, desde Las Vegas Altas, desde los madroños ensoñadores.

El camino, hoy –ayer–, jalonado por las paredes del omnibus, glosadas por el poeta Alonso Quesada, viajero impenitente cada mañana o cada tarde, cuando era ocasional vecino de esta Villa. O por la parsimonia del *panar* gris, con sus asientos horizontales, con los guardapolvos de los viajeros, con el traque –traque asmático de motores franceses conducidos y conservados por la habilidad milagrosa de los Panchitos, de los Migueles, de los Pepitos, guiadores seguros de curvas y curvas que comenzaban en el Barranco Seco y llegaban más arriba, mucho más arriba de la Portada Verde.

Y en ese lento, inolvidable viaje de cada tarde, de cada mañana, el descubrimiento de cada recodo; la parada en el camino; la entrega de la lechera; el paquete para la Farmacia... y, a cada lado, más o menos cerca, cada vez más solitarias, la verticalidad de las palmeras, el regato del agua, la alfombra del geranio y el susurro del viento, compañero inseparable.

Pero la subida debe ser más lenta para gustar la parsimonia de las paradas. Y contemplar los rincones, las revueltas del camino. Vale la pena verlos con ojos viajeros. Para paladear el viento verde, para pisar las arrugas del volcán, para glosar piedras y casas, fincas y barranqueras, árboles y frutos: para emborracharse y deleitarse más y mejor con el paisaje vivo. Paisaje mudo de piedras, de flores, de árboles, de casas que resulta de este modo más locuaz.

Allí está La Calzada, junto al barranco, oliendo a frescor de siembras, de camellones, de papas. Y más arriba, los ojos oscuros de las Cuevas de Los Frailes, con ecos sin sonido de Fray Juan Cañas y de Fray Diego de Lebrija, despeñados por la furia indígena. Y un poco más allá, el valle de La Angostura, apretado entre altonazos verdes, rumoroso de agua escondida, agitado aún por convulsiones de lava dormida.

Y, erguida, joven aún –¿cuántas miniaturas de lustros en su crecimiento?– el

montañón de la Caldera, horadada y verde, silenciosa y testigo de tantas historias: la de la vid lozana, la del vino malvasía, la de los lagares hoy dormidos.

Como aquel de una casa por donde correteaba un muchacho, en compañía de sus padres y de sus hermanos, huyendo del Cólera, invasor mortal por los años cincuenta; un muchacho que, por esas fechas, mucho antes de escribir los *Episodios Nacionales*, relataba con dibujos y con caricaturas la historia pequeña y menuda de la isla: aquella que él, amigo de observar, de mirar, de contemplar, tenía delante de sus ojos. Abrazada de lentiscos, acariciada por los parrales y arrullada de frescor marino que subía desde la costa no muy lejana.

Y en el mismo Lentiscal, en la base de La Caldera, una casa de campo, grande, espaciosa, empinada en el volcán, en donde un político canario acogió a quienes soñaban cambiar el rumbo político de España; en vísperas del destronamiento de la reina Isabel, la de los “Tristes Destinos”, como la llamaría en uno de sus *Episodios* aquel muchacho vecino del Lentiscal.

El volcán y los lentiscos asentadores de pedazos de historia. Y de baluceos literarios.

Junto a la Caldera, ojo de gigante, el trogloditismo de la Atalaya. Con sus cuevas, con sus cerámicas, con su tradición; y hasta con su jardinería inglesa de club británico. Para alfombrar al volcán de hoyos diminutos y juguetones.

Y en una revuelta del camino, en una de sus curvas, la Finca de San José: con ecos de campanas, con frescor de aguas y con historia, con latido de historia. Allí, un Arcediano historiador, veraneó y escribió versos inolvidables:

Ved aquí un paraíso sin serpientes
donde no hay fruta al gusto prohibido,
donde todo árbol es árbol de vida.

Versos con los que ensalzaba la belleza del lugar, en el que, pasado los años, en época de angustia y de dolor —el Cólera se había adueñado de la isla— viviría también un Magistral de la Catedral, compañero del Arcediano, orador de campanilleo constitucional y degustador de la paz y el sosiego de la Hacienda de San José, desde la que escribía cartas llenas de humor a sus amigos y compañeros de coro, residente en Las Palmas y amenazados por los “coletazos del malvado cólera”, según la prosa epistolar de aquellas calendas.

Y un poco a la salida del pueblo, el camino de Pino Santo y la subida al Madroñal, con su vieja ermita; y en la bajada hacia La Angostura, el Palmeral, oasis de erguidas palmeras. Y más abajo, el Barranquillo, una finca con algo de historia.

Un jesuita buscaba dinero para que la misión y el colegio de la Compañía

pudieran sostenerse. Con la mejor voluntad marchó a Cádiz, convenció a Doña Catalina de Guzmán, y con los 4000 pesos que recibió se dispuso a comprar dos fincas, una en la Angostura y otra en Tenoya. La de la Angostura, era “de viñas, casa, lagar y arboleda”. Finca, decía la escritura, dividida en dos partes por “el Barranco Grande”; lindaba con el “Camino Real” que iba por la Cueva de los Frailes al pago de Satautejo, y “con el carril que salía del camino real por delante de las casas de la hacienda, e iba a parar al Barranco Grande”. Era una “hacienda de tierras labradías y árboles con sus casas altas y sobradas, y otras bajas y bodegas. Tenía para su riego dos horas de agua del Heredamiento de Satautejo...”

Satautejo, Satautejo, una vez y otra. El agua de Satautejo, el pago de Satautejo; en donde habría “casas altas y sobradas”, con su “camino real”, con “viña y su lagar”, Sí, era el mismo que ya entonces, en 1600, venía a ser una de las madres de agua de la Isla, la que venía de la Cumbre, de la Heredad, del naciente que barranco abajo, llegaba a la alcantarilla, hoy Caja del Agua. Para distribuirse, para regar los campos; para hacer más fértiles las tierras. Para ir convirtiendo la Vega en vergel verde, amarillo, blanco. Para irlo haciendo, como había dicho el poeta, “un paraíso sin serpiente”, “donde todo árbol es árbol de vida”.

Tal vez por eso, por esa visión esplendorosa que un día pudo haber soñado el padre de la Compañía cuando adquirió “una hacienda de tierras labradías y árboles”, con sus “dos horas de agua del Heredamiento de Satautejo y dos noches y medio día de la Fuente de Visviecas”, tal vez por eso es por lo que hoy, sin duda, se tiene ansia con volver a oír el murmullo del agua milagrosa, el sigilo o canturreo de la cantonera para dar lozanía y fruto a las tierras de la Vega.

Tal vez por esa visión, es por lo que Ana Sopranis, la monja milagrosa, pudo anunciar el milagro “Ecce Homo”, poco antes de la Batalla del Batán, en el cruce del camino de la Vega y la Atalaya, cuando Pedro Torres, vecino de esta Vega, conecedor de Los Lentiscos, fue capaz de sembrar el pánico, la derrota y la retirada del holandés que había querido llegar hasta la altura de la Villa. Y cuya derrota en manos de los vecinos de esta Vega, forzó más el reembarco de Van der Doez, depredador de la Ciudad de Gran Canaria.

Sin duda, en el monte de Los Lentiscos, en los alrededores del Batán, los soldados que derrotaron al holandés fueron movidos por la defensa del agua de la Heredad, por el verdor de sus parrales, por el vigor de sus casas con labranza. Y por el sentimiento heroico que casi siempre nace en los corazones más humildes y más sencillos. Porque son los que tienen mayor dureza y mayor empeño.

Viajar y ver (1)

Si pregonar es anunciar algo importante de una manera pública, yo, en este momento desearía proclamar el pasmo, la admiración del viajero recién llegado a este inmenso valle de San Nicolás, a este hondón de tierra que desde la Cumbre hasta el mar recuerda una ancestral furia de miriadas volcánicas.

El viajero, el curioso viajero, ha llegado con reposo, con cierta comodidad, en algo más de una hora al Valle. Ha venido en el raudo automóvil. Tal vez, sostenido por el Cielo; tal vez colgado en el aire por el ángel de los barrancos. Podía también haber llegado desde el mar: desde esa boca azul, por donde tantas nuevas, buenas y malas, llegaron a este Valle.

En reposo ya, los ojos del viajero van contemplando los jirones, los desgarrones de esta maravilla volcánica; en donde el Furel, Tazarte, Tazartico, Tocodoman, la Cardonera o la Playa son evocación histórica de recuerdos imborrables. Cada uno está hecho, está moldeado por las manos encallecidas de los aldeanos, artífices de su Valle. Cada uno tiene el sudor, el esfuerzo y el dolor, con los que se ha ido amasando la historia de esta Aldea de San Nicolás.

Agua y tierra, tierra y agua han sido palabras mágicas para esta isla de isla, para este islote doblemente aislado, enclavado dentro de este peñón insular. Agua y tierra que siguen hoy teniendo eco en las bocas y en los oídos aldeanos...

Pero yo, esta tarde, no voy a volver a escribir la historia, la historia y los anales de los sudores, de los esfuerzos, de los sinsabores que han sido compañeros indelebles del quehacer aldeano. Otros ilustres pregoneros lo han hecho, con maestría y con extensión. Yo reduciré mi esfuerzo a recordar nombres, anécdotas; a limpiar rinconeras de la historia, contempladas hoy por los ojos del viajero curioso que ha llegado a este Valle para tomar con ustedes un buen vaso de sabroso vino.

¿Quiénes fueron aquellos navegantes mallorquinos del siglo XIV, que, al decir de los historiadores, fondearon en estas playas y se asentaron en este Valle? ¿Piratas rapaces, comerciantes depredadores?. Aquí en este valle, según cuentan, dejaron “una ermita muy pequeña, mitad cueva y la otra mitad de piedra”; y en esa ermita, una imagen de S. Nicolás, llegada también a través del mar. Una imagen que, al decir de la tradición, se salvó del enfado del Obispo Suárez de Figueroa, deseoso de renovar las toscas imágenes primitivas de los Santos y de las Vírgenes por otras más nuevas y más atractivas.

¿Qué hombres mediterráneos condujeron a este Nicolás de Tolentino hasta el silencio estremecedor del Valle? ¿Qué misteriosa alianza pudo haber habido entre Santa Catalina, desembarcada por las playas de las Isletas, y el Santo Obispo italia-

no, asentado en la rústica ermita aldeana?. Las respuestas no las da la historia, sino la imaginación y la leyenda; y son respuestas que parecen flotar en el espejo azul de la isla, arcángel alado y misterioso.

El mismo arcángel que pudo haber hecho brotar una “fuentecica”, de la que nos habla el historiador Escudero, cuando, en medio del fragor de la batalla, los hombres del conquistador Pedro de Vera, afanosos de conquistas, intentaban escalar el Risco “muy empinado situado encima de Tazartico”. ¿Qué agua fresca pudo haber saciado la sed de esperanza de aquellos aldeanos que defendían sus riscos contra las huestes castellanas recién desembarcadas, alentadas de tambores, de arcabuces y de caballos? El agua, siempre el agua dominadora, femenina, tentadora. El agua y la tierra, dominadoras del Valle.

La misma agua de Fuenteblanca, en los Andenes, por donde entró a la Aldea el primer Obispo que la visitaba. Visita minuciosamente relatada por el capellán Fray Antonio de Vega:

“Prosiguió su viaje hasta llegar hasta la plazoleta de Juan Viera –refiere Fray Antonio– en donde recibió la República puesta en armas, deseosa de ver a su príncipe eclesiástico, al que jamás había visto casi la mayor parte de sus moradores, y llegando a la casa de dicho capellán... se desmontó S.I. disparando toda la soldadesca... Luego salió de paseo acompañado de toda su familia, y casi todo lo más selecto de toda la República hasta el Barrio... que le obligó a decir que era el mejor paseo que había visto en Canarias y que se le parecía a otro que había visto en Europa”.

El diesiochesco fraile capellán, embargado de emoción, disparaba su prosa gerundina: los alcaldes se convierten en repúblicos, las escopetas de chispas en “soldadesca” detonadora. Hasta el hermoso paseo, el reconfortante paseo, se transforma, gracias a la imaginación de nuestro fraile, en alameda pulida y cortesana.

Por la que parece estar viendo aún al solfícito cronista, en compañía del Ilustrísimo visitante...

O aquel otro viaje, mucho más accidentado y singular que, como nos refiere el historiador Pérez Vega, hizo desde Las Palmas a la Aldea, el Padre Luján Bethencourte, en 1783. El Alcalde de la Aldea se había trasladado a la capital en busca de un capellán, porque la ermita no tenía servicio espiritual:

“Monté en la misma cabalgadura de albarda que dicho alcalde había llevado –refiere Fray Luján–, y bajando riscos, unas veces en caballería, otras a pie, después de dos noches enteras y un día de camino (¡casi tres días de jornada!) amanecimos en este lugar, el referido día ocho de diciembre, más muertos que vivos, al inexplicable movimiento y golpes de piedra, a causa de tan dilatado camino, de su tan agrio piso, del oscuro, de los vientos y el agua...”.

Movido por el celo espiritual, montado en la dura albarda, el Fraile Luján haciendo camino; luchando con la aspereza, la dureza y la oscuridad de los atajos. Y

salpicado de agua, empapado de agua, cayendo desde los riscales de Tirma, desde los Andenes, desde las perdidas y soberbias lomas aldeanas. Pisando las mismas veredas que trotaron las caballerías acompañantes del Obispo Guillén, cuarenta años antes.

El mismo camino, tal vez, que en 1777, hizo el Corregidor Montalvo, que había llegado a la Aldea con redobles de papeles judiciales, con afán de cumplir sentencias y con propósitos de embargos; mientras los asustados aldeanos no sabían que hacer con tal perentorios requerimientos.

Pero es mejor escuchar la palabra, casi la palabra viva de un contemporáneo de estos sucesos. Se llamaba Don Lope de la Guerra, pertenecía a la nobleza lagunera y fue autor de unas Memorias. En una de sus páginas, cuenta del “levantamiento en Canarias contra el Corregidor D. Ignacio Joaquín de Montalvo”. Refiere que el “cuatro de Octubre de 1777, llegó al puerto de Santa Cruz el Corregidor Montalvo; que “había pasado desde Las Palmas a la Aldea para ordenar el embarque de frutos y cuantos tenían aquellos pobres vecinos”; “que los vecinos recurrieron a hacer por su resistencia procurando que saliera de allí el Corregidor”. Mientras tanto, el cabecilla, el Sacristán de la Aldea, consigue que el Corregidor, cercado en la casa del Marqués, entregue papeles y autos; y que devuelva 30 pesos que había cobrado injustamente; y hasta consigue que sean entregados al pueblo, los veinte fusiles que tenía la gente del séquito del Corregidor. “Y que –continúa D. Lope– habiendo llegado el citado día cuatro de Octubre, dio muestras de su miedo”.

Todo el suceso, parece arrancado de una novela de aventuras. Pero ahí queda como uno de los capítulos más singulares: desde las ínfulas del señor Corregidor hasta el castañeteo que aún conservaba, después de haber conseguido salir de tal aprieto. Y desde la arrogancia de los leguleyos hasta el arrojito del sacristán, alentado por el pueblo y cabecilla de motín.

Un motín nacido en una nueva Fuente Ovejuna, con sonada de petulancias y soflamas de Corregidores y Marqueses.

Los aldeanos, después de haber sufrido las invasiones mallorquinas y andaluzas, el latrocinio de malos administradores, la mendacidad de justicias, la cobardía de tantos Corregidores, también tenían que defenderse de la “cigarra berberisca”, más fácil de ahuyentar que el enjambre de depredadores leguleyos. Contra éstos no hubieran valido las rogativas a San Antonio de Padua, con las que se consiguió salvar una buena parte de las papas y el millo que aún faltaba por recolectar. “El glorioso San Antonio”, como reza la prosa del párroco, protegió mejor la cosecha de los aldeanos contra la voracidad de la langosta que contra la de los rapaces administradores. Sin duda, porque en el libro de los milagros, no figuraba la piratería legalizada.

Corregidores, administradores, “cigarra berberisca”: los invasores de la hones-

tividad aldeana. Tierra, agua y frutos, una constante histórica del Valle. Formando el ovillo cotidiano del vivir aldeano. Siendo protagonista de sus grandezas y de sus miserias.

Cómo le ocurrió al Obispo Pozuelo, preocupado por “la obesidad del cura de la Aldea”, que no podía atender a los fieles de los pagos vecinos, impedido de utilizar cabalgadura. Consistía el arreglo, según proponía Su Ilustrísima, en que el cura de Mogán –sin duda con más arrestos o menos años– cumpliera este cometido a cambio de doce fanegas de millo para la caballería. Doce fanegas de millo, convertidas en pasto espiritual; doce pagaderas fanegas de millo de cuya suerte el cronista no nos dice nada.

El millo, alimento de cuerpos y de almas; el millo de aquella “silla”, que vino a ser el granero de las poderosas villas vecinas de Gáldar, Agaete y Guía.

Por eso, cuando en 1705, una Real Cédula de Felipe V. ordenaba que el importe “del arrendamiento de las tierras realengas de la isla, fuesen repartidas, en el término de diez años, para mejorar las condiciones de las defensas contra ingleses y holandeses”, el Rey, como señala el profesor Macías, “barría para adentro”. Procuraba que la Corona pudiese obtener beneficios, aún de unas tierras tan lejanas, pero tan españolas como estas de la Aldea. Tierras realengas, tierras procedentes de montes y baldíos que eran propiedad de la Corona y se destinaban a pasto y aprovechamiento de los pobladores.

Ahí estaba ya el germen de las futuras discordias. Ahí estaba el origen de la discusión que se promovería entre el Cabildo o Consejo, con los arrendatarios de estas tierras, a las que, con “datas” presumidas, el Marqués de Villanueva quería hacer suyas. Y, por tanto, con derecho a cobrar rentas y beneficios de las mismas. Pero los aldeanos, en contra del parecer del Cabildo y en contra del parecer parcial de algunos jueces, disputan sus tierras. Las que ellos habían trabajado durante decenios.

En 1705, en 1774, en 1786, en 1808 y en 1925 y 1926, la Aldea se ve sacudida por litigios. Sobre la Aldea cae el diluvio de los caciques devoradores y diezmeros calculadores. El trigo, la cebada, los granos empiezan a florecer en el Hornillo, en la raya de Gáldar y Artenara, en las inverosímiles siembras de estos altos riscales. En las mismas tierras en donde habían estado pastando el grano del común, ahora transformadas en siembra de granos por los hombres pegados a la tierra y dispuestos a luchar por ella. Para extraerle sus frutos.

De nada valía que Corregidores exigentes, como Ignacio Joaquín Montalvo, al igual que lo había hecho sus predecesores, dictase sentencias o intentase hacerlas cumplir; o que exigiese embargos nunca realizados. Todo quedaba en agua y cerraña. La Aldea, con su Alcalde al frente, se oponía a que nadie intentase rescatar lo que era sólo de propiedad privada.

Primero hubo roturaciones más o menos encubiertas en las tierras de pastos, en las tierras realengas. Hubo búsqueda de aguas; hubo deforestación; pero hubo, sobre todo, un afán de agrandar la superficie de cultivo a costa de la propiedad comunal.

Estaba naciendo ya un nuevo sistema social y económico que derrocaría al antiguo. "El hambre de tierra", como señala el historiador Macías Hernández, fenómeno común en la España agricultora del siglo XVIII, también llegó al N.O. de nuestra isla, también se hizo dueña de estos valles, aparentemente baldíos, pero potencialmente emporio de riqueza.

Esta Aldea fue uno de los ensayos más fructíferos de una Reforma Agraria, nunca terminada, pero iniciada por el esfuerzo, por la valentía, por el arrojo de los aldeanos de 1777, de 1778.

Leguleyos envarados llegaban a los valles de Mogán, de Veneguera, de La Aldea; afanosos de embargar, de apropiarse de cosechas, de secuestrar, de rematar, de "alargar la mano de los animales de labor y demás útiles muebles que mantienen aquellos pobres", según la prosa angustiada de las demandas presentadas por los campesinos ante el Capitán General.

Pero sería el Consejo de Castilla el que respondía a las demandas; porque era la Corona, directamente la Corona, la que tenía jurisdicción para hacerlo. Y el Consejo Real le daría la razón a los aldeanos.

Los "gallitos de aldea", los prestamistas, los usureros, se quisieron convertir en una pequeña y poderosa burguesía rural, con afán de gobernar a las muchas Aldeas españolas dominadas o amedrentadas por la petulancia y la vanagloria de tanta ave de rapiña y tanto logrero. Los cobradores de renta, siempre con apetito de cobranza, buscaban quedarse con los tributos, con las "medias perpetuas", con las semillas, con las aguas de riego. Pero los hombres de la Villa, los hombres de la Aldea, seguían defendiendo, con ahinco, sus granos, seguían defendiendo sus aguas, seguían cultivando sus tierras, hechas suyas aún con riesgo de sus propias vidas.

La tierra del Valle, convertida en motivo de disputa; la tierra del Valle, apetecida por extraños. Pero la tierra amasada por las encallecidas manos aldeanas, defendida con el sudor campesino. El Alcalde de la Aldea, Antonio Valencia, le comunica al Corregidor, en 1773:

"Me han expresado (los vecinos) que en la ocasión presente, se hallan sumamente embarazados en la recolección de sus trillas y demás ejercicios de las tierras de riego que tienen a su cargo; por lo mismo me exponen que el dicho paraje de Furel no son faldas del Pinar de Tamadaba y sí tierras calmas a las orillas del mar; que de dicho Tamadaba a dicho Furel hay distancia de tres leguas, y que en el intermedio no hay otros terrenos como es todo Tirma, y demás antes de llegar a dicho Furel, y que dicho Furel no ha sido percibidor tomado de mano poderosa; que la Real Justicia se la ha dado para que lo cultivasen y remendasen a causa de hallarse los habitantes en la defensa de cuatro puertos de mar, no teniendo ninguna

fortaleza con que defender de los enemigos, si sólo sus promesas: y que por esos motivos y otros que representaron a la Real Justicia, se les ha concedido dicha facultad, en cuya posesión han estado hasta ahora, y que no se les ha requerido judicial ni extrajudicialmente, no usen dichas tierras; y que éstas son útiles al bienestar del país, aumento de los diezmos y tercios reales de S.M., y en el interín que otra cosa se ordene por el Real Supremo Consejo de Castilla, al bienestar de la Corona y de estos pobres vasallos, les precisa usar de ellas para cubrir sus necesidades”.

Sea quién sea el redactor del texto anterior, tuvo valentía y desparpajo. El alcalde no hace caso de las órdenes del Corregidor, y justifica las razones por las que sus convecinos no pueden desplazarse a Guía, para escuchar las exigencias apremiantes de la justicia. Sólo el Consejo de Castilla, sólo la voluntad del Rey, sólo la Corona, dueña de las tierras en otro tiempo, puede tener voz en el litigio. No los resonadores de voces vacías, no los aflautados escribanos ennegrecidos de tinta y de vanagloria...

El Alcalde Valencia, muy pronto cabecilla del motín, se las puso verdes al Corregidor, anunciado con campanillas de plata, infatuado de autoridad.

Motivos había, y motivos hondos, que explicaban esta postura y esta nueva ideología. Las ideas no nacen por generación espontánea; se gestan, se maduran... hasta que explotan.

Son las ideas ilustradas del siglo XVIII las semillas fructificadoras de los motines de la Aldea; y de muchos otros motines ocurridos en las islas y en la Península. Es la Reforma Agraria, nacida para repartir y para hacer producir más a la tierra; una Reforma que, por desgracia, más tuvo vigencia en las Reales Cédulas que en su ejecución.

El Alcalde, el Cura y algunos vecinos de la Aldea, de Tirajana, de Artenara, implicados en el motín, eran socios de la Real Sociedad Económica de Amigos del País. Y la Real Sociedad, creada y alentada por la voluntad del Rey, tenía preocupación especial por la Agricultura; tenía el deseo de implantar en las Islas, como lo habían hecho otras Sociedades Económicas en otras tierras de España, la Reforma Agraria. Tierra para el hombre que la cultiva, tierra para el campesino, tierra para aquel que la cría y que la ama. No más “reales de plata por el sitio en que están fabricadas”; no más reintegro de tierra privadas a tierras comunales; no más trabajo personal convertido en servidumbre.

Se pasaba de una economía ganadera a otra agrícola; se pasaba del poder comunal al individual. Se rompía los moldes que habían existido, correspondientes a un régimen ya caduco; se quería construir otros nuevos.

La búsqueda de tierra originará el choque. La necesidad de tierras de labranzas será la chispa que prenderá en la lucha a sostener por ganaderos y labradores.

La Sociedad Económica quiso poner paz. Y recomendaba que “los ganaderos se contengan en los términos que provienen las Ordenanzas de la Isla, para no perjudicar las sementeras y plantíos; y así mismo, que ningún género de ganados vaya por los montes y campos sin pastor, capaz de poderlo atajar y gobernar”.

Las “sementeras y plantíos” que tanto papel de barba habían hecho llenar. Y por cuyo dominio habían luchado, con tanto desnudo los hombres aldeanos. Sementeras y plantíos que eran los objetivos recomendados por los socios ilustrados de la Economía; preocupados por tanta algarada y tanto desmán.

Yo no sé si la historia, los rincones de la historia que hemos ido desempolvando, con ayuda de historiadores y de cronistas, nos han dicho algo. Yo no sé si este Valle, este Valle de la Aldea, este mismo Valle, donde tanta algarada, tanto grito, tanta queja, tanto dolor ha corrido, puede todavía escuchar las voces perdidas de Antonio Valencia, de Nicolás Montesdeoca, de Ventura Rodríguez, de Cristóbal Espino, de José Ojeda, de Juan Rodríguez, de Sebastián Brito, de Domingo Delgado, de Juan Medina, de Joaquín Vega, de... tantos y tantos aldeanos que clamaron al cielo, que llegaron con sus voces a la misma Corona para defender sus derechos. Yo no sé si aún pueden resonar sus voces en este Valle.

Lo que sí sé es que, contemplándolo, colgado del cielo y bañado por el mar, el Valle, el titánico Valle de la Aldea, se nos llena de fantasmas y de visiones.

Porque si en Agosto de 1773, el Alcalde Antonio Valencia refería que los aldeanos “se hallan sumamente embarazados en la recolección de sus trillas y demás ejercicios de las tierras de riego”, yo quiero pensar que, transcurridos algo más de dos siglos, esas tierras de riego, esas trillas aún siguen llenando el aire con alegría y con cadencias silenciosas.

Y que los aldeanos de 1773 son estos mismos que hoy siguen “embarazados” en sus quehaceres. Y deseosos de un futuro más esperanzador.

Teresa de Jesús, mística y humana (1)

Voy a intentar, esta tarde, queridos amigos, hacer una semblanza muy genérica de Teresa de Ahumada: mujer y santa, sobre todo humana. Procuraré presentar ante ustedes un tríptico teresiano, en el que cada tabla tendrá su nota caracterizadora. Y en el que, en conjunto, al igual que los trípticos renacentistas —anecdóticos, aureolados—, pueda leerse, casi de una vez, la historia completa: la del santo y la del patrono fundador. Quiere decir, un pedazo de vida.

Tres tiempos distintos; tres espacios distintos; y un hilo conductor común, la palabra de Sta. Teresa, unidora de querencias. Y narradora ella misma de estos “ejemplos”, en los cuales hasta pudiera encontrarse una enseñanza moral. Enseñanza que, como los viejos cuentos, más queda en el entendimiento del lector que en las palabras del narrador.

Ya está abierta la primera tabla del tríptico. Se adivina una ciudad: algunas torres de campanarios, casas amplias, calles rectas. Y nubes, nubes grises, nubes tormentosas; y verde, verde de árboles, de pastos, verde húmedo y de pastos, rodeando las afueras de la urbe.

Entre los campanarios, el erguido y sonoro de la Concepción, el solemne de los Recuerdos y el tintineo más alegre de tres conventos: el agustino, el dominico, el franciscano. la ciudad —ciudad vieja, noble e hidalga— tiene universidad y obispado; y estudiantes, y clérigos. Y silencio. Silencio rasgado por el aire fino y montañero que parece anidarse en los bosques vecinos.

El Convento agustino, con su campanario y su balconada, fue sede de universitarios y actualmente lo es de bachilleres. Calle abajo, casas, casonas. Y el frontis gris y pétreo del Palacio Episcopal. La Compañía también tuvo en esta calle su casa; hasta que el Rey Carlos la ocupó y la entregó al Consejo.

En ella residió, durante muchos años, la ramozada Universidad, una de cuyas Facultades —entonces la más joven— ocupaba un caserón vecino; escudo en la portada, escalera holgada, galerías renqueantes y estancias solemnes y sigilosas. Allí, las voces profesoriales resonaban con más misterio; y los futuros licenciados aprendían cada día lecciones dictadas con mejor voluntad que rigor doctoral.

En una de esas aula —duros bancos, altos ventanales, techumbre de tejado—, la profesora de Literatura leía y comentaba un texto azoriniano. La profesora era joven, tímida y poco locuaz; la profesora leía con voz premiosa; aunque el ritmo y el aliento del texto suplía cualquier dificultad.

El libro se titulaba *Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros*; la edición, un

viejo Austral de siete pesetas. Releerlo hoy sirve de mucho; como decía el propio Azorín “todos estos hombres (y mujeres) que por el libro desfilan están a nuestro lado”. Y ahí están, palpitantes, actuales, remozados en cada lectura. Hasta con murmullo de vida:

“Teresa de Jesús... camina despacito, con pasos silenciosos... Con la luz viva y esplendente de la primavera; el claustro aparece henchido de resplandor... El silencio es profundo... Se escucha el trino de un pájaro... Un ciprés rígido, negro, mete su cima aguda en el azul límpido y ardiente del cielo”

Azorín. Los Clásicos Redivivos. Austral, p.38.

Así comienza, así respiraba Azorín, al releer, evocándola a Teresa de Jesús. Y así, de un modo nuevo, los recientes bachilleres volvían a conocer a la mística escritora: humanizada y llena de palpito vital. Escuchábase los “pasos silenciosos”, sentíanse la labor de las monjas, deslumbraba el esplendor de la primavera; y hasta, en el umbral de aquel portalón de la estancia, parecía asomar la sombra vivaracha de la monja Teresa Sánchez Ahumada.

Azorín, maestro de evocaciones, conductor del tiempo, conseguía desnudar a la Santa de sus fragancias místicas; y sabía resaltar la menudencia de la anécdota convertida en médula substancial.

La voz, metálica casi, de la profesora iba desgranando la lectura; página a página. Hasta llegar al juego infantil del “aparato de radiofonía”, con el que la curiosidad femenina de Teresa quedaba satisfecha, mientras escuchaba, sonriente, las últimas noticias. Entonces venían las preguntas estudiantiles de los más audaces; entonces venían las sonrisas mojigatas; entonces, la lectura se convertía en diálogo. Diálogo nada ordenado, ni ortodoxo; pero diálogo. Durante el cual cada cual intentaba enmendar la página azoriniana, o cada cual esgrimía razones históricas y sesudas para criticar anacronismo tan manifiesto.

Y Teresa, Teresa Sánchez Ahumada, sombra entre las sombras, “detenida en medio de la salita” —según la prosa azoriniana—, ¿qué decía, qué pensaba? Al decir de Azorín, sonreía, con “sonrisa moderada”.

Sonreía al escuchar tanta tragedia, al conocer tanta “defección amistosa”, tanto vituperio enfermizo, tanta soledad en torno anejo. Mientras ella, encadenada a su cuerpo con el dolor, desahoga en la prosa epistolar, en la confesión autobiográfica, en el misterio escalonado de Las Moradas, esos aleteos de palabra pura, de palabra elemental, de manantial limpio y natural.

Teresa, en medio de las paredes “blancas, encaladas” del claustro, escuchando “el trino del pájaro”, aspirando “el azul límpido y ardiente del cielo”, volcando su vida interior, confesándose en alta voz, escuchando su latido interior para expresar-

lo, para comunicarlo, para hacerlo partícipe de sus monjas, de sus hermanas claustrales.

Sí, su cuerpo, aquel cuerpo suyo, retorcido de dolor, desconjuntado; y su espíritu, su alma, que “sale de si misma a manera de un fuego que se está ardiendo... y alguna vez crece este fuego con ympetu”. ¿Podría darse antinomia mayor? ¿Sería el cuerpo de Teresa como aquel “ciprés, rígido”... que “mete su cima en el azul límpido y ardiente del cielo”. ¿Sería el alma vibradora de Teresa como las paredes de la celda que “resplandecen de luz”?

En aquel momento, cuando se escuchaba la palabra de Azorín –revividor de Teresa–, no era fácil poner deslindes; no era fácil comprender bien cuál era la palabra de Teresa y cuál el aleteo ardiente de “su interior” –como ella misma decía. No, no era fácil.

Y no era fácil, porque el auditorio estudiantil, todavía con el recuerdo de la Literatura bachilleresca –memorística y amazocotada–, no entendía con claridad aquella nueva Teresa, radioaficionada y espiritual, dolorida y espontánea, alegre y consoladora. De ahí que el continente apacible de Teresa ocultase con gran celo la compleja y torturante lucha de su espíritu. Y de ahí, también, que la nueva imagen teresiana, nacida de la prosa de Azorín, tuviese tantos blancos, tantos interrogantes.

“La Vida de Teresa –se lee en Azorín–, escrita por ella misma, es el libro más hondo, más denso, más penetrante que existe en ninguna literatura europea”. ¿Por qué –añadía Azorín– sus páginas tienen dramatismo y ansiedad? ¿Qué drama, qué ansiedad podía comunicar a su prosa aquella monja, curiosa, andariega, alegre y comunicativa?

En el capítulo II de *La Vida*, dice la Santa:

**Paréceme que andaba su Majestad mirando
y remirando por donde me había de tornar
a sí.**

Teresa llevaba pocos días en el convento; acababa de morir su madre; estaba –dice– dominada por la vanidad (“y estaba entonces –confesaba– enemiguísima de ser monja”). En tal situación, la escritora, desnuda de sinceridad, asegura que Dios la miraba y remiraba. ¿Cómo la remiraría Dios? ¿Qué acción tan figona, tan insistente, tan ahondadora, en los ojos de Dios? ¿Cómo era posible sentir, primero, y expresar después, esta curiosidad, este celo divino por “tomar” el alma de la monja, nada complaciente, “a sí”; por hacerla suya; por conquistarla con amor? ¡Qué ansiedad, qué lucha, qué turbación y zozobra la de su alma, atada aún con los “recados desde fuera”, con las llamadas del mundo!

“Estos buenos pensamientos de ser monja me venían algunas veces y luego se

quitaban, y no podía persuadirme a serlo”, concluía Teresa en el Cap. III de su *Vida*. ¡Cuánta duda, cuánto vaivén, cuánta inseguridad; y cuánta lucha!. Sí, cuánta lucha. Lucha atroz, silenciosa, sangrante; lucha interior, no ostensible; lucha de un espíritu juvenil –Teresa catorceañera, Teresa huérfana de madre, Teresa atada “a las vanidades”– madurando a fuerza de batallas.

Pero luchas, dudas, inseguridades expresadas de un modo natural; contadas a modo de consejas. No con ocultamientos simbólicos, no con figuraciones metafóricas; cuando más, con una imagen expresiva, tomada del lenguaje hablado. Mientras su alma se desespera, mientras el desfallecimiento la domina, mientras empalidece de dolor, mientras la laxitud se apodera de todo su ser, “Teresa sonrío”. Y sonrío de un modo natural; y se esfuerza por conseguir seguridad, por vencer las amenazas y “las malas pruebas”, por fortalecer “la devoción y el fervor”. Y en esta pugna, en estos trances, tan frecuentes en su vida, “Teresa sonrío”, recalca Azorín. Y, sin duda, la sonrisa sería como el “trino del pájaro”; aquel revoloteador que alegraba con su canto a las monjas que paseaban sus tardes claustrales, en compañía de la música alada y concorde.

¡Cuán fácil y natural aparecía ahora la lectura teresiana; qué sencillez antes encubierta!. Y, sobre todo, cuánta incitación nacida de la prosa azoriniana, leída y releída en clase; escuchada con sonsonete martilleante. Pero sugeridora, fuertemente sugeridora.

Prosa la suya –recalca Azorín– “humana, profundamente humana”. Aunque nacida de manantial divino. Escrita con la sangre de su espíritu, como diría siglos después el teresiano Unamuno. Hecha y amasada con palabras en donde desahogaba su interioridad; por donde las galerías menos iluminadas de su alma alcanzaban luz viva y palpitante.

Ahora sí que los bancos de la clase no tenían rudeza, ahora sí que la voz juvenil de la profesora parecía más melodiosa, ahora sí que el aire frío, invasor y dueño del aula, se volvía cálido y confortador. Había bastado escuchar la prosa sintonizadora de Azorín. Había bastado que la magia evocadora de su relectura hubiese conquistado al auditorio. Había bastado, en fin, revivir a Sta. Teresa con encarnadura mortal y corazón transverberado de amor. De amor divino y dominante.

En otra ciudad universitaria –“alto soto de torres”–, la palabra magistral de un antiguo alumno de Unamuno –el Dr. Francisco Maldonado– podría llenar la segunda tabla del tríptico teresiano.

Fueron sus lecciones –*Salvaciones* las tituló él al imprimirlas– no sólo motor, sino camino para, en compañía de Unamuno, ahondar y comprender mejor ese inte-

rior teresiano, abismo insondable en ocasiones; en todo momento chisporroteo apasionado y balbuciente.

Releía, glosando el texto con maestría, aquel fragmento del ensayo de Unamuno titulado “De Mística y Humanismo”; denso estudio confesional –Unamuno, ensayista– en el que Don Miguel consigue emparejar términos tan contrapuestos.

Según Unamuno –leía Maldonado–, Mística no es “sino ansia de la absoluta y perfecta hecha substancia, hábito y virtud intransmisible, de sabiduría divina... deseo de hacer de las leyes del Mundo hábitos del ánimo, sed de sentir la Ciencia y de hacerla con amor substancia y acción refleja del alma... fusión perfecta del saber del sentir y del querer”.

Ahí era nada. Unamuno, el “hereje” Unamuno, definiendo la Mística, haciéndolo con nuevas palabras, recreando sutilezas teológicas para llenarlas de nuevo contenido. Descubrir en las “leyes del Mundo”, hábitos del ánimo”; fusión de “saber, sentir y querer”. ¿Era esto lo que refiere Sta. Teresa; ha pasado su alma por estos estados; de verdad hay esta fusión del yo entero de su persona?.

En el capítulo IV de La Vida, Teresa refiere aquella salida furtiva de su casa camino del convento; el dolor de la partida tiene estremecimiento y vigor expresivos:

“Y con verdad, que cuando salí de en casa
de mi padre no creo será más el sentimiento
cuando me muera”,

dice Teresa. Y añade, para completar esta descripción, riquísima en matices psicológicos:

“porque me parece cada hueso se me apartaba
por sí, que como no había amor de Dios
que quitase el amor del padre y parientes”

Sentimiento, amor de padre, amor de Dios son algunas de las frases; sentir y querer, como decía Unamuno, unidos. Sentimiento y amor; y distinción de amores, el humano y el divino. Y aún este, como lo dirá líneas más adelante:

“y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma
en grandísima ternura; dabanme deleite todas
las cosas de la religión...”

Gradación sentimental completa: desde el descoyuntamiento de “cada hueso” hasta la ternura y deleite. Escaladas del amor, las llamaba el Dr. Maldonado; y así parecen. Porque el corazón de Teresa, seccionado por la interiorización espiritual, tiene capacidad para el desgarramiento afectivo y para la borrachera sensitiva a lo

divino. Quiere decir, cuando llegaba a la más alta posesión de Dios.

Y aún en este estado, Teresa, inefable, se esfuerza por explicar a sus monjas en qué consiste este camino hacia Dios; qué etapas recorre el caminante; y con qué gracia concluye Teresa la narración de esta aventura espiritual:

“Comenzó el Señor a regalarme tanto por este camino, que me hacía merced de darme oración de quietud, y alguna vez llegaba unión, porque yo no entendía qué era lo uno ni lo otro... Verdad es que duraba tan poco esto de unión, que no sé si era Ave María...”

Primero, “oración de quietud”; luego, “alguna vez”, “unión”. Pero Teresa, apabullada por tal estado, no sabe, no tiene palabras para escribir el fenómeno; tan fugaz, tan impensado que duraría el tiempo de rezar un Ave María.

No sólo descripción, sino análisis de los medios para alcanzar “esto de unión”. Recomienda la escritora dos medios: “la lección” (lectura de libros piadosos) y la interiorización (“traer a Jesucristo dentro de mi presente, y esta era mi manera de oración”). Y es esta última la más idónea, añade; porque la primera exige “talento de discurrir con el entendimiento”; y era virtud poco frecuente. Ni ella misma la poesía.

“Oración mental”, “servir con justicia y fortaleza de ánimo y humildad”: tal es la conclusión a que llega la finísima anscultación teresiana. Y lo primero –no hace falta recordarlo– no estaba bien visto en ciertas esferas eclesiásticas; y lo segundo, no muy acorde con las reglas de la Orden, aún sin la reforma teresiana. Pobreza y mirada interior: ¡ahí es nada!. Y, como decía el profesor Maldonado, buscadas con un afán minero de alta calidad. Hasta encontrar la veta de la mina, hasta tropezar y desmenuzar la corteza del mineral.

Pero sobre todo, Dios, la presencia de Dios, el hermanamiento divino. Para Teresa resultaba ser su mejor aliado para defenderse de todas las tentaciones. Las recomendaciones a sus monjas son reiteradas: procurar las buenas amistades y no dejarse engañar por falsos y pecaminosos llamamientos. Las apariciones y las visiones suelen salpicar las páginas de *La Vida*; y cuando esto ocurre, no se sabe si admirar más la sencillez natural con que refiere el milagro, o el mar de dudas que acompaña a nuestra monja.

“Representásemme Cristo delante con mucho rigor... vile con los ojos del alma más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo, y quedóme tan imprimido, que ha esto más de veinte y seis años, y me parece lo tengo presente”.

Así de sencilla es la descripción. Luego, la razón, la escocedora, cosquilleaba a la fe. Y Teresa explica, y razona: que no podía verse nada sino “con los ojos del cuerpo”, que podía verse nada sino “con los ojos del cuerpo”, que podía haber sido “el demonio y otras cosas desta suerte”. Y, de esta manera, continuó con la mala compañía; y no escuchó la llamada de Dios.

Una y otra vez insiste Teresa en advertir a sus monjas sobre cuáles son los buenos y los malos caminos. Y de estos últimos, ella misma procura dar ejemplos vivos: por el mucho bregar, por la mucha lucha que tuvo hasta conseguir la compañía divina.

Los engaños en que tuvo a su padre sobre la falta de oración, las razones aducidas –su incipiente enfermedad–; el afán que sentía de que sus monjas y su mismo padre “tuviesen oración”, a pesar de que ella misma se encontraba “andando en estas vanidades”: todo aparece referido con una minuciosidad, con una naturalidad y con una nitidez pasmosas. Teresa no se guardaba nada, quería precaver a sus monjas de los males que ella había padecido; y quería, además, señalarles la ruta verdadera.

Cuando, al fin, encuentra al buen dominico orientador de sus dudas, “torna a la oración”, nos dice. Y vale la pena transcribir este fragmento: por lo minuciosamente descriptivo. Y por los desgarrones de sinceridad con que está escrito:

“Comencé a tornar a ella, aunque no a quitarme de las ocasiones. Pasaba una vida trabajosísima porque en las oraciones entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios, por otra yo seguía el mundo. Dábame gran contenido todas las cosas de Dios; teníanme atadas las del mundo. Parecía que quería concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro, como es vida espiritual, y gusto y pasatiempos sensuales”.

El texto no puede ser más confesional. En un reiterado vaivén, entre una suma de oposiciones, el alma de Teresa se debatía, luchaba. El “yo seguía al mundo” va a resultar una constante obsesiva en la vida de la Santa; porque ese mundo, esa atadura terrenal –en ocasiones tan dolorosa, tan desgarradora– será la que la acompañará de continuo. No en los “gustos y pasatiempos sensuales”, sino, en esa vida áspera y alegre –“vida trabajosísima”– que caracterizó su quehacer de cada día. Ese quehacer durante el cual tantas veces “se traslucían mis vanidades” que el Señor –añadía Teresa– procuraba “encubrir” sólo para descubrir “alguna pequeña virtud”.

¡Cuánto celo, cuánto esfuerzo, cuánto afán para comunicar a sus hermanas el “trabajo” de su fe!. No tan sólo como ejemplo, sino como consuelo: el llegar a Dios

a través de zozobras, de inquietudes y de dificultades. Y conseguir de El ayuda, confortación y confianza.

“Mar tempestuoso” llama Teresa a estos a los 18 años que “pasó en esta batalla”; y en ese mar y esa batalla, prolijamente narradas –sin tapujos, sin hipocresía; con naturalidad, con expresividad–, queda patente, una vez más, el grado con que Teresa volcaba su experiencia vivida. Pocas, escasísimas veces aparece tal o cual cita libresca. Teresa se cita a sí misma, Teresa se cuenta a sí misma, Teresa empuja a sus monjas a ensimismarse, a entrar en el interior, a ahondar, escarbando con dolor, en la propia alma, para extraer de este proceso provechosas virtudes.

Dice Juan Marichal –y ya se ha citado su nombre en esta cátedra– que Teresa justificaba su tarea de escritora por dos razones: “comunicarse con sus hermanas” y volcar hacia afuera su *mundo interior*. De ahí su estilo, de ahí su sabrosura, de ahí su sazón y su naturalidad; de ahí el propósito de no usar “prosa concordada” –prosa cuidada, estucada con alifafes retóricos–, de convertir su prosa en un locutorio público y no en un confesionario privado. “Soltura personal” la llama Marichal: individualismo comunicativo, se podría añadir.

Latido de vida: así es su prosa, brasa encendida, fúlgida llamarada. Señales reiteradas con las que Teresa avisaba, aconsejaba, delataba; o se acusaba. Desnudez de alma, mostrada sin tapujos, sin hipocresía, con crudeza. “Prosa orgánicamente humana”, porque a lo largo de cada capítulo de su *Vida*, va mostrando, con reiteración obsesiva, pedazos de su propia intimidad.

Galerías iluminadas, diría un poeta: eso fue el confesionalismo teresiano.

Por fin, la última tabla del tríptico. Casi siempre, espejo de la primera; ampliadora y recapituladora. La anécdota, en los laterales; la substancia, en el centro.

La feminidad de Teresa, su capacidad intimidadora, podría ser el contenido de esta última divagación teresiana. Conocer, ahondar, los resquicios de la mujer, sacudida, estremecida de lirismo, de subjetividad, de misterio intraducible. Expresado con destellos de palabras entrecortadas; pero adornado con galanura de imágenes o metáforas que ayudan a su mejor comprensión.

En esta ocasión, será Américo Castro el buen guía. Porque ha sido su perspicacia de crítico feliz la que ha conseguido captar esa arrebatadora llamarada que sólo tiene brillo peculiar en el corazón femenino.

“Vacío cegador por su luz” es para Castro la unión mística; y este vacío lo expresa cada místico de muy distintos modos. Desde “la planicie inmensa”, “al acto de sencilla contemplación”, de S. Juan (Dionisio Cartujano).

Pero resulta ser nuestra Santa la que, con un juego de oposiciones, con esa nihilidad estremeceadora, consigue expresar de un modo plástico, ese estado especial, “cuando tengo aquellos ímpetus”, al decir de Teresa.

Los vivos, muertos; los muertos, vivos. La compañía de la soledad, la ausencia de todo nombre: de ahí la nada inefable. Cuando todo “el ser flota en la presencia de Dios”, según el maestro Eckart, Teresa ha querido, se ha esforzado por ser más descriptiva: las parejas de contrarios, las negaciones reiterativas son los medios de que se ha valido. Y, sobre todo, como la profesora Arencibia señalaba en esta misma tribuna, con ese introductorio “parecerme” con el cual la escritora desea escuchar su poder suasorio; precisamente usado en los momentos en que “el concurso de la sensibilidad” debería haberla abandonado. Y que su estremecimiento femenino necesita mayor apoyo de sus sentidos.

Teresa —dice A. Castro—, “como mujer se dará toda, brava y heroica; pero no desglosará en fría e impersonal razón”. Su querer y su pensar forman una unidad indestructible; y ese querer, esa catarata volitiva es la que le hace decir algo tan exquisito: “Todos los sentidos gozan de tal alto grado”. ¿Puede pensarse en estremecimiento más propio de mujer? ¿Puede añadirse algo más expresivo?. Anteponer su sensibilidad a la contemplación, buscar la apoyatura de su experiencia: ahí está el arte teresiano, alentado, enriquecido por estos destellos tan perceptibles. Tan fácilmente entendibles por sus monjas, a quien iba dirigido su mensaje. El recinto de lo divino aureolado de afectividad; su corazón de mujer, en cabalgadura irrefrenable.

El amor es secreto e intimidad. Vieja es la lección, aprendida y dictada siempre por el corazón femenino. Palabra entrecortada, frase inconclusa, anhelo susurrante: así ha sido y sigue siendo la relación amorosa. Teresa, arrebatada en amor, “vive hacia dentro... procesos emotivos, en lo esencial de carácter erótico”, dice Castro. Y añade, “mas lo vive sin contenido real, sin contar con otro ser humano”. Cierto. Pero el lenguaje de Teresa, dirigido en esencia y en exclusividad a sus monjas, necesitaba tener una claridad, un poder cautivador que sólo se conseguía trasmutando a la sensibilidad femenina todo cuanto resultase comprensible. La espontaneidad, el susurro, el temeroso desvelo resultan ser los procedimientos, inexcrutables, del corazón enamorado. Y el de Teresa, transido de pasión, también necesitó del desborde íntimo, de la soledad anhelosa, del habla emotiva para expresar el sacudimiento, el estremecimiento de su amor.

Ahí queda estos fragmentos de su *Vida*. Sin el contexto místico, sin el destinatario entrañable de sus hermanas, ¿quién dudaría no estar leyendo la efusión incontestable de un alma hambrienta de compañía amorosa?

“Tormento grandísimo”, “poquitos ratos... me quedan de vos”, “poderme asconder yo de Vos”, “creo del amor que me teneis”, ¿no son frases del lenguaje enamorado; del más viejo, del siempre nuevo lenguaje de lo inefable? ¿Pudo haber pensado la Santa que estos desbordes de su alma saldrían de las paredes conventua-

les? Nunca fue compañero de los enamorados la publicidad; sí el recogimiento, el pudor, la soledad. Y, sobre todo, la confesionalidad; porque el enamorado no calla, sino estalla; no razona, sino quiere; no difunde, sino cela. Miedo, encubrimiento, ocultación tales son la compañía frecuente de la pareja enamorada.

Por eso, Teresa, buscadora de su amado, se desespera, se angustia; por eso, sus vocablos se apelotonan y desordenan. Por eso, el balbuceo de su mensaje resulta incorrecto, sí, pero clarificador y expresivo. Como nacido de una voz enamorada.

El amor “desatina” el alma, el “bésame con beso de su boca no quiere decir eso”, ¿son o no fraseología amorosa? Es cierto que la aclaración (“estas cosas no las lean gente simple”) es bien significativa; pero no es menos cierto, como dice Castro, que las “frases entorpecidas pugnan por abrirse paso, anhelantes, frenéticas”. Nacidas en el estado de ensoñación, cargadas de un valor simbólico, sin duda, pero lastradas con esa atmósfera de humanísimo sentir. Humanísimo y femenino sentir.

Sentir que llega a paroxismos tales que pueden rozar con el enloquecimiento erótico, con el estremecimiento de la visión divina. La transverberación es casi una escena de puro erotismo; de no estar acompañada de los atenuantes “parecía”, sería camino siempre abierto a la imaginación más desbordadora.

“Dardo”, “fuego”, “entrañas”, “abrasada”, “quejidos”, “grandísimo dolor” son significantes comunes en el vocabulario amoroso; al decir de Castro, hay como “un mero eco de anhelos sexuales”. Pero el “ni se contenta el alma con menos que Dios” resulta clarificador; el deseable acto de posesión, sólo tiene un fin: Dios. Pero, para sus hermanas, Teresa no duda en utilizar una terminología tan rica, expresiva y detallada; capaz de impresionar a su auditorio, al invisible y variado auditorio que escucharía periódicamente la lectura del texto teresiano.

Teresa, interiorizándose, fortaleciendo su morada interior, individualizando el hondón de sus sentimientos –hubiera dicho Unamuno–. Soñando visiones sublimes, enriqueciendo el latido lírico y único con el aliento de su frenesí vital.

Pena y gozo; olor y dolor: un zigzagueo sensitivo, un aleteo incesante hacia lo alto, una transmutación más en ese juego reiterativo del mundo sentido y del imaginado. Teresa, la inquieta Teresa, interpretando, aclarando, proponiendo una simbología sencilla y clara. Y, además, enriquecida de un latido infinito de belleza sobrenatural.

Su esencia femenina –concluye A. Castro– tiene manifestaciones variadas, alcanza delirios íntimos sorprendentes por los subjetivos; pero enriquece sus soliloquios con ese tupido velo de amor divino que “lo pone a cubierto de toda humana sospecha”.

¿Cómo leerían sus monjas estos y otros textos; qué sacudimientos y trémolos

amorosos recibirían? ¿Qué arrebatos podrían sentir al imaginarse escenas tan vivas, tan chisporroteadoras de pasión? ¿Qué embelesamiento cubriría sus almas al releer estas turbadoras, estas arrebatadas impresiones? Escuchar la voz de Teresa, voz de su conciencia confesora, resultaría para sus hermanas bálsamo excitante. Y únicamente el refreno de la oración serviría de lenitivo a aquel oleaje de intimidad que llegaba sin antifaces retóricos ni afeites hipócritos.

Entender las almas, conocerlas, despertarlas, sacudirlas; ahí radica el flagelo teresiano. Que no es físico, sino espiritual. Y que, como ella misma ha dicho, la dejaba “toda abrasada en amor grande de Dios.

Tal vez pienso, al cerrar las tablas de este elocuente tríptico teresiano, hayamos enriquecido la imagen de Teresa. Tal vez hayamos recordado textos que nos resultan familiares.

Lo que sí es cierto que aún, por mucho tiempo, sentiremos el aleteo de sus palabras.

Palabra viva y sugeridora, llama roja y viva.

La ilustración en Canarias (1)

Ambiente histórico.

Todo el siglo XVIII insular se caracteriza, al igual que el americano, por el predominio que alcanzaron los Capitanes Generales del Archipiélago. Los litigios con los otros cuerpos administrativos (Audiencia, Intendencia, Cabildos, Inquisición, etc.), fueron frecuentes y tragicómicos. Diríase que el siglo de las luces estaba lleno de prerrogativas, de reclamaciones, de viajes de comisionados insulares a la Corte. Los insulares, como los hispano-americanos, buscaban en el poder central apoyo ante las tropelías, los desafueros y la mala administración que sufrían. Y en no pocas ocasiones, los visitadores o la propia Audiencia, siempre poderosa y siempre dispuesta a defender las causas justas, se convertían en abogados más eficaces. Por todo ello, al igual que en tantos rincones americanos, las islas conocen los motines, las algaradas, los pasquines, las asonadas; como la del factor Diego Navarro, ocurrida en La Laguna, tan tumultuosa y tan peligrosa que el propio Capitán General consideró oportuno su sigiloso embarque por el puerto de Santa Cruz de Tenerife. O el motín del pueblo de Agüimes, en el que estaba mezclado el nombre del Obispo; o el del Intendente Ceballos, asesinado violentamente en Santa Cruz de Tenerife por el populacho antes de que las tropas hubiesen podido defenderlo.

Por otra parte, los dineros de los Cabildos se vieron cada vez más disminuidos, unas veces por reclamaciones violentas del Comandante General (como en el caso del Marqués de Vallehermoso) y otras por interrupciones en el comercio con América o con el extranjero, ya como consecuencia de leyes dictadas, ya por las guerras sostenidas con Francia o Inglaterra, a lo largo del siglo. Y, por si fueran pocos los males, las incursiones piráticas, los ataques a barcos insulares, las depredaciones de los administradores no demasiado fieles. La despoblación del Archipiélago, originada por el envío de familias canarias a Sto. Domingo, Luisiana, Puerto Rico y Cuba; las erupciones volcánicas de Lanzarote; las constantes invasiones de la cigarra sobre los ya diezmados campos insulares, como cuenta Don Lope de la Guerra. Tal era el panorama insular; no muy diferente del peninsular, según los testimonios de Ward, de Campomanes o de Floridablanca, denunciadores de la calamitosa situación de nuestra agricultura, de nuestro comercio o de nuestra paupérrima industria, casi inexistente.

Como contraste, vale la pena recordar los nombres de los benefactores que, de un modo u otro, mejoraron la vida insular y se preocuparon por introducir las novedades que ya formaban parte del europeo medio. Son ellos, los ilustrados quienes lucharán con empeño, en ocasiones en circunstancias adversas, para innovar, para imponer, para rectificar, para elevar el nivel social y económico de las Islas, diezmasdas por tantas y tan diversas plagas...

El primer nombre, el más ilustre y conocido de todos, D. Tomás de Nava y Grimón, Marqués de Villanueva del Prado, en cuyo palacio de la calle del Agua en la Laguna, se celebró, durante tantos años, la tertulia a la cual empezó a asistir un joven clérigo de 26 años procedente del Puerto de la Cruz llamado Don José de Viera y Clavijo. La tertulia de Villanueva vino a ser, como se ha dicho en más de una ocasión, la réplica insular de la de los Caballeritos de Azcoitia, de resultados tan revolucionarios para la economía y para el desarrollo intelectual de las Vascongadas y aún de la alta Castilla. Este “cenáculo de próceres (en frase del mismo Viera) procuró desacreditar la barbarie e introducir las luces”: y para ello, utilizaron todos los procedimientos, pero en especial uno, el hacer llegar cuantas veces podían al mismo pueblo sus consejos, su ciencia, sus novedades. Viera, el Feijóo insular, se convirtió, a pesar de su juventud, en el verdadero oráculo; y sus lecturas de Feijóo, de Nollet, de Trevoux y hasta de la zumbona ironía de Voltaire, sirvieron de mucho a la tertulia que, como se ha ver, no se contentaba con encastillarse en los salones del palacio de Villanueva, sino que, espoleada por un espíritu curioso y viajero, se lanzaba por los caminos tinerfeños para visitar una cueva, para recoger unas plantas, para redactar unas sabrosísimas Gacetas manuscritas –los primeros ensayos de periodismo insular– o para llevar al público campesino la representación de obras teatrales, como la que se hizo el 12 de Julio de 1765, en el Jardín de Daute, muy cerca de Icod, de la obra de Moliere, “El amor médico”, según la traducción que posiblemente Viera hizo de la obra francesa. Uno de los contertulios, Don Lope Antonio de la Guerra y Peña, autor de unas riquísimas Memorias, refiere minuciosamente todos estos detalles. Vale la pena recrearse con sus mismas palabras:

El 20 por la mañana se dio un largo paseo, i en el jardín a la sombra de esquisitos arboles americanos... como son Mameis, Anones, Bayas, Guayabos, Platanos, Achote, i Añil, que mezclados con los naranjos, laureles, cipreses, etc., ofrecen una risueña perspectiva que encanta, que representó una comedia de Molier traducida intitulada: el Amor médico, que divirtió a los circunstantes”.

Don Lope, siempre puntual cronista, ha dejado esta página que más parece escapada de un paisajista prerromántico que de un Corregidor de la isla de Tenerife; la precisión y abundancia de nombres botánicos prueba en el autor un conocimiento exacto de las especies existentes, porque no en vano tenía muy cerca al primer botánico insular, al propio Viera.

El amor a la ciencia experimental, herencia inequívoca de Feijóo y de los científicos ilustrados franceses, se deja traslucir en muchas de las noticias proporcionadas por Don Lope. Precisamente, noticias relacionadas casi siempre con la tertulia de Villanueva. Así, la cura de un negrito que vivía en el pueblecito de Los Silos, al que “se le aplicó al pecho un emplasto de vervena, harina de senteno i yema de huevo... Así lo reseta Solano de Luque”: Don Lope ha dejado constancia de un tratamiento médico, ha consignado la fuente y ha añadido que el efecto se consiguió, la mejoría del enfermo. O cuando los contertulios “observaron en la escalera varias ojas de castaño, limón i laurel petrificadas, cuya formación les dio bastante que dis-

currir". Sin que tampoco pueda quedar atrás "el remedio de las lagartijas para la cura de los lazarinós", según una receta traída por un indiano llegado de Guatemala y aprendida de boca los mismos indios. Don Lope, siempre veraz, no silencia que el resultado no fue el que se deseaba, porque la mayoría de los enfermos murieron, aunque —siempre experimental— añade: "el tiempo puede ir dando luz para que se acierte con el verdadero método de usar las lagartijas de modo que se vean los maravillosos resultados que se cuentan". Por esos mismos años, el abate Viera, que había embarcado para la Península en 1769, y que había emprendido un viaje por Austria, Alemania, Francia e Italia en compañía del Marqués de Sta. Cruz, escuchaba en París, rodeado de un nutrido y selecto grupo de oyentes, las explicaciones de Física, Química y Botánica de Nollet —el admirado y leído Nollet de sus años laguneros—, de Sigaud de la Fond y de Valmont de Bomare. El empirismo, con se habrá de ver, llegará a tener sus manifestaciones más evidentes en las aulas del Seminario Conciliar de Las Palmas, cuando los alumnos, dirigidos por sus profesores de Física o de Filosofía, defiendan tesis públicas apoyadas en los textos más conocidos de la doctrina empirista.

Como refiere Simón Benítez, al que he seguido en todo cuanto se refiere al Viera científico, el regreso del Arcediano Viera a Las Palmas en 1784, en donde moriría en 1813, significó para la isla un acontecimiento inolvidable. Bajo su impulso, la Económica tomaría sobre sus hombros la instalación de la Imprenta; publicaría cartillas y estudios sobre la mineralogía o la botánica; y hasta su musa poética, siguiendo el enciclopedismo de la época, dará a luz "Las Bodas de las Plantas", dedicada precisamente a la Quinta de San José de la Vega, en la isla de Canaria. Fue Viera el impulsor que tuvo la Ilustración en Las Palmas, aunque con anterioridad, según se verá, el Obispo Herrera ya había dado señales de "nuevas luces" y, con posterioridad, otro Obispo, Don Antonio Tavira, completaría, con labor revolucionaria, la educación, la formación religiosa y hasta las costumbres insulares. El "*Diccionario de Historia Natural*" es, con la *Historia de Canarias*, la obra más preclara de Viera: porque evidencia su constante preocupación científica y su afán de servicio al mejor conocimiento de las riquezas insulares.

Educación.

Las Islas, hasta que fue fundada, por vez primera, la Universidad lagunera (1749) hacia mediados de siglo, y con posterioridad, en Las Palmas, el Seminario Conciliar (1782), no tenían otros centros de enseñanza que los conventos. En ellos seguía imperando la Escolástica más enraizada y más formalista, pues, como refiere el puntual Don Lope de la Guerra, en el convento de San Agustín de La Laguna, en donde comenzó a recibir clases de Gramática, Filosofía y Teología, a partir de 1744. El Nebrija, el Cicerón, las Summas tomasinas, los proemiales de la Lógica Magna, la Física fueron las materias estudiadas por el joven D. Lope en las aulas agustinas. En nada difería este panorama del que describe Feijóo en su inolvidable página de

las *Cartas Eruditas*:

mientras nosotros, los que nos llamamos
aristotélicos, nos quebramos las cabezas y
hundimos a gritos las aulas sobre sí el Ente
es unívoco e análogo, etc...

Sin embargo... D. Antonio Torres, secretario del Obispo, celebraba en el Palacio Episcopal, hacia 1778, unas reuniones semanales muchas veces presididas por el propio Diocesano. Materias de Moral y de Derecho Canónico se discutían en dichas reuniones, no muy bien vistas por el Santo Oficio, el cual incoaría causa al mencionado Torres, por inducir a error a los clérigos que asisten a las conferencias y poseer un *Obstraect*, autor prohibido en el Índice. En menos de 40 años, y con la aquiescencia de las autoridades eclesiásticas, se había ido impregnando el cenáculo de la élite religiosa al racionalismo más o menos encubierto. El *Tratado de los Concilios*, libro fundamental para los pistoyanos, defendía la superioridad del Concilio sobre el Papa, y esta tesis empezó a circular, primero, en los ámbitos episcopales, y, no mucho después, en las aulas del recién inaugurado Seminario, ya que a uno de sus profesores, Bencomo, se le procesaría por la Inquisición a causa de utilizar dicho texto en su clase; texto, añade la causa inquisitorial, facilitado por Antonio Torres.

En el propio Seminario Conciliar, el otro foco ilustrado del Archipiélago, con la llegada de Tavira hacia 1790 y con las reformas que dio al centro conciliar (casi todas inspiradas en las de la Universidad de Salamanca), el Sínodo de Pistoya, Tamburini, Febronio, Genuense son libros repetidamente señalados en la correspondencia inquisitorial. Henríquez Rosado, Rector del Seminario; Don Antonio Lugo, su antecesor; Arbelos, Graciliano Afonso, catedrático de Filosofía y canónigo Doctoral, son algunos de los nombres más representativos de este movimiento ilustrado que gira en torno a las aulas conciliares, amparadas por la autoridad episcopal (Herrera, Plaza, Tavira y Verdugo, contemporáneo ya de los sucesos napoleónicos).

En las mismas aulas del Seminario, los alumnos de la cátedra de Filosofía, bien alumnos directos de Afonso, bien alumnos de sus alumnos, defenderían Conclusiones públicas en las cuales Locke, Hume, Malebranche, Condillac son autores presumidos o citados. La avalancha ya había llegado, y no hubo fuerza capaz de impedir su entrada; ya fuese en las aulas del Seminario, ya en los anaqueles de bibliotecas particulares (como se deduce de la lista de libros que en 1805 tenía el Marqués de Villanueva del Prado), o en los préstamos circunstanciales intervenidos por el Comisario Inquisitorial. El libro prohibido, fuese de Moral, fuese de Lógica, fuese de Literatura (Rousseau, Voltaire, Marmontel son tres autores corrientes en determinadas bibliotecas insulares) revoloteaba sobre las mentes de los inquietos insulares prendidos por la llama de la Ilustración. Y como reconocía un Inquisidor Decano, en carta dirigida al Tribunal Central, apenas habrá "país en donde más circulen los libros prohibidos y que con más facilidad se adopten las

doctrinas de libros extranjeros”. Sí, esto lo escribía el Inquisidor Decano en 1791, cuando ya la Inquisición apenas movía más curiosidad que temor.

El Jansenismo, doctrina hartamente difundida en los medios ilustrados, prendió con fuerza en el clero insular. Porque, como denunciaba el Inquisidor Decano, “el Obispo Tavira había llegado de la Península cargado del Jansenismo más exagerado, y desde su entrada en la diócesis proclamó las doctrinas de Pistoya... sustituyendo los antiguos textos del Seminario por los cursos del Arzobispo de París Montasset”. El texto de las Instituciones teológicas, el Lyon como se le conocía genéricamente, fue un libro que circuló mucho por los anaqueles y baules conciliares. Habiendo sido un texto condenado y prohibido, llenó por completo una buena parte de las cátedras de Teología de Seminarios y Universidades francesas, españolas y americanas. Se puede afirmar que resultó ser el difusor más firme que tuvo la doctrina de Jansenio, y no se puede olvidar que Jovellanos recomendaba este libro, entre otros muchos, a los alumnos del Colegio de Calatrava. Por las mismas fechas (1790) que Jovellanos recomendaba la reforma en Calatrava, la llevaba a cabo, mediante decreto, el Obispo Tavira en el Seminario Conciliar de Las Palmas. Y ya se ha visto que no era la primera vez que tal libro circulaba dentro de la Diócesis, pues apenas dos años después de haber salido la primera edición (1780), ya se resumía y comentaba en el Palacio Episcopal de la Plaza de Sta. Ana de Las Palmas.

Cultura.

Al igual que ocurrió en el resto de España, la masa del pueblo apenas si llegaba a participar, de un modo activo, en esta paulatina revación que los grupos más selectos de la sociedad pretendían realizar. Como ha dicho muy bien el profesor Sarrailh, a pesar de que no hubo una estratificación de los ilustrados sobre la masa ignorante, existieron en ésta individualidades que muy bien pueden quedar enroladas en el grupo de la elite reformadora. También en Canarias, hubo reforma; también, se intentó llevar al pueblo la cultura de que carecía para aplicarlo en las nuevas técnicas o en las nuevas artes. También, en fin, los ilustrados insulares salieron, una y otra vez, de sus tertulias, de sus cenáculos para mezclarse, para inculcar sus ideas, enseñándolas con todos los medios de que disponían, al pueblo, rudo e ignorante.

Don Lope de la Guerra, en sus inapreciables Memorias, nos cuenta las veces que los tertuliantes de Villanueva salían de excursión por la isla de Tenerife. Impulsados por dos móviles: el turístico y el cultural. Atraídos por la Naturaleza, como buenos ilustrados, buscaban en ella sus secretos más encubiertos (Viera recogiendo plantas; Don Lope recomendando remedios médicos; Franchy visitando una cueva marina en la costa de Icod; todos extasiados ante la soberbia arboleda que los cobija); como misioneros culturales, procuraban, por la noche o por la tarde, convocar a las gentes del lugar para que viesen una representación teatral (unas veces Moliere, otras un “auto sacramental”, o un sainete), para que escuchasen un concier-

to de música (el propio Don Lope interpretó más una vez el órgano, el laúd y hasta la guitarra) o, sencillamente, para que se divirtiesen con bailes, seraos y reuniones "honestas", según nos especifica el cronista. Recuérdese que Jovellanos, en su Informe sobre los Espectáculos, insistirá repetidamente en la necesidad de cambiar la faz hosca, agria y triste de los pueblos españoles, y daba múltiples y variados consejos para conseguirlo. El propio Viera, al regresar de Francia, después de su viaje por el extranjero, confronta la tristeza y la pobreza del paisaje castellano con las ubérrimas llanuras del Garona que había dejado atrás. Bien es verdad que en esta actitud del abate había mucho de afrancesamiento, pero no es éste el momento de volver sobre lo que ya ha sido suficientemente explicado: la sinceridad y la españolidad de la mayoría de nuestros afrancesados, deslumbrados, sí, por Francia, pero ansiosos engrandecer a su Patria con las ideas traídas desde fuera. Miguel Artola, Marañón, Azorín y tantos más han escrito páginas imperecederas sobre este tema para que yo insista sobre el particular.

La creación de las dos Sociedades Económicas, en La Laguna y en Las Palmas, en 1777 y 1778, fue el hecho más influyente para la difusión del movimiento ilustrado. Cumplían cabalmente los mismos fines que ya estaban cumpliendo en otras ciudades españolas, y en las Islas fueron una mezcla de Escuela de Artes y Oficios, de Banco de Crédito Industrial y Agrícola, de lugar de reunión de todas las clases sociales. La Tertulia Lagunera, según Don Lope, conoció premios, discursos, poemas, convites; en las reuniones mencionadas en otros años, se puntualiza la preocupación que a todos animaba de que se desarrollara con eficacia las industrias de tejidos y de la alfarería; o las técnicas más adecuadas para la cochinilla; o el mejor medio de hacer prosperar la pesca en la vecina costa africana, asunto al cual ambas Sociedades, la lagunera y la grancanaria, dedicaron todo su interés. Inclusive, en Las Palmas hubo propósito de instalar en las costas de Arguineguín y Maspalomas factorías para la pesca de la ballena, proyecto en que estuvo muy interesado el Marqués de Branciforte, comandante general de las Islas. En los años de la presidencia de Viera, los últimos de su vida como ya se ha dicho, la Sociedad puso en funcionamiento la primera imprenta de la isla, editó cartillas destinadas a los niños de las escuelas, dotó cátedras de dibujo, modelado y escultura; creó premios para los mejores artesanos; promovió, incitada por su Presidente, el estudio y utilización medicinal de las aguas minerales de la isla; fue, en resumen, la más viva preocupación del Arcediano Viera, cuyas cartas de estos años nos prueban una constante dedicación y un afán de superar lo que hasta entonces había hecho. Podría afirmarse que son los años del Viera benéfico y sensible, preocupado hondamente por dar nuevos derroteros a la vida de sus paisanos. El archivo epistolar de la Sociedad Económica lagunera posee unas cuantas cartas de Viera dirigidas a su viejo amigo, el Marqués de Villanueva, que testimonian cuanto se lleva dicho. Así, las noticias que sus cartas, (ya a Villanueva, ya al Marqués de Sta. Cruz, ya al propio Cavanilles) dan de los libros solicitados por Viera: el más importante, por ser el más denso y el más complejo, la Enciclopedia, cuya lectura podía hacer gracias a un permiso papal concedido al Arcediano durante su estancia en Roma. El enciclopedismo de Viera, como el de los contertulios de La Laguna, había nacido mucho antes,

cuando en la biblioteca lagunera había comenzado a leer el Diccionario Metódico, con grave escándalo de muchos insulares, a pesar de las denuncias del Comisario inquisitorial, inclusive de la intervención de algunos de los volúmenes llegados desde Cádiz a nombre del comediógrafo Saviñón. Ahora, en 1790 y en 1800, Viera necesitaba los tomos que le faltaban de la Enciclopedia, para tener una obra de consulta indispensable en sus trabajos de botánica, de mineralogía y aún de Química, materias que originarán obras científicas como el "*Poema de los Aires Fijos*".

Aún podría indicarse otro camino de la Ilustración en las Islas: la relación con el extranjero; mucho mayor que en cualquier otra región peninsular —excluyendo Madrid y Barcelona. Primordialmente, por la abundancia de barcos que acudían a los puertos de Tenerife, Gran Canaria y Arrecife en demanda de productos insulares —vinos, granos, cebollas, cochinilla, barrilla, etc.— o por el establecimiento de mercaderes extranjeros en los mismos puertos insulares. Muchos de estos comerciantes aparecen frecuentemente en los procesos inquisitoriales, unas veces por haber prestado libros, por haber preferido frases mal sonantes a la religión, por celebrar reuniones en que se discutían problemas de fe o de moral, etc. Los procedimientos inimaginables, inventados por estos importadores, para eludir a la Aduana y a los visitadores de la Inquisición, fueron infinitos: recipientes con doble fondo, fardos con escondrijos, paquetes de estampas religiosas encubridores de dibujos obscenos o impíos, etc. La llegada de los libros a manos de los insulares —de libros prohibidos, se entiende— fue obra del ingenio de estos mercaderes; algunos como Blanco, de la Orotava, sufrió la intervención de cinco cajones llenos de libros, entre los que figuraban los Feijóo, algún Rousseau, Marmontel, etc. Un curioso proceso incoado, a principios del XIX —1805—, contra un militar de guarnición en la Orotava, demuestra que él y su novia, junto con otros amigos, se reunían en una casa del Puerto de la Cruz, precisamente de un comerciante inglés, para leer en alta voz *Las Cartas de Abelardo y Eloisa*. Y a una mujer pescadora del mismo Puerto de la Cruz, del barrio de la Ranilla, le intervino el comisario inquisitorial cartillas y almanaques franceses traducidos que vendía por las puertas de las casas: una pescadora metida a librera.

Mejoras Públicas.

No fueron tan sólo los cenáculos más cultos los únicos tocados de la Ilustración; muchas de las autoridades —además de las eclesiásticas— se manifestaron hondamente preocupadas por las mejoras sociales. Corregidores, Capitanes Generales, Regentes, Intendentes, diputados demostraron que su educación ilustrada no había sido vana, sino efectiva, real. En estos últimos cincuenta años del XVIII, las islas conocieron —Tenerife y G. Canaria, primordialmente— los adelantos y las mejoras que a lo largo del XIX se completarían. Las reformas urbanas, las construcciones de establecimientos benéficos, el funcionamiento de los pósitos, el incremento del artesanado, la lucha contra las plagas agrícolas, los primeros esbozos industriales nacieron en este siglo de las Luces.

En el ramo del Comercio, vino, barrilla y cochinilla son tres palabras que se repiten continuamente; tanto en los archivos de las casas comerciales –los escasos aún existentes– como en los procesos inquisitoriales, pues algunos de estos comerciantes, por una razón u otras se vieron mezclados con el Santo Oficio. Simón Benítez, a quien tanto debe la historia interna de las Islas, nos ha relatado puntualmente los avatares de Alvarez Rijo, un comerciante tinerfeño avecindado en Arrecife. Alvarez Rijo padre se dedicó al comercio de la barrilla, y hay que consignar que en 1810 exportó Lanzarote más de 150.000 quintales, a más de 60 reales el quintal. No por otra razón, los Rijos se establecieron a finales del XVIII en Arrecife dejando su residencia del Puerto de la Cruz: como decía Viera, “es un comercio –el de la barrilla– lucroso, activo, que sin extracción del numerario se obtienen, en cambio los necesarios artículos de comestibles, ropas, quincallerías, drogas, hierros, maderas: un comercio siempre vivo que los ingleses y demás naciones harán con igual solicitud al de los vinos de Tenerife”. El historiador, perspicaz, apunta ya la posibilidad de incrementar el comercio de este nuevo producto, nacido al calor de las relaciones comerciales, y que tanto influiría, indirectamente, en la llegada a Lanzarote y a Fuerteventura a Gran Canaria del confort, de las costumbres, de los muebles, y hasta de las familias inglesas entroncadas con otras insulares. La Ilustración no ceñida a ideas, sino a cosas; convertida en forma nueva de vida, descubierta gracias a la intensificación de unas relaciones comerciales que, en cierto modo, podrían ser comparadas con las del plátano y cochinilla de los últimos cien años, cuando las novedades de la higiene, del buen vivir llegaron a las islas, mucho antes que al resto de la Península, como consecuencia de estas estrechas y continuadas relaciones con el extranjero.

Barrilla por “ropas, quincallerías, drogas, hierro, maderas” y... libros. Porque, en 1800, a Rijo, en Lanzarote, lo procesan por haberle intervenido un “caxón de libros”, entre los que figuraban “catecismos”, novelas, ensayos de Feijóo, etc. Los lanzaroteños no tuvieron ocasión de leer estos libros que, según se infiere de las declaraciones de los testigos, no eran los primeros que recibía por este conducto. Sí, la barrilla que daría origen a un curioso folleto de Viera, “Tratado sobre la barrilla”, impreso en 1810, en Las Palmas, en la Imprenta de la Sociedad Económica, la primera que existía en la isla; en cuyo impreso, Viera, en forma de “Tratado”, de diálogos sencillos, orientados a los agricultores, les aconseja la siembra de las plantas productoras de la codiciada ceniza, que, como nos cuenta Viera, alguna vez ve incrementado su peso, ya metida en los sacos, con alguna piedra.

Y no sólo Barrilla, sino vino, el de Tenerife, por cuyo puerto de la Orotava salieron muchas toneles de malvasía y por cuyo embarcadero entraron tantos nuevos productos que inundaron las casas insulares. Las familias insulares se vieron cruzadas con los White, los Cologan, los Russell, los Power, los Molowny, los Key, los Linch. De un modo parecido a lo que ocurrió en Cádiz y Sevilla, los insulares se vieron de pronto sorprendidos por las cosas nuevas, que de un modo insospechado, se les entraba por sus puertas. Muebles, objetos de adorno, de higiene, de confort; libros, vestidos, perfumes: la oligocracia insular, gracias a los “navíos de la

Ilustración” –según la feliz denominación de Basterra–, se vio de pronto a la misma altura que la de las ciudades francesas o inglesas con las cuales comerciaban.

Los insulares iban conociendo las nuevas luces. Tímidamente, primero, con más apetencia, después. Aunque en las Islas, como en España –y como en el resto de Europa–, la Ilustración fue reducto de unos pocos, los chispazos que el pueblo iba recogiendo, unas veces eran bien asimilados y otras mal recibidos. La aristocracia, que seguía defendiendo todavía sus fueros cada vez más olvidados y menos respetados, temía la elevación del pueblo bajo; la burguesía sólo admitía la dignificación de una parte del mismo, aquella considerada con valor efectivo dentro de la sociedad (artesanos, pequeños propietarios, etc.). La otra, la terrible masa de hambrientos, de sin trabajo, de vagabundos, de pícaros, de ladrones y de aventureros, sólo podía aspirar, en el mejor de los casos, a tener un cuidado beneficio para atender sus necesidades más perentorias (hospitales, casas de salud, casa-cunas, etc.), pero no a ser una parte viva, activa de la nueva sociedad que se estaba forjando. Como ha señalado Hazard, Robespierre denunció en 1794 la falta de función social de los viejos enciclopedistas, “secta que en materia de política quedó siempre por debajo del pueblo”. De ahí, los motines, las sublevaciones de campesinos, las represiones violentas de las autoridades: ese agitado y turbulento mundo que Daniel Mornet ha llamado en Francia “Los prolegómenos de la Revolución”.

En las Islas, también se conocieron ecos lejanos de esos movimientos antiburgueses que, a fin de cuentas, no tenían sino un signo: el económico. Así, según Don Lope de la Guerra, un Corregidor de Canaria, en 1781, que visitaba Tejeda y la Aldea de San Nicolás para exigir el pago de ciertos tributos, embarcó precipitadamente para Tenerife, desde la misma playa de la Aldea, ante la actitud revoltosa de los campesinos damnificados; el “miedo –dice Guerra– no le llegaba al cuerpo” aún después de su llegada a Sta. Cruz de Tenerife. O los alborotos de Valleseco, de la Orotava, de Vilaflor, o de La Laguna: en alguna ocasión, el Corregidor tuvo que pedir auxilio a la fuerza armada, y, como ya se dijo, la horca tuvo que levantarse en determinada ocasión en Las Palmas y en Sta. Cruz para castigar culpables de delito de sangre.

Del embrutecimiento del pueblo, según los sociólogos de la época, se derivaba ese comportamiento suyo, ya de vasallaje sin límites, ya de iracundia violenta. Jovellanos recomienda e insiste en promover toda clase de espectáculos, en ordenar y racionalizar las procesiones, en civilizar un poco las costumbres, todavía un tanto inciviles, del pueblo, del bajo pueblo. Los contertulios de Nava, en Tenerife, se esforzaron, con sus excursiones por toda la isla, por llevar teatro, música, baile, alegría, diversión “honesta” a los campesinos, a los colonos; en Las Palmas, los Obispos también se esforzaban por recomendar a sus feligreses una mayor cordura, un comportamiento más digno en las procesiones y festividades religiosas (“que no se permitan disciplinantes, empalados ni otros espectáculos que puedan servir de indevoción o desorden en las Procesiones de Semana Santa y otras”). Y los Corregidores ayudaban en cuanto podían para que las heroicas compañías de volati-

nes o de cómicos que a las islas llegaban, permaneciesen en ellas el mayor tiempo posible: como una que en Las Palmas representó “Autos Sacramentales y comedias de autores españoles”.

Espectáculos y escuelas. Como, una y otra vez, repiten Lope de la Guerra y Viera, en La Laguna y Las Palmas. Escuelas en los campos, escuelas en las ciudades, escuelas de artes y oficios, recomendaciones a los Alcaldes para que obliguen a la asistencia a clase, edición de cartillas para los educandos, etc. La labor educadora de las Sociedades Económicas, en las dos islas grandes, fue ejemplar; gracias a ellas, hubo una incipiente industria, se modernizó el cultivo de determinadas plantas con aprovechamiento industrial, y hasta se contrató a artesanos experimentados que, por fortuitas circunstancias, llegaron a las islas; así, un grupo de soldados franceses llegados a Tenerife como antiguos prisioneros de una fragata inglesa. La Sociedad lagunera contrató a varios de ellos para que enseñasen la fabricación de peines de cuerno; cuando se reembarcaron, un muchacho insular estaba ya iniciado en esta clase de manufactura. Como decía Don Lope, “podrá ser útil para sí y para los demás”.

Esta utilidad para con los otros, que se llamó Filantropía, preocupación máxima del buen ilustrado, se manifestó desde la instalación de la industria de los peines de cuerno hasta la construcción de caminos vecinales, de fuentes públicas, de calzadas, de centros públicos asistenciales, de conducción de aguas por medio de acequias para el abasto público, etc. Capitanes Generales, como Tabalosos, constructor del Hospital santacrucero de San Carlos; Corregidores como Cano y Eguiluz, en Las Palmas, reformador de calles; Obispos como Servera, Morán, Herrera, Verdugo y Tavira, atendían con sus propios fondos a Hospitales, a casas-cunas, a dotaciones de plazas de médicos; diputados de Cabildo, como Molina y Guerra en La Laguna, preocupados, en 1781, por la suerte de los álamos plantados en una calle lagunera, que aún hoy sigue conservando el tradicional nombre dieciocheco. O la dedicación plena que un Obispo como Verdugo tuvo en la conducción de las aguas de la Fuente de Morales; en la construcción del Puente Nuevo y en el mejor trazado de la calle Nueva, obras todas que completarían más y mejor las obras reanudadas de la Catedral. Y hasta vale la pena recordar el cuidado, el celo cariñoso, con que los burgueses laguneros adecentaban y adornaban sus casas, como la de Don José Saviñón, que puso “ventanas con vidriera con moldura” y “ha enlozado su acera”; claro está, pensando que en ella iba a veranear el Comandante General.

Por último, conviene mencionar algunos de los capítulos que tuvo la instalación del Correo marítimo con la Península. Había quedado establecido, gracias a la mediación de D. Bernardo Iriarte, con la Coruña; dada la distancia, el servicio se hacía de un modo incompleto e irregular. La cercanía de Cádiz exigía que fuese éste el puerto ideal para establecer las comunicaciones marítimas (según frase de Don Lope, “ha habido quien ha oído un Domingo misa en esta isla, y pasado a Cádiz, dio la vuelta con tal felicidad que al siguiente Domingo bolbio a oír aquí Misa”), y las

razones económicas aducidas por Don Lope lo corroboran. La más fácil y más barata comunicación, la tradición que siempre ha habido del comercio canario-andaluz, la rebaja de los portes de las Cartas, la posibilidad de suprimir Oficiales cuyos sueldos cargaban en buena parte sobre el tanto por ciento del Cabildo, etc; y sobre todo, como hace hincapié el cronista, en la posibilidad de dar salida a nuestra pesca africana, a nuestra cochinilla, a nuestra loza, y, por añadidura, a muchos productos desembarcados en nuestros puertos provenientes de América, fáciles de hacer llegar a Cádiz.

Pero ya es hora de cerrar este amplio, aunque desordenado recorrido por nuestro siglo XVIII. Como resumen del mismo, transcribiré dos párrafos: uno de Don Lope, el más feliz testigo de la Ilustración; otro, de Viera, no sólo testigo, sino actor, y actor vivo, palpitante.

Don Lope, filántropo, comentando el naufragio de naves y pasajeros isleños, de regreso a las Islas desde Venezuela dice:

Felices sus naturales si se supiesen aprovechar de estas ventajas y caudales; fomentando la agricultura, el comercio, la industria.

Viera, viajero intrépido por las cortes europeas, escribía en una de sus cartas:

He observado el modo de pensar, de vivir, los trages y las costumbres, las lenguas de los paisanos... quantas imprentas, librerías, estamperías, droguerías; quantos charlatanes, bolatines, titiriteros, baylarines y buenas mugeres. Quantas postas he recorrido, quantas posadas he calentado... en quantas aduanas me han detenido...

Estos dos próceres insulares, el uno encerrado en su isla y el otro ausente de ella, trotamundo infatigable, de cuerpo y de espíritu, soñaban para su patria chica las mejoras, las novedades que, con tanto ahinco, uno y otro, cada uno en su esfera, pretendieron instaurar. Porque no en vano habían sabido llevar muy alta esa llama inextinguible de la Razón ilustrada, como decían los hombres de su tiempo.

Estampas del XVIII insular

Siglo XVIII. Esplendor, Comercio, Cultura: vida europea en reducidos cenáculos. Gran siglo áureo de las Islas. Sta. Cruz de Tenerife pasa de villa a ciudad; La Laguna es sede de nobleza y clero; Las Palmas conoce la influencia de Obispos ilustrados; Arrecife –y más Teguiise– continúa una vida menuda y sin grandes avatares. Todo el poder de la burocracia borbónica comienza a hacerse notar. Capitanes Generales, Obispos, Inquisidores, Corregidores e Intendentes sostienen pleitos o disputas. Abolengos, fueros, alcurnia y boato son signos de la época.

Los puertos canarios son puertas para Europa y para América. Exportan e importan. Garachico, Pto. de la Cruz, Sta. Cruz, Las Palmas, Arrecife, Sta. Cruz de la Palma mantienen gran actividad. El Puerto de la Cruz es lugar frecuentado por barcos extranjeros en busca del malvasía; casas comerciales insulares y foráneas se asientan en el Valle. De ahí nacerán los incidentes de 1718, cuando los orotavenses no aceptan la supresión de la alhóndiga, con quebranto de la economía. O el comercio con América, en el que conviene destacar los nombres de casas comerciales isleñas residenciadas en Méjico, Habana, Caracas, Sto. Domingo o Pto. Rico. Así, los Mesas, en la Orotava, que importaban cacao de Venezuela; o Romero, en Las Palmas, que hacía anualmente tres o más viajes a Caracas desde Gran Canaria, para vigilar e intensificar sus relaciones comerciales; o los Blancos, en el Puerto de la Cruz, que aparecen no sólo en poderes, recibos o fletes, sino en sumarias inquisitoriales por habérseles ocupado libros prohibidos en los almacenes portuenses. O, en este mismo Arrecife, el comerciante A. Rixo, de tan dilatada historia para conocer el comercio insular. Y sería prolijo recordar el episodio de Jorge Glass, el inglés sumariado, arrestado y procesado a cuenta de su pequeña flota pesquera en la que se habían enrolado tripulantes isleños.

O las disputas originadas entre dos o más navíos por ser elegidos para hacer el viaje de América; como cuenta Don Lope de la Guerra, memorialista lagunero, acerca del fracasado viaje del Diamante, porque los dueños de La Perla consiguieron el oportuno permiso del Consejo de Indias.

Los “Navíos de la Ilustración”, en frase feliz de Basterra, trayendo y llevando valijas y alijos; y produciendo en los visitadores del S.O. graves preocupaciones. Unas veces, por las estampas “obcenas” desembarcadas; otras, por los libros disimulados en toneles parcialmente vacíos; otras, por contrabandear telas o mercancías sin pasar por la rigurosa Aduana. Los puertos insulares convertidos en bolsas de contratación en las que navieros, comerciantes y tripulantes son actores de turno. Aquí mismo, en Arrecife, hacia 1780, hay un cargamento de botones, con imágenes irreverentes –reza la sumaria–, confiscado por el Comisario del S.O., después de formulada la correspondiente denuncia. Y no añadamos sino un sólo nombre, Manuel José Alvarez, un comerciante tinerfeño vecindado en Arrecife que tanto

lustre dio a su nueva patria y en la que llegó a ser Síndio Personero de la Villa. La barrilla, capítulo de una historia comercial relatada por Viera en su *Tratado de la Barrilla*, fue el atractivo que tuvo Alvarez; y la barrilla le dio dinero, fama y poder.

Pero es sin duda “El Correo de Canarias” –resumido y glosado magistralmente por Ventura Doreste– el texto que puede dar una visión más completa no sólo de los complejos problemas mercantiles de las Islas, sino de la Nación en general.

Escrito en 1764, durante la Guerra con Inglaterra, el autor del manuscrito, imbuido de ideas bien claras sobre Economía y Comercio, proclama la necesidad del tráfico con Inglaterra; refuta a la *Estafeta* de Londres, de Nipho, con argumentos bien sólidos, y se acerca mucho a los mismos razonamientos que un ilustre insular, Don Lope de la Guerra, hacía por esas mismas fechas. Pedir el restablecimiento de las salidas regulares de los navíos desde las Islas con América.

Trazar en las páginas de un periódico redactado en Tenerife, un panorama tan vasto, tan juicioso y tan meditado, prueba en su autor, insular o no, una perspicacia, un juicio y una penetración que, como señala Doreste, se escapa de la limitación provinciana. Anterior a Caldaso, supo denunciar males y apuntar remedios. Remedios aplicables a España y a las Islas, por cuya suerte tanto se interesaba el ensayista.

Comerciar, fabricar barcos, suprimir trabas aduaneras, abrir la puerta del comercio americano –especialmente el de Caracas–, señalan en el autor un conocimiento nada común sobre actividades mercantiles y navieras. Casi se aseguraría que fue persona muy próxima a las transacciones navieras entre Caracas y los puertos canarios.

Poseedor de un hondo sentido social, preocupado por el malestar económico insular –también denunciado por de la Guerra en sus *Memorias*–, propugna fórmulas, procedimientos con los que se podía paliar la crisis de las Islas, desabastecidas, atenazadas por el hambre y sin caudales para remediar sus males. Y no sólo busca remedios fuera de las Islas, sino también en el esfuerzo, en la tenacidad y en la dedicación y esfuerzo de los insulares. Intensificar la agricultura, aumentar la producción de las tierras, llegar a fórmulas muy próximas a las de la Reforma Agraria jovellanista, eran las premisas defendidas en *El Correo*.

América es otro punto debatido en el *Sexto Correo*, o entrega. Eximir de impuestos el comercio americano, extendido a los puertos canarios –centralizado entonces en Cádiz– y aumentar la flota dedicada a tal comercio. Libertad de comercio, racionalización de las Aduanas, incremento de los buques españoles: así, y no –añade el articulista– suplicando “ministros, guardias y celadores”, sería posible evitar el fraude del comercio furtivo hecho por barcos extranjeros.

Enjuiciar con miras tan altas los problemas patrios, no padecer la miopía del

insular provinciano, recomendar soluciones prácticas y viables, prueban en el articulista de un sentido crítico, una modernidad y una amplitud de visión nada comunes. Sobre todo, un carácter reflexivo que, en ocasiones, lo acerca a Cadalso; y un conocimiento real de los males que aquejaban a su Patria, parte de los cuales tenían manifestación especial en las Islas. En las Islas y en América, porque son estos dos puntos los que, en principio, preocupan a este insular tinerfeño, conocedor fiel de las Islas y puntual crítico de su Patria.

He querido detenerme, tal vez en exceso, en este anónimo ensayista, porque, junto con Viera —nuestro Viera y Clavijo—, representa en el siglo XVIII la prosa más lúcida de las Islas. Cada uno fue capaz de ver, de enjuiciar y de proponer soluciones. Y cada uno —Viera, con su ironía; el autor del *Correo*, con sentido crítico— lo hizo, más con medida universal, que con rasante insular. La *Gaceta de Daute*, escrita por Viera y sus amigos de la Tertulia en el año 1764, es un periódico manuscrito en el que sus redactores decidieron recoger noticias y comentarios extractados de otras *Gacetas* europeas: esto es, un selecto grupo de insulares se preocupaba por los sucesos de la Europa de 1760. Tanto en *La Gaceta*, como anteriormente en *El Personero*. Viera fue el gacetillero, mordaz, irónico y veraz de las Islas y de sus problemas. Hombre de su siglo, no podía eludir el compromiso de informar, de juzgar y de criticar; y de hacerlo de tal modo, que originase (como cuenta Don Lope de la Guerra) otras *Gacetas* (la de la Orotava) y aún de Las Palmas (pues en el *Diario* de R. Ceballos se habla de alguna *Gaceta* manuscrita que circulaba en la capital gran-canaria). Esto es, actuaban los periódicos vieristas como auténticos revulsivos intelectuales. Unas veces, contemplando “las ruinas del lugar”, escuchando música instrumental interpretada por uno de los contertulios, “conociendo lo feliz y lo sencillo de la vida natural”, analizando los fenómenos naturales y explicando sus carusas. Viera y sus amigos, como Feijóo, ejercitando la razón y el sentido común; haciéndolo, además, con gracia, con naturalidad y con humor.

Las Islas proseguían su vida y la historia iba acompañada por el reloj de los acontecimientos. Unos, registrados por los memorialistas (guerras, muertes, honores, viajes, festejos, etc.); otros, silenciados o apenas comentados. Por ejemplo, la vida misma de cada lugar, de cada ciudad o villa insular. ¿Cómo eran, cómo vivían los insulares de 1730 o de 1760?

Unas veces, los insulares, siempre viajeros, en busca de América (100 canarios, en un sólo barco, en 1720, y 150, en otro barco, en 1750). La emigración, permanente transfusión de las islas.

O, en la misma ciudad de La Laguna, en 1788, cuando las autoridades ordenan llevar “al cercado de Franchy”, a los atacados de viruela para someterlos a cuarentena, bajo vigilancia armada. Y es curioso transcribir lo que el moralista, Don Lope de la Guerra, la observación empírica de la vacunación natural:

En las anteriores (veces) Don José de Llanera conservó unos hilos empapados en puz, y ya cuando las viruelas habían pasado, inoculó... a sus hijos, y salieron bien, sin que la enfermedad se hubiese comunicado a los otros.

El vino, el millo, los chochos y las legumbres se producían en la “Vega de La Laguna”, y se vendían a 20 pesos la bota de vino, precio el del vino que había bajado por haber habido poca exportación al extranjero.

O, en esta misma Isla, un cura, el de Yaiza, D. Andrés Lorenzo Curbelo, refería en 1730 como la lava del Timanfaya “corría más que como miel”, mientras Tingafa, Manchas Blancas, Maretas, Sta. Catalina, San Juan, Peña Las Palmas, Timanfaya y Rodeo iban desapareciendo bajo la lava; los lanzaroteños, horrorizados, sufrían las erupciones, contemplaban nuevas bocas de volcán (“nuevos conos” la expresión repetida del anacronista) y puede adivinarse, leyendo el relato, como iba apareciendo ante los atónitos insulares, una nueva isla sembrada de rojo, de negro y de humo.

O, en el frú-frú cortesano lagunero, cuando los zapatos de terciopelo negro condenados en 1765 por la voz de un predicador, en la parroquia de los Remedios, como signo femenino y “ostentación vana, pecaminosa”. Los zapatos, según D. Lope de la Guerra, que calzaban los de la Tertulia de Viera —contra quienes iba el sermón—, y los mismos, según nota de Don Lope, que en número de 40 pares se le encontró, después de muerto, al flamígero predicador.

Las Islas, asomadas al mar, contemplando sus montañas, sufriendo calamidades, regocijándose con poca cosa; viendo como, poco a poco, las novedades les iban llegando. O admirando, en el caso de Tenerife, cómo iba surgiendo el emporio mercantil de Sta. Cruz, enriquecido por su tráfico portuario, y convertida la vieja villa marinera ya en una nueva “Babilonia” (así la llamarán los periódicos del XIX), con las nuevas mansiones, casi pequeños palacetes, como el de Carta (plaza de la Candelaria), el de Lebrún (calle de la Marina), el de Rodríguez Carta (aún existente, en la Plaza de la Concepción): residencias hechas con los pingües beneficios del comercio marítimo y con el cada vez mayor incremento de firmas comerciales foráneas que se iban estableciendo en las Islas.

El Siglo XVIII, en las Islas como en casi toda España, sembrando inquietud, novedad e ironía. Cruzado de gacetas informativas, salpicado de tertulias y enriquecido con letra menuda de gacetilleros, deseosos de dar fe de los sucesos de su tiempo: orgullosos de su vanidad. El Siglo de las Luces, en las Islas, abriendo nuevos caminos gracias al esfuerzo de unos pocos. Mientras, en ocasiones, parecían sobrevolar por sobre las apelotonadas nubes laguneras, un temible diluvio de zapatos de terciopelo. Aquellos que aparecieron en el baúl de un convento de la Plaza del Cristo.

Sí, las Islas en el XVIII, más llenas de curiosidad. Y más y más unidas a Europa por cartillas y estampas prohibidas, por libros y folletos contrabandeados o por navíos en duermevela que esperaban cargar vino y barrilla. Mientras que en el

espigón de Pto. de la Cruz, en el de Sta. Cruz, en el de San Telmo o en el muelle de las Bolas, de este Arrecife marineró, algún escribano firmaba el despacho del barco para Campeche, para la Guayra o para la Habana. Unas islas nuevas que los isleños proseguían descubriendo a fuerza de dolor, unas veces, y de superación, otras. Mientras América se iba poblando de habla pausada y de modales insulares.

Las Islas, pues, ganando nuevos horizontes. Y, aunque como decía la irónica pluma de Viera, de vez en cuando, “turbadas por rencillas de república joven y mal avenida”, ganadas por la curiosidad y el entusiasmo. Movidas por la fe de las nuevas ideas que iban llegando y sacudían su modorra.

La grande y la menuda historia (1)

Las Islas, tierra de coloniales: casi América, un poco España. El siglo XVIII, cruzado de reyes, Felipe, Fernando y Carlos; ministros y reformas, Patiño, Macanaz y Campillo. El siglo dominado por el signo de lo económico: la economía gestada ya en el XVII por las ideas claras de Ceballos, de Alcázar o de Cabarrús, defensores de igualar los tributos y de suplirlos, en ocasiones. Ideas de 1640: origen de las de Ensenada, preocupado por hacer un catastro fiel para conocer las fuentes de riqueza.

El siglo de las Luces, con preocupación honda por el malestar nacional: por el mal uso de la hacienda pública, por malgasto de las energías en algaradas bélicas, por el olvido en que se tenía a los españoles no peninsulares, por la falta de reflexión y de cuidado por parte del gobierno. En el siglo anterior, había habido memorialistas sin cuento: Quevedo los enumera con su gracia y con su sátira. La cámara real se veía desbordada por tanto papel impreso. Los memorialistas lo pedían todo, lo arbitraban todo. La Nación se tambaleaba; había que buscarle apuntalamiento. Desde América, desde Canarias o desde la misma Corte, los arbitristas lanzaban los dardos de sus infolios. Y el pueblo, el común, comenzaba a expresar su descontento: no por vía pacífica, sino por la del tumulto, la violencia.

En América, León acaudillaría la voluntad popular frente al poder del Capitán General (aunque, en el fondo, sirviese de hombre de paja de los infatuados mantuanos caraqueños); en Madrid, Esquilache sería el pretexto; en Sta. Cruz, el intendente Ceballos. En todas partes, el pueblo haciéndose oír. Unas veces, movido por unos grupos económicos; otras, por su instinto. Rebelión, tumulto, algarada: son palabras familiares en la prosa histórica del XVIII.

Recuérdese, gracias a Viera, lo sucedido en Orotava y La Laguna, en 1707: el Capitán General nombra gobernadores de armas de Sta. Cruz y la Orotava a Juan de Herrera y a Marcos Castro. La Laguna estima atropellado su privilegio de nombrar castellano de S. Cristóbal, y la Orotava, por negársele el derecho de designar el suyo en el Puerto, nombre que empieza a aparecer en algunos escritos del nuevo gobernador. Pero había algo más: la lucha de los privilegios. Los nuevos gobernadores se habían atrevido a nombrar para cargos de confianza a menestrales del Puerto. Aunque la Corona, a petición de la representación de La Laguna y Orotava, rectificó la orden y trasladó al Capitán General, quedaba ya prendida en Canarias la llama de la reforma social. El acceso al poder de la gente del Común. Igual sucedería en Madrid, cuando acceden a los puestos clave de Gobierno los "colegiales" para sustituir a los "manteístas". Ni Aranda, ni Campomanes, por ejemplo, tenían sangre nobiliaria; el nombramiento de diputados del común y alcaldes de barrio serían algunas conquistas del poder por parte del pueblo, no sólo interesado sino presente en el gobierno de su municipio.

En la Orotava, en 1718, el vicario Temudo se convirtió en un precoz, “tribuno de la plebe”, según lo califica Viera. Temudo pedía –exigía– derechos del pueblo a administrar sus propios, su agua, su vino, su trigo. Que no interviniese el Cabildo. Hubo alborotos, incendios, cedulones, toques de rebato, expoliaciones: la autoridad, benigna, aunque tardía, restableció el orden.

Y en el Hierro, en el mismo año, alborotos similares por causa del cobro de los quintos. En realidad, por intentar librarse del feudo del condado de la Gomera: el pueblo exigiendo sus derechos. Con “toques de tambor y disparando escopetas” se presentaron ante el asustado Alcalde al que levantaron de la cama.

El mismo pueblo que, movido por grupos bien definidos, consiguió en esta misma ciudad de La Laguna la expulsión de la isla del Juez factor de tabacos, Diego Navarro, atribulado varón que ni la protección del Corregidor le valió para verse violentamente llevado a Sta. Cruz de Tenerife; precisamente, como dice Viera, gracias “a la gabilla del populacho de San Juan”, de La Laguna, promotor de la algarada nocturna.

Esto y mucho más –disputas de privilegios, comisiones de los Cabildos ante el Rey, guerras contra los piratas ingleses, franceses o argelinos, hambre, carestía o escasez de granos– fue el siglo XVIII, en apariencia. Como se ve, sucesiva, lenta pugna entre el poder oficial y la soberanía popular. Al igual que en otros lugares, algaradas, asonadas, motines y hasta muertes violentas. Cuando no sentencias y ahorcamientos, como los ocurridos en la Plaza de Candelaria, después de los sucesos del Intendente Ceballos.

Pero el siglo fue algo más. Y ese algo se llamó: Sociedades Económicas, Seminario, Conventos, Cabildos Catedrales y Obispos, Corregidores; y festejos, y excursiones, y vida menuda, gris y cotidiana. Es la historia pequeña, es la anécdota, es la página amarillenta del diario o de las memorias.

Aquí mismo, un ilustre lagunero, Don Lope de la Guerra nos ha dejado constancia de su minuciosidad. Y de su alcurnia. “Esperando el título de Regidor Perpetuo”, que le correspondía, Don Lope desgrana las horas escribiendo sus Memorias. Y sabemos lo que un lagunero de seis años (diríase hoy, con expresión perifrástica, alumno de primer grado de E.G.B.) hacía en la Escuela, en el Convento de San Agustín.

Según se nos refiere, y sin tener en cuenta las recomendaciones, que habrían de darse dos siglos, después, “creció a más de 40 el número de condiscípulos”. Aprendió a leer “sin aquella especie de sonsonete i ganguero, que me avían enseñado en las Amigas”, aunque en el escribir, por mucho esfuerzo que puso, “no he podido conseguir tener una buena letra, por ir cada día poniéndoseme más trémulo el pulso”.

Los días de asueto, siempre feriados, “se disparaba media docena de boladores”, y después se bailaba, añadía el memorialista. Y el día de San Pedro, santo del maestro, se le llevaba un regalo “consciente –dice– en media docena de platanos i otra media de brebas maduras a la mano”.

Hasta aquí, se diría hoy, el primer ciclo de la E.G.B. A los 10 años, esto es al comienzo del antiguo Ingreso en el Instituto, se aprendía Latín con el Arte de Nebrija; declinar, hacer oraciones y estar “con el Sombrero puesto” mientras el preceptor no está presente. O se regocijaban en Carnavales con batallas de huevos y talco “que arrojaban al preceptor cuando entraba en clase”, cifra que hoy nos agobia y conturba.

Después, ya con 15 años, el joven estudiante comenzaba con las Summulas, con la Lógica, con los silogismos. Todo ello –y ahora sí que recordamos a otro estudiante llamado Torres y Villarroel–, aderezado con la elección de Rector y Vice-Rector, en cuyas votaciones hubo sus más y sus menos, ya que los profesores de Sta. Cruz y La Laguna tenían sus respectivos compromisarios. Y precisamente, D. José Pastor ganó las elecciones según Don Lope, por “mor de una puerta que prometió hacer a la sala de estudio”. Arma electoral que ni las sutilezas de Watergate hubiesen podido prever.

Pero sí vale la pena releer lo que cuenta Don Lope de sus estudiantes de Lógica Magna, cuando ya había cumplido los 16 años. En los tres cursos, estudió Guerra los Universales, los Predicamentos, el Juicio, el Silogismo, la Filosofía Natural (el “ente mobile, de la materia, del Ente Natural, de las causas, de la substancia”). En resumen, lo que hoy sigue estudiando un casi bachiller superior en su sexto curso de bachillerato: con la misma terminología y los mismos conceptos. Después de más de 200 años de Hª de Filosofía, Don Lope nos resulta un innovador. Mucho más, por su sagaz observación de que sólo diez de los alumnos llegaron a alcanzar estos altos estudios, ya que el resto se secularizó para, entre otros menesteres, “dedicarse al comercio de Indias”, predicamento que poco tenía que ver con las “operaciones del entendimiento” tan puntualmente descritas por el memorialista.

Por último, y me permitireis esta insignificante noticia, vale la pena recordar, según nos refiere Don Lope, que “no avía día ni hora fija de estudio, principalmente por la mañana, lo que era de grande incomodidad para los que asistíamos fuera del convento; pues nos sucedía muchas ocasiones que después de costarnos madrugar, sufrir el frío de la estación de Invierno, nos hallábamos sin estudio, o que si avía era después de las ocho”. Don Lope –sí que conviene anotarlo, con sus 14, con 15 o con sus 16 años–, aún sufría mucho más que nuestros madrugadores estudiantes acurrucados en los bamboleantes autobuses o en los microbuses escolares; porque –ya nos lo cuenta en otro lugar– era a las 7 de la mañana (¡mañana dicembrina lagunera!) cuando comenzaba la jornada escolar.

Después de este trozo de vida estudiantil, podríamos rememorar a Diego

Torres, el salmantino estudiante vanagloriado por su autobiografía; o al Buscón de Quevedo, abuelo tal vez de estos esforzados seudofilósofos; o, ya más cercano a Don Lope, a Feijóo, cuando en sus Cartas nos refiere, un tanto grotescamente, la enseñanza que aún se seguía dando en los Conventos y en las aulas universitarias. Don Lope padeció, como Torres, el Escolasticismo más parvo y más sórdido; conoció la tortura de los Nominativos y los Acusativos y, como cualquier español de su tiempo, recitó más los versos de Virgilio que los de Garcilaso.

Cuarenta años después, aproximadamente, “en el Seminario de Las Palmas, decía el Inquisidor Fiscal, se difunden y propagan semejantes doctrinas de que es bueno testimonio la sabia y justa providencia de V.S. ... para examinar las habitaciones y bañiles de estos seminaristas por propender y haber propendido siempre la ocultación de libros”. Las “semejantes doctrinas” se encontraban en el “Extracto de la Moral de D’Alambert”, en el “Abelardo y Eloísa”, en el Tamburini, en el Montaset. Pistoya, el pistoyanismo, fue materia discutida y perseguida dentro de los círculos de la alta curia romana y ello quería decir no infalibilidad del Papa, autoridad máxima del Concilio, regalismo. En resumen, derogación de “las más sanas doctrinas”, según comentaba un anónimo cronista (posiblemente profesor o alumno de los últimos años del Seminario), alarmado por tanta “novedad” traída especialmente por el Obispo Tavira, reformador en la Diócesis de tantas cosas. Entre otras, en esta misma ciudad, y durante una de sus visitas pastorales, con una Carta en la que se manifestaba con cautelosa prevención acerca del culto a las imágenes y a sus vestidos y ornatos. El mismo que originó un proceso inquisitorial inconcluso por sostener, conversaciones primero, y correspondencia, después, con prisioneros franceses residentes en esta ciudad y calificados por el Comisario inquisitorial como “deistas y volterianos”. Y el mismo que nombró Arcediano de la Catedral a Lugo, “alumno de los estudios de San Isidro”, (centro calificado entonces como de los más avanzados en materia de enseñanza, jansenista bien conocido —decía el cronista— entre los contertulios de la Casa de Montijo, de Madrid”.

El que nombró, entre otros a Segundo Carroz como profesor de Filosofía, lector de un libro de Servet, intervenido por el S.O. después de un registro en las habitaciones del Seminario; o a Rivas, protegido por el Arcediano Lugo, que defendía las tesis de la “falta de jurisdicción de los Papas en materia de temporalidades de los Reyes”. O en las defendidas por un alumno de Filosofía, en 1793, llamado Graciliano Afonso —más tarde Canónigo Doctoral y figura notable en la historia contemporánea—, “hombre vivo... de facundia y fácil expresión, ... lleno de la sana Filosofía” y comentador de Montaigne, de Condillac; como ya lo había hecho en Alcalá, en cuya Universidad —en compañía de otros compañeros canarios— ya conoció las primeras reconvenções “por su afición a los libros prohibidos”. Los mismos que se habían manejado en el mismo Palacio Episcopal, en la Plaza de Sta. Ana, cuando el Obispo Herrera escuchó a su bibliotecario Raymond que defendía, en unas reuniones para sacerdotes, la superioridad del Concilio sobre el Papa, la falibilidad del Papa y la superioridad jerárquica del Obispo en su diócesis aún sobre el propio Papa: tesis recogidas del decreto de Graciano, de clara raíz jansenista.

Y además de libros, de procesos inquisitoriales, novedades, descubrimientos, adelantos técnicos. Viera, desde sus años madrileños, dando cuenta a Villanueva del Prado de sus experimentos químicos; o escribiendo sus *Aires Fijos* como muestra de su sabor enciclopédico. O las Sociedades Económicas becando o alentando promociones de jóvenes estudiosos; o patrocinando, como ocurrió en Las Palmas, la primera imprenta comercial de la isla. Así, ya en 1803, editándose, en contra de la opinión censorial, el auto de Metastasio, *José Reconocido*, obra fechada en 1753, reconvenida por la Inquisición; folleto de 39 páginas que sirvió para que el Dr. Bandini, editor, se despachara a su gusto en el prólogo del libro, con gran enfado de los clérigos más tradicionales, aunque con el patrocinio de la Economía grancanaria. O por las mismas fechas, al ocuparse en una biblioteca del Puerto de la Cruz un libro de obscenidades, “cuyos ejemplares se habían distribuido en La Laguna y Sta. Cruz”.

La cacería inquisitorial resulta infructuosa. Los libros y las ideas llegan a todas partes. Desde los baúles de los seminaristas a los cajones con dobles fondos que reciben los comerciantes del Puerto. La marea crece. Ya no hay el reposo y la parsimonia referidas por Don Lope de la Guerra. Las Islas se ven alteradas por nuevas cosas. Y no son los menores los propios de su vida diaria: su mal gobierno, sus excesivos tributos, su escasa economía. Ahora, además, comienzan a aparecer, manuscritos, los primeros periódicos. Entre ellos, el *Papel Hebdomadario*, en 1758 y 1759; el *Personero* en 1764, y, un año después, la *Gaceta de Dante*, en donde Viera y sus amigos dejaron constancia de sus excursiones, de sus impresiones y de sus divagaciones.

Viera, nombre clave en nuestro XVIII, fue antes que historiador un ilustrado enciclopédico. Y su enciclopedismo se manifestó en la madurez de su obra y en los comienzos de la misma. Ya aparecen los dos primeros periódicos con el subtítulo de “varias noticias instructivas de H^a Natural, Física y Literatura”. Las *Cartas* de Feijóo pudieron haberle servido de modelo; o los ejemplares que del *Diario de los Literatos* pudo haber llegado a sus manos.

Es el *Correo de Tenerife*, fechado en 1762 —por las mismas calendas que las *Memorias* de Don Lope de la Guerra—, el manuscrito periódico que, fechado en las islas, hoy se conoce. El periódico —al que Ventura Doreste le dedicó hace casi 30 años un sagaz estudio— está hecho por una pluma de gran calidad literaria y, sobre todo, de extraordinaria perspicacia. Como dice Doreste, es un escritor insular con ámbito universal; no hay noticias particulares, sino consideraciones generales. Se propone, como Nipho, a cuyo periódico *La Estafeta de Londres*, dedica una amplia réplica, estudiar las causas del malestar económico y de la decadencia política. No se ofusca, como Nipho, con apasionamientos patrióticos, sino que reconoce en Inglaterra —con la que España mantenía una Guerra, gravísima para la economía insular— cualidades dignas de ser imitadas. Defiende la necesidad de que el labrador disponga de más tierra y de más propiedad. Se adelanta a Cadalso en hacer una crítica objetiva, racional y metódica de los males españoles, a los que intenta poner

remedio. Resulta ser un autor insular —de naturaleza o de adopción— con una amplitud de miras nada comunes; y con una visión realista de los problemas nacionales, muchos de los cuales atañían a las islas. Conocedor del comercio americano, señala los defectos y las trabas de la Administración para que aquél se desenvuelva adecuadamente. La libertad de comercio, la supresión de ciertas Aduanas, la mejor distribución de los productos, —con una marina más numerosa— colaborarían en el engrandecimiento nacional.

En resumen, en 1762, hay un periodista —puntual y excepcional gacetillero— en Tenerife que tiene altura para denunciar los males de la nación y para proponer las reformas necesarias. Sin estudiar particularmente el problema de las Islas con América —como lo hace Don Lope en sus *Memorias*—, es capaz de afrontar el tema en toda su extensión. Ya fuese antes o después de la Carta Real en que se permitía a las islas comerciar con Inglaterra a fin de que hubiese granos y comida (la escuadra inglesa impedía el normal suministro desde La Península), el periódico se hace eco de la necesidad de reanudar el comercio inglés; y las razones son sobradamente conocidas para un insular. Por ello, su prosa resulta singular en medio de la anglofobia inundadora entre los periódicos peninsulares. Sobre todo causa asombro leer los juicios claros que el *Correo* da sobre las colonias de América: mientras los extranjeros sigan beneficiándose, con fraude, de las materias primas americanas, y España sólo las recibe a través del celoso portalón de las Aduanas, las colonias inevitablemente buscarán en el extranjero y no en la metrópoli la continuación de sus relaciones comerciales. Enciclopedismo y rigor crítico animan al periodista; y conviene destacarlos como una viñeta más de nuestro siglo XVIII, tan lleno de luces y sombras.

Y entre ellas, la luz del trabajo. De la Naturaleza. Porque si hay siglo en el que se exalte y proteja más el libre comercio, las tareas mercantiles, las labores artesanales es éste. En el vaivén que fue la sociedad española durante el s. XVII, —querer y no poder—, en el XVIII, poco a poco, va tomando cuerpo la idea de que el trabajo da tanta nobleza como la heráldica. Se extiende cada vez —desde el Consejo Real hasta las esferas administrativas más pequeñas— la admisión de los manteístas (esto es, de los universitarios), y las Sociedades Económicas, junto con los Gremios, las Academias y los Colegios Profesionales (Abogados, Médicos, etc.) van apretando sus filas con nuevos asociados.

Desde que A. Smith publica su "*Ensayo acerca de la Naturaleza y causas de la riqueza de los pueblos*", en 1776, puede decirse que los ensayos fisiocráticos se multiplican. Sin afirmar que la nueva doctrina, nacida en Francia, no tuviese en España sus defensores (Campomanes), sí hay que lamentar que las trabas del intervencionismo del comercio exterior dificultaron grandemente el desarrollo de la doctrina. Todas las disposiciones dictadas por Hacienda sobre circulación de granos, sobre establecimientos de industrias, tienen raíz fisiocrática. Y las Sociedades son, sin duda, una de sus hijuelas más importantes.

Sería impropio de este lugar el que yo intentara recordar ante ustedes la labor, la ímproba y meritoria labor que la Sociedad realizó en bien de las islas. Toda la historia de las Económicas gira en torno al desarrollo de la Agricultura, la Industria y el Comercio. Y esta de La Laguna no podía quedar excluida.

En 1780, Don Lope de la Guerra consigna en sus *Memorias* la noticia de una Sesión extraordinaria con motivo “de los días del Rey, Príncipe e Infante, nuestros señores”. Era Presidente el Conde de Siete Fuentes y se adjudicaron premios por trabajos acerca del establecimiento definitivo de la Imprenta en las Islas (en 1750, Pedro Díaz había iniciado en Sta. Cruz este arte, aunque no con gran decoro y continuidad) y muchos otros por tareas artesanales o menestrales. Hilar, escribir, instruir, enseñar, tejer; encajes, galones, bolsos, medias, cueros, hilos, curtidos, lienzos, azadores, rastrillos, palas, gramas; he aquí algo del vocabulario recogido en el acta de la sesión. Después, se leyó una Oda por uno de los socios y un discurso sobre la nobleza (“no es verdadero noble, el que no es Amigo del País”), “y por no haber tiempo —continúa Don Lope— no se leyeron otros discursos y Poemas dirigidos a la solemnidad del Día”. En la casa del Director hubo refresco y música, interpretada por “varios socios ejecutantes”, dice el texto.

Cómo se ve, no falta ningún elemento propio de la actividad de la Sociedad: Ciencias, Letras y Artes aunadas. Tres años después de su creación, ésta Sociedad ya desenvolvía esta actividad tan notable; y no tan sólo dentro del seno de la Institución, sino en el fomento y embellecimiento de la ciudad. Lo que hoy hacen, con más bullicio que efectividad, tantos organismos públicos o privados en defensa de la Naturaleza, ya lo ejecutaba esta Sociedad en 1780, cuando, por ejemplo, a través de varios de sus socios, intervino activamente en la creación de una alameda, origen, una vez más, de litigios entre “la Jurisdicción de arriba y de abajo” (“Balancéase de una a otra San Cristóbal”, dice con su gracejo inigualable Simón Benítez, puntual comentarista de Don Lope, especialista impar de nuestro siglo de las Luces). “Ginjas, Laureles y otros árboles, por no hallarse Alamos”, consigna Don Lope, se comenzaron a plantar; sacando dinero del Cabildo, de la Audiencia y del propio pecunio particular. Y la ciudad pudo conocer el inicio de una Alameda que aún hoy subsiste.

“La Sociedad que vela por establecer y adelantar las Manufacturas”, dice Don Lope, consiguió contratar a un francés residente en la ciudad (había sido hecho prisionero por un barco inglés) para que iniciara la industria de hacer “peines de cuero”. Y lo consiguió, con la colaboración de D. Ignacio de Llarena, socio residente en Sta. Cruz que aceptó acoger en su casa al joven maestro de taller, y de este modo se conseguía establecer una nueva “manufactura”, según la terminología de la época. O como la del lino, según se deduce de los telares de D. Cristóbal Madan (premiado con una medalla por la Sociedad), cuyas tejedoras suplían la falta del lino importado con el que se hacía “los lienzos del pays, cuya manufactura se ha ido adelantando”.

Pero había un contertulio, un distinguido contertulio –Palacio de Nava, excursiones a Dante, a Tegueste, *Gacetas* y refrescos– que, desde Madrid escribía cartas. Cartas extensas, prolijas. En las que, para pasmo de sus amigos, refería de sus viajes europeos, de sus visitas, de sus nuevas amistades y de sus nuevos conocimientos adquiridos en Universidades, Jardines Botánicos, Bibliotecas, Observatorios y Museos. Italia, Francia y Alemania aparecen, en la prosa epistolar, como nuevos mundos ricos en sabiduría, en belleza y en lujo. Y, sobre todo, había enriquecido su hondo saber. Los laboratorios químicos, las Academias, los conciertos de Música, las fábricas de porcelana, las Casas de Educación, las Salas de baile, los Canales, los Puentes, las Fábricas, las Fortificaciones, los Santuarios, los Hospitales, los Monasterios, las óperas, las cenas y los juegos desfilan en una sucesión cinematográfica ante los ojos socarrones de sus amigos, uno de los cuales, Don Lope, consigna el texto de la carta. Diríase que el desfile de nombres propios rebasan los márgenes de los folios de las Memorias; y se añadiría que la satisfacción y la vanidad del remitente se escapan por tantas admiraciones y tantas ponderaciones. La pluma grácil del escritor, puntual narrador, no sólo ha dejado un trozo antológico de prosa costumbrista y viajera (el siglo XVIII cruzado de postas y viajes), sino que ha plasmado una lección de geografía humana para sus amigos laguneros, deslumbrados por tanta riqueza, boato y movimiento.

Sin duda, se me ocurre pensar, fueron los “charlatanes, bolatines, titiriteros, bailarines y buenas mujeres” el espectáculo que más sedujo al viajero. No en vano los consigna al final de su carta. Cuando, descansado en el palacio de Sta. Cruz de Madrid, podía rememorar y paladear tanto deteite y tanta belleza.

Porque Don José de Viera y Clavijo, desde Italia, desde Francia o desde Alemania, rememoraba sus paseos y sus gacetas tinerfeñas; sus cartillas y sus saraos de Dante; sus devaneos de abate curioso y enciclopedista.

Tal vez por eso, nos seduzca más su carta. Porque es el rincón más íntimo y la miniatura más exquisita que hubiésemos podido presentar de nuestro documental.

Porque Viera, hombre del XVIII, observó “lenguas, costumbres, trages y modos de vivir y de pensar”; supo verlas y assimilarlas. Y supo, con la fluidez y la ironía de su prosa, dejarnos una estampa de insular universal, espectador de su tiempo y testigo fiel de su época.

Esta que yo, queridos amigos, he deseado revivir ante ustedes son la gracia, la ironía y la savia del Viera.

Cultura y educación (1)

Vamos a intentar, en principio, casi esquemáticamente, de definir la cultura. Recordemos lo que Fernandez de Oviedo cuenta de sus andanzas (más ficticias que reales) por el Nuevo Mundo: nos habla de pueblos nuevos, de dioses sangrientos, de hombres naturales y primitivos, de técnicas de construcción o de artes aplicadas y aún figurativas. Nos está haciendo el mapa biográfico, el retrato global de un pueblo. Y este retrato ha sido posible gracias al poder descriptivo que el historiador tuvo para ofrecernos un pergeño de la vida, del humano vivir de aquellos hombres que habían causado la admiración de los europeos refinados del XVI. Oviedo está haciendo un breve ensayo de antropología, ciencia que aún no podía existir en aquellos tiempos de conquista.

El siglo XIX, positivista y metódico —Descartes, Kant y Compte tuvieron buena parte de culpa—, esquematizaría todas estas enseñanzas recogidas de las observaciones de unos historiadores que daban fe de un acervo cultural, de una herencia social, como diría el historiador Malinwski. Una herencia con dos caras, la material y la espiritual; por eso, la cultura, abarcando este doble camino, nos mostrará lo que los antepasados han dejado a sus sucesores: su Técnica, su Ciencia, su Arte, su Religión, sus creencias, su Vida. Según la índole, según la enjundia, según el cómo y el qué de esta herencia, dicho pueblo será más o menos culto. Pensemos, por un momento en el legado de los pigmeos y en el de los egipcios de Ramsés: media entre ambos pueblos un abismo de civilización. Y de Historia.

Pero la Cultura, definida como herencia, parece tener un carácter pasivo de recepción; o, a lo más, adaptación. Las culturas de los grandes pueblos se perdieron en el ancho Océano del olvido, cuando sus herederos no fueron capaces de rehacer, ampliar y adaptar la herencia que habían recibido. Si quisiéramos utilizar un término muy de moda en estos últimos años, se podría decir que la cultura tiene su mejor colaboradora en la "tradición viva". En la historia de la Lingüística, de la Literatura, de las Artes, o de las Técnicas más rudimentarias, el papel de la tradición ha sido activo y no pasivo: de ahí que de la rueda naciera el carro, o que del uso reiterado de tal o cual forma expresiva haya resultado un neologismo, o una nueva expresión enriquecedora del lenguaje. Entonces, el pueblo culto será aquel capaz de aprender a conocer el estado de su herencia; y, además, a enriquecerla, a depurarla. Para conseguir esta depuración, para aplicar la potestad humana a hacerse cargo de un saber, de un conocimiento racional, es necesario que disponga de una educación. Las culturas se apoyan en la educación; y sin ella, la cultura —como diría Spengler— degenera en civilización, flor de un día en el ancestralismo cultural. Por otra parte, la condición gregaria, social, indefectiblemente política del hombre; el tener necesidad de vivir en, dentro de la servidumbre de su cultura, le obliga a desarrollar su voluntad de tender hacia algo que le proporcione mejora, acondicionamiento más fácil en el

mundo, en el ambiente, en la época que le ha tocado vivir. La formación de esa educación es a fin de cuentas, la que da forma definitiva a la materia, todavía amorfa, de la cultura. Cultura sin educación, es materia sin forma; es aptitud sin función. De ahí la imperiosa necesidad que las sociedades sienten de la educación de los individuos; porque sin aquella, el bagaje de la cultura resultaría inoperante. Se convertiría en un cadáver vivo.

Y ¿qué es la Educación? Las respuestas que se diesen a esta interrogación irían aparejadas con los distintos sistemas, con los innumerables sistemas pedagógicos: y, si fuésemos más meticulosos, tropezaríamos o nos enredaríamos entre el laberinto conceptual de Pedagogía y Educación, el fin y el objeto de una misma ciencia. Nos contentaremos, aún pecando de atrevidos y aún estando dispuestos a rectificar la definición que tiene paternidad ajena, a considerar la Educación como un medio adecuado para incorporarse los pueblos a la civilización. Por tanto, resulta que es la Educación una andadura obligatoria de la Sociedad; porque como primera cualidad hemos de añadir a la Educación su carácter social. El Derecho, regulador de las acciones externas del hombre con los demás hombres —y no nos salimos del campo del Derecho Natural—, estará entrelazado con la Educación, ya que en ella se exige la presencia de un sujeto y de un objeto: el educador y el educando. Encerrar estas relaciones en normas, prescribir cuáles deben ser estas relaciones, ordenar las obligaciones de la comunidad respecto de estas relaciones: tales son los fines que el Derecho puede tener en el campo educacional. Sentir, por tanto, la Sociedad la obligación de su Educación: tal es el principal objeto de su progreso.

Y así, por sistema de reducción, hemos llegado al concepto de la Educación. Pero no a su aplicación: sólo nos hemos contentado con su definición. La aplicación, el objeto final educativo, cae dentro del ancho mar de la Pedagogía. Y, sin meternos en honduras profesionales, utilizando un sencillo sistema de lógica aplicada, trataremos de ver, de un modo muy genérico, cuáles son los Métodos, o cual es el Método adecuado en la aplicación educativa. La Metodología educativa es el universal debate de los educadores, de los legisladores y, sobre todo, de los educandos y de los legislados. En materia de Educación, hemos de reconocer que el más ciego resulta Rey. Y así, en este flujo y reflujo de opiniones y de dogmas, la pobre Educación va como barquichuelo en medio de tormenta: dando bandazos, sin rumbo fijo. Defienden los unos la Educación Subjetiva, que consiste en considerar al hombre como un ser “ideal”, como un algo arbitrario, único, fijo, inalterable, al que dedicamos todas las normas de las relaciones educativas; el Método Realista presupone la existencia del hombre, ser lleno de contradicciones, de individualismo, de psiquismos especial; de ahí la obligatoriedad de contar con él y de no olvidarse de esta condición especial al legislar, al dictar o al ordenar cualquier sistema educativo. Entender la Educación como una suma formada por Educador y Educando, cuyas mutuas acciones se complementen, será el ideal de todo sistema educacional. Meta que, justo es confesarlo, sólo resulta hermosa por lo utópica; y a la cual tienden, con mayor o menor aproximación, todos los legisladores y todos los educadores.

Aquellos sistemas educativos en los que ha predominado la escuela subjetiva han pecado, con exceso, de hacer elucubraciones poco prácticas y con escasa amplitud y repercusión en el marco de sociedad. Aquellos otros sistemas rígidamente realistas han promovido en el marco de lo social una honda repercusión pragmática, aunque ha adolecido de escasez de teorización. Sin ir más lejos, podríamos decir que nuestra educación ha pecado más por subjetiva que por realista; quizá porque no ha acertado a colocarse en su justo medio.

Y si fuésemos a buscar un sistema, un medio adecuado en donde estudiar con más detalle, de una manera más concreta cuanto llevamos dicho, ninguno mejor que nuestro Bachillerato. Y no estaría de más, para comprender mejor el contenido semántico de la palabra, recordar lo que nuestro Luis Vives dice en uno de sus Diálogos:

Así tyrones como batallari son nombres tomados de la milicia... batallarius se llama en francés aquel soldado que ya se halló en algún choque (que ellos llaman batalla) y peleó con el enemigo; así en la palestra literaria empezó a llamarse en París batallario, esto es, provento, aquel que tuvo públicas conclusiones de alguna de las artes. Después les asignan para enseñar, que por la licencia que se les da llaman licenciados...

El Bachiller, en tiempos de Vives –y aún mucho después– venía a ser el instruido y el instructor en las artes liberales o nobles. Con el correr de los años y la evolución de las instituciones, por cambio en la cosa significada, Bachiller ha perdido su antiguo contenido de instructor y se ha quedado con el de instruido. Instruido, eso sí, dispuesto a obtener la Licencia en algo; esto es, el permiso para ejercer su ciencia. En una palabra, para poder lidiar, con refrendo público, en la ancha, difícil y tumultosa “palestra de la vida”. Así como antiguamente, el Bachiller resultaba ya “provento” o veterano, ahora apenas ha conseguido el título de mozo barbilampión, analfabeto en muchas cosas y con escasa experiencia en la mayoría. Y aún, siguiendo el rastreo de las significaciones, observaríamos como el contenido, o mejor, el valor social de la palabra también ha cambiado. Pues Bachilleres eran pocos y contados; aunque, si creemos a Vives y a Mexía, tan tumultuosos o más que los de ahora, ya que, “con grandes gritos”, los “discípulos repiten y repasan lo que les enseñaron los maestros dos horas antes, y lo rumian como el mejor bocado”. Y los gritos y manoteos debían de ser muchos, pues el mismo Vives menciona uno de estos bachilleres “ciertamente loco –dice–, porque si tuviera buen seso, ni gritaría tanto, ni haría gestos, ni meneos, ni se fatigaría”.

De este modo, el antiguo Bachiller tenía mucho de pregonero, de soldado y de repetidor. El pregón, la milicia y la repetición como armas de su ciencia. ¿Y el de hoy?.

No, ya no necesita despabilar las velas a las cinco de la tarde, en el frígido apo-

sento; ni hacer truhanerías; ni buscar, afanoso pescador, tal o cual garbanzo solitario de la olla comunal; ni vivir como tahir, ni sentar plaza de hidalgo manirroto o mujeriego. No, el bachiller de nuestros días es, ya lo decíamos, más mozo, menos experimentado, aunque no sabemos si más instruido. Ahora, en vez de velas, neón; en vez de aposentos, calor de familia; en lugar de tahures, baloncesto o fútbol. Su ciencia debe ser más precisa, menos extensa, aunque –teóricamente– más intensa. Cualquier Obregón de nuestros días necesita Dios y ayuda para memorizar tres o cuatro palabras latinas, sin la muleta imprescindible del diccionario; y no hablemos de las Artes Matemáticas, en donde todo “raciocinio está en abstinencia”. El espíritu pregonero y discutidor ha desaparecido; el afán de palique y de contienda, también; las repeticiones tal vez sea el único signo que recuerde a su ilustre progenitor alcaláino o salmantino.

Sería intento vano –mucho menos en esta desordenada charla– explicar las razones de este cambio. Pero el hecho concreto ahí lo tenemos. Y, mucho más, para quienes por hado de Minerva (que no vano tuvo algo de lechuza) tenemos misión docente o, si se quiere, repetidora entre la turbamulta bachilleresca.

¿Qué es lo que le falta, o qué le sobra a nuestros bachilleres? Pregunta picuda, como hubiese dicho nuestro Unamuno; y tan picuda que hiere, sólo de tocarla. La historia pedagógica española, exteriorizada en la fría literatura burocrática, está llena de planes de Bachillerato, de experimentos; y aún hoy, en nuestros días, vivimos pendientes de futuras reformas, o de nuevos experimentos. Si, de un modo global, quisiéramos dejar planteado el tema, podríamos decir que, a lo largo de estos dos últimos siglos (ciñéndonos al problema concreto de la Educación española), ha habido fundamentalmente una extremada generalización y abstracción por parte de los legisladores; o, de los rectores en materia docente. Únicamente se ha pretendido, por cada Ministro, o por cada legislador al uso, aclopar, adaptar,... o copiar tal o cual sistema extraño. Y la experiencia, o es tan corta, o los medios son tan escasos, que la prueba resulta fallida. De este modo, los críticos de café, los sesudos pedagogos y los sufridos padres de familia, amén de los catecúmenos bachilleres, siempre ha tenido materia fácil para un fácil comentario. Si se nos permite usar un término que ya anteriormente utilizamos, podríamos decir que nuestros sistemas educativos (nuestros métodos educacionales) han pecado ya de excesivo realismo, ya de franco subjetivismo. O se ha mirado con exceso la materia a enseñar; o se ha extremado el celo por el educando; o se ha olvidado ese vínculo indestructible que debe de existir en todo momento entre los dos sumandos de la Educación: el instructor y el instruido. O, según algunos, se ha olvidado algo mucho más fundamental: la misión y la aplicación que dicha materia de educación va a tener en la vida futura del educando. Es decir, se le ha buscado –y se le sigue buscando– a la Educación su Teología, su fin último y aprovechable.

Analizar cada una de estas facetas nos llevaría mucho tiempo. Sólo nos detendremos en algún aspecto o circunstancia que, por propia experiencia, resulta mejor conocido.

Dejando a un lado los múltiples problemas de la enseñanza cíclica o graduada; dejando al otro la cuestión de agrupar o no, dentro del Bachillerato, las técnicas, las ciencias o las Artes aplicadas en otros centros, o en otros ramales bachillerescos; olvidándonos, por un momento, de los problemas del muchacho angustiado por los “Deberes”, muchas veces motivo de mayor angustia para el padre por ser su verdadero ejecutor: desechando éstos y otros muchos temas que se nos escaparían de la mano, vamos a enfrentarnos, o mejor, vamos a rodear, así, a rodear, hasta cercarlo, al que creemos uno de los dos ejes del problema: al mozuelo estudiante de nuestros días, heredero en muchas cosas de aquel otro mlite de la palestra y de los reyes en forma de naipes.

Ahí está, sentado en su pupitre, lápiz en ristre, libro abierto, somnoliento aún de la primera levantada tempranera en el curso. Oye, aún entre sueños, la voz del cómitre disfrazado de profesor que explica, que amonesta o que advierte. Cuando apenas ha tenido tiempo de despertar de la primera duermevela, ya ha cambiado de instructor; ya ha mudado el libro del pupitre. Y así, uno, otro, otro día. Sin que echemos en saco roto las agudas experiencias que Simmel nos ha enseñado acerca de la atención, según él en franca pérdida dentro de las sociedades modernas, sí podemos asegurar que el mozuelo de 10 años, de once, de doce, y aún de trece o de catorce, no está en condiciones de afrontar, con resultado provechoso, la dura prueba diaria de sucesivas y variadas atenciones. Y que el hecho no ha pasado desapercibido entre los legisladores, lo prueba el hecho de que se ha buscado, para intentar subsanar tan grave fallo, todos los medios imaginables: esquematizar, abreviar, reducir, compendiar las explicaciones; dedicar, a modo de aquellos repetidores renacentistas, una parte de la clase a puntualizar, a recalcar, a aclarar la explicación que ya se ha dado. Pero todo ello es insuficiente: la atención del muchacho, fruto del cansancio físico, cuando no del intelectual, no se aprisiona con lazadas fortuitas, con engaños más o menos disfrazados. Durante ocho meses consecutivos ese mozalbeta, de vivacidad, de ardor, de inquietud sin límites, verá, día a día, pasar las largas horas de encierro; midiendo tan sólo las triquiñuelas mil para acortarlas.

Por si fuera poco grave ya este problema, añádase este otro. La falta de educación que, por razón de la edad, de la educación primaria o de otros factores, el muchacho siente al incorporarse a las tareas penosas de los estudios bachillerescos ¿Cómo encajar, en la lección de libro, la explicación magistral del docente; cómo resumir, en una hoja de libreta, lo que apenas se ha comprendido; cómo Razonar—sí, Razonar—, ejercitar los medios intelectivos, hasta ahora casi inactivos, en procesos deductivos o inductivos? Grave problema para el muchacho, y aún más grave para el docente, en todo momento consciente del problema que afronta. Es posible que con una enseñanza primaria más activa; con una feliz continuación cíclica de la Enseñanza bachillerescas con la primaria; o con una más razonable distribución de las materias, se consiguiese algo. Sin duda alguna. Pero más, mucho más se conseguiría haciendo del mozo un mlite completo y no un sabelotodo en enciclopédicos menesteres.

Cuando el muchacho esté acostumbrado a caminar, sin necesidad de que le señalen la marcha; cuando sepa leer e interpretar lo que lee; cuando esté familiarizado con el libro, no como instrumento sino como solaz (y aquí viene aquello de las Bibliotecas infantiles); cuando sea capaz de no sentir cansancio físico y pueda disponer de mayor atención; cuando su formación social –convenientemente orientada desde la infancia– esté suficiente, mínimamente desarrollado; cuando se olvide de su papel masivo y sí del individualizador (el muchacho no es uno entre todos, sino uno distinto de los otros); cuando encuentre familiaridad y mayor confianza con el instructor; y, sobre todo, fruto de todo esto y de mucho más, cuando sienta responsabilidad por aquello que está aprendiendo: entonces, será posible ensayar, probar, adaptar o reformar.

Sí, ya sé, me diréis: bueno, ¿y qué? ¿Y con todo esto quedaría solucionado este angustioso debatido problema de nuestra Enseñanza Media?. No, posiblemente no. Porque el problema de la Enseñanza Media no se resuelve con este o con el otro sistema educacional, sino con una reforma paulatina, constante del educador y del educando. Y digo educador y educando, a sabiendas de la sonrisa escéptica de más de uno. Porque pienso que no son sólo ellos, los mozos barbilampiños, quiénes deben reformarse, sino también los barbados doctores. Pero esto, mis buenos amigos, es harina de otro costal. Porque hablar de mí mismo y de mis escasas dotes pedagógicas es materia que le toca a otro con más ciencia. Y con más experiencia.

Los viajeros (I)

El viajero, después de cruzar la cumbre, de descrestar serrones, se ha asomado a la inmensa, a la profunda barranca. Aletargado el Sol, raudas las nubes, azules las montañas, el viajero avisoro gigantes de piedra y luminarias de horizonte. Apenas adivina, escondido, un puñado de casas; los caseríos, blancos y difuminados, revolotean en las faldas, en las crestas, en las terrazas de las montañas. El aire es frío y apenas queda ya rescoldo de día.

El viajero, nacido en otras tierras, rememora otros paisajes, se adentra en otras visiones. Y entre ensueños y evocaciones, vuelve sus ojos a las sierras catalanas –sacudidas de apocalípticos cataclismos–, o a las páginas del florentino, caminante esforzado de las honduras infernales. Sí, el viajero –escritor, hombre culto, curioso e inquieto– apenas tiene palabras para decir nada. Sus compañeros de viaje desean conocer sus impresiones; pero él apenas anota en una libretita negra dos, tres líneas: “crestas almenadas”, “escarpados derrumbaderos”, “tempestad petrificada”, “tempestad de fuego”.

Abajo, muy abajo, ya con la sombra de dos gigantones de piedra sobre sus espaldas –Nublo y Bentayga–, se adivina el pueblo. Recogido, áspero, profundo. Una iglesia, al decir de un Obispo “movida en sus cimientos y tierras más de tres veces”; unos tejados rojos, unas paredes blancas, unas callejuelas empinadas. Y frío, obscuridad, silencio. El viento del atardecer apenas permite sino la recogida en el hogar.

Cuando los viajeros han descabalgado de su larga caminata les espera un vino duro, reconfortador; y queso, y viandas. Tal vez, alguna cucharada de bienmesabe o algún trozo de mazapán. Pero el viajero foráneo apenas come, apenas bebe; prefiere asomarse a la puerta del fisgón para volver a ver, para ahondar su mirada de buho en la crestería de las montañas, borrosas ya con el véspero. Mientras que, fantasmal y perdido en la lejanía, el volcán del Teide parece más dormido...

Y la vista reposada en aquella visión como en algo que careciese de materialidad tangible, como en algo que había surgido para recreo de los ojos y sugestión del corazón.

Así escribió más tarde el viajero, así sintió el paisaje que ahora lo dominaba y hasta lo empequeñecía. “Subiendo y trepando por la eminencia”, había escrito otro viajero casi dos siglos antes, arcediano, clérigo y enciclopedista: nada más certero ni más puntual. Los adustos, negros, encrespados roques dominadores no parecen estar inmóviles; la luz y la sombra los mueve, los contorsiona, y se diría que vuelve aquel baile geológico de miriadas de siglos...

El viajero de hoy, más descansado en su viaje que el abate del XVIII o el escri-

tor de 1900 —escritor, orador, despertador de conciencias—, también sigue contemplando las mismas parvesas vespertinas, las mismas sombras de fantasmas y, también, se acoge a la tierra roja y “resbaladiza”; en un rincón confortador y grato, en compañía del rojo vino.

Y, al igual que aquellos otros viajeros, la blancura del almendro, insólita criatura en estos roques enhiestos y duros, parece dar sensación de frescor y savia nueva. Como si cada Febrero revoloteasen entre estos barrancales una deliciosa plaga de mariposas blancas, dormidas en los retorcidos brazos de los almendros...

Porque Tejada, arropada de montañas, parece adelantarse en estallido de primavera cuando mezcla las contorsiones de sus fonolitas con el ballet femenino del almendro, visitante de cumbres y barrancos: reconfortador compañero del paisaje. Este paisaje —agreste, inmenso, titánico— que sin duda se ablanda y se suaviza con la caricia de la blancura.

Miguel de Unamuno, José de Viera y Clavijo hubiesen podido volver a pisar hoy esta misma “tierra rojiza” de que hablaban las sinodales del Obispo; y, también, habrían contemplado estos ríos silenciosos y profundos de los barrancos; estos blancos aleteos de las flores de almendro; estos caminos que son senderos; este verdor que es neblina de atardecer húmedo. Y hubiesen sentido, como el viajero de hoy, que una violencia sismológica parece haberse dormido en medio de quietud, de sosiego, de reposo.

Esta quietud y este silencio que un día sacudieron a aquel cataclismo de contorsiones geológicas. Cuando los Bentaygas, los Nublos, los Frailes, los Ayacatas se despezaron en sueños de siglos...

Flor de almendro (1)

Hasta tiempos muy recientes, en los campos y en los pueblos, se oía el redoble tamboril para escuchar la voz del edicto, para hacer cumplir la ordenanza o para avisar de los peligros meteorológicos: el pregonero era noticiero, hombre del tiempo y hasta bando de guerra. Si se hurgase en la prehistoria de la propaganda, fue él, el pregonero, quien practicó las artes más simples y más delicadas para hacerse oír. Y para ser escuchado. En la muy rica literatura de cordel, que llena muchas páginas de nuestra historia, los textos de bandos, proclamas, edictos, ordenanzas formarían una curiosa enciclopedia.

Paralela a esta función administrativa, el juego, la fiesta, la diversión exigió la presencia del altavoz humano; y desde las festividades paganas a las cristianas ha habido siempre un vocero de los divertimientos.

Vocero desgañador e incansable. En la barraca del circo, en la tómbola de la fiera, en el cartel del espectáculo teatral o cinematográfico; en las bacanales griegas, o en las más profundas festividades religiosas, siempre ha habido necesidad de un feliz propagandista. ¿Qué es, si no, el humilde fraile de Berceo, cantor de la Virgen, glosador de milagros, anunciador de festividades religiosas? ¿Cuántos santos, cuántas fiestas, cuántas recordaciones no hay en las vidas de sus santos, escritas en romance paladino, en lengua romance, para que todos pudieran entenderlas?

Pregonar, cantar la fiesta del almendro, es vestirse con pellico y zurrón, es oler a retama y a monte, es impregnarse de aire limpio y sol de montaña, para evocar lo que, siglos atrás, otros hombres, con más simplicidad, con tanta unción y con igual sentido religioso celebraban para exaltar a sus frutos, a su tierra o a sus dioses.

Arvales, Jano, divinización de las futuras cosechas, santificación de la tierra: ¿algo de todo este complejo, antiguo, vagoroso mundo puede sobreflotar en esta alegría que hoy sentimos al contemplar las primeras flores del almendro? En el tenebroso y poco conocido mundo del folklore, los caminos que la tradición ha teñido son sigilosos y ocultos; apenas tal o cual mojón, tal o cual señal pueden dar fe de un destello, de un signo: la imaginación, unas veces, la documentación, muy pocas, añade lo demás.

Dice Pérez Vidal que a las islas "hay que imaginarlas rodeadas de puertas por todas partes, puertas libres y francas por donde entran las influencias y elementos más extraños". Y sí, por esas puertas entró el acervo folklórico, de Europa, de América y, muy poco, de África. Las blancas velas que esperaba la impaciente Dácil del poema podrían ser el símbolo de la fértil siembra que desde las tierras del Norte llegaba, según las islas se iban poblando de gentes de muchas hablas, de varias costumbres, de reliquias diversas. El aislamiento del minifundio, producido por el asen-

tamiento del conquistador convertido en agricultor, ya en la costa, ya en las medianías, ya en la cumbre, trajo como consecuencia una conservación mayor de las esencias más puras de lo más primitivo, de lo más autóctono o de lo más lejano. De aquella lejanía presentida por la princesa del poema...

Los cantares, las coplas, los cuentos, las adivinanzas, los bailes, los toscos y rudimentarios instrumentos musicales: todo se aunaba para que, en áreas muy reducidas, en zonas casi incomunicadas, en valles o en barrancos perdidos, las voces fuesen siempre las mismas, el ritmo fuese igual, la vida continuase en la misma rueda de la tradición: con el mismo hilo, con idéntico trenzado, con similar pureza. Sólo, de tarde en tarde, las voces de los feriantes, la llegada del forastero, el único y difícil viaje de ida y vuelta del nativo podrían alterar la paz y la mansedumbre del lugar.

“La unidad o semejanza de las leyendas populares”, axioma del folklore universal, tiene luego el tamiz del cancionero popular, de la poesía popular, voz del pueblo, voz única y personal, repetida, transformada, recreada por las voces, por las gargantas y por la imaginación de los siglos y de los hablantes. Porque en esa música única y variada, dicha en formas diferentes, entonada con ritmos distintos, cambiada y adaptada según los gustos y las costumbres, está el germen del espíritu del pueblo deseoso de plasmar en esa música, en aquella tonada, en aquel canto de cuna o de siega lo más genuino, lo más suyo e intransferible: el alma popular.

Las islas, caracolas de mil resonancias, siempre fueron propicias a recibir cuanto les llegó desde fuera. La asimilación de lo extraño se hizo siempre con un poder de adaptación grande, y, de este modo, es posible que hoy no resulte fácil al investigador qué es lo autóctono y qué es lo extraño. Por que la semejanza y la adaptación se han hecho de tal manera, que resulta difícil separar sus componentes.

Véase, por ejemplo, estas dos versiones de una misma adivinanza:

Fue por un barranco abajo,
encontré un niño sin brazos;
le comí el corazón
y le hice el cuerpo pedazos.

La segunda versión:

Fui al campo;
m' encontré un hombre sin brazos,
por sacarle el corazón
le hice'l cuerpo pedazos.

No hace falta aclarar que precisamente la almendra es la adivinanza, aunque la segunda versión, recogida en Andalucía, tenga por solución “el palmito”. Es más

importante señalar que “el campo” ha sido sustituido por el “barranco abajo” y no hace falta explicar las muchas razones que tendría la tradición popular para hacer la sustitución. La geografía, como en tantas ocasiones, ha modificado el texto primitivo; sin duda para mejorarlo. O para llenarlo de mayor misterio y dramatismo. Obsérvese, además, el cambio de verbos y de tiempos verbales: comí, por sacarle. Parece estar más cerca a la adivinanza la forma insular, porque la almendra se come. Y, sobre todo, resalta como, una vez más, la pequeñez, la infantilidad, tan común y corriente en nuestro cancionero –riquísimo en diminutivos–, también prevalecen en este caso: el niño ha sido preferido al hombre. La adivinanza insular ha ganado en intimidad y en precisión.

La adivinanza, no se olvide, es fruto más duradero y menos cambiante que la copla o la canción; es acertijo, juego, fórmula con la que el pueblo ha ido perviviendo en la tradición, desde los tiempos más remotos, para recrearse en la voz y en el recuerdo de sus antepasados. ¿Qué agricultor andaluz, gallego, levantino o extremeño, afincado en la isla pudo haber dicho, por vez primera, en estos valles, en estos barrancos, en estos picachos, para que haya dado origen a la adivinanza? Y, sobre todo, ¿qué hijo o nieto de andaluz, de extremeño o de levantino reformó, cambió, dio color isleño, y ya la hizo suya, a la adivinanza? Si se pudiese contestar a alguna de las preguntas, quedaría desvelado ese secreto que hoy nos sigue envolviendo entre la fragancia de los almendros y entre el misterio de su florecimiento madrugador.

De la poesía popular y tradicional a la literaria y culta; dos muestras más completan cuanto se ha dicho de la significación de la almendra en los versos de nuestros poetas, los ignorados en el anonimato popular y los recordados en la historia literaria.

Juan del Río Ayala fue un poeta enraizado en su isla, a la que amó con pasión y a la que cantó en tonos diversos. En “la Flor de la Maljurada”, el poeta supo recoger una tradición romancera para escribir un bellissimo poema narrativo en el que los paisajes descriptivos no dejan de ser menos hermosos. En Ayacata, en Timagada, en Tenteniguada, en la Higuera, en Bentayga, pudo haber contemplado el poeta la escena; su estro poético puso lo demás.

“Majaduras de las piedras
estallando en las almendras
con el ritmo del bordón;
seguidillas parranderas
cantan las niñas risqueras
de sombrerillo y pompón.

Oír a las recogedoras, a los partidores, escuchar el machaqueo de la piel de la almendra majada: todo ello ha sido conseguido por el poeta uncidor de arcaísmo y tradición (“el ritmo del bordón”); de la alegría de la seguidilla con la labor de reco-

gida. Y, en especial, el estallido de las almendras sonando, la Majadura de las piedras; el sonido convertido en música popular gracias al poder creador del poeta.

Laderas de Timagada, cuestras de Bengaygas, riscos de Tejeda: ¿dónde pudo haber visto el poeta la escena? Una vez más, el misterio de la poesía suple a la más inmediata realidad. Esa que parece estar delante de nosotros y que desea esconderse detrás del humo poético.

Como el de otro recreador de evocación y de nostalgia. Se llamó Nicolás Estébanez, fue un insular que vivió fuera de sus islas, atadas a su corazón a través de los años y de la distancia. Su estirpe romántica, su espíritu inquieto, su voz contestataria y altiva, su tono dramático y desgarrado han hecho de él un español más, encadenado por el dolor y por la angustia. Sin embargo, ha bastado que Estébanez haya recordado a su isla, y que lo haya hecho con la intimidad con que lo hizo, para que estos versos suyos se hayan convertido en símbolo de un ideal más que literario, íntimo y personal:

Mi patria no es el mundo,
mi patria no es Europa,
mi patria es de un almendro
la dulce, fresca, inolvidable sombra.

Sí, el almendro estaba en la curva de Gracia, casi a la entrada de La Laguna, en el viejo camino a Santa Cruz; el almendro, convertido en mito de felicidad y de paz domésticas; el almendro, rodeado por esa “fresca, inolvidable sombra”, tan cara al poeta. El almendro del poeta había prendido muy hondo en las raíces de su corazón. Pero, ¿quién no desearía, como el poeta, haber plantado “el árbol aromoso”, “el almendro feliz de mis querellas”, amigo de “pájaros, de brisas y de estrellas”; quién, como el poeta, no ha sentido esa llamada inaudible del arrullo de una sombra grata y blanca?.

La estela de los arvaes romanos, la fragancia aún viva de la adivinanza popular, la majadura de la recogida de la almendra, parecen tener un eco, eco aún inextinguible, en la voz nostálgica y romántica de un poeta insular que supo compendiar en la blancura y pequeñez del almendro la más cara de las ilusiones: la vuelta al terruño amado.

Este que hoy se ha querido evocar a través de tantas y tan distintas voces.

Agua y castaños (1)

Grato es volver a Teror. Buscar otra vez el tiempo perdido. Olor de laureles, ecos de las baldosas de la Alameda; barrancos, castaños; montañas; y agua, murmullo soterrado de agua y de fuentes. Teror siempre confortado por el agua de sus manantiales.

Volver a recorrer, con la imaginación, caminos, veredas, valles y altozanos de la Villa. Recorrerlos para revivirlos. Para hacerlos más nuestros; o para desgranar mejor los piñones que forman el pasado. Esos piñones pequeños, duros, inalterables que encontramos a la vuelta del camino, de cualquier pino, de uno de esos impertérritos y enhiestos testigos del tiempo que simbolizan la perennidad del pueblo.

El Pino desde los añosos tiempos de la conquista. Dice el cronista:

“No habían llegado... los españoles a aquel sitio por serlo más fresco y llozinoso de la cumbre a la parte norte de la isla, y para llegar a él... fue necesario que fuesen de aquellos Canarios guiados los Españoles Conquistadores... aviéndoles antes los Canarios informado que en aquel sitio de Terori estaba un árbol muy alto y admirable, que contenía en sí una rara maravilla, cuya noticia tenían de sus mayores... y avía más de cien años que venía de unos en otros”.

Luego, el agua:

“Dijéronles que en aquel territorio había muchas fuentes de aguas muy claras, cercanas las unas de las otras, copiosas y corrientes; unas, muy sabrosas, dulces y frías; otras, de agua agria, aunque medicinal y saludable. Pero que al pie del coposo árbol había una que lavándose con su agua sanaban de las enfermedades que padecían. Y que en los ramos de aquel árbol asistía tan continua una estrella muy resplandeciente y clara, que ellos la tenían ya por Vezina”.

Visión casi bucólica. Sólo “los Españoles Conquistadores”, señal de fuerza y dominio; dos adjetivos, “fresco y llozinoso”, cualidades aún vigentes; precisamente, destacadas por el cronista. No en vano, desde las márgenes del Guinguada hasta los “riachuelos de Tejeda y Lagaete”, será el agua propiedad buscada y litigio permanente entre conquistadores. Frescura y llozina; precisamente, el orvallo, el siri-miri, el calabobos, la molliana o llozina. Teror, remojado por humedad y por frescor. Así, la primera impresión común en todos los cronistas.

Y, junto a la imagen del agua, la crónica teñida de halo miarífico: el árbol es “alto y admirable”; la leyenda, la serpenteante leyenda, alumbradora de la historia, en compañía de la “rara maravilla”. La tradición oral —“cuya noticia tenían de sus

mayores”— como compañera constante. Desde la llegada de los conquistadores, la magia y el poder de lo legendario. No la épica fría, solemne e heroica; no las pisadas bélicas de guerreros, de caballos o de lanzas. Sí, el efluvio lírico, casi taumatúgico, de la leyenda cautivadora. Esa misma leyenda que encerrada en el misterio de “aquel sitio... de la cumbre”, parecía ofrecerse como tentación a los curiosos y anhelantes conquistadores, buscadores de agua y sorprendidos por la “rara maravilla”.

El texto, vale la pena releerlo, está encerrado en una prosa sencilla, descriptiva; el cronista cuenta lo que ve; apenas hay un enunciativo, “aviéndoles informado”. Pero, sobre todo, visión y realidad inmediata teñidas, al final, por la estela legendaria. Indicada sólo, en la última línea, por ese “avían más de cien años”, indeterminado y novelístico.

En cambio, la estructura narrativa cambia en el segundo fragmento del texto. La primera palabra, “dijéronles”, distancia y aureola la narración de un mayor misterio. Y hasta la abundancia de adjetivos (aguas *claras, cercanas, copiosas, y corrientes, muy sabrosas, dulces y frías; agua agria... medicinal y saludable; estrella muy resplandeciente y clara; frescas ramas*) intensifica ese tono bucólico o semi-pastoril que apenas apuntaba en el anterior fragmento.

Nótese —y vale la pena insistir en este aspecto— en los 10 adjetivos que acompañan, que cualifican al sustantivo *agua*, ya en plural, ya en singular, por tener en este segundo caso una función más individualizadora. Precisamente, se trata de las aguas medicinales, de la famosa “Fuente Agria” de nuestros días. La adjetivación, distribuida en parejas o en tríadas, copiada de cualquier texto bucólico: en especial, la oposición de “sabrosas... frías”, con “agria y saludable”. El narrador, fiel aunque imaginativo, destacando, señalando lo más caracterizador de aquellos manantiales, que cautivaban su imaginación.

Sobre todo, imaginación y fe. Porque la más milagrosa de todas las aguas nacía al pie del “coposo árbol”: aquél que permanecía intacto de toda huella humana, “porque todos (cuantos intentaban escalarlo) perdían fuerzas y se deslizaban por el pie de aquella planta”. El mismo que estaba asistido por “una estrella muy resplandeciente y clara”.

Diego Henríquez, el puntual cronista, describe, con precisión y con poesía, cuanto pudo saber acerca del mundo de maravilla que rodeaba “aquel sitio” hasta entonces no hollado por la caballería conquistadora.

Marín y Cubas, más fiel historiador, prefiere, al detenerse a estudiar el origen y devoción de Ntra. Sra. del Pino, ser más puntual y minucioso. Vale la pena volver a escuchar el relato histórico. Está salpicado de ingenuidad y de experiencia. Una vez más, la Fuente Agria es la protagonista. Una vez más, el agua, siempre el fresco arrollo del agua de Teror.

“Cerca deste sitio está una fuente de agua agria que vienen a llevarla para diversos enfermos... aunque a las mujeres no les es tanto provecho, mezclada con vino hace purgar por la orina a hidrópicos; es provechosa a los que padecen temblor, convulsiones de nervios, epilepsia o mal de corazón, gota artrética, i dolores fríos, i para hipocondriacos ir a aquel sitio a usar de ella aprovecha mucho, i vienen de otras Yslas a esta a beberla”

Párrafo sin desperdicio para el historiador; y para el auditorio. Piénsese, por un momento, en los folletos, aún existentes, de los inolvidables balnearios insulares (Berrazales, Sta. Catalina, Azuaje) en los que se ponderaban las cualidades curativas de las aguas. Y, salvando la terminología, poca diferencia puede encontrarse entre los textos. La hidropesía, en todas sus variadas manifestaciones, sólo necesitaba un poco de agua agria mezclada con vino: la “purga” era, al parecer, instantánea. Para los enfermos que hoy necesitan tratamientos psiquiátricos o de psicoanálisis, les bastaba tomar el agua en cantidad: la purga, una vez más, era la terapéutica más socorrida.

Sólo algunas enfermedades de la mujer podían recibir tratamiento adecuado con las aguas de Teror.

“Fuera bueno si la usaran para vaño por ser desecante aluminosa más que sulfúrea para estómagos que padecen vómitos, ancias que son especie de convulsión i las que escupen sangre y que demasiadamente la tienen de espaldas, y a las que padecen de meses largos, i a las que sin causa manifiesta frecuentemente malpallen, i a las que tienen sudores i tumores de piernas y varices...”

Voz más autorizada que la mía podría sacar a este delicioso texto un comentario más científico. Los baños, los socorridos baños que conformaron los veraneos de nuestros abuelos, ya aparecen en Teror en los albores de la conquista; y hasta con explicación química de los componentes, (“por ser desecante aluminosa más que sulfúrea”). Las señoras con bascas (“ansias que son especie de convulsión”) encontraban feliz sedante para sus dolencias; en vez de bicarbonato o tacitas de tila, agua agria en forma de baño. Y con elevada temperatura, mejor: en busca del sueño reconfortador. Los tuberculosos, hasta los más graves (“con sangre de espalda”), también encontraban mejoría; y no digamos la virtud terapéutica que las aguas escondían para los males bíblicos de la mujer: lo que hoy se soluciona con una diminuta cajita de pastillas, antes exigía unos sudorosos y continuados baños.

Como se ve, la Fuente Agria –y bueno es que el Ayuntamiento tome buena cuenta de tal información– vino a ser el primer balneario insular, porque a la magia del manantial unía la terapia de sus efectos, sin duda producidos por el borbotello de sus nacientes, ya que el mismo historiador refiere que:

“el agua que mana de estas fuentes que es agria, las que he visto que serán cuatro o cinco en esta Isla. De diverso modo que las demás, dulces porque es hirviendo a modo de una olla o caldero con mucho fuego lleno de agua, i algunas crían alrededor un salitre muy blanco i lebe o esponjoso i al gusto muy acre. Críase de esta agua en el barranco de Cáceres i en el Ganeguín muchos juncos merinos que de Plinio en estas Islas es el papiro”.

Fuentes del Limón, de las Rosadas, del barranco de la Virgen; fuentes “dulces y agrias”; fuentes que, como las de Agaete, Fargas, Azuaje, Moya, parecen llenar con su manantial los barrancos de la isla. Fuentes, en fin, burbujeantes que ya hoy, por desgracia, parecen haber perdido el hervir de su “fuego lleno de agua”; tal vez por haberse diluido la dulzura y el hechizo guardado en aquel “salitre blanco; esponjoso” desaparecido y perdido en alguna hondanada o en el lecho de algún ignoto barranco.

Pero ya es hora de pasar las hojas del tiempo. Para llegar al siglo XIX, cuando los jaraneros y devotos insulares organizaban la romería del Pino. Cuando sólo se contaba con las narrias, las barandillas, las carretas, el charabán, algún birlocho y pocos omnibus que rara vez se arriesgaban por los pedregosos caminos insulares. El Dr. Navarro, memorialista inolvidable, refiere la heroica aventura de un viaje a Teror en vísperas del Pino. Con la musicalidad lingüística de los arrieros, y con el descalabro de la expedición, exhausta y rendida al iniciar la última etapa del recorrido, desde el barranco de la Fuente Agria hasta la plaza del pueblo. Viena a mi memoria –¡años inolvidables de infancia!– la llegada esforzada de los “panards” y los “amarillos”, después de una larga hora de recorrido, con los venturosos y heroicos viajeros disfrazados con su guardapolvos. No sé si la argonáutica expedición del Dr. Navarro necesitaría tanta paciencia y tanto esfuerzo; pero no dudo que una y otra descansaban en el heroísmo de quienes, entre parada y parada, aspiraban a llegar, aunque desde allí a la Plaza hubiese que hacer el viaje a pie por avería repetida del sufrido motor.

Teror, desde el ayer lejano, encerrado entre misterio y arrullo. Teror, desde el pasado, ensoñado de borbulleo de fuentes; y de caricias de pinos, de dragos, de castaños. Teror convertido en santuario de obispos, de capitulares, de gobernadores y del pueblo llano. Y descubierto, desde los finales de siglo, por los primeros turistas; o, como refiere Emilio Valle, por los obligados veraneantes. Los que, temerosos del desembarco norteamericano en 1897, buscaron en el idilio terorense un poco de sosiego: mientras que cada tarde, la hoja telegráfica del *Diario de Las Palmas*, llegada en el coche de hora, traía noticias luctuosas de la guerra cubana. O, en página más emotiva, mientras se escuchaba la cautivadora música de Schumann, en un piano perdido, pienso yo, en la tolvanera del olvido; pero que un día fue, en esta Villa recogida y silente, voz de alegría y de emoción.

Casi diez años después, en 1910, a lomos de caballería, llegaban a la Villa, casi sin saberlo nadie, los escrutadores ojos de Unamuno.

“Y allí, en aquel castañar de Ossorio, me tendí a la caída de una tarde hasta ver acostarse las colinas en la serenidad del anochecer. Es algo siempre nuevo –continúa Unamuno–, algo que parece llevarnos de nuevo a la fuente de la vida, algo que nos invita dulcemente a confundirnos con la madre Tierra.”

Quisiera yo que fuese D. José Hernández, testigo de tantas efemérides terorenses, el que pudiese glosar este párrafo. Porque a él habría que añadir los paseos de

D. Miguel por el pueblo, sus comentarios irónicos y ese volver los ojos de su corazón hacia su tierra vasca, evocada desde el “Castaño Gordo”, entre el bosquecillo de Osorio. En donde, un viajero, un singular viajero, supo escuchar –como lo había sentido en pocas ocasiones– el pálpito de la madre Tierra y la Fuente de la vida.

Y pocos años después, otro viajero, después veraneante continuado, terorense por adopción. Se llamó Francisco González Díaz. La sombra de su bastón, de su guijotesca figura, de su rictus irónico me vienen ahora cuando, de vez en vez, me admitía como su contertulio. Allá, en la carretera de Arucas, cuando en su compañía, llegábamos hasta la vecina San Matías. Mi memoria se llena de retratos vivos, de fulguraciones y destellos, en los que ironía, humanidad y poesía quedaban enlazados. Porque fue él, González Díaz, guía no común del pueblo en aquel su libro *Teror*, hoy tan necesitado de reedición y de lectura.

Y junto a él, Fray Lesco, Domingo Doreste, ensayista impar, católico integérrimo, prosista de calidades nada comunes:

**Todos los caminos te buscan desde lejos, y suben o descienden a ti naturalmente.
Las aguas más puras penden a tu valle como a un cauce, o manan en él como un sudor de la tierra. Los pinos más castizos se han acercado en tu solar.**

El escritor, una vez más, catador de aguas, exhumador de leyendas, visitador de sus castañares, de sus vegas, de sus fuentes; avisador de sus caminos. Muy en especial, charlista recordado por su punzante ironía, por su mucho saber.

Desde Diego Henríquez a Fray Lesco. Teror cruzado de prosa descriptiva. Salpicado de agua y de frescor. Traspasado de fuentes. Oreado de verde y de azul. Meta de todos los caminos insulares. Protegido por crestas y montañas, figurones de montes, encrespadas de sombras y despertadas por caracolas madrugadoras de pastores.

Sí, Teror, enmarcado en una vieja acuarela de Manolo Millares –también fugaz vecino de la Villa–, es eso: camino, casas blancas y ocre y verde de cielo y paisaje.

El verde, el ocre y el agua que aún hoy deslumbran nuestros ojos y nuestras ávidas manos.

Vecinos de "Las Tiraxanas" (1)

Cuenta Pepe Monagas, cuyos abuelos y ascendientes vivieron en Santiago del Tunte, que uno de sus progenitores tuvo sus amoríos con una moza brincona que llegó a estos valles en compañía de volatineros. El señor Monagas, encandilado por las gracias de la moza, se vio entre justicias; y las cosas se pusieron tan mal, que un buen día, después de escuchar el "requilorio" del secretario del Ayuntamiento –invocador de unas leyes sobre volatineros del muy serenísimo Don Felipe V– tuvo la tropa de volatineros y payasos que coger camino de la costa... antes de que las cosas pasaran a mayores.

Yo no dudo de la veracidad de Monagas ni del buen humor de su progenitor; sí que me sonrió, al darme cuenta que la ironía zorrocloca de Pancho Guerra es el puntual cronista de tales historias. La historia no se hace con batir de tambores y estallido de obuses, sino con simiente, con arado... y con tabaco negro de cachimba, que fue la que seguramente fumó el abuelo de Pepe Monagas, el del lío con la "galletoncilla" de la bailarina...

Pero no dejemos al grupo de volatineros en su camino no muy triunfal de regreso. Cuenta así el puntual cronista el suceso:

"Transpusieron al albita por los caminos de Santa Lucía, que antes llamaban Lugarejo, no sé por qué, pues es un valle de muchas y muy derechas palmas, labranzas de riego y huertos verdes y frescos, con orillas de flores y corona de pájaros... Y pasados los hondos y también galanos plantíos de la Umbria, que es donde con más sentimiento y donaire hacen su silbo los mirlos y los capirotos de todo Tunte, ya en vistas de Rosiana, los caminantes vieron levantarse de debajo de un guindero, al abuelo Lucas...

–Echamos un virginio ¿mano? –dijo Lucas.

Aunque el puntual cronista sigue el relato de las aventuras del viejo Lucas, yo quiero, sin el virginio ofrecido, pero con igual calma y sosiego, detenerme para contemplar lo que la prosa de Pancho Guerra supo describir con tanta galanura.

Nunca un valle tan fértil, nunca tan cantado, nunca tan feraz como lo vieron los ojos del escritor –y los del viejo Lucas, enamoriscado y valiente–, mientras el sol iba cayendo detrás de los cuchillos tirajaneros de la cumbre. Era –y es– un lugar en el que la paz y el silencio se habían adueñado del lugar, y en donde, como decía Monagas sólo se escuchaba el "silbo de mirlos y capirotos".

Yo quisiera –y permitidme la evocación– que, evocando un tiempo perdido, pudiésemos aquí, en este mismo templo, lleno de tantos recuerdos y resonador de tantas plegarias, volver la vista atrás para conocer cómo eran estas "tierras de

labranza de riego” y cómo vivían los hombres de este valle hace ya unos cuatro siglos.

Cuando hoy contemplamos estas tierras, huérfanas de manos cuidadoras; cuando por la falta de pastos y el coste de sus precios; cuando el agua tantos sinsabores produce, bueno es saber qué hacían, cómo vivían los insulares de estos valles.

El valor del ganado vacuno, en 1535, era así: una yunta de bueyes, 7.000 maravedises; el arrendamiento de 24 fanegas de trigo equivalía a dos bueyes. Los segadores han de cobrar 72 maravedises por cada día “entendiéndose que son obligados a segar hasta mediodía y luego un rato por la tarde; porque si siegan todo el día los jornales serán de dos y tres reales viejos”.

Hacia mediados del siglo XVI, apenas 50 años después de terminada la conquista, una ganadería y unos precios –regulados por ordenanzas– que prueban un celo por parte del legislador; y una paciente adaptación por parte del legislado, al trocar ganado por trigo, agua por legumbres, o panes por aparejos. No eran muy halagüeños los precios estipulados, pero sí prueban los infolios leídos –llenos de amarillentos asientos– que ya había economía regulada y un germen de sociedad agrícola perfectamente constituida. Inclusive, como señalan las Ordenanzas de Melgarejo, con sus casticismos y sus prohibiciones:

“Ningún morisco forro ni negro pueda ir a espigar si non fuera en las propias heredades de sus señores, so pena de 600 maravedises la primera vez, e que si no toviese con qué pagar se le den 100 açotes”.

Yo no sé –y vuelvo a evocar estas piedras del templo– si algún morisco de estas vecindades –¡aquellos que con tanto celo se buscaban para las faenas agrícolas por los hombres del Conde para llevarlos al trabajo de la caña de azúcar!– sufrió castigo por estas infracciones; yo no sé si espigar en las tierras de este valle costó tanta lágrima y tanto maravedí, pero sí sé que el abuelo Lucas, cuando fumaba el tagarmino negro, entre las vueltas del camino que le llevaba a la costa, en compañía de la zagala de sus amores, iba dejando atrás, entre espiras de humo, las labrantías del valle, el verdor de las palmeras y el silbo de los capirotos. Porque, sin darse cuenta, estaba enterrando la sementera de su pasado.

Aquella que un día –y sigo la cuenta atrás en las Ordenanzas de 1529– obligaba a Alonso Díaz, “vecino de las Tiraxanas”, a vender las manzanas y los duraznos por “libras e libras e media” para que la fiscalización del diputado de abastos fuera más eficaz. Y para que no hubiese fraude en el precio. ¿Tuvo algo que ver el esforzado Alonso el tiraxanero, con el abuelo Lucas, el enamorado mozacón del Valle? ¿Pudo haber ido Lucas, como su antepasado, a vender manzanas, trigo o papas al mercado? Yo no me atrevo a hacer aventuradas hipótesis, pero sí pienso que las manos terrosas y agrietadas de uno y otro supieron bastante de esta tierra roja, de estas huertas en sembrado y de estas suertes de tierras que tantos folios obligaron a

escribir y tantos sudores de siglos han costado.

Cierro los ojos –al igual que el abuelo Lucas– y veo las higueras, los naranjos, los limoneros, las “naranjas chiquitas”, los membrillos, los duraznos, los “albaricokes”, las cerezas, los almendros, las calabazas, los nabos, los pepinos y las coles que un día, hace ya 450 años, se cultivaron por estos valles, y se me ocurre pensar que en las virutas del humo de la cachimba del Monagas de la historia, había como una evocación de todo aquel pasado que él echaba por la borda para seguir la senda amorosa de la volatinera pizpireta.

Tal vez Lucas pensase en los roques de Ansite, tan vecinos, tan erguidos y orgullosos, entintados en sangre, en dolor y en historia; tal vez viese las veredas del barranquillo de Vera, henchido de tantas proezas en los años de la conquista; tal vez deseaba volver a pasar la meseta del Palacio, desde donde él desde niño se asomaba, de madrugada, en compañía de sus cabras, para ver salir el sol por detrás de la Fortaleza; quizás quisiera corretear otra vez por la Hoya de Liria, pisada por los arrendatarios del maestro de armas Juan de Liria; o quizás, tan sólo, hubiese querido detenerse, cansado de su mucho trajín, en este mismo santuario, paz de piedra y de cal blanca, en donde hoy estamos nosotros.

Sí, yo pienso –y mis evocaciones, como las de viejo Lucas, se suceden– que aquí, a la sombra de estas piedras, hubiese querido ser aquel pastor que un día encontró, según cuenta el romance, “una imagen con los ojos en un plato”: esta Santa Lucía que hoy contemplamos y cuyas calendas estamos celebrando. Hubiese querido ser el pastor de tan feliz hallazgo, porque entonces no se encontraría a la sombra del árbol, esperando impaciente la llegada de la moza coqueta, entre chupada y chupada de virginio.

Y, sin duda, las zapatillas coloradas, el vestidito de bailarina y la sombrilla encarnada que tanto deslumbraron al tirajanero no serían la causa de verse hoy alejado de tanta paz, tanta dicha y tanto sosiego.

Porque el sosiego del pueblo, el run-run del moscón berberisco, el canto del alcarabán, el llanto de la pardela quedaban atrás; y hasta el sonsonete del agua por la acequia, cuando en las horas de la madrugada, hacia ella se acercaba para fregotearse la cara y para deslegañarse los ojos. Ahora, camino de la costa –allá abajo los llanos de Sardina, allá abajo las salinas del Conde, allá abajo las primeras tomateras, allá abajo el viento y el polvo de la carretera–, el bueno de Lucas seguía pensando en los ojos espantados de Santa Lucía, que un día contempló en una fiesta como la de hoy, arrimado a la sombra de esta misma iglesia.

Mientras barruntaba su idea de hacerse caminante enamorado, dejando atrás tanta belleza y felicidad.

Quizá fuese en los ojos de esta Santa –la bella siracusana–, en donde creyó ver

el turbado mozancón tirajanero la llamada de la tierra extraña. Al igual que, entre cielos y milagro, otro día, un día perdido en el pasado, se apareció la Santa entre los juncas del río para pasmo y admiración de las tierras tirajaneras.

Estas tierras –rojas, duras, abruptas– que tanto amó Lucas y que con tanto dolor se han venido regando a lo largo de los años. Con dolor y con fe. Porque sólo con ella resulta posible el milagro de este valle y la luminosidad de la fuente, en donde un día aquel pastorcico encontró la imagen milagrosa.

La mantilla (1)

Quiero pensar que el encontrarme aquí ante Vds., yo no sé si como mantenedor, como prologuista o como un simple e inoportuno visitante, puede servir para algo en esta fiesta, gracias a la cual la Escuela de Folklore ha conseguido durante unos cuantos días hacernos recordar las tradiciones populares enraizadas en nuestro pueblo y culminar hoy con este Festival en el que mantilla canaria viene a ser la protagonista del mismo.

Se me ocurre pensar que además de la mantilla canaria, de la cual yo confieso que sé muy poco (otros sabrán más que yo de ella y otros han escrito con más autoridad que yo sobre ella), además de la mantilla canaria, digo, un poco en alta voz, quiero, un poco en compañía de Vds., hacer unas cuantas reflexiones, hacernos unas cuantas reflexiones, sobre este gigantesco, este desconocido y este tanteador mundo que es el que hoy nos rodea: el mundo de las tradiciones populares o folklore. Si por folklore entendemos tradiciones populares, costumbres del pueblo, de más está decir que el folklore insular será aquel que trate de todos cuanto atañe a las costumbres del pueblo canario.

Páginas, muchas páginas se han escrito sobre el folklore de las islas. Unas, apasionadas y vehementes; otras, reflexivas y ponderadas; una gran mayoría, desfasadas y descompasadas. El folklore ha servido de todo: de bandera, de banderín, de estandarte, de enganche, menos de folklore. Poner al folklore sus límites exactos, estudiarlo en sus raíces y contenido, reconocer cuánto tiene de ámbito universal, precisar cuáles son las relaciones y los contactos que las costumbres y las tradiciones tienen entre sí: he ahí algo que puede ser, que es ya alguna de las metas que pretende alcanzar nuestra Escuela de Folklore. Por eso hoy, cuando "folkloreamos" demasiado la música y nos olvidamos de que la música es sólo una parte del folklore; cuando vestimos de excesiva gala el traje de nuestras tradiciones; cuando un poco hacemos el carnaval con el vestido, con el habla, con la tradición o con la historia, cuando ocurre todo esto, bueno es volver a ese delicado y hermoso lienzo blanco que es la mantilla canaria.

La Mantilla, ese diminutivo blanco y etéreo que parece arrebujar la belleza de las mujeres y que parece estar unida como paloma grácil a las festividades de nuestra Semana Santa; esa sábana limpia y pura que parece acompañar a la Virgen y a los Pasos de nuestra Semana de la Pasión, esa mantilla que hoy es nuestra y que la consideramos nuestra, tendrá, tiene también sus raíces, también su tradición, también su historia. La Mantilla debió haber tenido su origen, en aquel manto que arrebujaba el rostro de la mujer española, el manto y saya de nuestras más viejas y ancertrales tradiciones, vistiéndose de gracia y cortando su corte diminuto con ese sufijo que le acompaña y que le zascandilea, se convirtió en ese adorno enmarcador del rostro de la mujer insular y que en más de una ocasión ha sido y fue, como nos

lo cuenta alguno de nuestros cronistas, el adorno y la preocupación de nuestras mujeres en las Fiestas de la Semana Santa.

Pero con la mantilla, no lo olvidemos, debemos tener el mismo cuidado que con nuestro Romancero, que con nuestra música, que con nuestras costumbres, que con nuestra culinaria, que con nuestra habla. Lo mismo que ese conjunto de tradiciones que forma nuestro folklore que no es sólo nuestro, sino como ocurre en todos los pueblos, nos ha sido dado; y no vamos a señalar ahora ni por quién ni por quiénes. Ahí está la historia, ahí están los historiadores, ahí están las páginas de los libros que nos enseñan de dónde somos y de dónde procedemos. Quinientos años de historia son medio milenio de cultura, y en ese medio milenio de cultura, justo es que hayamos recibido lo bueno, lo malo, lo desconocido, lo perdido y lo resabiado que desde otras tierras y desde otros continentes nos pudo haber llegado. Esta mantilla nuestra que hoy llamamos mantilla canaria, nos acerca aún más a la mantilla de otros pueblos también de raíz hispana, situados muy cerca de las tierras andinas; nos acerca algo a las mujeres que bajo el sol andaluz cubren también su cabeza y con distinta gracia y con distinta vestimenta, en determinadas liturgias y actos religiosos o sociales.

Manto, mantilla, romancero, música: folklore. Pero folklore que como palabra universal, debe de tener también ámbito universal. Folklore no entendido con juegos alicortos sino con horizontes amplios. Folklore en el que ambicionemos más conocer la hermandad que nos une, que la distancia que nos separa. Folklore con el que nos podamos sentir más unidos con el resto de las tradiciones de pueblos que están soterradas, escondidas u olvidadas, pero que laten y florecen cuando la investigación literaria, cuando la agudeza crítica nos muestra que debajo de la palabra, debajo del latido musical, debajo de la costumbre, se esconde tal cual raíz, tal cual procedencia, tal cual origen. Que nuestra habla tenga portuguesismos, que nuestra música esté impregnada de andalucismo, que nuestra culinaria o nuestros dulces tengan resonancias asturianas, leonesas o granadinas, que nuestros vocablos tengan aire tropical o andino, que nuestro cielo, que nuestro mar, que nuestros hombres y que nuestras mujeres puedan ser los mismos de otras tierras, de otras islas, de otros continentes o de otras playas, ni debe dolernos, ni debe avergonzarnos. Porque playas, hombres, soles, cielos y nubes son las mismas; porque hombres, playas, cielos y nubes son los que nos unen y nos acercan. Como esta mantilla que hoy estamos contemplando y de la que nos podemos sentir orgullosos y que un día, de un modo misterioso o por un camino escondido pudo llegar a nuestra isla; para enriquecer la coquetería femenina, para que pintores y dibujantes la llevaran a sus lienzos, para que los cronistas enriquecieran las páginas de sus anales. Para que, en fin, la isla se llenara de blancor y de pureza.

Que la mantilla blanca de nuestras islas continúe siendo paloma de belleza y de gracia es lo único que podemos desear, y que ese aleteo blanco nos siga acompañando como ángel temeroso y alado que desde nuestra infancia veíamos pasar en las sigilosas y nunca olvidadas procesiones de Semana Santa.

El profesor (1)

Sí, era un espejo. Un espejo hondo, azogado, profundo. Un espejo en el casi todos cuantos estamos aquí nos vemos, nos hemos ido viendo. Allá, en el fondo, en el fondo casi imperceptible, imágenes desvaídas, sombras de nosotros mismos.

Y las sombras, diluidas en el tiempo, perdidas en el ayer, parecen tener un aire más juvenil, más ágil. Y las sombras caminan por una galería, con ecos de madera vieja, con ventanas altas y acristaladas, con puertas altas y crujiendo; galerías cruzadas por el murmullo ruidoso de un pelotón cuasi bachiller, camino del aula, camino de la clase.

Los pupitres del salón —pupitres llenos de vida, de nerviosa inquietud—, habían quedado vacíos. Y allá en lo alto quedaba, monologante y sigiloso, la sombra, sombra de sombras, del inspector Sr. Francés.

Por fin, en compañía de las 5, de las 6, de las 10, alumnas, nos sentábamos. En una clase pequeña, estrecha, soturna; en donde se oía el retumbar de la voz grave del profesor. En donde, más que en ninguna otra, la atención y el silencio dominaban al alumnado.

El profesor desgranaba Las Soledades. Y recitaba los versos. Y parpadeaban, paladeándolas, las metáforas rutilantes de Góngora. Un Góngora que cruzaba, ángel de luz, por encima de las cabezas quinceañeras. Un Góngora salpicado de anécdota, de historia y de críptico lenguaje. Aquél Soneto a Córdoba, ¡cómo sonaba, cómo vibraba en lejanía retumbadora!. Y cómo se empeñaba de neblina, de fugiminosa neblina...

Por allí, Santiago; más cerca, Pablo; alto, erguido, Juan; y Manolo, y Fernando, y Oscar, y Ventura, y Andrés, y más muchos más. Mientras Isabel, mientras María, mientras Carmen, mientras M.^a Dolores escribían, leían, miraban o cuchicheaban. O mientras algún misterioso papel —recadero de citas apresuradas— volaba de asiento en asiento.

Y el aire —¿cómo era el aire de aquella aula?— se llenaba de luz. Y las preguntas del profesor cruzaban por encima de las mesas. Y las respuestas eran monosílabos o frases entrecortadas. Y el silencio se agujereaba de palabras; o de versos, o de nombres. Nombres, versos y palabras que hoy, en el espejo, en el espejo azogado, parecen tener brillo de planta vieja.

Otra vez, la galería; y la escalera, una escalera estrecha y mal iluminada. Y, el salón, el inmenso salón. A esperar la otra clase; o a chicolear con el compañero

vecino. Mientras D. Antonio bisbeseaba palabras inaudibles...

Sí, era sólo un espejo, un espejo soñado. Un espejo resonador de recuerdos y de vivencias. Y entre ellos, dominadora, la voz del profesor de Literatura. Aquel profesor que leía versos, que revivía historias; y que amonestaba, y que imponía, y que transmitía respetuoso afecto. Con la distancia de su voz grave, profunda, chillona en ocasiones; que parecía rayar en estrías la luna infinita del espejo...

Pero ahora, ¡ay!, el espejo no tiene azogue, ni las sombras van diluidas en el ensueño. Atrás, allá, silencio de sombras, han quedado Antonio Francés, y Rafael Ramírez, y Avellaneda, y Palomino, y Cantero, y Martínón, y Juan Melián –contrapunto eficaz del Director–; y más, muchos más. Y aquí, “corva la espalda”, al decir del poeta, nosotros. Y él, el profesor de Literatura: el Director. Aún erguido, aún vibrante, con el eco de su misma voz: aquella que nos penetra, hiriéndonos con dulcedumbre, en los entresijos de nuestra alma.

Por eso, este reencuentro. Por eso, este apresurado diálogo. Por eso, este volver atrás, como la fragancia del vaso azorinzano: para despertar las brumas de nuestros cristales empañados. Para limpiarlos con la luminosidad de nuestros recuerdos.

Y para sentirnos, ayer como hoy, junto al que tanto dio y tanto regaló. Desde los versos gongorinos al aleteo bequeriano; desde el galope cidiano al trote de las jacas lorquianas. Desde la andadura resabiosa de Lázaro al estallido brioso de Galdós. Desde los octosílabos de Lope al oro viejo de los endecasílabos de Marquina. O al repiqueteo fragante de Zorrilla.

Y, sobre todo, desde la parva sonrisa a la severidad momentánea. Porque entre una y otra, iba y venía un corazón que latía generosidad y amor.

El galopador corazón singularmente efusivo –de nuestro Pedro Cullen del Castillo.

Postales amarillentas (1)

Siempre es reconfortable el contemplar antiguas fotografías; las viejas cartulinas amarillas no sólo tienen pátina de tiempo, sino que están impregnadas de un olor familiar cuando no de recuerdos imborrables. En este caso, la fotografía, la vieja y amarillenta fotografía, nos da la imagen de un islote, una montaña, unos barcos fondeados, un mar un tanto embravecido y unos pescadores que en la costa recogen las velas de un barquichuelo que acaba de llegar. La fotografía pertenece a un viejo libro, un libro romántico de 1840, de 1850; en él podemos encontrar otras viejas fotografías, con imágenes de otros puertos, de otras ciudades y de otros pueblos de las Islas, porque de las islas se trata y precisamente de este isla de Gran Canaria y de este puerto en donde ahora nos encontramos.

Imagen borrosa, muy desvaída, pero una imagen que nos puede dar idea de cómo era o cómo veía el puerto un viajero francés que hacia mediados del siglo estuvo en casi todas las islas. Este puerto, que en 1840 tenía unos pailebots fondeados, zarandeados por el viento; este puerto, que apenas era una mezcla de arenal y de silencio: casi un palomar de casas alrededor de la vieja Ermita de la Luz amparada por el montañón de la Isleta. Este viejo puerto es el mismo que en otra fotografía igualmente amarillenta, igualmente desvaída, podemos contemplar como un solitario arenal atravesado por un camino, en uno de cuyos bordes, en primer plano, aparece el trípode de una máquina fotográfica, y allá, a la derecha, perdido casi en el horizonte, la minúscula, la pequeñísima Ermita de la Luz.

Es el mismo puerto, pienso yo, que un día pudo haber conocido el hermano del poeta Bartolomé de Cairasco, cuando desde este mismo castillo contempló como una armada holandesa venía sobre la ciudad de Las Palmas, la bombardeaba, la conquistaba, la incendiaba y la saqueaba. Es el mismo que, muchos años después, pudo haberlo contemplado un obispo que, paciente pastor, desembarcaba en esta playa casi con la ignorancia de todos sus feligreses para montarse en la primera cabalgadura que pudo haber encontrado, y dirigirse con ella hacia la catedral y hacia el Palacio Episcopal. Es el mismo puerto en el que un general, un capitán general de Canarias, conoció desde su casa situada junto al castillo de Santa Catalina, el desaparecido castillo en donde hoy se encuentra el muelle llamado de la Base Naval; desde esa casa en donde él pasaba veraneos, contemplaba la llegada de aquella goleta rápida que venía o iba hacia Tenerife, llevando órdenes suyas para la Capitanía General. Es el mismo puerto que, en un intento de acercarse cada vez más al núcleo de la ciudad, comenzó a conocer una carretera polvorienta, trajinada por las primeras ruedas de los charabanes, o de los coches; carretera que durante tantos años fue motivo de súplicas, de sátiras, de diatribas, de comentarios de los periodistas y aún de los poetas, como la cantó Saulo Torón en algunos de sus versos. Es el mismo puerto que conoció la llegada del primer tranvía movido a vapor hacia finales de siglo, o que supo del trájín del tranvía eléctrico que llegaba hasta el mismo muelle

de Santa Catalina, como también lo podemos contemplar en una de esas fotografías antiguas, amarillentas y grisáceas, cuando desde los bordes del muelle el tranvía pasaba frente a la Marquesina, templete cuasijónico con adornos modernistas. El mismo puerto que conoció la llegada de los restos mortales de un hombre que tanto hizo en pro de la isla y del desarrollo del puerto, los restos de don Fernando León y Castillo, llegados en un barco, el “Infanta Beatriz”, un día de 1928 al muelle de Santa Catalina, desde donde, arrancó la comitiva fúnebre que, con acompañamiento de los muchos y numerosos coches ya existentes en la ciudad, iniciaba el cortejo que iba a terminar en la misma Catedral de Las Palmas, sepultura del más ilustre de sus hijos, el que había conseguido hacer el milagro de la creación de un puerto de la nada en los años de 1883; cuando un ingeniero, don Juan de León y Castillo, conseguía también poner las primeras piedras de un muelle. Tal vez las mismas que, en otra fotografía, contemplaba Néstor de la Torre, encargado por la casa Swaston para hacer realidad los proyectos del Ingeniero León y Castillo.

Todas estas estampas y muchas más podríamos buscarlas en el álbum de estas fotografías que hemos ido pasando ante los ojos de todos ustedes. Pero hay una, tal vez la más emotiva, que yo no quiero dejar de silenciar, y es la fotografía desvaída, amarillenta, salpicada por unos paseantes en la orilla del mar, y enmarcada por una sombra borrosa de caseta, la caseta de Galán, incendiada una noche de los años treinta. En esa playa de juegos infantiles, playa de paseantes, playa de idilios, playa de barqueros, playa de pescadores de la Puntilla; en esa playa, yo evoco ahora con un estremecimiento de emoción, una sombrilla blanca casi femenina y maternal, compañera de un niño perdido en medio de la arena y salpicado de mar.

O aquella otra postal, parduzca, recortada de chimeneas: chimeneas altas, erguidas, panzudas, propias de barco de pasaje. Chimeneas negras de los “correillos” pequeños y achatados; chimeneas festoneadas de humo negro de carbón. Chimeneas que, para mí, tienen tan íntimos, tan imborrables e imperecederos recuerdos.

Sí, estas fiestas de La Naval que hoy se celebran pueden ser muy bien como aquella lucecita de la que nos hablaba don Julián Cirilo Moreno en sus *Memorias*; lucecita que, desde un día perdido y lejano, pareció brillar por una u otra montaña de los confines de Guanarteme o de la Isleta: la misma que dio origen a esta Virgen a la cual estamos celebrando. Pero de ella, de la lucecita, de la Virgen, de todo este recuerdo trepidante, que acabamos de hacer, quizás sólo no queda eso: la emoción de un recuerdo, la evocación de un pasado y la presencia, siempre palpitante de pedazos de una propia vida que son los más vivos y emotivos que podemos guardar.

Enseñar y modelar

Cuando el Director de nuestro Instituto me cominó para intervenir en este homenaje jubiloso que nuestro Manuel Luezas recibe con motivo de su momentáneo apartamiento de la docencia, pensé que en cierto modo me sentía obligado no tanto por una razón elemental de compañerismo de vieja amistad, sino, además, por heredar la veteranía dentro de nuestro Instituto. Por unas cosas y por otras, no he querido dejar de cumplir ese gracioso encargo, del que siento doblemente orgulloso.

Ya se ha escrito y se ha dicho, y seguramente se dirá más y con más detalle en este acto, de la vida, de la obra, del quehacer vital de nuestro homenajeado. Yo os podría añadir algunas páginas, páginas cordiales, páginas amistosas, páginas que complementan esa imagen que todos tenemos de nuestro Manuel Luezas, y que darían de él esa silueta del profesor, del entrañable profesor; de ese profesor más atado a su docencia, a su cátedra, que en muchas ocasiones a la propia vida. Yo os podría referir, por los muchos años que conviví con él dentro de la Universidad Internacional de Canarias, su dedicación, su amor, su devoción hacia aquella Secretaría, Secretaría fantasmal y henchida de amor por Luezas que, durante tanto tiempo, significó el "alma mater" de los cursos de extranjeros dictados en la Universidad "Pérez Galdós" de Canarias. Y añadiría aquellos parlamentos, aquellas tardes inolvidables en que Manolo Alvar, en que Emilio Lorenzo, en que Manuel Cardenal, y en que tantos y tantos entrañables amigos hablábamos de lo humano y de lo divino. Y os podría referir como nuestro Manuel Luezas ponía siempre el punto de gracia y de humor, la sal y el ingenio, la luminosidad de la anécdota oportuna y, sobre todo, la sabiduría, esa sabiduría escondida y soterrada que Luezas ha sabido guardar tanto tiempo y que sólo los que hemos sido sus amigos, la hemos conocido en buena parte.

Yo diría, y permitidme esta jactancia, que nuestro Manuel Luezas es uno de esos tantos casos de vocación total y absoluta, uno de esos ejemplos que tan pocas veces podemos encontrar; pero que en nuestra profesión, en la docencia, se da por suerte repetidas veces. Tener vocación –lo ha dicho Marañón, lo ha dicho Ortega y Gasset– es tener espíritu de sacerdocio. Tener espíritu de entrega. Tener facultad de dar con generosidad para recibir poco, o para recibir nada. Tener vocación es la dádiva más generosa, la más difícil, la más irrepitible, la que nace del fondo más recóndito del alma y que, en muy pocas ocasiones, puede brotar empujada por nada ni por nadie. Es llama viva, chisporroteo que no se apaga, resplandor que siempre ilumina. Resplandor, llama y chisporroteo son los que, en el caso de nuestro Luezas, han sido la guía constante de su quehacer docente. Porque sólo con esa llama inextinguible, con ese fervor diario, con esa dedicación casi sacerdotal, sólo así ha sido posible la vida profesional de un hombre que hoy se jubila, afortunadamente juvenil y vigoroso, después de haber entregado una buena parte de su vida dentro de las aulas y de las almas de tantos alumnos suyos.

Porque enseñar es entregar, ya lo decíamos; y esa entrega tiene que ser absoluta y total, generosa y sin recato. No puede esperarse de ella ninguna otra compensación, sino la alegría jubilosa de la dádiva de cada día. Llegar a la clase, sentarse en la mesa, explicar la lección del día, pasar por entre los pupitres, charlar con los alumnos, escuchar sus palabras, todo eso es la vida del docente; todo eso es pedazo de una vida que se entrega hora a hora en la clase y en el aula, todo eso ha sido el libro prieto y aún sin terminar que ha dejado nuestro Manuel Luezas a través de su docencia en los Institutos por donde ha estado.

Por eso, creo que podemos sentirnos orgullosos de tenerlo con nosotros. Por eso creo que debemos recibir de él esta lección de generosidad y de docencia. Porque todos necesitamos su aliento, su juvenil empuje, su dadivosidad, para tomar de ella cuanto tenemos que aprender y cuanto tenemos aún que dar; sea poco, o sea mucho. Pero darlo, con la misma generosidad, con la misma alegría diaria, con la misma esplendidez con que la ha ido dando nuestro Luezas, nuestro Manuel Luezas.

Yo no quiero cansarles más a Vds. con estas divagaciones, porque me siento maguado de no estar sentado en la misma mesa. Yo sólo quiero repetir, glosando las mismas palabras, que un día escribió nuestro inolvidable Ortega: si la vocación es algo que nace del alma del hombre, yo creo que el alma de nuestro Manuel Luezas está enriquecida de la más noble, de la más rica y yo diría que de la más rara de las vocaciones: la riqueza de la sabiduría y la riqueza de la generosidad.

Esa generosidad que se llama el magisterio de cada día.

Leyendas canarias (1)

Hace ya unos cuantos años que la palabra *Leyenda* tuvo un auge y una difusión grandes. Eran décadas llenas de romanticismo, de ensueño, de vaguedades y de irrealidad. La *Leyenda* fue casi género romántico; el poeta encontraba en el pueblo, en la historia, fuente de inspiración para desgranar el pasado. Para traerlo al presente merced a la magia del verso, o de la prosa poética. Unas veces, la leyenda, en manos de Zorrilla, se enriquecía con páginas históricas; páginas, hay que decirlo, trocadas y enriquecidas de fantasía; son las leyendas que servirán, casi por los mismos años, para que novelistas e historiadores “rehagan” la historia española. Las otras leyendas, hijas de la más desbordada imaginación, nacían de la minerva del poeta, del poeta genial, como Bécquer, para encaminar al lector por los caminos más inexcrutables y más recónditos. “El Rayo de Luna” o “El Miserere” son páginas pocas veces superadas por ningún otro poeta: la maravilla, la fantasía, el ensueño que aunaban para conseguir textos antológicos tan perfectos y tan clásicos en su género.

En nuestra historia insular, los textos históricos van transformándose en textos literarios, en hermosos textos literarios, gracias a la imaginación de algunos historiadores y de unos pocos poetas. Lo que Sedeño, Abreu, Cairasco habían referido a su modo, se transforma y se idealiza en tiempos de Negrín, de Pererra, de Millares o de Berthelet. Lo que ya había iniciado Viana de un modo clásico —potenciar y embellecer la historia—, siguiendo las huellas de historiadores de Indias (indio = felicidad; español = crueldad, era, en síntesis el planteamiento), culminaba en el siglo XIX en la abundante bibliografía que aquí, en Tenerife, gracias a la Biblioteca Isleña, y en Las Palmas, merced a una colección muy similar aunque menos numerosa, se produjo con la profusión y confusión que otros historiadores ya han señalado.

La aureola del “guancho” feliz nace precisamente en estas décadas románticas. El nativo insular, habitante de cuevas, dueño de rebaños, morador de idílicos paisajes que Diston y tantos otros dibujantes han inmortalizado, con gran belleza, se convierte de esta guisa en el nuevo “indio” salvaje conquistado y pisoteado por la dura, por la cruel civilización. Las luchas entre nativos y conquistadores presagian las que iban a tener en lugar en tierras americanas, recreadas por Gomara, de las Casas, Ercilla y tantos más en pasajes ya inolvidables para el desbordamiento romántico.

De estas leyendas, y más aún de los cultivadores de estas leyendas, trataré esta tarde. No precisamente de las leyendas en sí mismas, porque ello requeriría un estro e inspiración que no poseo; sino de quienes han sabido cultivarlas a lo largo de estos últimos ciento cincuenta años con mayor o menor fortuna.

Creo que de esta manera podrán tener ustedes una panorámica, aunque incom-

pleta sí interesante, por la que conocerán la nómina de escritores atraídos por la magia del pasado insular. Ese pasado que todos, con mayor o menor pasión llevamos nosotros. Porque no en vano nuestra condición de isleños nos vincula precisamente con la tradición más próxima y con las costumbres más tradicionales. Aunque nuestra condición de hosteleros oceánicos nos hayan obligado a ser más universales que otros españoles continentales.

De unos cuantos episodios vinculados a este periodo, cantados por la musa de un poeta, trataré en primer lugar. Un poeta que, nacido en la Villa de la Orotava, vivió más en Gran Canaria y América la mayor parte de los 86 años que vivió. Se llamó Graciliano Afonso, fue Doctoral de la Catedral de Las Palmas, Diputado a Cortes en la legislatura de 1823, estuvo desterrado en Trinidad de Barlovento durante casi 15 años, escribió muchos versos, tradujo otros; fue hombre enérgico, vivo, agudo; su amplia cultura le dio carta obligada de maestro entre los hombres de su generación, y aún de la siguiente. En esta misma Villa de Garachico está enterrado su padre, Cristóbal Afonso, pintor, escultor, arqueólogo, poeta: polifacético artista al que el Doctoral recuerda con emoción y cariño en el prólogo que escribe para su *Oda al Teide*, fechada en Puerto España (Trinidad), desde la ausencia, la soledad y la nostalgia del destierro.

Como la mayoría de sus contemporáneos (Duque de Rivas, Alcalá Galiano, Alberto Lista, Martínez de la Rosa), Afonso fue un romántico: con la sensibilidad, la exaltación y la filosofía propias de un romántico. Liberal y nada conservador, su nombre va aparejado con los años y los acontecimientos más dramáticos de la historia española en la primera centuria del siglo pasado: las Cortes, la Emigración, la guerra contra Napoleón, la vuelta del destierro, capítulos todos vividos por los españoles de su tiempo, fueron así mismo capítulos obligados en la vida de Afonso. Su musa poética, como la de tantos otros poetas españoles, está llena de coraje, de pasión, de “estro revolucionario”, al decir de un crítico de aquel tiempo.

Al igual que tantos otros contemporáneos suyos, Afonso fue un ilustrado que desembocó en el Romanticismo gracias a los escaños del Parlamento y gracias, también, a las aulas del Seminario. Dispuesto a mezclar “el agua y el fuego”, según frase de Marañón, mezcló sus ideales más clásicos (no en vano tradujo a Virgilio, a Horacio y a Sófocles) con el espíritu más decidido y revolucionario. Creyente fervoroso de los primitivos ideales humanos (paz, progreso, libertad), los defendió con valor, con riesgo y con calor. Al igual que los otros románticos, encontró en la turbulencia, en el palpitante riesgo y en la charada trágica española de los primeros treinta años del siglo XIX, elementos sobrados para llenar su vida. Vida en la que supo antes que su obra, practicar en su vida el más hondo romanticismo.

Afonso, español de 1812 y de 1823, supo hacer fructificar la semilla romántica. En las sesiones parlamentarias, en las botillerías de la Carrera de San Jerónimo, en los púlpitos de las iglesias (en donde se explicaba “el sagrado Código de la Constitución”, al decir de Afonso), se estaba escribiendo la historia incipiente del

romanticismo español; y el Doctoral Afonso era uno de sus protagonistas. Más tarde, en el destierro, el romanticismo adquiriría nuevas tintas, buscaría nuevos caminos, pero las primeras fuentes las tuvo en el vaivén dramático que vive España desde 1808 a 1833, cuando la nueva Reina promulga el decreto de amnistía.

Precisamente, en los años de residencia americana, Graciliano Afonso supo reverdecer sus lecturas de Derecho Natural, aquellos capítulos consagrados a la defensa del hombre natural, a la libertad de los pueblos oprimidos que los juristas como Febronio habían sabido enseñar con tanta extensión. Vivir los primeros años de independencia en América, era volver a repasar muchas de estas viejas lecciones. Primitivismo, “virginidad americana”, “el indio natural” son términos que se repiten una y otra vez en la obra literaria de Afonso. Lo que en la historia del romanticismo se llama “medievalismo” –amor, devoción a los castillos, a las tradiciones, al romancero, etc.–, en Afonso se puede llamar “americanismo”. En el amor hacia América –hacia sus tradiciones, sus hombres, su historia–, concentró este desterrado romántico sus simpatías. Encontró en el hombre americano el prototipo del hombre natural, el mismo que ya había idealizado Chateaubriand; pero con la diferencia de que para el Doctoral Afonso, el indio era algo vivo y humano. Era el mismo que, con sangre, con dolor y con esfuerzo, había conseguido librarse de la “opresión del europeo”, durante los años de las guerras de la independencia.

Trasladar la imagen del indio a la del indígena insular, no le fue difícil. El guanche, como el indio, conoció la conquista, el expolio, “la muerte violenta” y la pérdida de la libertad. Lo mismo que el indio, había vivido el guanche una existencia paradisiaca hasta la llegada de los conquistadores. Siguiendo el roussonianismo de un historiador tan clásico y admirado como Viera, Afonso inició ese primitivismo que caracterizará la entonces novísima escuela romántica insular: la formada por Ricardo Murphy, por José Plácido Sansón, Negrín, Lentini y tantos nombres más, casi todos nacidos en esta isla o en la de La Palma. Bencomo, Tinguaro, Zebenzayas son algunos de los héroes que aparecen en los versos de estos poetas; los mismos que se pueden encontrar en los de Afonso, autor de Odas y elegías, fechadas todavía en la isla de Trinidad, pocos años antes de regresar a Gran Canaria. El Doctoral Afonso inicia, en América, la temática que unos poetas insulares iban a desarrollar ampliamente a partir de 1840, aproximadamente, cuando “El Atlante”, “La Aurora”, “Revista Isleña” o el “Daguerrotipo” estaban escribiendo las primeras páginas de la prensa insular literaria.

Puede decirse que los románticos insulares fueron consecuencia del primitivismo que ya habían practicado Cairasco, Viana, Sedeño o el Padre Sosa, en sus páginas de historiadores o de poetas. Para nuestros más antiguos escritores, el “osianismo” romántico lo constituyó el periodo de la conquista, precisamente por la parte relacionada con los conquistados. La mitología creadora de las islas estuvo formada por las figuras de los caudillos insulares que más se destacaron en su lucha con el conquistador: desde Doramas hasta Tenesoya, pasando por Bencomo y Tanausú, la onomástica indígena enriqueció la imaginación creadora de nuestros escritores.

El guanche resultó ser descendiente del hombre natural, redescubierto por los ilustrados del siglo XVIII y pervertido por los conquistadores del siglo XV. Semejante al indio, antecesor suyo, el insular encarnó todas las cualidades propias del hombre rusioniano. Sencillez, candor, pureza, virginidad asombraron a los hombres cultos de 1500, afanosos ya de encontrar la utopía tan deseada por filósofos y por estadistas. Los primeros historiadores se anticiparon en casi medio siglo a lo que harían los historiadores de América: descubrir las virtudes ya desaparecidas en la Europa civilizada.

Pero volvamos a Graciliano Afonso, el primer escalón de nuestro recorrido, nuestro incompleto recorrido por entre los más importantes escritores que desde Gran Canaria han escrito sobre leyendas canarias.

En su *Oda al Teide*, fechada en 1837, todavía en Trinidad, se debe valorar el prólogo y el texto de la oda. En el primero, Afonso hace una síntesis muy bien hecha de los principales escritores de su tiempo que habían tratado el tema del Teide en la poesía insular. Aún olvidando al Marqués de San Andrés, el más quevedesco de nuestros poetas —y tal vez, en alguno de sus sonetos, el más perfecto—, los nombres citados por el prologuista pueden dar una idea muy completa de la nómina literaria existente a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Resulta curioso confrontar que los nombres más resaltados por Afonso concuerdan con los de aquellos que se mostraron más amigos de la tradición indígena: Viera, Viana, Cairasco, Cologan o Bento. Y vale la pena resaltar, una vez más, el nombre de Cristóbal Afonso, al que su hijo califica como “amante de la libertad” y “muy versado en la tradición de las islas” No en vano fue presumido arqueólogo, restaurador artístico y traductor o adaptador de obras volterianas en el teatro insular de fin de siglo, tanto en Orotava, Puerto de la Cruz como en La Laguna.

De la *Oda*, bastante extensa y muy desigual, conviene destacar los primeros versos en donde el autor, dominado por la íntima emoción del próximo regreso, consigue sus mejores aciertos:

¡Qué aura vital, serena,
yo siento respirar que me recrea
¡O cara Patria, o cuerpo de Amaltea!
Teide sublime, del Empíreo basa!
Yo nací entre tus lares,
y tus ninfas mecieron cariñosas
mi cuna, al dulce son de sus cantares;
al fin te torno a ver, ¡o tiempo aleve!,
corva la espalda y en la frente nieve.

El poeta, con honda emoción, socavando su espíritu, quiere hacer presente el pasado, el grato y el ingrato, porque los dos, en verdad, habían ido formando su vida. Cegados sus ojos por la luz del Valle, pasaba, en invisible caravana, la estela de su niñez y de su juventud: años en que, como él mismo refiere en otro lugar, había conseguido ascender al volcán, en compañía de su padre y de algunos amigos,

mientras,

**La Luna en el zenit, el aura pura;
el Valle silencioso, y en la altura
cielo azul centelleando,
la aurora pies de rosa,
el Sol su faz gigante levantando.**

Los campos de Taoro, el Tinerfe venerable, la pastoral zampona de los pastores, los lastimosos llantos de Guayarmina, la servil cadena de los conquistadores son algunos de los muchos procedimientos utilizados por el poeta en su Oda para dar fe de esa constante preocupación que sentía por unir el bucolismo diesicóchesco con el primitivismo romántico, dos temas casi siempre juntos en sus composiciones de este poeta.

En *La Reina Ico*, capítulo de la conquista de Lanzarote, Afonso, sin rodeo alguno, confiesa que es Viera el que ha inspirado sus versos. Uno de los héroes insulares está retratado de este modo:

**Era fuego encendido
el rizado cabello,
y del alba sus ojos el lucero;
un tenesés erguido,
su cuerpo y blanco cuello;
el tamarco de estrellas luminosas
cual atamán lumbroso...**

El Harpa es un conjunto de silvas que tiene como tema central a Doramas, uno de los héroes de las luchas indígenas en Gran Canaria. Cairasco, el “divino Cairasco” como lo llamaron los románticos, le sirve de guía al Doctoral Afonso. La belleza casi virginal del bosque, encomiado por la prosa de Viera con tantos y tan hermosos detalles, aparece así a los ojos de Afonso:

**Harpa del gran Cayraso resonante
que tan diestro pulsara
tus cuerdas de oro y de su son hincherà
la boveda elegante
que la verde esmeralda tachonara,
sin que en ella se mire el sol radiante.**

Como el mismo Afonso resumió en el prólogo de *la Reina Ico*, “conocer la historia de su país después de la Religión, es el primer paso de cultura del hombre civilizado... Las novelas históricas, las ficciones poéticas sobre las tradiciones del país embellecidas con los adornos de la imaginación son los vehículos naturales para conseguir este noble inble intento: así lo practicó el célebre W. Scott y otros ingenios del Norte que han hecho con tanto placer la historia del país, leer novelas históricas, mezclar lo amoroso con lo narrativo: he aquí los postulados del autor”; como se ve, los mismos de cualquier escritor romántico. Mezclar tales ingredientes con la profusión con que lo hace Afonso, confirma plenamente cuanto se ha dicho acerca

de su genealogía literaria.

Desde mediados de siglo, y dejando a un lado los nombres de los escritores tinerfeños ya mencionados –Murphy, los hermanos Estévez, Plácido Sansón, Tabares Barlett, Lentini, Perera, Negrín, etc.–, hay que llegar a los prosistas grancañarios de la generación de 1880 para encontrar algunos nombres: los poetas Martínez de Escobar, los hermanos Millares, el Dr. Chil y Naranjo, Rafael Bento y algunos pocos más, entre los que no puede olvidarse el nombre de José Betancor (“Angel Guerra”) y Benito Pérez Armas, estos dos últimos nacidos en Lanzarote. Ya en épocas más recientes, los nombres de Agustín Espinosa (nacido en este mismo Valle, en el Puerto de la Cruz), de Víctor Doreste, de Juan del Río, de Jesús Godoy y hasta de Pedro Lezcano, poeta este último tan alejado por su estro de temas históricos o legendarios.

Sería tarea impropia de esta charla el que yo intentase el estudio total de todos y cada uno de estos escritores. Solamente voy a espigar, entre los más interesantes, distintos aspectos del tema que nos ocupa.

El propio Afonso, en el prólogo al poema de LA REINA ICO, destaca los nombres de Plácido Sansón y Bartolomé Martínez de Escobar como dos escritores que ya habían escrito obras relacionadas con la historia y la tradición insulares. Del último, amigo muy íntimo de Afonso, destaca algunas novelas históricas que, más tarde, no se publicaron. Con todo, los hijos de M. de Escobar, Amaranto, Teófilo y Emiliano, escritores, sí que aprendieron las lecciones de Afonso. El historicismo se puede seguir, sin mucho esfuerzo, en las poesías de Amaranto, o en los discursos de Teófilo o en los artículos de Emiliano. Sentían muy vivamente todo cuanto se relacionase con la historia insular, según la habían aprendido de su padre y de los contertulios –entre los que destacaba Afonso– que frecuentaban la casa familiar. Oigamos, a modo de muestra, este fragmento de un texto mucho más amplio de Emiliano (Vice-Rector del Colegio de San Agustín, traductor del inglés Milton, abogado), cuando habla del ya desaparecido bosque de Doramas:

Hace cuatro siglos un pueblo libre vagaba por estos mismos sitios sin enviar ni las riquezas de otros pueblos, ni las comodidades que crean necesidades y disgustos continuos. La sobriedad y la natural virtud se unían con la sencillez para formar la paz del hogar doméstico, la tranquilidad y la buena fe en la patria o en la sociedad.

El Dr. Gregorio Chil, fundador del Museo Canario –de cuya fundación e historia hablaremos luego–, o el historiador Agustín Millares Torres (autor de la *Historia de las Islas Canarias*) no hubiesen expresado mejor los sentimientos que inspiraban a los insulares de 1880 las desapariciones sucesivas de los bosques, de las vegas, de las costumbres y de los restos históricos del antiguo pueblo aborigen. Precisamente, por esta devoción hacia el mundo primitivo nacería *El Museo Canario*.

En 1879, en casa de Don Amaranto Martínez de Escobar, la calle de los

Canónigos, casi enfrente al frontis Sur del Seminario Conciliar, se reúnen el Dr. D. Gregorio Chil, el historiador y notario Millares Torres, el Dr. Domingo J. Navarro, el Dr. Ruano y otros profesionales de Las Palmas para constituir una Sociedad que se dedicase al estudio de la Historia y la Cultura de las Islas. Como se ve, la Filantropía, el amor a lo primitivo, el culto al Hombre Natural (el aborigen insular) serían los pilares fundamentales de tal Fundación. En Sta. Cruz de Tenerife, en Sta. Cruz de La Palma, por estas mismas fechas o un poco posteriores, se fundarían la *Sociedad Instructiva y Recreativa* o la *Sociedad Cosmológica* con fines muy similares. *El Museo Canario* albergó, pues, a un grupo de hombres que, con amor, con devoción y con gran visión del futuro, creó algo que hoy puede servir con orgullo a las generaciones actuales como el Centro de Investigación de mayor fuste en el Archipiélago. Sería necesario mucho más tiempo del que yo dispongo para poderos hablar, a través de la correspondencia sostenida entre Amaranto Martínez de Escobar y Luis Maffiotte, canario residente en Madrid (natural de la isla de Tenerife), de las vicisitudes iniciales del Museo; de las donaciones que recibía, de las colaboraciones enviadas desde esta isla de Tenerife por los hombres cultos de Sta Cruz, de La Laguna, de la Orotava, del Puerto de la Cruz y de esta Villa de Garachico; de los libros que Maffiotte proporcionaba, de las indicaciones bibliográficas que hacía, de las recomendaciones biblioteconómicas, de los precios de tales o cuales libros. Puede decirse que con las cartas de Maffiotte –figura valiosísima y de primera calidad– puede seguirse, paso a paso, no sólo la trasvida de aquella sociedad, sino también de otras muchas empresas de esta isla. Por ejemplo, la correspondencia sostenida con D. Patricio Estévez resulta hoy fundamental para conocer las vicisitudes de un periódico santacrucero de fin de siglo; un periódico, muchos de vosotros lo sabéis, que tanto significó para la historia de Tenerife y del Archipiélago. Me estoy refiriendo al *Diario de Tenerife*, en cuyas páginas tantas y tan valiosas colaboraciones pueden encontrarse, muchas relacionadas con la historia insular.

Recorrer la prensa de aquellos años (me refiero a las décadas del setenta al noventa), es repasar, muy al detalle, los sentimientos que embargaban a los hombres de aquellas fechas, deseosos de continuar los ideales que habían propugnado los románticos de 1840 y los ilustrados de 1780, como Viera, como Villanueva del Prado o como don Lope de la Guerra, cabildero ilustre de La Laguna y buscador, en compañía de Viera y los compañeros de “fin de semana” en Daute, por las proximidades de Icod, de restos arqueológicos guanches. Puede decirse que la arqueología insular fue una fiebre –aún hoy perdura– que se apoderó de las gentes cultas, afanosas de encontrar restos del pasado, en ese deseo de volver a ver, de volver a revivir épocas, costumbres, vidas ya desaparecidas.

Angel Guerra, seudónimo de José Betancor, y Benito Pérez Armas, nacidos en Lanzarote, fueron periodistas y novelistas. Poseedores de una prosa fácil, narradores de calidad, han dejado en sus obras muestras de su devoción por el historicismo o el costumbrismo, ya que éste resultó, como ocurre en Literatura, una continuación de aquél. Entre los relatos de *Angel Guerra* –seudónimo tomado de una novela galdo-

siana— hay uno, *Rincón Isleño*, en el que costumbrismo e historia andan muy unidos: vienen a ser estampas como las de “Fernán Caballero”, aunque las de Guerra resultan más naturales, menos moralistas. Pérez Armas fue un novelista de gran calidad; es uno de nuestros costumbristas más valiosos, tal vez el más interesante de todos. *La Baja del Secreto*, premiada en 1900 por la revista “Gente Nueva”, es un cuento inspirado en el episodio de Iballa y Ajeche, en La Gomera, tema que resulta muy significativo para los episodios que estamos estudiando. Los dos escritores fueron, en fin, dos fieles continuadores de la línea iniciada en los finales del siglo XIX, cuando se redescubrió el primitivismo histórico del pasado insular.

Se deben añadir los nombres de Prudencio Morales y de Carlos Navarro Ruiz, dos periodistas de G. Canaria que escribieron páginas relacionadas con la historia local. El primero es autor “*Cuentos de nuestra historia*”, prosa amena y legendaria sobre diversos aspectos de la conquista y de la historia de las islas, especialmente de Gran Canaria. Navarro Ruiz, en *Páginas Históricas de Gran Canaria*, procuró seguir la misma pauta de Morales: mezclar la anécdota con el rigor histórico, a fin de hacer más amena la lectura.

Hay que saltar a los años treinta, tal vez antes, para encontrar a un escritor como Agustín Espinosa (nacido en el Puerto de la Cruz, muy vinculado a Las Palmas durante los años de su cátedra en dicha ciudad), uno de los pioneros de “*La Rosa de los Vientos*” y, más tarde, de la “*Gaceta de Arte*”, dos revistas que tanto bueno y trascendente hicieron por las Islas. En la primera, Juan Manuel Trujillo (también tinerfeño) y el propio Espinosa fueron los prosistas más significados. Espinosa publicaría páginas relacionadas con la historia insular, más con la de la isla de Tenerife que con la de Gran Canaria. El episodio de Dácil originó *tres mitos canarios*, amplio ensayo publicado en *La Gaceta Literaria*, al que ya había precedido el magistral estudio de “Mitología creadora” —así lo calificó el autor— titulado *Lancelot*, 28^o, 7^o, libro en el que la prosa de Espinosa llega a los primoros más acabados y en el que aparece por vez primera, reflejado en una calidoscópica pantalla, el pasado de una isla, nacida de leyenda, recreada por la mitología, embellecida por la magia de un escritor que fue capaz de escribir una guía “integral” hecha no sólo con historia, sino con imaginación, con fértil, con fructificadora imaginación. Años después, en el Círculo de Bellas Artes de Sta. Cruz, dictaría una conferencia, *sobre el signo de Viera*, que viene a ser el redescubrimiento de Viera, no sólo del Viera escritor, sino del narrador envidiable, “por su frescura y belleza”, de un mito como el de Dácil y el capitán Castillo, aparentemente tan acorde con el criticismo dieciochesco.

Quisiera mencionar también el nombre de Claudio de la Torre, porque en su obra hay dos libros más recientes en los que podemos apreciar algunas de las notas que hemos ido señalando entre sus predecesores. Me refiero a *Quimera y Geografía* y a *Verano de Juan “El Chino”*. El primer libro reúne una serie de artículos, ensayos y relatos muy vinculados a episodios insulares: domina en la prosa de Claudio el aliento lírico, propio de narrador nada común, y la frescura de la evocación; no se

sabe si valorar más el poder creador o la fluidez descriptiva. Parecidas cualidades pueden encontrarse en la segunda obra, muy recientemente editada: el Cólera de 1851, episodio histórico, le sirve de pretexto para urdir una narración en la cual los personajes reales y los fantásticos se entrecruzan. Una vez más, la mortandad que asoló el Archipiélago hace más de un siglo, sirve a la literatura para dar una obra de cualidades nada frecuentes y de vigor propio de un excepcional narrador como es Claudio de la Torre, poeta, novelista, dramaturgo, pero, sobre todo, insular ligado estrecha y emotivamente con las islas de un modo especial con los rincones más íntimos y menos conocidos de su ciudad natal de Las Palmas.

No podría cerrar este amplio y muy incompleto recorrido sin mencionar los nombres de Juan del Río, Jesús María Godoy, Víctor Doreste y Pedro Lezcano. Cada uno de ellos ofrece en su obra aspectos que deben tenerse muy en cuenta para trazar esta cartografía de las leyendas en Gran Canaria.

Juan del Río, historiador, periodista, botánico, amante fervoroso de sus islas, es autor, además de sus publicaciones de crítica histórica —en colaboración con Millares Carló—, de dos libros muy interesantes para nuestro estudio. Uno es *Iballa* y otro, *Leyendas canarias para niños* (también había hecho arreglo cinematográfico de la leyenda de Tirma). *Iballa* es un relato histórico que tiene por tema los amores de Iballa, gomera indígena, con Fernán Peraza, el hijo de Inés Peraza, señora de Gomera, Hierro, Lanzarote y Fuerteventura. Una vez más, el tema vuelve a tentar a un narrador; y una vez más, el dramatismo del relato se sobrepone a cualquier otra condición de veracidad. La leyenda y los antecedentes señalados por Viana, por Castillo, Viera y otros historiadores le sirven a Del Río para escribir el relato en el que la imaginación y el lirismo han conseguido trozos de gran belleza y lirismo. El Romance de Fernán Peraza del siglo XV ha servido, una vez más, para una casi novela corta de amor. *Las Leyendas para niños* son cuentos escritos para niños inspirados en distintos episodios de la historia insular; tienen el atractivo de estar acompañados por dibujos humorísticos de Eduardo Millares. Juan del Río había programado un serial radiofónico inspirado en 24 capítulos de la historia del Archipiélago; partiendo de las leyendas de guanches y castellanos, en el siglo XV, y llegando a las luchas contra Napoleón, en 1808. Tal vez haya sido uno de los guiones más felices que se hayan hecho sobre materia historia en radio difusión.

Faycán, de Víctor Doreste, es una novela corta que tiene por protagonistas a unos cuantos perros nacidos en las proximidades del ya desaparecido barranco de Guinguada, a su paso por Las Palmas. Es un cuento de sobriedad costumbrista, de ironía muy fina, pero que lleva consigo la cargazón de un sabor de independencia, de salvajismo y hasta de humana naturalidad, que bien podría recordar a los clásicos relatos de los mejores cuentistas de animales. La fábula, pues de fábula se trata, responde a esa línea ya tan acusada en la narrativa insular —especialmente, en Gran Canaria— de pintura urbana, pero esta vez con protagonistas no humanos, aunque sus diálogos, sus reflexiones, sus perrunas vidas bien recuerdan las de los insulares vecinos de los Riscos de la ciudad, de vidas tan “apareadas” como la de los perso-

najes de la novela. La soberbia, la altivez, la fiera independencia del perro Faycán, protagonista del relato, parecen ser una evocación del caudillo indígena, luchador infatigable por conservar la independencia frente al espíritu de sumisión de los otros insulares. El hálito de leyenda, enmarcado dentro del relato de costumbres, da un calor más humano al libro, sin duda de las más felices relaciones dentro de la polifacética obra de Víctor Dorreste, músico, bohemio, pintor, poeta, novelista, escultor y dueño de un fino ingenio y mayor humor.

Pedro Lezcano es uno de los mejores poetas contemporáneos españoles; nacido en Madrid, afincado en Las Palmas desde los años de infancia, ha sido uno de esos ejemplos tan repetidos de canario de adopción que se repite tantas veces en nuestra historia. Su producción poética está situada en la línea de lo metafísico, pero su profunda humanidad hace que su poesía tenga calidad y hondura. En 1946, publica en un folleto *Romancero canario*, romances formados con estampas del vivir insular. El campesino, el costero, el indiano, el barquero, el peninsular son algunos de los personajes de cada romance; debe señalarse en todos ellos un sentimiento de tradicionalidad y un isleñismo tan acendrado que los colocan en la mejor línea de la poesía costumbrista. La exaltación de la pureza campesina, del candor de la isleña conquistada, la reciedumbre del marinero más vecino de la costa africana que de la insular, la melancolía del indiano ansioso de isla: he aquí algo de lo que la poesía, escrita en octosílabos narrativos y descriptivos, ha conseguido expresar. Ha bastado la inspiración de un poeta.

El “Cancionero Tradicional”, de *Titerroigatra y yo*, de Jesús María Godoy, nacido en Arucas y avecindado en Lanzarote en estos últimos años por obligaciones docentes, pretende ser, además de una poesía escrita con sentido de lo popular, una evocación de costumbres, rezos, maldiciones, canciones enraizados dentro de la intrahistoria lanzaroteña. Ha conseguido el poeta expresar el alma del pueblo gracias a la poesía, sin que la forma poética haya podido dificultar la expresión de sus sentimientos.

Hasta aquí, el peregrinaje del historiador en búsqueda de tradiciones insulares. Peregrinaje, ya lo habéis visto, muy desigual, muy incompleto. He pretendido ofrecerles a ustedes una nómina incompleta de escritores insulares que, de un modo u otro, con expresión distinta, se han sentido tentados por la tradición, por la historia o por el costumbrismo. Diríase que ellos han sido como los bardos del pueblo, según la frase romántica tan repetida en la prensa de mediados de siglo pasado. Han quedado muchos escritores más, precisamente los que a los periódicos han dejado fe de su devoción popular. Pero no ha sido éste mi propósito. Únicamente ofrecer a ustedes la visión que unos hombres han tenido de su isla, o de sus islas, desde la atalaya de la creación literaria.

Si se quisiera resumir cuanto se ha dicho, éste sería aproximadamente la síntesis: el historicismo nace con los historiadores del XVI y del XVII, consecuencia de las teorías entonces en boga; en el siglo XIX, los románticos resucitan lo que ya los

ilustrados del XVIII habían esbozado muy tímidamente. El primitivismo de fin de siglo engloba por igual a historiadores, poetas, legisladores y gente del pueblo: la figura del insular comienza a dibujarse; ya en el siglo XX, y en contra de corrientes estéticas universalistas, aparecen escritores amigos de evocaciones históricas, movidos por intimidad, por insularidad o por defensa frente al forastero. Y si aún quisiéramos ser más puntuales en nuestra reseña, habría que decir que Tenerife fue la isla más rica en escritores de esta naturaleza: toda una brillante generación de poetas tiene por único norte la exaltación del indigenismo. Puede afirmarse que es ésta la característica más acusada del romanticismo insular.

Si he conseguido llevar al ánimo del auditorio estas ideas muy someras, me daré por satisfecho de tan largo recorrido. En el que vuestra benevolencia y atención han sido mi mejor ayuda.



Viñas y haciendas (1)

“Es de los lugares de mayor vecindario, bien que apenas habrá treinta casas arruadas junto a la parroquia. Esta tiene tres naves decentísimas, y el cura lo pone el obispo. A la verdad, es una vega deliciosa por las viñas y haciendas de muchos vecinos de la ciudad, que pasan allí los otoños. Tiene muchos árboles que llevan singulares frutos. Las aguas son muy buenas. Compónese la jurisdicción de 3431 personas, de las cuales viven muchas en los pagos del Monte, la Atalaya, las Cuevas, las Goteras, Satautejo, la Angostura, los Silos, Lomo Espino, Pino Santo, el Gamonal, Vega Baja, Lugarejo, Lechuza, La Caldera, Lagunetas. Hay seis ermitas”.

Así describía el historiador Viera, hacia 1760, la Villa de Sta. Brígida, esta en la que hoy celebramos las fiestas de su patrono, San Antonio.

Vale la pena releer la descripción; con calma, porque, hecha con tanta parquedad, nos ofrece motivo sobrado de comentario y de divagación.

Señala Viera una característica bien acusada de la Villa: su plan urbano y la escasez de “rúas”. Valles, barrancos y riscos acogen sus pagos; sólo, junto a la Iglesia, unas “treinta casas arruadas”. ¿Serán, tal vez, las mismas que contemplamos hoy?. Valdría la pena recorrer, en vespertino paseo, esas rúas vecinas de la iglesia para numerar las casas que hay aún en pie; y para dar fe de la estadística del Arcediano, vecino de la Vega en más de una ocasión, cuando veraneaba en San José, en la casa señorial de los Manrique. No es, ya lo sabemos, nuestra villa, “una nueva ciudad... soberbia y rica, amplia y sonora... de rúas sórdidas y empinadas”, como veía Ortega a Nuremberg, la de las fuentes y los toneles. Pero estas sus pocas, sus contadas casas arruadas en el siglo XVIII, sí que parecen darle una nota definidora; una nota especial, que ya va a ser característica hasta nuestros días.

Prosigue el cronista, puntual relator, y se detiene en la iglesia, en la hoy airosa iglesia, con su torre y sus naves —“decentísimas”, dice Viera—, y el superlativo conferido dice bien claro la confortabilidad del templo, construido con bastante holgura y atendido por párroco designado por el Obispo. Viera, conocedor desde su asiento coral de Sta. Ana, de tantos litigios con curas servidores, con ecónomos o con frailes convertidos en párrocos, quiere precisar la calidad del cura de la Villa.

Las “viñas y haciendas” son elemento definidor del lugar; al menos, en 1760, a los ojos de Viera. Sin duda, se refería a los viñedos del Monte Lentiscal, verde sobre lava que emborracha los ojos del visitante conforme va haciendo el camino de la Villa. Las haciendas, entonces más abundantes que ahora, daban fe de los muchos vecinos capitalinos que preferían el frescor de la vega al rigor de la costa; y el propio Viera sabía disfrutar de tales primicias. Y no sólo en los meses estivales, ya que, durante el Otoño, resultaba doblemente grata la estancia. Cuando no resultaba obligatoria en aquellas ocasiones en que Las Palmas ofrecía peligro de habitabilidad:

enfermedades contagiosas, ataques piráticos, etc. La Audiencia, el Cabildo –ya el eclesiástico, ya el Civil– buscaba en las alturas de Sta. Brígida la seguridad que no encontraba junto a las playas de la ciudad.

Recuérdese –y es una prueba de cuanto se ha referido– que en 1811 y, de nuevo, en 1851, los canónigos residentes “en la Vega” –según consta en los libros de Actas– eran tantos que imposibilitaban la celebración normal del coro dentro de la Catedral. Y las cartas de alguno de los canónigos, dirigidas al Presidente del Cabildo, no sólo pedían permiso para continuar ausente de la silla coral, sino que recomendaban a sus escasos compañeros, residentes en la capital, “el disfrutar de estos aires salutíferos”.

“Las aguas son muy buenas”, afirma Viera. Porque esas aguas, las abundantes aguas de la Vega, originarían pleitos sin número y folios sin cuenta en los archivos de la curia. Unas veces, en forma de litigios prietos y confusos, y otras, en forma de meras declaraciones o testificaciones para dar fe la propiedad ejercida sobre el manantial litigado. Así, en Septiembre de 1761 –casi por los mismos años en que Viera concluía su *Historia*–, los alcaldes de aguas, Juan Bautista Navarro y Antonio Navarro, solicitan de la Audiencia que se les dote de “Libro formal en que pudiese razón individual y constante de todos los años de agua... y los días en que deven regar”. Los alcaldes del heredamiento del Satautejo querían zanjar las reclamaciones de los copropietarios del heredamiento, en especial acerca del uso de las tres horas de aguas comunales “destinadas su venta para reparos de las acequias y almatriches que anualmente con las imbernadas se rompen y arruinan”. Unas acequias –vale la pena recalcarlo– que sufrían invernadas y que conocían las torrenteras de agua. Las mismas, tal vez, que desde los años de la conquista habían venido discuriendo desde la Cumbre por las cuencas del Barranco Seco y cuyas riadas tantos problemas ocasionaron entre los heredamientos vecinos.

Un último dato: los 3431 vecinos, bien repartidos, como hoy, por los pagos de la rica Vega. ¿Cuántos de ellos habitaban las “treinta casas arruadas”? ¿Acaso los hermanos Navarro –alcaldes de aguas–, acaso Marcos de Troya –repartidor del heredamiento–, acaso Francisco Vizcaíno, acaso Don García Manrique de Lara, o Lázaro Marrero, o Huesterling, o Pablo Manchado, algunos de los muchos herederos de las aguas de Satautejo? No lo sabemos, pero sí que el eco de su voz, y el rasgo de sus rúbricas en los infolios nos prueban que aquellos vecinos participaban ya, como lo habían hecho otros Navarros, otros Manrique y otros Troya, del fluido remanso de las aguas, de las alborotadoras aguas de los heredamientos insulares.

Pero deshojemos las hojas del almanaque. Entre invernadas y reparos de acequias; para llegar a las vísperas de la Primera República. La ciudad, primero, y la isla, después, empezaban a conocer la magia de la rueda, como la ha sabido historiar con tanta donosura J.M. Alzola. Las calles capitalinas y los caminos insulares comenzaban a escuchar el estrépito de charabanes, de carretelas, de birlochos, de coches y de algún incipiente omnibus, como el que Galdós pintara en una de sus

caricaturas. Hacia 1894, dos carretelas y 5 omnibus rodaban por esos caminos de Dios, rumbo a Telde, a la Vega o a Tenoya.

Un periódico, La Verdad, según nos refiere Alzola, nos proporciona una página del tráfico insular. Y vale la pena transcribirla, porque es La Vega casi la protagonista:

“Llamamos la atención de la autoridad –comenta el redactor– sobre la conducta que están observando los cocheros de las empresas que hacen el servicio diario entre esta ciudad y el pueblo de Santa Brígida. Sin consideración al mal estado de los caminos, y sin atender a los ruegos de los pasajeros, lanzan los caballos al galope o a escape, comprometiendo la vida de aquellos y exponiéndolos a un continuo peligro”.

Hasta aquí el comentario. No puede pedirse más exordio al gacetillero, hondamente preocupado por “el mal estado de los caminos”, por el “galope de los caballos”, y por el “continuo peligro” a que se exponían los viajeros usuarios de los charabanes heroicos de 1870. Unos viajeros, conviene resaltarlo, que ya disfrutaban de “servicio diario” entre Las Palmas y Sta. Brígida.

Pero sigamos el relato. Por lo puntual y por lo anecdótico:

“El martes último, y al bajar una cuesta, se dispararon los caballos de un carruaje y rota la lanza y faltando el gobierno del coche por haber caído el cochero dentro del mismo coche, enredado en las riendas, hubieran perecido los pasajeros a no ser por la sangre fría de Don Juan Domínguez y Peñate, vecino de Sta. Brígida, que pudo, a costa de infinitos esfuerzos, sujetar los caballos”.

Más que relato, descripción cinematográfica. El cochero, “enredado en las riendas”, la angustia de los pasajeros, “la sangre fría de Don Juan Domínguez”, el disparadero de los caballos: valdría la pena conocer el nombre del gacetillero, bien dispuesto para la página de sucesos y bien provisto de semántica truculenta. No es justo olvidar el nombre de este esforzado vecino que fue capaz de evitar una catástrofe; y hasta nuestra curiosidad llegaría a indagar en los padrones de aquellas fechas para saber en dónde vivía: si en la Lechuza, en el Gamonal, en los Silos o en la propia Villa, aledaño a la Iglesia de las tres naves “decentísimas”. Y si era asiduo viajero, o si bajaba a la ciudad por necesidad ineludible; o si (y la imaginación podemos desbocarla como al tiro del carruaje) resultaba ser un veraneante capitalino que necesitaba dirigirse a la urbe por perentorias obligaciones.

No nos cuenta “La Verdad” –título del periódico informante– más detalles del heroico y sufrido viajero. Pero sí que añade prudentes y ponderadas consideraciones que, como en tantos casos, se perderían en la mala memoria de los imprudentes cocheros.

“El camino de Sta. Brígida –prosigue el periodista– por su mal estado, exige que los cocheros vayan con todas las precauciones posibles y así debe ordenárseles,

castigando inexcusablemente al que quebrante la orden. En el interés de las empresas está el corregir estas faltas, pues de continuar se exponen a no encontrar pasajeros que se presten a llevar vendidas sus vidas y a merced de la imprudencia de los cocheros”.

No sabemos –y vale la pena averiguarlo– si hay mucha diferencia entre “el camino de Sta. Brígida” y la actual carretera; pensamos que muy poca, porque, sin mucha imaginación podemos ver aún a los cocheros látigo en mano, aupando a sus tiros de mulas por la Portada Verde o por la cuesta de San José, camino de la Plaza de Doña Luisa. Y hasta el vocabulario de los cocheros, cuando, “sin las preocupaciones” advertidas por el cronista, lanzaban a los sufridos viajeros por aquel oleaje de traqueteos en las bajadas de los coches hacia Las Palmas.

La Villa, pues, como tantos otros pueblos de la isla, iba conociendo los últimos y rengueantes “charabanes”, los primeros y explosivos automóviles –“que rugían en la carretera”, según frase de la prensa– y, alguna vez, podía regocijarse con alguna carrera de cocheros que, bolidos de tiro animal, rompían el sosiego de los vecinos: cuando “por Pico Viento”, lanzaban sus armatostes rodantes, en algunas ocasiones repletos de viajeros empavorecidos.

Habría que reflexionar, después de haber deshojado tantos folios amarillentos, folios prietos de historia menuda, si el pasado de la Villa estuvo señalado por aquellas barranqueras mal encauzadas, por aquellos heredamientos de aguas aún vivos y ricos en litigios, por aquellas haciendas que respiraban sosiego y paz, por aquellos árboles frutales y aquellas vides; o por aquel tráfico incipiente de coches y caballerías, por la llegada de los coches de hora, o por la permanencia cada vez más continuada de los veraneantes capitalinos que prolongaban sus estancias hasta bien entrado el ubérrimo otoño. Como aquellos que, en la “Crónica Mundana” de una revista turística de 1930, aparecen reseñados en un “té-dansant” del Hotel Sta. Brígida, aquel paraíso de verdor que aparecía anunciado en las páginas comerciales de 1913 como “el Hotel más lujoso de la provincia, con magníficos jardines y una colección de más de 500 plantas”.

Ese mismo Hotel en donde, “entre las damitas concurrentes a la fiesta” del mencionado “Té-dansant”, figuraban: las hermanas Jiménez Duarte, las hermanas Ladevesse, las hermanas Cabrera Zumalave, las hermanas Gómez Dfáz, las hermanas Roca Lozano y las “señoritas de Pulido, Ojeda, Delgado, Wood, Bosch Sintes, Lisón y Jorge Pamiés”. Así rezaba la reseña de prensa; y queremos pensar que ésta élite social que frecuentaba el salón de baile, podría haber sido muy semejante a la que, en 1760, en 1870, podía haber frecuentado el salón de cualquiera de las casas “arruadas” mencionadas por Viera. Aquellas casas que albergarían a los Navarro, a los Déniz, a los Troya, a los Cruz o a los Hernández que un día litigaban tres horas de agua, que otro día hacían el camino de la capital y algún otro comentaban la última novedad llegada en el correo de Cádiz o recogida en el mentidero de la Alameda, mientras la Banda iba devanando semifusas y corcheas sentimentales.

Sí, hay que creer que, cada año, en cada San Antonio, habrá que recordar a

quienes hicieron posible esta Villa de hoy; con sus esfuerzos ignorados, con sus sufrimientos desconocidos y con la grisácea pátina del anonimato. Que es siempre la semilla más fructificadora. Porque de ella suelen brotar los bosques más vigorosos del futuro.

Líneas

El Doncel

Allí está. Tejido en piedra. Piedra viva; que late humanidad, que invita a ser contemplada. Piedra tersa y vibradora; trabajada con finura y con detalle.

Allí está el Doncel: solitario, en reposo. Con aquel su aire descuidado, con aquel gesto inconfundible, con una mirada fija. Y en su mano, un libro. Don Martín Vázquez, el doncel de Sigüenza, ¿lee, medita, descansa?. Con su fragancia de perennidad, cada página del libro parece eternizarse en dureza de piedra y en aleteo invisible.

Sí, Don Martín Vázquez, muerto en 1486, está hecho ya piedra inmortal, en una de sus actitudes más familiares: como lector ávido y constante. ¿Qué leerá el Doncel?: ¿un tomo de poesías? ¿algún cancionero de su época? ¿tal vez, una novela, un picante relato? Es igual. Allí está el libro, fijado en piedra y enriquecido de serenidad.

El Doncel, hombre de su tiempo, murió luchando; como cualquier caballero contemporáneo. Jorge Manrique, poeta insigne, lector constante, también murió luchando. Pero de Don Martín sólo nos ha dejado su gesto humano: su postura de lector.

Allí quedó, con su “decir escrito”, objetivando sus saberes, reuniendo otros ayeres, enriqueciendo su saber. Como cualquier cortesano de su tiempo. Porque Don Martín, de clara estirpe, supo manejar espada y pluma; y de ahí su cortesanía. De ahí su condición de cortesano. Atrás quedaba el libro encerrado en anaqueles conventuales, en copias, en copias manuscritas. Don Martín ya conoció, de seguro, los primeros textos impresos; ya supo lo que era una biblioteca, con tomos, volúmenes, encuadernaciones y grabados. Y supo del placer de hojear aquellas páginas no ya manuscritas, sino enriquecidas por adornos, por ricos márgenes y por capitales orladas. Don Martín conoció el placer de ensimismarse en la lectura para dialogar en silencio con los versos de su poeta preferido, para enriquecer el mensaje dejado por el escritor con la imaginación juvenil desbordada.

Porque nuestro doncel, perenne y luciente alabastro, nos atrae no tanto por la serena belleza de su plástica cuanto por la vida interior que encierra. Y en ese vivir, todavía actual y palpitante, sin duda es el libro apoyo y justificación de su perennidad. Aquel su libro abierto –¿verso, prosa?– sigue diciendo, sigue repitiendo hoy lo que un día le dijo a aquel único e intransferible lector. Y, sin querer, estamos escuchando su mismo mensaje; y, sin darnos cuenta, estamos oyendo las silenciosas palabras, el misterioso lenguaje, ya eterno, del lector con su libro.

¿Qué misterioso secreto, qué poderoso esfuerzo, qué inaudible mensaje nos

transmite el Doncel?. El de la sabiduría en potencia y el de las palabras silenciosas. En cada palabra, en cada línea, en cada página, el lector en piedra ha seguido, siglo tras siglo, repitiendo su decir, transmitiendo aquel texto encerrado en un cuadrilongo blanco y negro. Para que otros lectores, para que otros interlocutores silenciosos hayan podido escuchar el mensaje inaudible y eterno de la palabra escrita.

¿Pero ha bastado aquel texto, han bastado aquellas palabras mudas para que ocurriera el milagro? No, ya lo sabemos. Millares y millares de lectores han vuelto a revivir, han vuelto a dar palpito a aquellas mismas palabras escritas; han vuelto a releer aquel texto –perenne, fijado, inmóvil– para absorberlo, para hacerlo suyo, para recrearlo con una nueva, interminable y cambiante lectura.

¿Cuántas nuevas vivencias, qué nuevas ideas, qué contexto inesperado ha tenido el nuevo lector? Ya no está hecho de piedra fría y alabastrina, sino de carne palpitante, viva; ya no son ojos fijos e inmóviles, sino dilatados y parpadeantes; ya no es la bella y mármorea mano, sino dedos nerviosos y prensores. Ahora, el lector está sentado; ahora, el libro descansa en la mesa; ahora, la luz eléctrica substituye al velón; ahora, al margen, el lector, anhelante y devorador, anota, subraya o comenta. Sí, ahora, el libro, aquel libro, con sus mismos versos, con su mismo texto, con su mismo mensaje, ha llegado a otro destinatario. Que lo ha sabido recoger, que lo ha dado a la vida y que ha escuchado, en otro momento y en otro lugar, aquel fluir silencioso de sonidos palpitantes, llenos de estremecimiento vital.

¿Cuál fue el resonador de piedra capaz de transmitir el mensaje? La intuición vital del lector. Bastó tomar el mismo libro, bastó leer –fijar– la misma página, bastó reproducir aquella graña, ahora convertida en aleteo murmulleante, para que haya ocurrido el milagro. Se escuchan las mismas palabras, se siente la misma emoción, se experimenta igual estremecimiento que el sentido por aquel joven lector de Sigüenza, cuando iba desgranando, uno a uno, los versos del libro. Sólo ha hecho falta –cómo decía Platón– volver a dar evidencia al letargo aparente de aquel texto impreso.

¿Qué silentes donceles de carne y hueso podemos encontrar hoy? Entre el estremecimiento y el terremoto de nuestro estrépito actual; entre el parpadeo de imágenes distorsionadas; entre el ritmo descompasado, entre el fulgor y el visaje, aún queda la página escrita. Aún pervive el libro.

Sólo hace falta, como decía Ortega, resonadores silenciosos. Y yo tengo la esperanza que aún seguirán existiendo quienes sepan aprehender el lenguaje eterno que parece estar tallado en piedra de siglos. Y en río de palabras.

Evocación

Cuando Don José de Viera y Clavijo, un clérigo ilustrado de Realejo, escribía sus cartas desde Francia y refería sus impresiones de viajero, estaba adelantándose unos cuantos años a otros viajeros que intentaron traer a España las “novedades europeas” tan solicitadas por la sociedad española culta. Y así, el abate Viera se quedaba deslumbrado asistiendo en París a las clases de Química, o haciendo experimentos de aerostación, o descubriendo la armonía y belleza de Versalles.

Al regresar a las islas para ocupar un sillón catedralicio como Arcediano de Fuerteventura, esta isla de Gran Canaria conoció mucho de lo bueno y de lo nuevo que la sabiduría y la docencia de Viera y Clavijo iban a dejar en sus folletos editados en formas de cartilla, en la cátedra de Química, en los versos bucólicos escritos, en las traducciones de idilios franceses o en el montaje de obras teatrales diesiochescas; y, sobre todo, en el afán culturizador que lo animó para traer nueva savia a sus compañeros de coro, para instaurar nuevas enseñanzas, para introducir nuevos libros en las bibliotecas de sus amigos; o para montar, magia de las magias, la primera imprenta existente en la isla. Una imprenta de donde brotarían libritos de Agricultura, de Botánica, de Poesía y hasta de Hidrología.

Sin duda alguna, al concluir con tanta brillantez, la Semana Cultura Francesa albergada en esta Casa de Colón, el Cabildo Insular fue consciente de la sensibilidad popular ante cualquier manifestación cultural proveniente de Francia; porque desde allí, de la Francia del XVIII o de la Francia del XIX, y aún de la del XX, habían llegado a nuestras islas muchas y muy variados productos: libros e ideas, estallidos políticos, ciencia y novedad. Y por eso, la magia de Teriade ha hecho el milagro de deslumbrar nuestros ojos con la borrachera de Luz de Chagall, o con la maestría de Matisse, o con el esperpento picassiano, o con la delicia de luz de Juan Gris; y por eso, la música magistralmente interpretada por unos solistas franceses la hemos escuchado con deleite; y por eso, las palabras de quienes han intervenido en durante la semana, nos han resultado familiares.

Porque Francia, es necesario repetirlo, ha sido raíz de muchos de nuestros ascendientes, venero de nuestra investigación —ahí quedan las salas llenas de historia científica francesa en El Museo Canario—, atmósfera grata para unas insulares que, en los años veinte, encontraban en aulas de Colegios la voz y la resonancia de Francia. Que, en años muy próximos y muy trágicos, fue símbolo de unos ideales en boca de nuestros mejores poetas, convertidos ya en lugares comunes de nuestros sentimientos. Ahí quedan las páginas y los versos de Saulo Torón, de Alonso Quesada, de Fernando González o de Tomás Morales, el más solemne y el más galófilo de nuestros líricos:

*Y muy hijo en un todo de la etapa naciente,
viendo el Cenit futuro tras la Aurora presente,
se descubre en un raptó de entusiasmo y de fe;
y saluda a los héroes de la hazaña inaudita
con el himno y la lengua de la Francia infinita:
"le jour de gloire est arrivé".*

Los últimos versos del "Canto Conmemorativo", fechados precisamente el 11 de Noviembre de 1918, son, hoy, la evocación más entrañable que podríamos hacer en este revivir francés que se ha enseñoreado de la cultura insular durante unos días.

Como si flotase en nuestro aire el sigiloso hálito de aquellos ilustrados insulares del siglo XVIII –los Iriarte, los Clavijo, los Villanueva o los Franchy–, pioneros del enciclopedismo, maestros en novedades y europeístas ejemplares a los que hoy evocamos, con orgullo, con respeto y con emulación.

Boceto

En nuestros ojos de lector universitario, aparecía en una página de un “Austral”, la imagen de una danzadera mora que adornaba uno de los más hermosos ensayos escritos por el maestro Menéndez y Pidal. Descubriendo la magia de la poesía árabe, raíz de tantos florecidos árboles líricos europeos, nos ofrecía aquel grabado una miniatura con la que se acompañaba una tonadilla musical; y allí, gacela en el aire, aparecía aquella muchacha andaluza-gaditana?, cordobesa?, malagueña? –recitando y cantando los versos con acompañamiento musical. ¿Qué canción de enamorado, qué ardiente verso, qué mensaje misterioso escondía aquella cantante danzarina, desgranadora de versos amorosos? ¿Tal vez,

*¡Viene la Pascua, y yo sin él,
¡cómo arde mi corazón por él!*

¿O aquella otra tonada, casi villansico musicalizado,

*¡Dejadlos, mi madre, mis ojos llorar,
pues fueron a amar!.*

No lo sabemos, pero lo intuimos. La lírica amorosa más apasionada, los versos más eróticos, el fuego de corazones jóvenes, el mismo fuego que incendiaría los pechos de la juventud provenzal, en el siglo XIII; el mismo que ardió en Petrarca, y el mismo que alentó en el silencio de brasa ardiente de Garcilaso, es el que, en un rincón, en una salita recóndita y desconocida, pudo haber captado el anónimo miniaturista mozárabe. En aquella escena tan representativa y tan actual como la de un rapsoda de nuestros días.

Por eso, esta tarde, preparados a escuchar la voz musical y resonadora de Pacota Mesa –así, sin más adjetivos–, conviene recordar aquellas páginas amarillentas; porque en ellas descansa el arte noble del recitador, del juntador de versos, que, como el de esta tarde, va a desgranar ante nuestros ojos, música “cunctada” de otros poetas, poesía hablada, poesía dicha en alta voz, para que nuestros oídos, inhábiles y desacostumbrados, puedan volver a encontrar el ritmo, la armonía, la fluencia sonora de unas sílabas armoniosamente escritas y musicalmente dichas; para deleite del auditorio. Y para satisfacción del lector-auditor.

Como aquel que, sentado en un diván del manuscrito mozárabe, escuchaba, embelesado, el rosario armonioso de unos versos pautados y sugeridores.



El barco

Estaba allí, en el puerto, atracado a un muelle sucio y pequeño, por donde, cansinas, las parejas de mulas tiraban de altos carrromatos embaldosados de huacales de plátanos o de cajas de tomate embadurnadas de palabras extrañas; o por donde, saltarín y solitario, llegaban algún raro automóvil, en horas matutinas, los hombres de “la carga blanca”, braceros con más hambre que musculatura. Por ese mismo muelle por el que, un día ya lejano, había desembarcado, sonriente y prometedor, un rey joven, amarillento ya en la fotografía del tiempo.

El barco, de asmático andar, desgranaba millas en itinerarios casi fijos. Transportaba viajeros, correo y mercancía: su imagen era familiar en las playas y desembarcaderos más pequeños y peligrosos. Su cubierta, de gastada madera, conocía el fragor del oleaje; sus minúsculos camarotes, la incomodidad del mareado pasajero; su único salón —“fumador”, según la rotulación de su entrada—, embreado de aire decimonónico; las bodegas, albergue de literas y almacén de carga. Una alta chimenea, dos altos palos, muchos ojos de buey, misteriosas mangas de ventilación; tres molinetes, un pequeño entrepuente, un puente desnudo y poco airoso; escalas más que escaleras, pasadizos en vez de galerías. Así era por fuera y por dentro el heroico vapor correo.

Construido en neblinosos astilleros, su casco sólo había conocido la templanza de aguas cálidas y azules, aunque tormentosas y bravías. Su ronca sirena y el amasijo serpentil del ancla buscando fondo, anunciaban su llegada: timbrazos del telégrafo del puente, jadeo de la máquina y runruneo del molinete soltando cadena y ancla. Mientras tanto, sufrido y adormilado, el pasaje buscaba afanosamente la escala de desembarco para caer en la ventruda lancha que lo conduciría hasta la escalinata del desembarcadero.

Al atracar al muelle, más dormía que descansaba. Sin luz a bordo, la colilla del guardián nocturno era el único guiño de vida; algún camarote parpadeando en el agua. Viéndolo atracado, presumiendo las líneas de su casco, se diría que más resultaba patache que buque de pasaje; y hasta su chimenea, erguida y oscura, semejava un gigantesco cigarro apagado. Únicamente, en las primeras luces de la mañana, las cascadas de las mangueras en la cubierta, lavaban su soledad y su arrogante senectud.

En alta mar, aguantando el duro alisio, cabeceaba como un viejo borracho. El rastro negro del humo ensuciaba el azul del cielo, cruzado en una y otra vez por el estilete fino de los palos. En la cámara, apretujado el pasaje en las literas, sólo sentía el vaivén del cigueñal y el estallido de las olas. Arriba, en el puente, barrido por el viento, timonel y oficial de guardia mantenían un diálogo mudo, mientras que en las máquinas, estopa en mano, calderetero y maquinista vigilaban el resoplido de

las calderas. De vez en cuando la hélice, agitada en el aire, estremecía el casco.

No había conocido el naufragio, pero sí la encalladura en playas bajas y arenosas, de donde la sufrida máquina había, alguna vez, conseguido sacarlo del atoladero, aunque otras había sido el remolcador jactancioso, de popa aplastada y chimenea amarilla. ¡Cuántas veces, al meterse el Norte, tuvo que levantar ancla presuroso del fondeadero para no caer en el engañoso bufadero o en la rompiente acantilada y espumosa! ¡O cuántas otras, atracado en minúsculo muelle, tuvo que apremiar el “todo atrás” ante la torbellinosa “caldereta”, terral inesperado y azotador capaz de acostarlo de borda con la pudibundez de la hélice fuera del agua.

A lo largo de más de cuarenta años, brisas, temporales, varaderos; siempre panzudo, tortugón y marinerito; yendo y viniendo, caballero del mar, sobre olas y sobre horas. Mientras la toldilla de lona, banderola al viento, se teñía de hollín; o, vestido de gallardetes, fondeado en el puertecito, contemplaba el espectáculo de la llegada del esperado político local, del parlanchín ingeniero o del gobernador sonriente y prometedor.

Hoy, cada vez más veterano y más cansino, se remoja de recuerdos, cuando, con lenta andadura, cruza, más airoso que juvenil, la farola del muelle. La parpadeante farola que tantas veces dejó a popa...

Historia y vida

Había quedado atrás la vida universitaria. Caserón destartelado, apretado bullicio juvenil, calles rectas y perdidas de silencio, escasos libros, fisgones de medio pelo, pensiones de quiero y no puedo; y paseos, y lecturas, y versos veinteañeros, y el mundo lleno de ilusiones. Sí, había quedado atrás el mundo fantasmal, maravilloso e irrepetible de las aulas y los pasillos, de las horas perdidas y de los minutos fugaces. El tiempo parecía hundido en el horizonte.

Ahora, con flamante título universitario, sin rumbo fijo; hasta que, por hado de la costumbre, los pasos se encaminaron a otro caserón grandón y silencioso. De altos techos, de galerías abiertas, de patios luminosos; y de salas llenas de pasado ilustre, de arqueología envitrinada, de restos prehistóricos. En vez de aulas, salas de lectura, tabicadas de libros; y mesas, mesas repletas de libros, de apilados libros. Y anaqueles, repletos de libros, de infinitos libros. Libros grandes, infoliados, casi sin hojear desde hacía siglos; libros más pequeños, alineados y dispuestos para su consulta; y cajas llenas de folletos, de miles y miles de folletos, de miles y miles de manuscritos, Manuscritos, impresos, libros e infolios convertidos en seres vivos en medio de tanta muerte histórica y tanto rastro arqueológico.

En las mesas de la biblioteca, horas y horas de esfuerzo; horas apiladas en años, y años cargados de papeletas, de fichas, de apuntes. En ella, en la biblioteca, pocos, escogidos lectores; silenciosos unos, parlanchines por lo bajín otros; afanosos todos. En volver a revivir, en volver a consultar, en volver al presente todo un ayer guardado con tanto celo. Y con tan cuidadoso desorden.

En una galería alta, más y más libros; libros raros y curiosos, manejados un día por su dueño, maestro de bibliófilos y erudito sin par. En habitación contigua, más anaqueles, con cajas pletóricas de documentos, sesgados de trazos inverosímiles, de uno, de dos, de tres y más siglos; en donde se entreleía y escuchaba la solemnidad fiscal, la demanda del sumariado y las flatulencias mentales de los testigos, manejados sin piedad por el miedo, por la vanidad o por el odio. Y en otros anaqueles, las historias menudas, las historias dramáticas de unos insulares, atrapados por el hambre, por el terror o por el poder personal; debatiéndose entre instancias, súplicas y reclamaciones, en una lucha incruenta, aunque inexorable. La sala, poblada de tanto papel amarillo, de tanta caja atada de cordeles históricos y cruzada de tantos alaridos históricos, impresionaba por su silencio y por su ámbito.

¡Y qué decir de aquellos tomos enrojecidos por sus lomos, apretados de manuscritos, folletos, impresos y expedientes, entrecosidos en un bello desorden bibliográfico!. Allí, el panfleto decimonónico; allí, el poema diesiochesco y elzeviriano; allí, la solemne voz pastoral en forma de carta; allí, los pedazos de diarios inconclusos; allí, los alegatos más dispares y curiosos sobre temas que un

día vivieron con pasión entre los lectores; allí, en fin, aquellos grabados bellísimos en donde imagen, texto y evocación parecían revivir un ayer encartonado y fugiminoso. ¡Hermosos, variados, desordenados tomos que almacenaron para su antiguo propietario, consumado historiador, tanta sabiduría y tanto documento vivo!.

Y en aquella atmósfera, marcada por la historia, la vitalidad humana de un contertulio inolvidable; riquísimo en sabiduría, afilado en el humor, oportuno en el decir; con aquel su aire descaído y sin par de lector empedernido y enciclopédico saber. Y, junto a él, la voz grave y solemne de otro visitante, de andares solemnes, de enfático decir y de bondad sin límite, tesoro inagotable de anécdotas ciudadanas. O la ironía y la gracia de quien supo al igual de Derecho y de Vida. O el nerviosismo y la diligencia del psiquiatra, todo sensibilidad y afecto. Y más, y más sombras que aún pueden seguir flotando por aquellas estancias, por fortuna aún vivas y aún plétóricas de futuro.

Por eso hoy, en el hilo del tiempo, aquel universitario movido de tantos afanes, contempla de vez en vez las mismas salas, los mismos espacios por donde transcurrió tanto retazo vital, tanta historia preñada de latido y tanto quehacer fatigoso. Porque en aquel caserón, hoy centenario, está encerrada no sólo pedazos de su vida; sino centenares de vidas que siguen siendo historia.

Fotografías

Ayer he vuelto a desempolvar el álbum familiar. Buscaba, en especial, unas fotografías amarillentas, desvaídas. Una era de una dama encorsetada, con bucles; otra, de un honorable varón, apoyado en una silla; otra, un grupo familiar: en medio los padres y a los lados tres hijos; otra, de un campesino, con jipijapa y machete; y otra, y otra más. Son fotografías con 100, con más de cien años. En el dorso, se lee: “Estudio Pino. Camagüey”, “Fotógrafo Ponce. Habana”, “Estudio Almet, Caracas”; entre otros marbetes o cedulillas de las fotografías. Las dedicatorias, fragantes de modernidad melancólica: “A mis tíos, con el cariño de Agueda”; “A mis padres, siempre les recuerda, Antonio”; “A mi esposa, su Alberto”. Y tantos, tantos textos más.

Quiero pensar qué cartas escribieron estos hombres, estas mujeres, emigrados en Cuba, en Venezuela, en Puerto Rico, en Nueva York, en Tampa o en Veracruz. Y es difícil adivinar, con no mucha imaginación, las zozobras y los temores, las enfermedades y las penurias, las alegrías y las satisfacciones. Mientras allá, en la manigua, en la zafra de la caña, en el bochinche del viejo camino real de Caracas, en las fincas de Ponce o en los tabacales de Tampa, el emigrado, resquebrajado de sudar el alma, iba rompiendo las duras y amargas horas de cada día.

Fueron ellos, y otros miles y miles como ellos (¿cómo se llamaban, donde estuvieron, qué cartas escribieron, en qué lugar murieron?) quienes fueron forjando los capítulos ignorados de la tierra de América: amasada con el sudor, con el esfuerzo, con el amor y con la rabia de las manos encallecidas del emigrante. De aquel que había ido a las Indias o de aquel otro que se había embarcado –sollado de proa, hacinados pasajeros, olor de humanidad– en el barco francés, italiano o español que iría desembarcando su carga humana en Santiago, en Veracruz, en la Guayra o en San Juan.

“Ahí le mando una fotografía mía, vestido de voluntario. Ahora estamos en Manzanillo...” Es un muchacho de 16, de 17 años; erguido, flaco, vestido de rayadillo, apoyado en su maüser, dispuesto a acabar con los mambises. Para guarecerse, días después, en al trocha de la Aguada, “mientras el cabellilla Gómez nos hostigaba con su caballería” –según escribía meses después en nueva carta a su madre.

“Salimos hoy –comunica un naviero comerciante– de la Guayra; te escribiré nuevamente desde San Juan (San Juan de Puerto Rico) para ya volvernos a ver en esa”. Así escribía a su esposa, Antonio Romero, un isleño que tuvo comercio en Caracas, en San Juan, y en Veracruz. Y que, en ese fatídico viaje –su último viaje–, naufragó en la vorágine de un huracán sin que pudiese regresar a su isla, en donde su carta presagiadora resultaba ser el único testigo de su ausencia.

“Llegamos a La Habana, después de una travesía horrible. El capitán tiró al agua a cinco cadáveres (uno de ellos, José, el casado con Isabel), lo que nos dio mucha pena. En el muelle nos recogió un hombre que nos llevó en un carro para meternos en un tren...”. El párrafo, de una carta de un emigrante a su madre. Después le esperaba, de sol a sol, el trabajo en la nueva vía del ferrocarril; y la gamona nocturna; y la humedad del trópico; y la picada de la culebra... y el escozor en el corazón, agrietado de desengaño.

Sí, son palabras vivas de hombres de las Islas, acunados para siempre en el hondón de la tierra de América. Son imágenes arrancadas de unas fotografías a las que sólo necesita acompañarlas el relato vivo, el soliloquio confesional.

Son, en fin, testigos vivos de los cavadores desconocidos de la historia. Ahí están... Ahí quedan. En la sombra, ignorados por la grande historia, trenzados por los hilos afanosos del quehacer de cada día.

Y son ellos –dolor, alegría, rabia y coraje– los verdaderos hacedores de América. Son ellos los que con su mensaje ignorado pueden enseñarnos a nosotros, novicios en americanismo, el camino que se debe recorrer.

Para aprender de ellos lecciones de humildad, de tesón, de esfuerzo y, sobre todo, capacidad de diálogo. Supieron hablar y dialogar. Supieron ser escuchados. Supieron amasar afecto y amor.

Yo, fugaz viajero de la tierra venezolana, pienso que aún me queda mucho que aprender para sentirme aunado con la querencia americana. Para sentirme como un venezolano más partícipe de su pasado y movido por afán de futuro.

Tal vez, pienso, ésta podría ser la moraleja de esta condecoración con que hoy se me ha honrado. Otros muchos, antes que yo, sólo conocieron la cruz de la aspereza y el lábaro de la rudeza. Pero todos fueron maestros en americanidad, al sentirse atados a aquella tierra blanda y escurridiza, húmeda y resaca, generosa y avara. Tierra, al fin, que se convertiría en urna y asiento de sus vidas.

Amar y conquistar América, nuestra América. Pisarla con cariño. Escucharla con atención. Respetarla y no violarla o escarnecerla. Aprender de ella humildad y esfuerzo. Hablar con sus gentes una lengua que es la de todos. Entintarla con un timbre, un ritmo y una intensidad comunes. Sentirse no huésped, sino vecino. Y, sobre todo, tirar por la borda el orgullo, fatuidad y la vacua genealogía. Pisar desnudo y sin bagaje la nueva tierra que debemos hacerla nuestra.

Así, creo, será posible volver a reencontrarnos con quienes durante cinco siglos han sabido teñir la argamasa de la historia.

Memorias y recuerdos

Las Palmas no es Madrid. Ni París. Ni Londres. Es una humilde, pequeña ciudad provinciana que, en el siglo XIX, tiene mucho de pueblo pequeño y que, para romper la monotonía de su diario vivir, encuentra en domésticos entretenimientos fórmulas más o menos ingeniosas para vencer al tiempo. Para romper la soñarrera del vaivén insular.

Si Las Palmas hubiese tenido un Dickens, un Balzac, tal vez hubiese tenido otro destino en su historia. Pero Las Palmas, pequeña, humilde, provinciana, apenas tenía el cauce de un barranco casi siempre seco, la dársena nada cómoda de las playas de San Telmo, las colinas no muy altas ni muy airosas de sus barrios populares y, en el extremo Norte, después de atravesar el camino de la Isleta, las Playas del Refugio.

Sus calles, sus plazas, sus casas no eran ni solemnes, ni airosas. Sus habitantes, pocos y con un vivir monótono y nada variado. Únicamente, las fiestas populares, las romerías a los pueblos del interior de la Isla y la socarronería insular suplían la falta de paseos, diversiones y espectáculos públicos. El insular, encerrado en la isla, parecía satisfecho con las páginas repetidas del libro de cada día.

Así, al menos, nos lo cuenta el puntual cronista que fue Don Domingo José Navarro, autor del presente libro de Recuerdos (1).

Don Domingo, de vida muy longeva, conoció el crecimiento de la ciudad y el desenvolvimiento de la isla hacia nuevas formas de vida. Supo de las alragadas revolucionarias del 40, conoció el castigo del Cólera en el 51, sin duda intervino en las luchas políticas de 1868, quién sabe si presenció en sus intimidades muchas de las luchas regionalistas nacidas de las rencillas insulares.

Don Domingo, puntual cronista, va conduciendo al lector por todos los rincones de la ciudad y por los desvanes más inenarrables de sus casas. No sólo pinta, con pluma no exenta de gracia, cómo era la ciudad de comienzos de siglo, sino que se extasía refiriéndonos las fiestas, los sucesos más pequeños y los estragos de las enfermedades contagiosas o de las guerras libradas contra Francia. Subimos y bajamos por las escalinatas del Ayuntamiento, entramos en la antigua Recobase, oye el griterío ensordecedor de la calle de Triana, presenciamos las intimidades de ciertas familias no muy ilustres pero sí populares, nos extasía ante los esfuerzos improbables de aquellos esforzados ciudadanos que se afanaban por crear un desembarcadero por donde la furia del mar era mayor y más temible, reconstruye los diálogos en donde los vulgarismos o los idiotismos regionalistas parecen ser eco de los actuales, asiste a un entierro o a un bautizo, nos sienta en las aulas del viejo Seminario entre rumor de palmetazos y declinaciones latinas; y, sobre todo, revive

gracias al poder evocador de su pluma, la trasvida de unas gentes que conocieron mal y poco el Romanticismo, que ignoraron el brusco estallido de la técnica incipiente y que únicamente sufrían cierta conmoción cuando llegaba, de tarde en tarde, algún bergantín desde Cádiz o algún “pailebot” cargada con pescado seco de la vecina costa africana.

Don Domingo José Navarro, médico, insular ilustre, memorialista feliz, testigo de excepción en el ancho discurrir de todo un siglo –desde los años napoleónicos hasta las vísperas de 1898–, es un escritor que ha dejado constancia de un trozo de vida que no es fácil reconstruir con la fidelidad del legajo o con la prolijidad del documento. Periodista vivo, charlista envidiable, el Dr. Navarro ve, recuerda, evoca y cuenta; pasan por su pluma las escenas más vivas, las más ilustres, las más anodinas y las más menudas y domésticas.

Feliz costumbrista, ha sabido reunir, nuevo Mesoneros, los años, los días y las horas de una ciudad que empezaba a alcanzar cierta modernidad a mediados de siglo, cuando los beneméritos fundadores del *Gabinete Literario*, esforzados espíritus románticos, intentaban crear centros de Enseñanza, promover las artes y las letras, construir un nuevo Teatro y publicar los primeros periódicos en donde encontrasen los escasos lectores una feliz muestra de cultura y de intercomunicación. En esa evolución, más lenta que ruidosa, de su ciudad, el Dr. Navarro cumplió misiones importantes y, sobre todo, fue capaz de pergueñar –desordenada, aunque emocionalmente– las páginas de sus *Recuerdos*. Esto es, las de su vida.

Los distintos cuadros costumbristas que componen el libro, están escritos con un propósito: recordar y no remodelar o satirizar. Perteneció el Dr. Navarro más a la línea del costumbrismo a lo Mesonero que al de Larra. Apenas asoma una cierta ironía cuando la gravedad o el tono grandilocuente cortan cualquier disquisición moralista.

En especial, es en la descripción, la menuda y prolija descripción, en donde el prosista alcanza sus más felices aciertos. Léase, si no, las páginas dedicadas a la indumentaria. No puede haberse escrito cuadro más vivo ni más completo. El escritor ha conseguido revivir unas escenas que él conoció a fuerza de evocación y descripción. Y, además, de amor. Porque el Dr. Navarro, pinta, revive, presenta lo que él consideraba propio, autóctono, peculiar de la ciudad, de la isla. Al igual que Mesonero o Estébanez, conduce al lector por un pasado no muy lejano, pero sí lo suficientemente pretérito para que tuviera brillantez y lejanía.

En su libro –desordenado, hecho de retazos, salpicado de humor–, Navarro ha conseguido hacer historia. No la grande y solemne, sino la menuda y familiar. Aquella que Unamuno calificó de intrahistoria. Sin saberlo quizás, el autor estaba definiendo algunos de los caracteres más destacados de la insularidad, término que a lo largo de los últimos cien años ha intentado ser explicado desde ángulos muy

diversos y hasta encontrados. Si los diputados en las Cortes del 12 –Gordillo y Ruiz Padrón– adornaron la brillantez de su oratoria con salpicaduras provincialistas; o si Afonso y Murphy, en las Constituyentes de 1823, se veían más movidos por fuerzas extrañas a la política que al interés común; o si en las sucesivas Cortes del 60 o del 70, las páginas más históricas del Archipiélago se tiñeron de pasión cuando no de escarnio, el Dr. Navarro que también supo algo de quehaceres políticos, prefirió llenar de humor las páginas de sus *Recuerdos*. Para, gracias a ellos, conocer el quehacer diario de unos españoles insulares que mal vivían, que mal comían y que soportaban no sin cierto estoicismo su soledad, su aislamiento y su abandono.

Supo el autor describir, con toda clase de detalles, el vestido, la comida, la vivienda, los festejos, los bailes de los felices grancanarios de 1800, en muchos aspectos muy semejantes a los otros españoles contemporáneos. Porque resulta curioso señalar la similitud de páginas que no es difícil encontrar entre las de Mesonero y Navarro. Y no por simple copia, sino por común e idéntica inspiración. Las dueñas, las tapadas y las busconas; los damascos, terciopelos y encajes; los pistillos, los briales y el tontillo; las coletes, las pelucas y las camisas bombachas; el manto y la saya; las polainas y el capote; el jubón y la mantilla son prendas y nombres que pueden encontrarse, ya en Mesonero, ya en Navarro. Porque uno y otro conocieron un mismo tipo de vestimenta, aunque con ligeras variantes en la clase campesina.

Le faltó al Dr. Navarro ese aire doble, ese ver y no ver, ese estar dentro y fuera, tan necesario al buen costumbrista, “extraño dentro de su patria”. Bien es verdad que, en las páginas finales, el autor evoca, resume, contrasta, para resaltar, precisamente, lo que no había, lo que faltaba o lo que él denunció, en las páginas anteriores de *Los Recuerdos*. Pero no llega a adoptar postura enfática, tono grandilocuente: como lo hicieron Mesonero o Larra, por citar ejemplos próximos al autor. La caricatura o la acumulación no abundan en el libro, aunque no dejan de encontrarse en algunos fragmentos (vid. p. 11: “Si a todo esto se añade el continuo clamoreo de las campanas...”); especialmente, en el capítulo I (“Recuerdos de un noventón”), sin duda el texto más valioso de todo el libro. Quizás sea en él en donde más señalado quede esa amargura, ese remordimiento y ese tono lúgubre con que el noventón Dr. Navarro rememora la ciudad de comienzos de siglo; al decir del autor: “un pueblo triste e indolente de levíticas costumbres”.

Sin duda, en esas páginas iniciales ha resumido con mayor maestría el autor sus impresiones y sus juicios; porque en todo momento se advierte ese tono fiscalizador y sentencioso tan común en la literatura costumbrista. Unas veces, usando el estilo exclamativo, irónico y desusado en su pluma otras, acentuando la comicidad descriptiva; inclusive, en alguna ocasión, haciendo uso del lenguaje imprecativo.

El Dr. Navarro, escribano fiel, ha dejado constancia de la ciudad, de su ciudad, a principios de siglo. Y lo ha hecho sin acritud y sin excesivo celo crítico. Entre la

tradición y la novedad, el autor procura no intensificar la perspectiva de su visión. Apenas si ha ordenado los cuadros, apenas si los ha retocado, apenas si los ha enmarcado con un lenguaje adecuado. El Dr. Navarro ha preferido ver, evocar y contar; no sin cierto humor, no sin cierta zumba en el relato.

Y aún se podría añadir, en favor de la raíz costumbrista de su prosa, el uso coloquial usado por el autor para con el lector. Uso que no es frecuente, pero que sí va y viene, como río escondido pero siempre latente. Al igual que los maestros del género costumbrista, el Dr. Navarro emplea las segundas personas verbales para intensificar o para recalcar aquellos pasajes más significativos. Tal vez sea en este tono dialogado en donde pueda encontrarse ese hábito inconfundible de enseñanza, de advertencia o de crítica: ese aire moralizante que debe haber siempre en cualquier texto costumbrista.

Nunca llega el autor a introducir personajes con los cuales desdoblarse, según lo hicieron Cadalso, Larra o el propio Mesonero; prefirió el estilo directo. Tal vez sea el capítulo de la "Escena Familiar..." (pág. 69 y sigs.) uno de los pocos en donde se encuentra el diálogo, precisamente usado con fines irónicos. Pretende el autor ridiculizar la zafiedad y torpeza de una fórmula, de cuya boca salen sonidos, articulaciones y hasta palabras, puntual y fielmente recogidas. Adelantándose a los hermanos Millares (sin duda los escritores costumbristas canarios más conocidos), el Dr. Navarro utilizó el habla popular, con sus deformaciones, con sus dobles, con sus vulgarismos; supo exagerar, deformar, caricaturizar para mover la risa, para ofrecer el contraste necesario en todo lenguaje cósmico.

Corrales y teatros

El teatro moderno, tal como se concibe hoy, nace en Italia; con el Renacimiento. Los burgueses y la nobleza son sus antecesores. Primero, los patios palaciegos o las academias; luego, poco a poco, aparecen los primeros edificios destinados a representaciones escénicas, como el Andrea Palladio, construido en 1580: venía a ser, reducido, el antiguo teatro de Pompeya. No en vano se estaba viviendo de las herencias clásicas; y no en vano, también, seguían representándose, ya en lengua vulgar, por los cómicos de la farsa los sueños de Virgilio, o los cánticos armoniosos del “Orfeo”, de Poliziano.

El local no podía ser más armonioso: un proscenio de grandes dimensiones y un anfiteatro con más de diez gradas, con pórtico; luego, entre anfiteatro y proscenio, la orquesta, algo más baja que el escenario. Una disposición clásica, como se ve; aunque, ya bajo el gusto renacentista: con techo decorado y pintado, con decoraciones fingidas en el fondo del proscenio, por cuyas puertas laterales se adivinaban calles, bosques, casas. Y por donde, los personajes, como si no se viesan y oyesen, dialogaban, entraban, salían. Se estaba ya en los ensayos de las decoraciones con “prospettiva”, y había, por otra parte, herencia medieval, este afán por dar el mayor realismo al ambiente, a la escena de la obra. Fruto de ambos caminos sería el teatro espectáculo de finales del siglo XVI: Jacobo Peri musicaliza el “Dafnis”, la primera pieza teatral en forma de ópera moderna. Era el año 1597...

En España, Humanismo y Reforma tuvieron formas distintas que en el resto de Europa; y esta distinta orientación repercutió en el Teatro, nacido entre rústicos pañales, muy tardíamente adornados con joyeles de no muy rica pedrería. Hacia mediados del siglo XVI, Lope de Rueda, el “batihoja”, organiza las primeras compañías de profesionales del teatro, cuyos actores, hasta entonces, solían surgir de la clase popular, y de un modo muy circunstancial: barberos, músicos, menestrales. El cargamento que consigo solían llevar dichas compañías no podía ser más parco; rayando en lo miserable: “cuatro pellicos blancos, cuatro barbas y cabelleras... una manta vieja, tirada con dos cordeles, que servía de vestuario...”: el relato, mucho más detallado, lo hace uno del gremio. Se llamaba Miguel de Cervantes y ya había probado fortuna con tragedias y alguna comedia de enredo: y no con mal éxito...

Con tan escasos medios, los locales tenían que ser adecuados a tales actores. Al aire libre, en las plazas, en el corral de algún mesón; cubierto o no con algún lienzo, si había mucho sol, porque del agua no había más defensa que suspender la función. Y, sobre todo, en contacto directo con el pueblo, animado por él, viviendo de él, apenas separados por un pequeño tablado o por unos sencillos bancos de madera, en donde tenían asiento los más privilegiados; o los más madrugadores. Porque el Corral, transformado ya en local para espectáculo, barnizado bajo el disfraz

comercial, resultó ser, según nos cuentan los contemporáneos, uno de los lugares más vivos, más abigarrados y más concurridos de la ciudad. De los Corrales madrileños, ya en tiempos de los Felipes –el Tercero y el Cuarto–, hay relación muy detallada de cómo eran. Y, releando, casi con curiosidad periodística, aquellas descripciones, hechas muchas veces con profesionales o por críticos más o menos teatralizantes, se puede apreciar bien la heroicidad, el esfuerzo, la lucha constante que actores y autores –más aquéllos que éstos– debían de sostener para mantener en cartel sus obras. Y para que le rindiesen no muy pingües ganancias.

Pellicer, Sepúlveda, Zabaleta, Benavente fueron cronistas puntuales de aquellas efemérides más cómicas que trágicas; escritas con zumba, con gracia y con ese aire medio periodístico, medio costumbrista que parecía estar ya anunciando la *Gaceta* volandera; o los *Anuncios* y *Noticias* de finales del XVII. Todavía hoy, con muy ligeras variantes, puede tenerse una idea aproximada del antiguo Corral cuando, en ciertas épocas del año, se hacen representaciones populares en los patios de vecindad de Embajadores o de San Cayetano, en Madrid. Un espacio descubierto, un tablado adosado al muro en forma de escenario; enfrente, la “cazuela”, anfiteatro femenino y bullanguero; a ambos lados del patio, “las gradas”, un anfiteatro para hombres, a no mucha altura del suelo; en la parte baja, llenando por completo la superficie, el “patio 2”, en donde la masa de espectadores vociferaba, aplaudía, silbaba, comía, discutía y hasta peleaba, por un asiento más o menos favorable, o por la valoración que le merecía la representación que estaban presenciando. En las casas vecinas, por ventanucas semicubiertas de celosías, el público noble –y hasta Real, en ocasiones– veía sin ser visto: las “celosías recoletas” ocultaron a matronas muy celosas o a dómínes harto severos, temerosos de ser vistos en espectáculos tan poco edificantes. Porque, no hace falta decirlo, la Iglesia y la Autoridad Civil no cejaban en medidas de seguridad y de prohibición, en muchas ocasiones, para adecentar y moralizar, en lo posible, no tan sólo las obras representadas, sino el ambiente que rodeaba a la representación.

Como se ve, el público era variado, y predominaba la clase popular, engolosinada con el espectáculo. Por no tener entradas reservadas –el pago se hacía a la puerta, al “cobrador de comedias”–, el espectador del degolladero –casi la “general” de nuestros teatros actuales–, lugar situado al fondo del “patio”, “come atropelladamente, pues el ansia de tener buen lugar le hace no calentar el lugar de la mesa”, cuenta Zabaleta. Y se dirige con premura al corral; en donde, si tiene suerte, encontrará asiento en los bancos delanteros, previo un pago especial, en cuyas primeras filas los actores encontrarán, sin duda, la crítica más temible: no tan sólo por la índole de los asistentes, sino por el modo no muy correcto de expresar su disconformidad. A los “mosquetes”, el público del patio, también llamados “infantes”, lo mismo que a las “gradas”, a los “bancos”, y aposentos, y desvanes –las mentadas “celosías” –temían los autores como al fuego; y no es otra explicación la prosa o los versos almibarados, empalagosos, llenos de untuosidad rastrera con que se comenzaba el espectáculo. O con los que se finalizaba. Pues, como refería un personaje del *“Diablo Cojuelo”*, “no faltará en cualquier parte

(autor) que la escribe o se la representen, quien la crucifique a silbos, legumbres y edificio". Y en el último vocablo, iban incluidos los ladrillos, cascotes y pedruzcos con que eran regalados los cómicos en lances desafortunados. Sin que tuviesen, ni siquiera, la acogida de los vestuarios, o del escenario, o de las tramoyas, o del telón: porque, en tales casos, los Alcaldes de Corte, vara y espadón en mano, sudaban y trasudaban para librar a los artistas de las furias de los "infantes". Especialmente, de los zapateros, casi siempre jefes de "claque" –alabarderos pagados muchas veces por actores o autores enemigos– que, con sus silbos o sus gritos podían hacer fracasar una obra" o hundir a un autor, como le ocurrió a un colega de Ruiz Alarcón, el cual, a pesar de haber pagado con generosidad al zapatero de turno, sufrió la más terrible "silbada que hombre alguno ha conocido".

Mientras tanto, en la cazuela, el femenino auditorio, más deseosa de miradas del patio que de curiosidad por los cómicos, chicoleaba, comía avellanas, empanadas o huevos de faltriguera; se hacía pasar billetes de amigos y enamorados, coqueteaba, en fin, mientras los versos más traídos o mal recitados inundaban el corral. Esto, si las pendencias con el portero no originaban alborotos, carreras y sustos, como la que refiere el propio Zabaleta: "la que está aquí no halla los guantes y halla un desgarrón en el manto; la que está allá está echando sangre por las narices de un codazo, la cual quiere limpiarse, y por habersele perdido el pañuelo, socórrese de las enaguas de bayeta...". O, y esto era lo más frecuente, desde la cazuela cruzaban el cielo del patio las cáscaras, huesos y mondaduras de confituras, barquillos, piñones o naranjas, verdaderos proyectiles lanzados contra las destocadas cabezas de los mosqueteros, "en pie y descaperuzados", según Benavente el entremesista.

Como se ve, el Teatro fundido con el pueblo; siendo éste casi un personaje más. Conviviendo física y espiritualmente con los avatares de la obra; del triunfo o del fracaso del autor. Ahí estaba la raíz del espíritu nacional y popular del teatro español, poco amigo de "reglas, preceptos y órdenes", y sí más "de ingenio, hazañas y acción". El triunfo de Lope de Vega radicó en su genio creador y en su poder de adaptación: escribir para "el necio", romper con "aristotelías", llenar la farsa con ingenio y con gracia: fundirse con el alma y el sentir de los "mosqueteros". Este fue su triunfo; y el secreto de su fama. Aquella que, como dice Cervantes, apagó la de los más esclarecidos ingenios, entre los cuales él mismo se contaba.

Pero del triunfo de Lope, de su fama, de su nacionalismo hay que hablar con más calma. No para descubrir al escritor, sino para comprender mejor su "monstruosidad" avasalladora: como se diría hoy, su "popularidad".

Epístola

Hace ya unos cuantos siglos, un romano republicano, el último de los grandes republicanos, Cicerón, dejaba tras de sí la enseñanza de su palabra; de su armoniosa palabra de orador. Y, además, más fructífera y humana, la de sus *Cartas*, sin duda una de las piezas más famosas de la Literatura clásica. Porque en ellas se consigue estudiar, con todo lujo de detalles, el género epistolar —dada la abundancia del epistolario— y porque en cada carta se nos va apareciendo un nuevo aspecto del escritor. Mejor, del hombre.

Cicerón escribe sus cartas no tan sólo para su destinatario, sino para la posteridad; tiene conciencia de su obra literaria. Y así, en cada líneas, en cada “epistulla”, va encerrada la enseñanza del hombre público y el estilo del escritor. Adquiere la carta de este modo una dimensión que, desde sus límites de mera comunicación entre dos personas, limita casi con el documento público; con el ensayo, con el diálogo, con el tratado. Así, por ejemplo, una de las cartas dirigidas a Peto es un verdadero tratado de Etimología y de Semántica; un tratado, necesario es decirlo, en donde el donaire, la gracia, la chunga de Cicerón se escapan detrás del academicismo de su prosa. Teñida, por añadidura, de contenido filosófico; de ese estoicismo que luego, en el *Senectute*, va a hacer gala de su pensamiento:

**“Nihil esse obscenum, nihil turpe dictu”
(Nada es obsceno, nada es indecoroso en el hablar).**

Sobre esta premisa construye Cicerón un ensayo que, de haber tenido más extensión, hubiese tenido mucho de unamunesco; por lo paradójico, por lo intempestivo. De cada palabra, de cada concepto, de cada frase saca Cicerón una enseñanza, extrae una sentencia o construye una agudeza. Hasta roza con lo más delicado y sutil del idioma; con la correspondencia de palabra y objeto. O, usando la terminología actual, del signo y del significado.

Para demostrarle a su corresponsal que la libertad en el hablar no altera la honestidad ni el buen decir, utiliza el orador toda su habilidad retórica y toda su finura sofística para traer a feliz término su conclusión:

“De manera que en la cosa no está lo feo; y menos está en el vocablo. Ya que si la cosa señalada por el vocablo no es indecorosa, tampoco lo será el vocablo y término que la expresa... Porque si la cosa es fea, lo continuará siendo oculta bajo otro nombre; y si no lo es, mejor llamarla por su propio nombre”.

Y continua Cicerón su carta ofreciendo decenas de ejemplos, de vocablos, en los que el uso, la circunstancia, el tono, el círculo social en donde se emplea pueden hacer más o menos deshonesto el uso de la palabra. Y termina con esta frase que encierra toda su profunda ironía de feliz romano: “Sed illi (Stoici), etiam crepitus

aiunt aequo liberos ad ructus esse oportere”; y el igualar “crepitus” y “ructus”, dos ruidos tan poco gratos, dice bastante de la sonrisa con que nuestro Cicerón tomaba las advertencias de los maestros estoicos, jugadores infatigables de palabras y de conceptos, herederos sutiles y aventajados de los viejos sofistas.

Pero es hora ya de volver a la carta, al género carta, porque hasta ahora sólo se ha visto una muestra, más filosófica o lingüística que de mero pasatiempo. El mismo Cicerón tiene ejemplos sobrados, pero preferible es saltar sobre los siglos y llegar a uno de los escritores más finos, más ingeniosos y de prosa más ática de la lengua española. Fue andaluz, y andaluz universal, y se llamó Don Juan de Valera. El corresponsal de Don Juan es, en este caso, Menéndez y Pelayo, con quien el novelista andaluz sostuvo una continuada y riquísima correspondencia. La carta está fechada en Doña Mencía, un pueblecito cordobés, vecino de Cabra, patria de Valera; los hijos de Don Juan “están encantados con la vendimia, y más aún con echar globos aerostáticos de papel”; Valera se siente un poco en zumba el patriarca del pueblo, en plenas vendimias otoñales, y le anuncia Don Marcelino la publicación en un periódico madrileño de nuevas cartas dirigidas a Campoamor. Cartas, vale la pena decirlo, que prueban en Valera no tan sólo su calidad de escritor sino su instinto certero de crítico, al valorar en el coplero de Don Ramón lo único valioso de su poesía: su concisión y su conceptualidad, como hoy lo conoce la crítica contemporánea. Vale la pena transcribir algunos párrafos, porque en ellos Valera se expresa con mucha precisión acerca del género epistolar; tal y cómo él lo concebía:

"Yo las escribo de muy buena fe, con candorosa franqueza, como quien hace examen de conciencia, por lo cual confío en que han de tener cierto encanto, y más unidad y armónico conjunto en el fondo que en la forma, en la cual hay la vacilación del soliloquio y divagaciones y humorismo... Procuró, por último, ser muy claro y encajar cuentecillos y chistes para que los profanos me lean. Allá veremos, porque en España se lee poco, y, lo que es peor, no se sabe leer, ni gusta la lectura".

Obsérvese que Valera señala en sus cartas: franqueza, buena fe, preocupación por el contenido, claridad, humor: como se ve, un buen amasijo para un escritor. La carta resultaba para Valera, maestro en el género, un camino excelente para verter en ella su ingenio, su “bon esprit”, en terminachos galos, sin olvidar, en ningún momento, su condición de escritor; esa condición de hombre que busca la comunicación con los demás para decirles algo, para transmitirles algún mensaje, según se dice hoy en las Preceptivas de Literatura comprometida. Valera tenía necesidad, como lo declara en más de una ocasión, de escribir: por razones crematísticas y por razones espirituales. Y en estas últimas, la carta le resultaba un molde maravilloso; en ella cabían la noticia, la divagación el soliloquio, el cuasi-ensayo, como sería la que, en un tiempo, dedicó a un poeta americano llamado Rubén, ignorado por completo dentro de la Península y descubierto por el olfato crítico de Valera en una carta-prólogo que encabezó la primera edición de “Azul”, el libro iniciador del modernismo. Pero, sin duda, el Valera más humano, el menos erudito —y el lo fue poco—, el más vertido hacia afuera, resultaba ser el galante, el cortesano, el gacetillero de chismes y enredos, de cuentos y chascarrillos, de

historietas femeninas y de masculinos amoríos: la carta de Valera, así su epistolario de Embajador en Washington o de secretario de Embajada en Nápoles con el senil Duque de Rivas (mariposeador aún de candilejas napolitanas), resulta por esta razón documento inapreciable. Para conocer al hombre y para tener una idea muy precisa del ambiente en que vivió.

Valera y Cicerón –como Voltaire, como Fenelón, como Rousseau, como Goethe–, tenían almas femeninas; y esta feminidad, que en nada estaba reñida con la virilidad hartamente demostrada en cada uno, encontraba en la carta un cauce feliz para lucir la coquetería que los movía. Cada uno de ellos (recordemos, muy a la ligera, cuánto de Goethe tenía cada carta de Werther), amante de la conversación, de la amistad, del coloquio, buscó en la epístola un género adecuado para ese primer escalón del debate amoroso que es la coquetería. Y no por otra razón las cartas de mujer –que no han sido precisamente un dechado de perfección literaria– resultan siempre modélicas en su género. Al menos, en el tipo de carta-confesión. Porque el otro, éste que hemos ojeado tan a la ligera, la carta-ensayo, constituye hoy un género literario que algún día ocupará lugar adecuado, para tortura de los estudiantes, en las páginas de las preceptivas de Literatura.

Si “escribir es cobrar conciencia de nosotros”, según decía Salinas, cada carta encierra el espejo más nítido de las almas más esclarecidas y complejas de toda la historia humana: la de los escritores generosos siempre en los más inesperados mensajes.

Patos y cisnes

Y entonces el pato dijo:

– Yo soy un cisne, un negro, un hermoso, un ebúrneo cisne.

Ventruada y mordaz, croaba la rana.

– ¡Croá! ¡Croá!. Dice que Cisne: ¡Croá, Croá!.

Y de este modo nació el debate. El Congreso quedó constituido; todos los animales –las ágiles liebres, los astutos zorros, los orgullosos leones, los parlanchines loros, los osos grandones, las mofetas coquetuelas, los parsimoniosos elefantes, las empechugadas águilas, los saltarines mirlos: todos, todos los animales se sentaron para empezar a deliberar.

Sonaron los timbrazos de las serpientes de cascabel, untuosas y serviles; se oyeron campanillas de urgencia, y se hizo el silencio.

Rugió el León:

– Jamás, jamás he visto un cisne tan sucio y tan feo.

Bramó el elefante:

– ¡Pato, pato!; ¡pato feo y cochambroso!

Malévolo el Zorro, dijo:

– ¡Bueno!. Tal vez sea un pato especial; tal vez su padre, o su madre... ¿quién sabe? Pudiera tener algo de cisne, de cisne muy especial. Algo así como un cisne pateado. ¡Bueno; quiero decir... No sé si me han entendido...!.

Y garraspeó, engallado por su sabiduría.

Los mirlos, de africano plumaje, repitieron la cantinela:

– Sí, sí, más cisne que pato. Pero algo, algo de pato...

Nunca fue mayor el ruido de las discusiones, nunca más apasionado. Rugidos y aleteos, bramidos y aullidos: la selva retemblaba. Todos querían hablar, todos querían intervenir, todos, todos se sentían jueces importantes.

Entonces, mayestático, el León dictaminó:

– Hagamos una votación; votemos todos. Que cada uno emita su voto.

Volaron las papeletas. Papeletas blancas, papeletas negras, papeletas garrapateadas. Papeletas rasgadas, papeletas dobladas, papeletas abiertas, papeletas cerradas. Bandadas de papeletas sobrevolando por encima del areópago aullador.

Y las papeletas fueron saliendo de las pezuñas, de las patas, de las colas, de los picos, de las trompas de todos los animales presentes.

– ¡Que se haga el escrutinio! ¡Que se haga el escrutinio!

Tres osos y un elefante se sentaron delante de un árbol hueco y derribado. Dentro de él, urna improvisada, estaban las papeletas, hojas de cactus rasguñadas de mil rayas.

Y el escrutinio resultó favorable al cochambroso pato parlanchín.

De nada valieron los rugidos del León, o los zarpazos del tigre, o los pateos del elefante: la mayoría, la dominadora mayoría, dictaminó que el pato era cisne.

Y, desde entonces, los hombres, sabios y prudentes, prefieren votar antes que admitir mentiras disfrazadas de verdad. O verdades envueltas en mentira.

Tontómanos

La tontomanía es enfermedad incurable y contagiosa. Se propaga a través de un virus; y no hay fármaco idóneo para atajar el mal.

El tontómano es un maniaco de la tontería. Sufre y goza con su mal. Se regocija y se siente satisfecho de padecer la enfermedad. Consciente o no de su dolencia —a pesar de habersele diagnosticado—, el tontómano se empeña en su enfermedad.

No escucha consejos, no entiende advertencias, no admite insinuaciones. Hace gala de su señorío, goza con su estolidez.

Suele caminar con viveza, suele hablar en alta voz, suele empeñarse en sus ideas, suele defenderlas con ahínco, suele adornar con vehemencia la vacuidad de sus juicios. Y, sobre todo, usa vestido dogmático: su palabra es artículo de fe.

Si es honrado padre de familia, el contagio es mínimo; apenas pasa su influjo más allá de la pantalla de televisión. O de la cháchara doméstica; o de la tertulia amistosa. Si los síntomas son alarmantes, sus allegados le hacen el vacío; soledad y silencio lo van rodeando.

Cuando la enfermedad prende en persona pública, sí que resulta más difícil. Se convierte en epidemia. Y al enfermo hay que aislarlo.

Lo malo es que, atornillado al poder, no es fácil la cuarentena del enfermo. Porque éste, poseído de palabra vacua y de pensamiento huero, prosigue en su catequesis tontómana. Y sigue, en ocasiones, conquistando prosélitos para su doctrina.

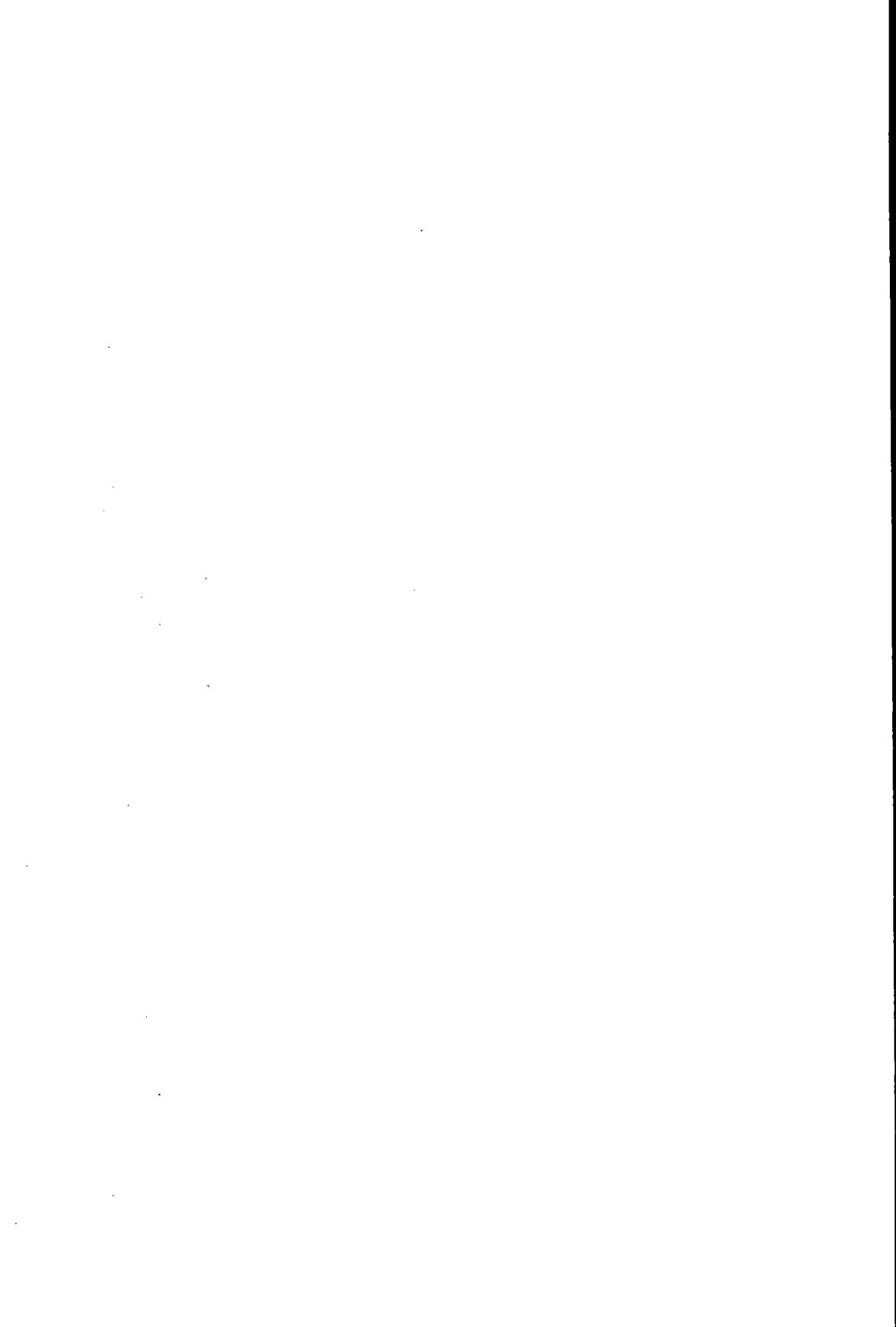
Así, insensiblemente, el tontómano adquiere silla curul: con pata rota, asiento pedestre y apariencia lamentable.

Y desde ella, desde silla tan mostrenca, dogmatiza, gurgutea, guturalmente, sonidos ininteligibles, ideas mal masticadas o juicios asertóricos peor hilvanados.

¿Qué hará su auditorio? ¿Lo seguirá escuchando? ¿Se retirará prudentemente a distancia? Es posible que sí, que lo siga oyendo; pero que lo escuche poco. Allá correrá su torrentera, allá se despeñará su locuacidad, allá caerá la tronada vocálica de sus fonaciones insufladas.

Allá irán, al fondo insondable del olvido. A la alcantarilla infernal de las palabras vacías.

Aquellas que Dante encontró en una rinconada del mundo de los que ya no tienen esperanza.



El congresista

“La realidad presente de la sociedad humana, con los avances tecnológicos, rompiendo el desconcertante regazo de las tensiones dramáticas a que está abocada la humanidad, excita los egósmos de grupo y establece los niveles propios de la época de barbarie...”.

En la sala –nueve de la mañana; pupitres blancos; sillas metálicas y acolchadas–, con la voz gutural de los altoparlantes, el orador de turno iba desgranando el rosario de su ponencia. Y los congresistas, somnolientos o cuchicheantes, entraban y salían de la sala.

El presidente de turno parecía un busto erguido desde la mesa blanca, de la enorme mesa blanca. Con sus cinco micrófonos, con sus mandos de traducción simultánea; y con aquel techo formado de planchetas de madera oscura.

En la mesa, junto al Presidente, a derecha e izquierda, ocho presidibles más. Con sus carpetas amarillas, con sus folios mecanografiados. Y con decisión taurina de subir al podium dominador; para leer su discurso, para romper la duermevela del auditorio. Y para descargar aquellas cuartillas, mohosas ya, que estaban archivadas en una caja de “Varios”, en el despacho de trabajo.

Las “tensiones dramáticas” y los “salvajes tecnocráticos” del orador iban pasando por encima de los pupitres. Como moscones pegajosos, repetitivos; con una reiteración desesperante. La misma con la que, misteriosa y anhelosamente, iba surgiendo de la mano del orador, una cuartilla tras otra –escrita a doble espacio, pocos márgenes, máquina eléctrica: letra casi de imprenta, folios con sello seco de la casa fabricadora–, cuartillas que pasaban junto al oído impenetrable del auditorio, ahito, adormilado, parloteador.

La profesora danesa –sentada en primera fila, armada con su bolígrafo, desplegado su bloc–, apuntaba, condensaba. Con rayitas horizontales al margen (“Idea central - desarrollo-conclusión”), con letra nerviosa, con afán de tragarse las “síntesis”, los “resúmenes” de cada apartado, de cada titular, de cada 1.1.1., de cada 2.2.3., del orador charlatenero y bombardeador. La profesora, impertérrita, celosa taquígrafa, enseñaba a los otros congresistas, orgullosa, sus síntesis, sus resúmenes y sus sibilinas anotaciones.

El inglés –profesor de una universidad escocesa practicante de yoga en una de las galerías abiertas de las salas del Congreso–, perteneciente a una secta mitad yoguista y mitad naturista, luchaba con el sueño que le vencía. Y, junto a él, una pareja joven bisbiseaba y releía un puñado de cuartillas recientemente entregadas en la Secretaría.

“La colectividad humana”, “la tarea colectiva”, “la unidad nacional” y “las frustraciones revolucionarias”, bailoteaban sobre el podium, golpeado rítmicamente por el índice del orador; y la placidez matutina apenas quedaba rota por sus agoreros presagios retóricos.

Cuando, transcurridos los casi cincuenta y cinco minutos, la última cuartilla, descansó en la carpetilla amarilla, sobre las otras ya hermanadas por la lectura, el auditorio descansó. Del esfuerzo de tanta cuartilla revoloteadora: con aleteos rítmicos, acompañador, cada uno o dos minutos. Según el número de tamborileos que hubiesen acompañado su lectura.

Y desde que el presidente abrió el coloquio, el auditorio se despertó. No se pregunta, ni se pedía aclaración por los “fenómenos inculpadores”, ni por los “esquemas insertados en el mapa de los despropósitos”, ni por “la estructura social”. No, no. El auditorio –la señora danesa, el profesor de ojos oblicuos, el de la americana a cuadros y el de pantalón vaquero– quería demostrar, con un desorden conscientemente recreador, que las palabras escritas en las cuartillas leídas y golpeadas por el orador, debían haber sido otras. Que los conceptos escondidos entre las treinta y dos, treinta y tres, treinta y una líneas mecanografiadas de cada cuartilla –folios debían haber sido otros. Que los ordenados, numerados, explicados y ejemplificados apartados de la ponencia, debían haber sido otros. Y cada congresista recreaba, a su arbitrio, la interpretación de la ponencia. Y cada neurona, hasta hace poco adormilada, germinaba, hacía sútiles ideas –disparas, ajenas– que nada tenían que ver con las “frustraciones”, con las “contradicciones de las ideas preconcebidas”, o con los “significantes más claros”.

Cada congresista, en cada intervención, recreaba, moldeaba, retocaba, rehacía o fabricaba una variante de la ponencia. Y el pobre orador, y el desesperado presidente, y los presidibles asustados, intentaban cazar tanto dardo envenenado, tanta flecha mordiente, tanta piedra tirada hacia el aire.

Hasta que el Presidente, llenándose de valor (“queda sobre la mesa para un mejor estudio, el tema discutido”), proclamaba el final del combate. Recogiendo, ayudando a recoger las cuartillas del orador; palmoteando su encorvada espalda. Reconfortándolo con sonrisas y apretujones de manos nerviosas.

Las primeras tres horas matutinas del Congreso habían discurrido ya. Y durante sus ciento ochenta minutos, las cuartillas golpeadas por el índice del orador, habían quedado colgadas del techo. Se habían escondido entre los huecos de los planos blanquecinos del baldaquino presidencial. O habían sido engullidas por el micrófono decorador.

Sí, las cuartillas golpeadas del congresista no habían vuelto más a la carpea amarilla y arrugada.

O, así parecía, no habían salido de la apretada y lustrosa carpea.

Derroteros de la novela

Entonces, Don Quijote juró y perjuró que eran gigantes. Aunque Sancho le advirtiese lo contrario. Los molinos gigantes, o los gigantes molinos formaban ya parte del mundo de la realidad quijotesca. Esto es, del ancho mundo de la novela.

Cervantes, al lanzar a su loco caballero hacia aventuras esforzadas, por caminos difíciles, en batallas sin cuenta, iba fabricando su mundo que él mismo, sin darse cuenta, iba destruyendo. O, al menos, se iba destruyendo ante los ojos atónitos del apasionado lector que recreaba, iluminado por tanta maravilla, las aventuras de aquel alucinado cincuentón disfrazado de caballero andante...

El mundo cervantino formado por valores metafísicos, por condicionamientos morales, dio la norma para todos los novelistas posteriores. Don Quijote, convertido en modelo clásico, en figura ejemplar, en arquetipo insustituible.

Después, en el siglo XIX, Balzac, Dickens o Sthendal, como más tarde Dostoiewski, Galdós o Flaubert, narraban cíclica, ordenada, puntualmente. La novela, un inmenso cofre en donde cada objeto tenía su sitio, en donde cada personaje cumplía su función, o en donde el autor sabía escoger, con mayor o menor simpatía, al personaje, al capítulo o al episodio preferidos.

El relato resultaba lineal, esquemático, cerrado. Y, en especial, el mundo novelesco no sólo nacía de la minerva del autor, sino que éste no se separaba fácilmente de la obra creada. De este modo, sensaciones, impresiones, pensamientos, todo el mundo interior del escritor parecía impregnar a todas y cada una de las páginas de la novela. El narrador era como la sombra del escritor introducido en el libro; y este narrador, de mil modos distintos, aparecía y desaparecía, según conviniese, a lo largo de la narración.

Pero cuando Proust, en 1913, da a conocer su "*En busca del tiempo perdido*", da un viraje profundo al arte novelístico. Inaugura la estereofonía narrativa, consigue la pluridimensión narrativa. Vista y belleza sustituyen a pensamiento y moral.

No se trata ya del movimiento, sino de la visión que el lector pueda tener de ese movimiento. Y no es sólo el autor, sino el lector, casi un segundo autor, él que va recreando la novela en medio del torbellino de imágenes que se le van ofreciendo. No se trata, como antes, de describir o de confesar la intimidad; se intenta presentar, proyectar, exponer objetivamente, desde ángulos diversos, trozos sabiamente escogidos de la realidad. Y ese ordenado rompecabezas, es el que debe ir siendo recompuesto por la voluntad del lector. Por la querencia del segundo autor.

A Proust le bastó sólo dar relieve al tiempo novelístico, quebrar la línea recta del hilo narrativo, lanzar un atrevido zig-zag laberíntico escrupulosa, minuciosamente construido. El tiempo, en su doble dimensión, sustituye al espacio; y el autor, ausente, invisible, resulta ser un mero ordenador de sucesiones y represiones. Como si se tratase de un monstruoso Argos capaz de transmitir su múltiple mirada a los lectores de la novela. O como si ésta, imagen de imágenes, estuviese formada por retazos, por esquinces, por círculos concéntricos o por espirales sin fin a través de los cuales la pasión lectora suple al deleite de leer que acometió al burgués del Renacimiento: aquel que se entusiasmaba con las aventuras narradas por Boccacio, o por los ideales de Don Quijote.

J. J. Armas, en su segunda novela "*Estado de coma*", camina por los senderos de la nueva narrativa. Y camina con seguridad y maestría.

El hilo narrativo, dédalo mágico, es y no es la aventura de Siaka. El protagonista y el antagonista es y no es Siaka y "Zapatones". Narración, personajes son, sí; pero es, está ahí, como calina intocable, la atmósfera de las vivencias. Vivencias simultáneas, contrapuestas, anécdotas entrelazadas, fugaces imágenes cargadas de dramático fluir.

Ahí quedan, vistas en desfile calidoscópico, páginas y páginas presentadoras de la angustia: la de Siaka, buscador de libertad; la de "Zapatones", sin liberarse de sus "demonios"; la del abogado Minardos, atado a las cadenas de las apariencias; la del Dr. Díaz, aprisionado por la lujuria.

En cada capítulo –"uno, dos, tres": sólo cifras, sólo símbolos–, no un episodio; únicamente visiones, ráfagas visionarias superpuestas, mezcladas, unidas por un contrapunto. Así, en el capítulo Once, el Miedo, protagonista principal: uncidor de personajes. El miedo de Siaka, el de Guerreiro, el de Díaz o el del sepulturero. La cámara invisible del escritor enfoca una y otra vez: atrás, adelante, a un lado. El tiempo ayuda a mezclar las imágenes. Las visiones se superponen. Hay como invisibles espejos manejados hábilmente por el escritor en donde, sombra de sombras, van apareciendo o reapareciendo los personajes.

El anaforismo, la repetición. Golpe sobre golpe; palabra sobre palabra; párrafo sobre párrafo. Sólo el tiempo como eslabón de cadena tan interminable (así, las páginas 143 - 149). ¿Son las marcas de los dos automóviles, son los muñecos vivos –pasajeros alocados–, es el barranco hondo de angustia, es la zozobra de Minarditos? ¿Qué es lo principal, qué lo accidental? ¿Hay gradación selectiva?

El novelista ha sabido, con dominio de su arte, hacer desfilar, con sabio desconcerto, a las personas, a las cosas, a los sueños o a las realidades objetivas. Ha sabido utilizar, con cautelosa prudencia, un lenguaje fustigador y suasorio. Ha procurado conseguir en prietas masas de minúsculas ayunas de puntuación una

atmósfera de semisueño, de imprecisión y de vértigo que son, sin duda, los fantasmas constantes que acompañan al lector.

Porque el lector podrá perseguir la clave de la urdimbre narrativa, intentará reconocer –sin lograrlo– a tal o cual personaje. Detrás, muy al fondo, está el inmenso, el profundo hondón de los recuerdos desde donde el escritor, truchimán perspicaz, va extrayendo y va desordenando conscientemente cada uno de los ensueños vivificados. Sí, extrayéndolos y desordenándolos. Para romper la línea recta del tiempo, para convertir la superficie en volumen, para desarrollar la acción en episodios truncados, para hacer de la novela un poliedro iluminado página a página por la linterna mágica del escritor.

Mientras tanto, el lector, atenazado por el hilo invisible del relato, va saltando las páginas, va enhebrando los monólogos, va sorteando las sirtes del lenguaje para quedar prendido en la malla de una obra en donde el clima, sólo el clima, es el artífice principal. Y a través de él, sólo gracias a ese clima –conseguido a fuerza de rigor–, arribará al final de la novela, en donde la náusea, la peste y la cangrena interior parecen ser el contrapunto de aquellas primeras páginas descriptivas, casi paisajísticas –"pura sombra calcinada"– orilladas de primitivismo salvaje.

El escritor puede sentirse satisfecho. El lector ha reposado después del esfuerzo. Porque los manes compañeros de su lectura parecen, por un momento, haberse perdido entre la neblina de la barranquera.

Aquella por donde parece haber caído el prestigio, el hedor o la apariencia de alguna de las criaturas atenazadas por ese coma, devorador insensible de destinos...

Carta desde Salbago

Muchos años, bastantes años, han transcurrido desde que tus “pardillos” pisaron estas playas insulares, capitán Juan Rejón. Muchas, muchísimas lunas han cruzado el cielo insular desde que, en el alcázar de tu nao capitana, la mirada escrutadora de Simón Luz descubrió la “silueta gris”, la esfinge curvada y arrulladora de la isla que tus sueños desafortunados habían entrevistado durante tantas vigilias. Mientras se bamboleaban en las bodegas de las carabelas –de tus carabelas, capitán Juan Rejón– las piquetas, los arcabuces, los mosquetes; o mientras hervían de deseos de tierra jugosa los asarandeados trotones que te habían proporcionado en tierras andaluzas.

Sí, capitán Juan Rejón, habían pasado ya muchos años. Por las playas habían desembarcado fardos, hombres y abombadas chalupas; por las montañas había pasado la siega asesina de los depredadores; por los barrancos, en otro tiempo esponjosos de agua, sólo brillaban la tersura de piedras reseca y solitarias. Y en la ciudad capital, en el villorio del Real –deslumbrada por los candiles chisporroteantes del burdel de María Salomé–, ahora se derramaban sombras y luces, se entrecruzaban mil candelas brillantes. Y hasta en las playas desérticas por donde tú desembarcaste, capitán Juan Rejón, iban creciendo gigantes de piedra y de hierro: con mil ojos, con mil bocas y con mil ruidos.

Ya no eran necesarios los portulanos ni las cartas marinas de los mallorquines; ni las brújulas alocadas, ni las correderas sinuosas. Ya no hacía falta. Ahora, la isla, la Salbago que tú conociste, Juan Rejón capitán, está cruzada de rugidores perros veloces, de engomadas patas deslizantes, hijos de aquellos otros mastines verdes pobladores de la soledad insular cuando tú la hiciste tuya: con tus estandartes, con tus alardes y con tu vanagloria. Guiños de luz, estruendo de silbidos, destellos de cien colores, burdeles de mil candelas: así es la Salbago de hoy.

Pero, por encima de los años, de las lunas, de las muertes, has tenido la suerte, capitán Juan Rejón, de haber encontrado un cronista puntual que ha sabido relatar, con parsimonia, con maestría, con minuciosidad cada una de las páginas de tu vida. Cronista que ha sabido enriquecer el relato con latidos de vida, con vibración apasionada. Cronista, pienso, no sé si escondido en el hondón de alguna de tus carabelas y que convivió contigo por todos los callejones de tus andanzas.

Y el cronista, relator de *Las naves quemadas*, parece haber escuchado los comadros de Herminio Machado, de Bartolomé Larios, de Hernando Rubio, de Tomás Lobo, de Julián Cabitos. Y hasta ha tenido la suerte de destapar las sentinas malolientes del Deán Bermúdez, del capitán Pedro Algaba, aquel que conocería el furor de tu mando en forma de horca y cadalso.

Por eso, sigo pensando, ese cronista de tus *Naves quemadas* –¿son en verdad tuyas?– no tiene arena en su reloj de contador de historias. Por eso, sus relatos no tienen límite: ni en un hoy inexistente, ni en un ayer neblinoso y difuminado. Por eso, tus perros, tus verdes perros aulladores, siguen hoy, desafiantes, estremecedores y erguidos, en las noches y en los días de Salbago, poblada de mil fantasmas, estremecida de mil ruidos, ahogada por el abrazo de mil huracanes. Y esperando, esperando aún, capitán Juan Rejón, la llegada de otras misteriosas carabelas, hermanadas de las tuyas, cargadas también de ponzoña y de esperanza mercenarias.

Y por eso –permíteme que siga monologando contigo, capitán Juan Rejón–, Alvaro Rejón y Pedro Resaca volvieron a resurgir, más allá de insulares y navegantes, en las costas venezolanas, en las mejicanas, en las dominicanas, hermanas de las playas de Salbago: igualmente lujuriosas, igualmente tentadoras. Y por eso, Mademoiselle Pernod, la Salomé antillana, utilizaba, enriquecidos por su ancestral sabiduría, los mismos filtros, los mismos venenos amorosos y hasta los mismos engaños.

Y me parece verte llegar, Capitán Juan Rejón, solemne, hierático, señor de insulares, por los pasillos del “Seis de copas”, acompañado de María Salomé, descubridora de tantos secretos por ti ignorados. Y, soñador de lascivas, los regustabas, los paladeabas, los paladeabas con fruición. Los mismos secretos tan pormenorizados por la pluma develadora de tu cronista, silueteador de esperpentos dramáticos.

Porque, conforme crece la narración, parece como si la trasvida de Salbago se fuese poblando de nuevos fantasmas; o como si los perros verdes no hubieran quedado solamente para contemplar tus últimas horas de agonía. Sino para seguir aullando, con largos, con escalofriantes aullidos humanos...

Tal vez por eso, la vuelta a Salbago de tu hijo Alvaro, capitán Juan Rejón. De ahí el afán de retorno de aquel insular que, atraído por el brillo del oro, volvía, derrotado y solitario, a escuchar los ladridos silenciosos de los verdes perros aulladores. Mientras, como nos cuenta el cronista, los incendios del pirata holandés hacían cenizas de la ciudad; o, mientras subía hasta el cielo el humo de los legajos amarillos inquisitoriales, con chisporroteos de brujerías, de salmodias, de robos y de saqueos.

Seguramente –quiero creerlos así– fue él, tu hijo Alvaro, vagorosa alma en pena, quien pudo haber dejado algún manuscrito en donde dejó constancia de sus hazañas indianas, de sus viajes alucinantes en busca del Dorado, únicamente rico en silencio, en polvo y en muerte. Manuscrito en el que también se referiría algo de tus aventuras, de tus latrocinios, de tus Dorados insulares ricos en horror y en miseria. De tus brumosos sueños verdes, como los aullidos de los perros corredores...

Y el manuscrito –sabiamente recreado por el cronista de *Las naves quemadas*–,

el manuscrito de Alvaro viene a ser casi la segunda parte del relato, “Los Reinos Prometidos”, en donde un infinito espejo de azogue refleja tantas y tantas imágenes de la Salbago insular.

Porque Salbago, ¡ay!, mi querido capitán Juan Rejón, no existió. Salbago –con sus perros verdes, con sus playas amarillas, con su Catedral quemada, con sus Obispos solemnes, con sus Adelantados rapaces, con sus calles empecinadas, con sus bosques devastados, con su eterno cielo de nubes adormiladas, con sus repiqueteos conventuales, con su miseria y con su riqueza– no fue sino una sombra que cruzó por delante de la proa de tu carabela. Sombra a la que la imaginación de Simón Luz llenó de encantamiento y de frágil vida. La vida de un sueño fugaz, el tuyo propio.

Y la única razón para explicarlo está en la crónica de *Las naves quemadas*, escrita por un cronista intemporal y anónimo. Que pudo haberte conocido a ti, capitán Juan Rejón, sombra de sombras; o a Pedro Resaca, ladrón de fantasías; o al alférez Sotomayor, tremolador de estandartes invisibles; o a Tomás Lobo, “brujo vizcaíno”; o al guitarrista Otelo, aparición alocada; o al Duque Negro, figurón de espátulas y de solemnidad grotesca.

Y por eso lo contó. Como un cuento maravilloso. Como una conseja urdida en los telares infinitos del tiempo.

Islas sin fortuna

Aquel Jardín de las Hespérides, de las que hablaron tantos escritores clásicos, fueron ruta obligada de viajeros desde tiempos ya remotos. Fenicios, Cartagineses, Romanos y aún los más vecinos, los viajeros mauritanos, conocieron las playas, sobre todo las playas, de las islas Afortunadas, nombre con el que también comenzaron a ser conocidas por geógrafos, navegantes y ambiciosos colonizadores, buscadores no tan sólo del paraíso soñado por Platón, sino de otros paraísos más terrenales y substanciosos. Así, la púrpura de sus plantas tintóreas, así los brazos de los rudos y primitivos insulares, carne codiciada por los mercados de esclavos mediterráneos.

Ayer.

En centurias más cercanas, portugueses, franceses, italianos, mallorquines, vascos o andaluces iban y venían por el Mar Tenebroso, mucho antes de que las naves colombinas emproasen hacia la aventura indiana.

Después, después, la historia, la rebuscada historia de conquistadores que se asentaron en las islas más orientales y occidentales –Gomera, Hierro, Lanzarote, Fuerteventura–; por fin, las huestes castellanas tremolando estandartes y gallardetes, pólvora y cabalgadas, por las playas, por los bosques, por las montañas, por los barrancos de Gran Canaria, La Palma y Tenerife.

Desde entonces, siglos de historia viva. Siglos de asaltos piráticos, de hambres, de sequías; y de heroicidades. Y de resignaciones. Y de paciencia insular. De “pachorruda” paciencia insular, compañera constante de la madeja histórica de las islas.

Ya casi ayer, en 1927, la Administración creó las dos provincias canarias –Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas. Y desde entonces, las cabalgadas dieron paso a los puertos cosmopolitas, a los aeropuertos traslánticos; y al mestizaje más variopinto con el que se ha enriquecido el Archipiélago, en especial las dos islas capitalinas, Gran Canaria y Tenerife.

Hoy.

La Provincia de Las Palmas está formada de tres islas –Gran Canaria, Lanzarote y Fuerteventura– y cinco islotes, norteños roquedales que siempre fueron aviso de los navegantes –Alegranza, Roque del Este, Roque del Oeste, Graciosa y Lobos–.

Gran Canaria es redonda, montañosa, ensalitrada de playas y cortada de barrancos. En el Norte –alisio fresco, nubes presagadoras de agua huidiza–, pueblos ricos en agua, en plátano y en esfuerzo humano de siglos. Para hacer de la tierra el milagro de crearla día a día; para sembrar en ella, la papa, las legumbres, el trigo, el maíz. Para luchar contra los riscales enhiestos, contra las cumbres ventosas. Y para conducir, con mimo, el agua por las acequias.

Arucas –plátanos, mar y piedra azul–, Gúfa –verdor y blancura–, Moya –pequeña y escondida entre barrancos–, Firgas –fontana de aguas medicinales–, Teror –campanario anunciador de fiestas septembrinas de la Virgen del Pino–, Gáldar –cuna antigua de Guanartemes guanches–, Agaete –Valle, puerto y riscos: verde, azul y ocre–, la Aldea de San Nicolás –barranqueras de silencio–, Mogán –puerto y valle: viento y nubes–, San Bartolomé de Tirajana –colgado desde Fataga hasta las rubias y doradas playas de Maspalomas– Sta. Lucía –cumbreira y costera; Agüimes e Ingenio, (unidas y separadas por barrancal de historia). Y Telde, sede episcopal franciscana, con su barrio judaico y andaluz de S. Francisco; y los álamos erguidos de S. Juan, gótico y milagrero; y el Gando de los cien aviones, cruzado de alas rugidoras.

Las Palmas, la capital, con sus 400.000 habitantes; con sus riscos amarillos, verdes y rojos; con sus torres de cemento cara al mar; con sus tiralíneas de barrios empinados –desde la Isleta a Marzagán; desde S. Nicolás a Sta. Catalina; desde el Puerto a Ciudad Alta; desde Vegueta colonial a Triana comercial. Y el Parque de Sta. Catalina, babel de lenguas y colorines; y los muelles del Pto. Luz, vigilado por los camellones volcánicos de la Isleta. Y el Guanarteme industrial, y el Tamaraceite recogido, y San Lorenzo centenario; y las calles ruidosas de automóviles. Y los bazares de indios cantados por la pluma del poeta Tomás Morales.

Lanzarote, camello asomado al Atlántico. Con sus volcanes rojos, amarillosos y viejos. Con sus playas blancas, silentes y recogidas. Con sus mujeres –normandas insulares de sombreros apretados–, con sus pescadores, con sus agricultores –vencedores del viento, del agua y de la tierra–. Arrecife –escollos, arena y viento–; Tegüise –conventos, callejuelas y silencio–, Yaiza –redonda de vocales–, San Bartolomé –sabor de vino viejo–, Haría –florón de palmeras–. Y el mar azul, y el cielo limpio; y el viento, caballo galopador del Atlántico.

Enfrente, la Graciosa, desprendida de la balconada del Río; al Sur, en la Bocaina, Lobos, en donde reposaban de andaduras marítimas los hombres y los peces de otras calendas. Y ya allá, perdidas, en la lejanía, Alegranza y los Roques, corcovas de Pava, refugio de pescadores, asiento de paz y de recogimiento.

La provincia de Las Palmas, la más oriental del Archipiélago, con sus 600.000 habitantes; con sus playas, con sus cumbres, con sus volcanes –viejos, apagados; sólo la enforvorizada Montaña del Fuego lanzaroteña–, con el asiento temporero de sus puertos. Y con el Mar, con el dominante Atlántico, unidor de continentes.

Por donde cruzaron y siguen cruzando, mares y aire, los navíos y los pegasos de acero...

Tres medallones

Tres vidas; de distintas épocas. Antes de ayer, ayer, hoy. Tres vidas de tres insulares. De tres hombres nacidos en las islas. Para destacar en cada uno su singularidad; para descubrir en los tres sus semejanzas.

Los tres estarán ausentes de la isla. Los tres verán, de distinto modo, la isla. Los tres tendrán de ella una distinta perspectiva. Pero los tres tendrán como punto de mira esa superficie pequeña y especial rodeada de agua por todas partes. Una superficie —una pequeña superficie— con unas raíces hondas y poderosas, trezadas en el corazón de cada uno; de los tres insulares.

I

Aquí está el primer medallón. Clérigo joven. Brillante. Orador sagrado muy solicitado. Contertulio buscado por su gracia, por su ironía, por su sapiencia. Escritor satírico. Escritor de cada día. Amante de la naturaleza. Conocedor de su isla: visitada, pateada por su afán de curiosidad.

El clérigo —sin cumplir 40 años— se ausenta de la isla. Marcha a Madrid. Allí, su ingenio y su valer le proporcionarán vida muelle, fácil. Nuestro clérigo viaja por el extranjero. Y escribe cartas a sus amigos insulares y les cuenta lo que ha visto. Y hace referencia a la isla. El paisaje es más verde, —les dice—, las casas son mayores, los hombres son distintos. Y su bagaje cultural se va enriqueciendo. Y, escritor nato, termina una Historia de las Islas impresa en Madrid. Y da en ella una visión nueva, múltiple, novedosa, de las islas. Consigue honores académicos, adquiere respetabilidad y autoridad. Forma parte ya de la élite intelectual de la Corte.

Pero un día...

Un día, la llamada insular. Para ocupar una prebenda real. Y se encuentra, a los cincuenta años, otra vez en la isla. Y se entrega a ella. Y procura enseñar lo mucho que sabía. Y se esfuerza por ser benéfico, altruista, generoso. Su nombre es escuchado con respeto. Y su sonrisa —adivinada en uno de sus retratos— adquiriría ironía y sátira. Y seguirá escribiendo. Y será escuchado por todos. Y volverá a escribir cartas a sus amigos de Madrid y de La Laguna, en donde había vivido hasta los 30 años.

Don José de Viera y Clavijo es un ejemplo de insular arraigado. Fuertemente arraigado. La isla, las islas le son deudas de muchas páginas escritas con vehemencia, con gracia, con satisfacción. Viera volvió a la isla, a las islas, y les entregó algo más de la mitad de su vida. Y muchísimo más de su saber y su experiencia.

La imagen de Viera, hoy, nos resulta grata. Familiar. Su rostro, su ironía, su gracia lo delatan. Y lo escuchamos al leerlo; o lo conocemos mejor cuando nos alejamos más de él para tener una nitidez más completa de su figura.

Viera es un insular enredado, apasionadamente conquistado por la isla. Y la isla, las islas, tienen con él una deuda impagable.

II

Un muchacho lee, escribe, dibuja en el pupitre del Colegio. El Colegio está muy cerca del mar y los salones son grandes, oscuros, fríos. El muchacho –12, 13, 14 años– lee distraídamente. Escribe más. Llega a redactar, con ayuda de algún compañero, un periódico manuscrito. Copias del mismo circulan dentro y fuera del Colegio.

Y los dibujos. Los dibujos son estampas vivas de la ciudad. La imaginación del muchacho caricaturiza a gentes bien conocidas. La Señora X es casi una ballena; el Sr. B es un pescado de boca monstruosa; el corsé de la señorita C. es un salvavidas. Y en un escenario –los dibujos tienen una temática teatral–, flotan los cantantes, irrumpen los barcos, saltan los peces y casi se ahogan –náufragos momentáneos– los músicos de la orquesta. Dirigidos por una mano enérgica y una melena desordenada.

Los personajes esconden la clave de personas vivas. Reflejadas, vistas, proyectadas por la imaginación juvenil. Una imaginación fértil, rica, creadora.

El muchacho seguía en su pupitre. Los dibujos causaban la hilaridad de sus compañeros; y el ceño de pocos amigos del Inspector de la clase.

El “Sr. Pérez, estudie”, se oía más de una vez. Y los exámenes demuestran el poco ahinco del examinado. Que seguía dibujando, que seguía escribiendo, que seguía soñando.

A los 18 años, el estudiante va a Madrid. A estudiar Leyes. Sus aulas preferidas: el café, el gallinero del Real, la biblioteca del Ateneo. Y las redacciones de los periódicos. En donde empezaba a escribir con asiduidad. Mientras la isla se le aparecía como una nube flotante; enriquecida con personajes isleños. Vista con trazos de caricatura. Muchos de sus amigos, de sus compañeros de tertulia, aparecen en estos nuevos dibujos. Entre ellos, uno, muy repetido: gordinflón, achatado, siempre hablando, siempre adoctrinando. Unas veces disfrazado de león, otras de serpiente, otras de centurión romano. El joven tribuno llegó a ser un excelente orador; alcanzará altos cargos en la política. Pero para aquel muchacho que aún seguía sentado en el pupitre del Colegio –un pupitre vecino del futuro orador– la imagen de la isla tenía una perspectiva nueva. Una dimensión distinta. Ahora la isla a través de los isleños caricaturizados –isleños vecinos de Madrid; isleños de

distintas islas–, se agrandaba y se empequeñecía. Porque ahora, el universitario –sin universidad– la iba llenando de universalidad y de nuevas connotaciones.

El muchacho del pupitre siguió escribiendo. Y publicó libros. Y conquistó fama. Y en las páginas de algunos de sus libros hay latidos de isla. Que se convertía en materia literaria. Y la isla, sombra de sombras, daba paso a la imagen mejor de la isla grande, de la patria, de la gran isla contenedora de decena de otras islas más pequeñas. Y el escritor dictará lecciones imaginadas para sus compatriotas. Y sus lectores, sus miles, sus centenares de miles de lectores, aprenderían una nueva y distinta perspectiva de la patria.

Una patria no relumbrante de redobles bélicos, sino aureolada de pequeñeces. Las mismas que él había conocido en una casa recoleta, silenciosa, de hablar, de entonación cadenciosa, con aire desgarbado y con mirada desvaída.

El escritor seguía soñando con la isla. De allá recibía cartas familiares. Hacia allá enviaba alguna colaboración periodística.

Siempre la isla: en la frase de la página de un *Episodio*, en el vocablo que había escuchado en su juventud insular. O en la imagen de aquella casa de una calle sintonizadora: en donde el patio verde y la galería alta seguían vivas en la memoria del isleño madrileñado.

Benito Pérez Galdós –Galdós–, en la cúspide de la fama, con su mirada hacia atrás. Soñando islas. Como en aquel discurso de 1901, ante un auditorio insular, cuando hizo vibrar a sus paisanos con la emoción de la patria grande y la chica: “Nosotros los más distantes –dijo– seamos los primeros...”. Galdós enriqueciendo la idea de patria: llenándola de intimidad, de latido familiar. Agrandando sus límites con la interioridad de las cosas pequeñas. Que suelen ser siempre las más ricas en contenido.

Como en aquella carta a su amigo León y Castillo –aquel vecino suyo de pupitre en el colegio insular–, Embajador español en París. Carta en la que la vibración isleña se aparejaba con su desesperación española. Al contemplar en aquellos días –Tratado de París, 1901, pesimismo nacional– tanto nihilismo, tanto desarraigo y tanta falta de fe. Y, sobre todo, tanto abandono del Gobierno ante los problemas de las islas; “nos tratan como a cubanos de segunda”, le dice a su amigo León y Castillo.

Galdós, casi ciego, con más de setenta años, diputado en las Cortes. Diputado por su isla. Defendiéndola. Promocionándola. Preocupado por su futuro. Consiguiendo el primero Instituto de Segunda enseñanza para su ciudad natal. Interviniendo, con su autoridad, en las rencillas interinsulares. Y hablando con isleños llegados de la isla. Curioseando menudencias isleñas. Ganado en su vejez por las ensoñaciones infantiles.

Descubriendo, una y otra vez, las raíces que nunca dejaron de atarlo fuertemente a aquella isla siluetada en sus dibujos infantiles como un gigantesco camello de tres jorobas. O montada en un tiovivo gigantesco, en compañía de las otras islas, mientras el orondo dueño del circo –León y Castillo, fusta en mano, sombrero de alta copa, descomunales botas– intentaba dirigir la tropa cirquense.

La fragancia del olor insular acompañó a Galdós hasta sus últimos días. Cuando tenía soñarrera de canciones de cuna y de letrillas infantiles.

III

– El último medallón –sin nombre propio– es femenino.

La muchacha –17, 18 años– bajaba por la escala del barco recién llegado de Canarias. Maleta y pasajera formaban un atado único. En el muelle, acompañada de su maleta, después de casi cinco días de viaje, la muchacha veía a lo lejos aquel figurón de piedra erguido; muy parecido a aquel busto de piedra blanca que adornaba una plazoleta, recogida, de su ciudad natal.

Un taxi desvencijado la llevó a la calle. El papel con la dirección no lo encontraba. Y sólo un número de teléfono providencial la salvó del sofoco. El taxista consumía el rabillo de un celta mal envuelto: “¿Y V. no trae tabaco canario?”. Y ella, con mucha timidez, sólo le habló de su abstinencia fumadora. Y de sus olvidos.

En el desván de la casa –seis pisos–, la habitación era pequeña. Desordenada. Los libros, los apuntes, el ropero desvencijado luchaban por ganar espacio propio.

La chica iba a la Facultad por las mañanas. O no iba. Prefería pasear por el puerto. Para oler el mar, para saturarse de barcos, para rastrear pedazón de isla. En un horizonte ilusorio y vago.

La ciudad, su nueva residencia, era mayor que aquella otra de su Instituto, de sus playas, de su calle provinciana y paseantina, de su catedral grisácea, de su puerto de “cien banderas”, como la había cantado aquel poeta que ella había leído a sus 14 y a sus 15 años.

Pero la nueva ciudad le resultaba hosca, poco familiar. Prensada por cartillas de racionamiento, por cupones de tabaco, por pan negro; y con olor de gasógeno, astillada de dureza.

Ella llenaba el tiempo con sus estudios. Y con sus cuartillas. Y con las tertulias de café en donde oía voces amigas, voces insulares. Muy distintas a aquellas otras de la casa-pensión: raedoras de vocales, silbadoras de guturales.

Y un buen día estalló la sorpresa. La muchacha, apiñadora de cuartillas, había obtenido un Premio. Un brillante premio.

La novela –pues de novela se trataba– tenía trama insular y final catalán. Y en las primeras páginas, aparecían las brujas de la isla, las callejuelas nefandas de la ciudad insular, los parques portuarios, las casas blancas y ajardinadas del barrio residencial –aquel barrio teñido de voces familiares–. Y en los otros capítulos, el laberinto de la gran ciudad, la obscuridad de las aulas de la Facultad, los ecos de aquella escalera que ella subía dos veces al día; y el olor de fritango de coles que le subía por las noches desde el patio vecino.

La muchacha se había convertido en fumadora empedernida; se hacía espirales de recuerdos. Como el de aquellos días veraniegos en la isla cuando había vuelto a bailar en la pista de baile de un hotel de madera con olor de té inglés. O aquel otro, cuando otras amigas se habían escapado a las playas del Sur de la isla, virginales, blancas, silenciosas.

Más cuartillas. Y nuevas novelas. Y nuestra escritora yendo y viniendo a la isla. Atada a aquella nueva ciudad, pero enraizada con aquella otra pequeña y recogida.

Los tres escritores insulares, alejados de las islas; y encadenados a ellas. Desde la entrega total del clérigo volteriano hasta el humo del cigarrillo de la joven novelista.

Las islas martilleando el sueño evocador. Entintando cuartillas blancas. O convertidas en angelotes rubicundos: unos angelotes desvaídos y causinos. Como aquellos flageladores del pecado que parecían salirse de un cuadro de ánimas de la iglesia de Teror. Una iglesia evocada por la imaginación de la novelista...

En la distancia, las islas. Más cercanas. Más vividas. Apasionada o silenciosamente soñadas.

Porque cada uno de ellos –el clérigo, el novelista, la escritora– tienen la tutela invisible de una tierra solitaria, marina y recogida.

Juan Manuel Trujillo

Carta a Lola de la Torre

Después de haber leído –saltando, revisando, relejendo– la *Prosa Reunida* de nuestro Juan Manuel Trujillo, querida Lola de la Torre, me vienen a la memoria imágenes y recuerdos. De aquel rincón inolvidable de su cubículo libresco, de sus monólogos, de sus apasionados diálogos, de sus lecturas nerviosas, de su risa explosiva, de sus silencios, de su severidad de juicio, de su ironía, de su agudeza. Sí, se me vienen muchos y muchos recuerdos. Y entre ellos, como los más inolvidables, aquellas tardes que pasé con él en Madrid durante su enfermedad, recién llegado de La Habana. Cuando en compañía de Ernesto Castro devanábamos la lejanía de las Islas; o cuando escuchábamos de su boca lecciones de *madrileñismo fervoroso*.

Juan, nuestro Juan Manuel, es eso hoy: salpicaduras vivas de un ayer que nos vuelve limpio, nítido, fragante. Precisamente, a través de su prosa: de esa prosa menuda, exacta, casi matemática. Enriquecida con esa pátina de brillo actual, no de añosidad lustrosa.

Porque si hay una palabra que pueda resumir el libro de Juan Manuel es ésta: actualidad. Juan Manuel resulta actual. Porque su prosa tiene una rigidez y una flexibilidad que sólo se dan en escritores ágiles, perspicaces. El artículo periodístico –en alguna ocasión convertido en denso ensayo– es prueba de fuego para el articulista. Esto es, para el cronista de la “hodiernidad”, que es algo más que la actualidad.

Cada receta de Juan Manuel, fuese cual fuese el tema, está redactada con claridad, con brevedad y con trazo seguro. Amante y admirador de *Fígaro*, supo imprimir a su estilo el nervio, la densidad y, al mismo tiempo, la ligereza del prosista romántico.

Desde la atalaya madrileña de los años treinta, “La Tarde” tuvo en Juan Manuel un atalayero eficaz. No dejó nada valioso que o pasara por su fielato. Ya se tratase de libro, de cuadro, de suceso, de noticia; ese cuadrángulo de sus dos folios largos encerraban lo substancial y lo limitado por el espacio de la plana. Tuviese por el título “3 Mares” (poema en prosa de lirismo contenido), “El Estudiante” (modelo de narración breve), “El Viera de Agustín Espinosa” (resumen perfecto de dos escritores paralelos para el articulista), los textos antológicos de poetas canarios (selección hecha por quien sabía valorar delicadeza y observación interior), “El Madrid de Baltasar Gracián” (apunte de lector agudo sobre un maestro de densidad intelectual), “Las dos Canarias” (texto modélico para ser releído hoy con glosario incluido) o “Lenguaje de periódicos” (lección de periodismo vivo).

O tuviese la extensión de aquella su conferencia sobre Xavier Casais, visión multicolorada de un artista examinado con la lupa descomunal de Ramón, el gran sembrador de dados de colores. Aquellos dados con los que jugó Agustín Espinosa, visionario de camellos lancelóticos y de occitánicos procederes. O el ensayo “Bernini”, pieza de antología para la prosa crítica: en especial, para el fiel discípulo del maestro D’Ors.

Pero yo me quedaría, en esa pretendida antología de Juan Manuel, con aquella página dedicada a “Las Ermitas”, fechada en 1924. Redactada con amor, con fervor, pero no con aldeanismo ni papanatería de campanario. Las ermitas están allí, embellecidas, recreadas, convertidas en símbolo de espiritualidad y de universalidad. Hasta el tañido de la campana resulta distinto: porque está endurecido por la invisible espadaña de la perennidad; que ha sabido captar el articulista, observador y narrador. Con esa menuda, con esa sutil prosa azoriniana. O con los aviones del “novecentismo” que sobrevuelan por encima de los arcángeles de Lope de Vega (tan ligado a la sensibilidad de los hombres de la *Rosa de los Vientos*), aquellos mismos que un día empezó a descubrir en el cielo el astronauta de Agustín Espinosa, gondolero aéreo de canales soñados.

Y aún hay, entre los artículos de Juan Manuel, dos, tres, dedicados a Temática Canaria que convendría releer más despacio. Y en alta voz. Para auditorio numeroso. Me refiero a “Tenerife no tiene un quehacer”; y en el nombre Tenerife podría volcarse cualquier otro insulario, insulíndico o archipiélago (como gustaba decir a un entrañable amigo lagunero, geógrafo de “nautilindias pailebóticas”, según lo llamaba el neogramático de Agustín Espinosa). “De tu vida, de tu historia han hecho un montón de estúpidas anécdotas”, decía Juan Manuel en 1932. Con otros nombres o con otros topónimos, ¿tendría hoy vigencia esta frase? “Unidad regional”, prosa didáctica –enseñadora– para ser leída en alta voz en el hemicillo de Santa Cecilia, en la calle Teobaldo Power: “La que sobre todo ha hecho la historia de Canarias, y más desde el siglo XIX acá (¡El malhadado y rigodónico siglo castelarino, tan denostado por los hombres de *La Rosa de los vientos!*), ha sido la otra constante, la que declara por patria a una ermita, a una choza, a un almendro; la particularista”. ¿Seguiremos, medio siglo después, fabricando chozas, ermitas y almendros arqueológicos? Y el “Brindis en el homenaje de Agustín Espinosa”, fechado en 1928, seguramente con motivo de su nuevo título de catedrático de Literatura... en Mahón, posteriormente trasladado al Arrecife lancelótico: “Nosotros estábamos ansiosos de universalidad. Había que limpiar la basura del carácter, había que limpiar el fárrago de lo pintoresco”, proclamaba Juan Manuel en aquel brindis: ¡en 1928! ¿Lo hubiese repetido hoy? ¿Fue eso, en realidad, lo que Espinosa haría con la fea, ventosa, acebollada isla de Lanzarote cuando la transportó a los cielos azules de la eternidad “buica”?.

Sí, mi querida Lola de la Torre, nuestro Juan Manuel ha dictado, nos ha dejado un hermoso y actual testamento. Para releerlo una y otra vez. Al Cabildo de Tenerife no le agradeceremos nunca el haber “resucitado” a un insular universal como Juan

Manuel, espejo de claridad didáctica. Ni a Chano de la Nuez, que ha sabido, con su prólogo, valorar y compendiar no sólo la vida de un hombre, sino la significación que ha tenido en la vida insular de los últimos cincuenta años.

Juan Manuel, este Juan Manuel de más de cuatrocientas páginas, aparece rescatado de la “sombra” gracias a la irrealidad mítica de su prosa. Gracias a esa recreación que él supo hacer con lupa de investigador de futuros y de presentes. Gracias, en fin, a esa labor de “minero del arte” que fue su prosa: cincelada con esfuerzo, con rigor.

Lectura en alta voz

En fechas muy recientes, se presentó un libro del escritor Ventura Doreste dentro del bellissimo marco del salón noble del Cabildo Insular de Tenerife. Profesores como los Drs. Trujillo y de la Nuez supieron valorar extensa y minuciosamente los contenidos del libro, editado conjuntamente por el Cabildo Insular de Gran Canaria y por el Ayuntamiento de Las Palmas.

No se trataba, como dijo el Dr. Trujillo, de un libro más; uno de los libros que con eco de hojalata, se exhiben o se ofrecen desde mesas presentadoras. El volumen de Doreste es obra densa, de indispensable consulta para los estudiosos de la literatura española e hispanoamericana; y es, además, el reflejo fiel del autor y de su obra: de la voluntad del escritor convertida en letra de molde. Ventura Doreste, con este libro, y aún con otros anteriores, ratifica su condición de escritor de primera calidad en la prosa ensayística de lengua española.

Esto es, el libro presentado, como ya había dicho el Dr. Lázaro Carreter en el acto de presentación celebrado en Las Palmas, es “obra que tiene dimensión universal y contenido de belleza formal”.

Pero, al hilo de estas reflexiones, quisiera destacar la intervención, emocionante y pletórica de humanidad, de José Arocena, “abogado de provincias”, lector empedernido, ojo crítico avisor y fiel amigo de sus amigos. Arocena destacó del libro un aspecto extraliterario, de ámbito social, sobre el que vale la pena volver a pensar en alta voz. Dijo José Arocena que con ese libro Ventura Doreste había hecho más por el espíritu regional que muchas programaciones culturales o muchos propósitos políticos. La autoridad indiscutible de Doreste, reconocida unánimemente dentro de todas las islas, y el patrocinio que tres corporaciones locales daban al libro, decían mucho sobre una unanimidad no concertada, sino nacida libre y espontáneamente.

Afirmó Arocena que sólo los intelectuales, los artistas, los escritores, podrán ser los puentes de unión, los primeros puentes de unión entre estos pontones insulares sacudidos por oleajes tan variados, por huracanes tan furiosos y separados por aislamientos insondables. Las sorderas interinsulares, enfermedad común y frecuente en las islas, sólo podrá ser vencida con ánimo limpio y con lenguaje común. El intelectual, el verdadero intelectual, no puede estar atado a enanismos ni miopías brujeriles; sólo tiene como objetivo expresarse en una lengua en la que pueda ser entendido por el mayor número de lectores y de espectadores. Néstor, el pintor, expresa con su arte la visión de un mar que cualquier isleño, reconducido por su imaginación impresionista, puede ver con sus propios ojos. Los versos de Tomás Morales los recita por igual, porque los entiende, un insular de Fuerteventura o de La Gomera. El indigenismo bellissimo de Aguiar, en los lienzos del Cabildo Insular,

tienen mensaje para cualquier isleño o para cualquier español que los contemplen. La prosa de Doreste cala por igual, por su belleza y sensibilidad, en cualquier lector común. Del mismo modo que los versos románticos y expresivos de Nicolás Estévez todavía pueden hacer vibrar el corazón isleño, tan amigo de solitudes.

José Arocena denunció, con vehemencia y arrogancia, algo que todos cuantos padecemos esta sordera comunitaria, estamos deseosos de encontrar: canales de diálogo y no circuitos de silencios. Es hora ya de que los profesionales del escribir, del pensar, del pintar, del esculpir dicten su mensaje. Para hacerse oír por todos. Para romper tabúes inútiles. Para romper geografías mezquinas. Para salir de callejones estrechos. O, como decía Agustín Espinosa, para escuchar el BU reconfortable que siempre venía del Norte, como un camello alado e inmensurable.

Entre tantas voces que se han escuchado ahora en defensa justa o injusta de intereses económicos insulares, vale la pena que se escuche la de todos aquellos que, por unas razones u otras, constituimos el mercado intelectual insular. Con productos inservibles, muchas veces, con mercancía poco exportable en otras ocasiones, con textos o con imágenes que dicen mucho más que todos los convenios, todos los tratados o que todos los pactos.

Por eso, los insulares de la *Gaceta de Arte*, de *La Rosa de los Vientos* o de *El País* pudieron y supieron entenderse. Por eso, rompiendo directrices o imposiciones políticas, los hombres de Estévez tuvieron visión regional. Por eso, el mensaje musical de Power puede ser escuchado por igual en cualquier rincón de cualquier isla.

En esta paramera tibetiana en que nos encontramos, es necesario cuanto antes aunar esfuerzos de todos, romper diques de cristal y formular compromisos comunes que sirvan para salvar a este Archipiélago sacudido por volcanes de desidia, de indiferencia, de nihilismo o de incultura.

Sí, la reflexión de José Arocena no fue el fruto de un minuto de pasión amistosa. Fue el resultado de una larga experiencia y de un apasionado sentimiento que él ha sabido expresar en muchas ocasiones.

No rompamos, pues, ese puente tendido de la palabra. Porque la palabra une, no separa.

Evocación de un poeta

El joven estudiante de Filosofía y Letras iba con su padre, marino mercante, por el Muelle de Sta. Catalina; casi a la altura del reloj de Miller. Un hombre menudo, de límpido pelo blanco, de hablar nervioso, nos saludó. El uno, en los talleres de la *Gran Canaria* y el otro, desde los *Depósitos Comerciales*, en donde tantas horas había pasado con su hermano Julián, también poeta disfrazado de oficinista. Y siempre que se veían, hablaban; hablaban de la situación política (“Esto no puede seguir, Alfonso; esta dictadura nos humilla; yo no volveré a publicar ningún libro mientras siga este régimen”). Hablaban de años juveniles; cuando en el viejo Teatro Circo del Puerto o en el Cine Cuyás, los del Recreo –Sociedad cultural que tanto hizo por la cultura insular– ponían en escena alguna obra teatral, en donde hasta Alonso Quesada hacía de actor. Hablaban del Puerto, del viejo puerto carbonero, de los ingleses de la colonia –literaturizados por Alonso– familiares y amigos de los dos contertulios. Allí, en el Muelle de Sta. Catalina (“Y este pollo, ¿estudia Filosofía y Letras?”, preguntaba el poeta oficinista), tuve la primera y la más nítida imagen de Saulo Torón Navarro.

En la vieja y destartada Casa de Lercaro, de la calle de San Agustín, sede de la facultad lagunera, se rindió homenaje a Tomás Morales. El inolvidable Elías Serra, algunas alumnas, un joven poeta; flores, poesías. Entre las poesías leídas, una de Saulo Torón dedicada al amigo. Después, yo me atreví, por vez primera, a hablar en público; sobre Saulo Torón. No recuerdo cuantas banalidades dije; sí que recuerdo los versos leídos:

*Son tres hermanas, tres hilanderas
que hilan pacientes tras el balcón,*

Eran versos que mi madre, también entrañable amiga del poeta, me había leído hacía poco; en una copia manuscrita que el propio Saulo le había regalado. Por eso, hoy me resuenan más y más hondamente. Allí quedó mi segunda imagen de Saulo, entre brumas laguneras.

En su casa de Ciudad Jardín, una tarde, en compañía del profesor Yndurain, de Ventura Doreste, de Fernando González (otro entrañable poeta teldense, como Saulo, como Julián, como Montiano Placeres), Saulo recitó; al igual que Fernando. El profesor Yndurain ha recordado este recital en el prólogo del tomo *Poesías*, de Saulo Torón (1970). Pero a mi viene hoy, ahora, el recuerdo de aquellas dos voces poéticas, tan próximas y tan personales y distintas. El recitar de Saulo, cadencioso, soterrado, monologante; el de Fernando, vivo, apasionado, rutilante. Cada uno, dueño de su propia poesía, cada uno poseedor de un ritmo propio. Y después, durante unos minutos, la música vecina, la voz limpia de Isabel Macario, la atmósfera familiar y recogida en donde el poeta repasó tantos versos de su vida. La

tercera imagen de Saulo, enriquecida con la música y la poesía. Imagen que para mí me resultaba familiar; porque no en vano, había frecuentado aquel hogar muchas y muy inolvidables ocasiones. Para escuchar música y para escuchar a Saulo, hambriento siempre de palabra, de palabra amiga; y de auditorio fiel.

Sí, Saulo Torón, desde su Telde cuna, a su Puerto amado, en donde pasó la mayor parte de su vida. Encerrado en el Caracol de su intimidad, oyendo el rumor del Mar, contando las Monedas de Bronce tan silenciosamente guardadas en la intimidad del poeta. O jugando, con el humor la sátira, en compañía de sus amigos Alonso y Claudio de la Torre, a derribar alfiles y cucañas locales; cuando germanófilos y aliadófilos libraban incruentas batallas en las páginas de la prensa local. O peregrinando desde el Puerto hasta Las Palmas, en las noches sin tranvía, para ver a Valle Inclán, para escuchar a la ópera de turno; o para deambular, en compañía de los amigos de *Ecos*, por aquella ciudad de 1920, silenciosa, dormida y familiar.

Escuchar hoy nuevamente sus versos, reverdece la imagen de un hombre espejo de humildad y de entereza; vigoroso maestro en la dignidad y defensa de la libertad, apasionada amante del poeta, frágil y nervioso, pero vigoroso y temible cuando de la libertad se trataba.

La sombra de nuestro Saulo Torón, presente en todos nosotros, no parece haberse ido aquel 23 de Enero de 1974.

Dos insatisfechos: Clavijo y Goethe

1749-1949. J. Wolfgang Goethe. Una fecha y un nombre.

No es el primer centenario que se celebra de Goethe. En 1932, aniversario de su muerte, fue el otro; entonces, en diversos periódicos, una pluma ágil y vigorosa, la de Agustín Espinosa, nos presentó al pensador germano a través de un nombre español, D. José Clavijo y Fajardo. No conoció Goethe a Clavijo directamente. El antifaz con que lo presentó Beaumarchais lo desfiguró un poco. Lo suficiente para que el animado espíritu del escritor alemán lo aprovecharse en una drama teñido ya con el color agri-fuerte del romanticismo. La imaginación ardorosa del escritor prerromántico completó lo que la fantasía bomarchesca dejó en el tintero.

Hay que pensar en alguna relación, al poner juntos, los dos nombres. Sólo quedan unidos por un intrigante; se llamaba Beaumarchais y escribía en su lengua vernácula, la francesa. Bastó que un escritor oscuro, más político y comerciante que escritor, forjase una leyenda de un fracasado matrimonio, para que una de las mentes más privilegiadas de Europa de fines del XVIII— se entusiasmase con la idea de escribir —vertiginosamente— un drama. A primera vista, un pasatiempo; en el fondo, quizá, una necesidad.

Madrid, 1760. “El Pensador”. Donosidad, gracia, inquietud. Es lectura obligada de la de este seminario, rico en ocurrencias, en “pensamientos”, en novedades. Un ventanal abierto constantemente hacia afuera. España —la del XVIII— se asumiría a Europa por allí. Como Feijóo —“El Teatro Crítico”—, Clavijo había proporcionado otro portalón ultrapirenaico. Europa llegaba entonces hasta Gibraltar. La curiosidad se apoderaba por completo del europeo de 1760, (“Las gentes están dispuestas a recibir toda clase de impresiones”, dice Goethe en su “Clavijo”); Madrid leía y esperaba “El Pensador”. El provinciano insular “se ha hecho notar” en medio del torbellino cortesano. Como de él dice Goethe, no hay “autor nuevo que junte tanta fuerza de pensamiento, fantasía tan floreciente, con un estilo tan brillante y ligero”. Archivero Real, Director del Gabinete de Historia Natural; dadivoso y solicitado; amable y refinado; “juvenil y florido”, así era éste favorecido por la fortuna. Todo, gracias a la perspicacia e interés del Conde de Aranda, su protector.

Weimar, 1775. Goethe, consejero del Duque Carlos Augusto. Encerrado en su “capullo de seda” —según Ortega—, discurre su vida. Su vuelta a lo clásico, su dictadura cultural, su naturalismo, sus ensayos de Historia Natural; y, sobre todo, como apunta Ortega, su orgullosa soledad. El gran pájaro queda encerrado en su jaula de Oro. Ortega, con gran intuición, lo llama el Goethe de la medida. Su carcelero aúlico, el Gran Duque, le cortarían las alas, ansiosas de vuelo.

Fijémonos en estos dos hombres del XVIII. Sus vidas corren con la misma

serenidad. Olvidemos, por un momento, los románticos y fantaseados amores con María Luisa, de Clavijo; y los apasionados y melancólicos con Carlota, de Goethe. Veamos sólo sus destinos. Uno, encerrado en un agobiante Gabinete de Historia Natural, en el ambiente palaciego, petrificado por la imposición, el gusto y el dominio del Conde de Aranda; otro, retenido “en una corte liliputiense”, alejado de todos, contrariado y dominado por su amigo Carlos, el Gran Duque.

Massillon, Voltaire, Buffon, tres tradiciones de Clavijo; del último, sin duda, su labor más eficaz y acabada. Voltaire, Racine, Diderot, algunas de las versiones de Goethe. Sin embargo, detrás de estas aparentes preferencias, habían otras verdaderas. En Clavijo, se llamaba Adisson; en Goethe, Shakespeare y Ossian. Agudeza, ingenio, brillantez, en uno; sentimiento, naturaleza, expresión, en otro.

He aquí, pues, las justificaciones de dos limitados, condenados por el destino. “Me admiraría –dice Carlos a Clavijo en el drama goetiano– que fuéramos constantes”. Clavijo y Goethe son los que hablan: “pensar y hacer lo que queremos”, vuelve a repetir Carlos. Se diría que si el Clavijo (1774) es la gran justificación para Goethe –y aún no había llegado Weimar (1775)!–, el *Pensador* es la válvula de escape del crítico Clavijo.

Sentimiento; una herencia que Rousseau había dejado en su gran testamento, “El Emilio”, “La Nueva Heloísa”; el legado de otro Dios, Locke, en su “Ensayo sobre el Entendimiento humano”. Con vergüenza, temerosos de poseerlos, Clavijo y Goethe, esconden, casi con pudor, la posesión de estos dones inestimables. Arrastrados por el “fatum” –Aranda y Carlos Augusto, estos dos aparentes libertadores de conciencias aparecen prisioneros de voluntades ajenas; y sus vidas, movidas por la placidez y la facilidad, parecen tejidas en el mismo telar.

No fue el azar o el capricho de una dama tan sólo lo que influyó en Goethe para escribir su drama. Ni siquiera, el nombre de Beaumarchais. Únicamente le atrajo ver en aquel ardoroso periodista español un espejo de su propia imagen. Aquella, ya perdida, del apasionado e ingenuo Werther.

Siluetas de Galdós

En una casa de la calle del Cano, en Las Palmas, pequeña ciudad de las Islas Canarias, hay un trájín de mujeres. Es el 10 de Mayo de 1843. La esposa del teniente Pérez, que había luchado contra Napoleón en Los Arapiles, va a tener su décimo hijo. Se llamará Benito y será el niño mimado de hermanos, de padres y de tíos. Será un niño "callado y tímido"; así, al menos, lo afirman sus contemporáneos, compañero de colegio alguno de ellos. En el Colegio de San Agustín, único centro de enseñanza secundaria de la ciudad, Benito irá cursando el bachillerato: sin mucha brillantez, con grisácea opacidad. Reprimendas de sus maestros, faltas de atención; y, en vez de estudiar, dibujar, escribir, redactar. En las libretas del joven Benito aparecerá la caricatura del inspector de clase o del profesor de Latín; y alguna de estas caricaturas cayeron en manos del Director. O, ya a los 16 años, alguna poesía burlesca, alguna redacción de clase demasiado satírica. El estudiante Benito Pérez, poco hablador, observador fiel, iba emborronando sus libretas de muñecos, de caricaturas, de ironía...

Septiembre de 1862. Benito Pérez, después de haber aprobado en La Laguna, su bachillerato y su reválida, embarca para Cádiz. Va a comenzar su vida universitaria en Madrid, en donde piensa licenciarse en Leyes. De este primer viaje a la Península, Galdós ha dejado el borrador de un cuaderno de viaje, en donde no es difícil adivinar el germen de páginas futuras de sus Episodios. En Madrid, en la pensión, en compañía de paisanos —alguno, como León y Castillo, será Ministro y Embajador—, evocando la isla; colaborando en un periódico de carácter insular; viviendo los minúsculos problemas de política local, entonces rabiosamente debatidos. Fruto de estas luchas —se discutía la división administrativa del Archipiélago en dos provincias— serán decenas de dibujos en los que asoma ya, con toda plenitud, el fino humor del novelista. Del narrador de sucesos. Del buen costumbrista. Porque cuadros, cuadros de costumbres, serán estos dibujos enriquecidos con el anecdotario de la historia pequeña o de la historia grande. En algunos de ellos queda constancia de sucesos hoy ignominados pero entonces trascendentemente apasionables para la mayoría de los amigos y compañeros del futuro abogado. Un abogado truncado casi al comenzar los estudios...

En vez de la Universidad, la calle; en vez de las aulas, los cafés; en vez de las galerías de San Bernardo, los pasillos del Ateneo, cátedra viva en donde Galdós, como tantos españoles ilustres, aprendió lecciones escuchadas de viva voz. Teñidas de retórica. Salpicadas de anecdotarismo. Sus maestros se llamaron Salmerón, Robledo, Sagasta y tantos más: la historia aprendida en la oratoria, no en la crónica escrita.

1873. Han pasado diez años. El universitario se ha hecho periodista. Ahí están

las crónicas de “La Nación” y de muchos otros periódicos. Crónicas políticas, crónicas de sucesos, crítica musical –desde su juventud, Galdós exteriorizó su entusiasmo por el teatro–, algún artículo costumbrista... El escritor estaba velando sus armas. Hasta que aparece, en forma de folletín, su primera novela: “La Fontana de Oro”. El nombre de un café madrileño de la Carrera de San Jerónimo, famoso sobre todo en los años de Riego (1820-1823), le sirve para urdir una trama novelesca que descansaba en una página de historia bien reciente. De historia que, sin duda, escuchó de viva voz a algún viejo ateneísta. Atrás quedaban sus primeros balbuceos dramáticos, desde entonces perdidos para la historia...

1875. Albareda, político y escritor, aconseja a Galdós que escriba novelas históricas, género muy en boga entonces. El novelista más popular de aquellos años se llamaba Fernández y González, y en su haber tenía muchos títulos y muchas miles de páginas; entregadas puntualmente cada semana en el periódico de turno. (El folletín, presagiando el serial radiofónico o televisado). Galdós, también en forma de folletín, comienza a escribir una novela que lleva un título muy significativo: *Trafalgar*. El episodio –y este título genérico acompaña a las sucesivas novelas– no era medieval ni antiguo; todavía, en Santander, Galdós encontró algún viejo superviviente de la famosa batalla naval. Y por eso, la vida, la humanidad, las salpicaduras de realismo que tiñen toda la novela. Algunos de sus personajes están tomados de la realidad; los sucesos más importantes tuvieron por protagonistas a los gaditanos de comienzos de siglo. Y de este modo, Cádiz, aquella Cádiz entrevista por los veinte años de un isleño desde la borda del barco que por vez primera lo traía desde Canarias, adquiriría rango literario, se convertía en materia moldeada por la minerva del escritor.

1875-1912. Casi cuarenta años de historia española. La Restauración borbónica, la Regencia, y la Guerra de Cuba, los sucesos de Africa, el socialismo de Pablo Iglesias; el militarismo, la nueva burguesía, la incipiente industrialización. He aquí algo de lo mucho que Galdós vivió. Y que supo recrear en las páginas de sus Episodios. En las cinco series de Episodios Nacionales: comenzados con *Trafalgar* y terminados con *Cánovas*. 43 volúmenes que encierran la intrahistoria española desde comienzos del XIX hasta finales de siglo. 43 volúmenes poblados de personajes, henchidos de españolidad, teniendo como personaje principal al pueblo. Al sufrido, al ignorado, al esquilado pueblo español. Unas veces protagonista de los sucesos del 2 de Mayo –¡páginas goyescas e insuperables las de Galdós!–, otras espectador de ignominias y ultrajes –¡admirable la Segunda Serie de los *Episodios*, noticiario de la intimidad cortesana y palaciega!–, en alguna ocasión narrador de los propios sucesos –gracias al lenguaje picaresco de Monsalud, de Fajardo o de Gabriel Araceli. Y el novelista, atento, manejando sabiamente los hijos de sus personajes.

En estos casi cuarenta años, Galdós adquiere rango de figura nacional. Viaja al extranjero –Londres, París, Italia; se hace cabeza del grupo liberal con sus primeras novelas de tesis –*Gloria*, *La familia de León Roch*– provoca con *Electra* un

estallido de apasionamiento; comienza y termina sus mejores "Novelas Contemporáneas" —Galdós siempre preocupado por el hoy, no por el ayer lejano—, páginas clásicas de la novela realista española; interviene pública y apasionadamente en los sucesos políticos —amigo de Pablo Iglesias, asistente a mítines republicanos, firmante de manifiestos; escribe sus primeras obras teatrales, tentado otra vez por la sirena de las bambalinas. Puede decirse que son los años más fructíferos del escritor. En ellos deja concluida su obra. Y en ellos, también, vive intensa, trágicamente los capítulos más interesantes de la historia hispánica. Inclusive, los de nuestras derrotas coloniales, reflejadas no tanto en las páginas de sus *Episodios* cuanto en la atmósfera de alguna de sus novelas —¡callejuelas de los alrededores de Pontejeos, en *Fortunata y Jacinta!*—, o en el texto de algún discurso de ocasión. Como en el que pronunció en 1901, con motivo del homenaje recibido de sus paisanos canarios al terminar la tercera Serie de los *Episodios*. La Fe Nacional, la conciencia del espíritu de la Nación, late en las palabras del improvisado orador, testigo excepcional de aquellos años...

1912-1920. La ceguera, las operaciones de la vista, la falta de dinero. Puede decirse que el escritor estaba ya acabado. Ahora vivirá de sus rentas. Permisos para traducir sus novelas, montaje de sus obras teatrales, nuevamente en las candilejas de la política —Diputado por Madrid y por Las Palmas; en 1888 lo había sido de Puerto Rico—, veraneos en Santander —su segunda patria chica—, alguna colaboración periodística en la prensa nacional o en la hispanoamericana: tal fue la vida de Galdós en estos últimos ocho años de su existencia. En el Museo Galdós, de Las Palmas, se guardan las cartas, los manuscritos, las fotografías, los objetos que dicen más que cualquier página descriptiva. Fueron años de gran actividad social y hasta política: poco creadores. La arterioesclerosis iba minando cada vez más el organismo del escritor. Hasta que un 4 de Enero, en la madrugada, el cuerpo se hizo materia.

El Hombre

Grisáceo, silencioso, taciturno. Así lo han pintado sus escasos biógrafos. Pero sus silencios, plétóricos de inquietud. Pensar en un Galdós inhibido es tener de él una imagen falsa. Comprometido, fuertemente comprometido fue Don Benito; testigo y actor de la segunda mitad de siglo. Durante el cual las reinas se vestían de majas, los ministros de oradores y los generales de tramoyistas heráldicos. Hombre poco conversador, estuvo siempre atento a cuanto escuchó, resultó un fiel pintor de su historia y procuró auscultar con cuantos medios pudo la enfermedad de su Patria, aquejada de tantos y tan diversos males. Su tolerancia le hizo mirar con benevolencia las pasiones hispanas; y de ahí su regeneracionismo. Su deseo de hacer, de rehacer una nueva Patria, no cruzada de corceles belicosos, sino de comunes deseos, de laboriosos propósitos. "La Patria —dijo— es el conjunto de hombres unidos por ideas y tradiciones comunes". Y el descubrir esa unidad, el revitalizar esas tradiciones, el recalcar esas ideas fue el noble afán que le movió escribir las páginas de sus *Episodios*, llenos más de vida que de historia. Siluetados

no de pasado fósil, sino de tradición viva. Procurando hacer del ayer enseñanza del presente. Esforzándose, en fin, para que todos los españoles aprendiesen primero a conocer a España. Para amarla más; y para ennoblecerla. No para recriminarla. No para dividirla.

Ahondando en el espiritualismo tolstoiano, Galdós quiso hacer de sus sueños de escritor materia novelable. Y enseñanza viva para sus compatriotas. La Patria, palabra de tantos dobleces significativos, alcanza en nuestro escritor rango doméstico, estremecimiento humano, palpitación familiar. La historia, su historia rehecha no por estruendos y algaradas, sino por silencios recatados. Por intimidad reveladora.

El novelista vestido de ideólogo. Y el ideólogo, ante todo, hombre. Palpitando de honda humanidad. Que fue, en definitiva, el secreto de sus mejores páginas. Escribirlas más que con arte con estremecimiento vital. Para que fuesen mejor comprendidas. Y, sin duda, para que resulten más aleccionadoras.

Sófocles autor moderno

Hace ya más de dos docenas de siglos, un autor dramático griego se ponía de moda. Desplazaba su teatro, nuevo y revolucionario, al ya anticuado –más que por lo religioso, por lo escaso en realidad– de Esquilo. Había pasado ya la época de escenas, retorcidas, violentas, en donde dioses y hombres libraban, de viva voz, crueles luchas, debates angustiosos. Quizás a las gentes ya no les satisfacía contemplar los sufrimientos –espantosos sufrimientos– de Prometeo, mientras el coro de las Oceánicas le presagiaban futuros y más terribles males; y mientras Júpiter –el tonante Zeus– exigía más y más dolor para la Humanidad, simbolizada en aquel atormentado revolucionario. Con seguridad, el público sentía –catárticamente– el castigo de Prometeo, pero también quería saber más, averiguar más de sus sufrimientos humanos, de su vida terrena. Esquilo sólo se preocupaba de presentar a sus personajes uncidos al terrible carro del Destino, y de este modo, rotas casi ya la voluntad y la libertad, precipitarlos por el camino del “fatum” inexorable.

Al renovar Sófocles, con un aire más humano y más moderno, la escena griega, lo hacía movido por dos razones: una, rehumanizar, dar más vida humana a las obras dramáticas; otra, presentar al público ateniense –el mismo que había presenciado el gran espectáculo de Salamina– hechos y leyendas en las cuales los personajes tuviesen mayor libertad y sobre todo, mayor desligamiento de los aurigas divinos. El hombre sigue siendo una pieza más, insignificante, dentro del gran juego de los dioses; pero la virtud del dramaturgo consistía en hacer olvidar este sino trágico. Presentarlo de tal modo, a lo largo de la obra, como si el hombre pudiese, dueño y señor de algo que no era suyo –su destino–, disponer de su futuro. Vencer al porvenir, que estaba ya previamente trazado.

En *Antígona*, por ejemplo, la heroína –Sófocles inaugura el tipo de mujer heroica del teatro clásico– lucha, a lo largo de la obra por dos cosas: honrar la memoria de sus dos hermanos, uno de ellos infamado por decreto real; cumplir con un rito sagrado ordenado por “los de abajo”, como más de una vez repite ante los oídos escépticos de Creonte o ante los temerosos de su hermana Ismene. *Antígona*, por consiguiente, es una mujer de carne y hueso que sucumbe al destino –el coro, una y otra vez le predice su fin–, pero lo hace, precisamente, por no acatar una ley humana. El juego escénico casi se reduce a esto: de un lado, los hombres, con sus leyes, con sus decretos, con su lógica; del otro, los dioses, los muertos, la religión. *Antígona* es una temerosa de los dioses, honradora fiel de sus decretos; Creonte representa a la nueva sociedad ateniense, un tanto descreída. La misma sociedad que, pocos años después, se regocijaría ante las gracias bufonescas de Aristófanes, ya sin ataduras religiosas de ninguna clase.

Antígona se ganaría todas las simpatías del público; Sófocles se movía aún, al

escribir la obra, por motivos puramente morales. Pero lo hacía con discreción, no se extralimitaba; sabía muy bien hasta donde podía llegar su dosis de divinidad. Los dioses ya actúan a distancia, sin presencia real: son los propios hombres, ya más dueños de sus actos, quienes se precipitan hacia el fin que se han trazado. Antígona sabía muy bien que iba a morir, al desobedecer la orden real; Edipo –al menos, desde que el adivino le descubre el secreto de su origen– también, aún en lucha consigo mismo, se da cuenta de cuál es su fin, y cuál su obligación, como Rey, para salvar a la ciudad tocada por los dioses. El secreto dramático de Sófocles está en desenvolver la trama escénica de tal modo, que el espectador contempla el presente del personaje, aunque no ignora su inexorable futuro. Esta lucha de presente y futuro, sabiamente llevada, es todo el secreto de triunfo escénico.

Cuando, pasados más de veinte siglos, otro autor dramático, O'Neill, se aventura por el peligroso mar de la renovación escénica –no sólo de la material, sino del propio contenido–, lo hace siguiendo muy de cerca las enseñanzas recibidas del maestro ateniense. El teatro oneilliano está lleno, robustecido, por el soplo invisible de la tragedia ateniense; precisamente, de la sofoclea. Los personajes, de O'Neill, humanos, tremendamente humanos, en lucha con ellos mismos, más que con los otros, saben por anticipado cuál es su fin; lo tienen trazado no tan sólo por su creador, sino anunciado, entre líneas, bien por sus apartes, bien por sus otros *Yoes*, ocultos por la máscara trágica. O'Neill utiliza los mismos procedimientos de la tragedia clásica para conseguir los mismos efectos: en vez del coro –que también lo hay, aunque diluído en más de una obra–, los monólogos, los apartes, los presagios cumplen aquí la mejor parte.

En *El Emperador Jones*, bajo el signo estridente del tam tam, monótono, constante, el pobre protagonista, soñador de quimeras, se precipitará hacia su fin. Con una bala de plata o sin ella, el presunto emperador debe morir. Y es en la persecución por medio de la selva, entre gritos, entre aullidos, entre el estrépito de la caza humana, en donde se puede sentir mejor –en la angustia del protagonista– ese halo inescrutable del signo trágico. Ese aire catártico que se desprende de la representación escénica.

A través del tiempo, Sófocles sigue dictando su gran lección. La de su hondo sentido escénico. En la que el juego siempre está en manos del autor; a pesar de que, insensiblemente, no dejen de tener siempre los triunfos “los de arriba”, los inexorables guidores. O como los llama Homero, “los modelos de los hombres”.

Don Leandro Fernández Moratín

Hace poco más de un mes, se ha clausurado en Madrid, la exposición dedicada a Moratín. Yo me atrevería a decir que pasó sin pena ni gloria; únicamente, para algún curioso, para tal o cual erudito, y, por extensión, para algún desocupado que, visitante de la vecina exposición de Picasso, se arriesgaba, saltando por encima de los andamios que cercan a la Biblioteca Nacional, a curiosear por la sala destinada a Don Leandro. Moratín metido en los sótanos de la Nacional; por obra y gracia de un centenario, como si estuviese aún bajo el peso acusatorio de sus coqueteos josefinos, cuando llegó a ser Director de esa misma Biblioteca que hoy honra su memoria.

Siempre se me ha ocurrido pensar, desde mis años universitarios, qué significado podía tener un repetido grabado que, por fin, he podido ver directamente en su original en el Ayuntamiento de Madrid. Casi todas las historias de Literatura, en las páginas consagradas al siglo XVIII español, suelen estamparlo, a modo de símbolo. Y no andaban equivocados los historiadores. Aunque quizás, inconscientemente, no acertaran a comprender bien todo el significado del grabado. Es una escena del "Sí de las Niñas": la última escena de la obra. Don Diego, al centro, rodeado por su sobrino Carlos y por Paquita, la heroína femenina; debajo, el texto del diálogo:

Doña Paquita.— *¿Con que usted nos perdona y nos hace felices?*

Don Diego.— *Sí, prendas de mi alma... Sí!*

Para un lector poco avezado, un simple diálogo de comedia lacrimosa; una de las tantas comedias lacrimosas que llenaron las cazuelas madrileñas durante el siglo XVIII. Pero, ahora, después de haber curioseado un poco la intimidad de Moratín, yo me inclino a creer que hay algo más que lacrimosidad, que sentimentalonería ñoña debajo de tales palabras.

No voy a "descubrir" ahora lo que todos los manuales de Literatura han repetido y siguen repitiendo. Don Diego es un poco el propio Moratín, en cuya vida sentimental anduvo otra Paquita, de carne y hueso, a quien Moratín, desde Barcelona, desde Burdeos, desde París, desde Londres dirige sus pensamientos. Las cartas dirigidas a Melón, fiel corresponsal de Don Leandro, reflejan este puro y hondo sentimiento del escritor; del tímido y minucioso escritor que fue Don Leandro.

Moratín, se ha dicho, fue el prototipo de la comedia neoclásica del siglo XVIII: las tres unidades dramáticas, la pulcritud en la forma, la frialdad en el diálogo, la ausencia de calor en sus personajes, el pulimento, en fin, que caracteriza toda su obra literaria. Sí, se ha dicho todo eso, y no se ha dicho nada más. Pero es que

Moratín no fue sólo eso, un neoclásico. Moratín estuvo tocado ya por la llama sentimental; vivió los resplandores románticos, aunque no se quiso quemar en ellos. Los eludió cuanto pudo, pero no fue capaz de eludir su avasalladora influencia. Debajo del "*Sí de las Niñas*", la obra dramática más perfecta de nuestro siglo XVIII, late, Guadiana intermitente, esa brasa escondida que fue el bullicio prerromántico. Los derechos sentimentales de los jóvenes, el triunfo del sentimiento sobre el egoísmo, las palabras finales de Don Diego, la escena del perdón no pueden encontrarse en una obra estrictamente neoclásica. Moratín se comportó como un escritor más de su tiempo. Con su cultura, con sus lecturas, con su formación muy del XVIII; pero con su corazón, con su rojizo corazón semirromántico. No en vano sintió y tradujo a Shakespeare; no en vano escribió su "*Café*", en donde uno de los personajes, don Pedro, defiende la necesidad de "genio" sobre "facultades" para poder escribir una obra dramática. Y no en vano, también, fue autor de aquella correspondencia que ya conocíamos, en una buena parte, pero que parecía vedada a la curiosidad pública en su mejor contenido.

En la exposición moratiniana, riquísima en material documental y manuscrito, se podía hacer mentalmente el croquis espiritual de Don Leandro: con sus apuros económicos, con sus devaneos donjuanescos, con su angustia y su pesadumbre; con su humanidad, con su descarnada humanidad de español desarraigado. Porque en síntesis, éste fue su pecado, si pecado puede llamarse: Moratín vivió desarraigado. De la patria, de los suyos; de su mismo corazón al que, o no supo comprender, o no fue capaz de dar oídos. Sus latidos, sus estallidos están aún palpitando en las apretadas líneas de sus cartas, en los desdibujados folios de sus diarios inconclusos, en la melancolía tamizada y otoñal que desprende todo lo suyo. Todo lo íntimamente suyo.

Don Diego —el "otro" Moratín—, al estrechar las manos de aquellos sus dos nuevos hijos, sentía la necesidad de volcar su efusión contenida, sus sentimientos reprimidos. En la palabra "felicidad", dicha así, con su carga afectiva y activa —"hacer feliz"—, Don Leandro quería expresar los más soterrados amores, los más guardados secretos de su juventud: de su madura y agostada juventud. Don Diego, viejo al fin, encontraba en el amor de aquellos dos jóvenes, la satisfacción de su juventud perdida. De sus sueños no realizados. Y el volcar la efusión, en este léxico que ya es algo más que simples palabras vacías de contenido —"prendas de mi alma"—, anuncia ya, en el escritor un oleaje, todavía lejano, todavía inaudible, pero ya próximo: el oleaje de la pasión.

Don Leandro retrató su pasión en esta obra en donde el cincelado de la forma parece ocultarnos el contenido que se nos antoja traducido en el grabado que hemos estado comentando. Hasta se diría que se adivinan las lágrimas, las más contenidas lágrimas que inundaran después las mejillas románticas.

Sí, la frialdad de Moratín escondía un súbito resplandor: el de su incipiente romanticismo.

El Doctoral

1775. Orotava. Nace Graciliano Afonso.

Su padre, Cristóbal, pintor-decorador-restaurador. Garachico, Orotava, Teror, Las Palmas, La Laguna, conservan obras suyas. Comediógrafo de la escuela Calderoniana; como Alayón, agustino orotavense, autor de autos sacramentales. Graciliano, de niño, vivió de cerca las inquietudes artísticas de su padre. Se empapa de naturaleza, de historia y de vida. Un abogado orotavense amigo de su padre, le recomienda al Obispo Tavira. Obtiene beca para hacer sus estudios en el Seminario. En 1790, Seminario en Las Palmas. Clases, conclusiones, lecturas, tertulias. Profesorado. Profesor de Filosofía. Hasta 1806, su vida ligada al Seminario. Dirige y patrocina conclusiones filosóficas; facilita libros a sus alumnos: "libros prohibidos". El Seminario es un foco de Ilustración. Denuncias al Santo Oficio. Sumarias. El Profesorado del Seminario, enemigo de la Inquisición, siguiendo las pautas dictadas por el Obispo Tavira y por el Obispo Verdugo. El Seminario, "foco de opiniones arriesgadas", es el área de influencia y magisterio de Afonso. Expedientes inquisitoriales por lecturas de libros, por defender doctrinas arriesgadas, por discutir temas peligrosos para la fe. Galicanismo, Jansenismo, Ilustración: desde el Obispo Herrera, fundador del Seminario, hasta el Obispo Verdugo, se convierte en el verdadero centro cultural de todo el archipiélago.

En el Seminario, Albertos, Hernández Rosado, Lucas Ramírez, Casañas, Gordillo, Rafael Bento. Nombres ilustres en el foro, en el púlpito, en la poesía o en la política. Ilustrados "tocados por las nuevas ideas".

Entre 1790 y 1804, cursa simultáneamente sus estudios en el Seminario y en la Universidad de Alcalá. En Alcalá, coincide con Profesores y condiscípulos ilustres: Dusmet, Peraza, Romo, este último futuro Obispo de Canarias. En la Universidad, más lecturas, más "opiniones arriesgadas". El S.O. perseguirá la pista del Seminario y del estudiante universitario: por leer libros, por defender doctrinas poco aceptadas. La guerra con Inglaterra convierte sus viajes entre Canarias y la Península en una aventura más. En Mogador, en donde pasa algunos días, camino de Canarias, conoce y vive aventuras pintorescas. Según el Santo Oficio, "era muy notado por sus opiniones arriesgadas y afición a los libros prohibidos". Entre esos libros figuraban: Condillac, León, Van-Espen. Los mismos libros que llegarían y circularían entre los seminaristas canarios.

En 1806, obtiene la licenciatura por la Universidad de Osuna. Ahora, ya licenciado, podía aspirar a nuevos cargos. Por ejemplo a la Canongía Doctoral del Cabildo Catedral de Canarias.

Las oposiciones. Los opositores. El expediente de oposición, en el cual aparece el nombre de su hermano Roberto, que había sido juzgado por presunto asesinato; Roberto, escapado de la cárcel una noche, tal vez con la colaboración de su hermano Graciliano: el futuro Doctoral metido entre papeles de juzgados, aunque al fin saldría bien parado. “Las bolillas en la gorreta” le dieron buena suerte: Los Decretales de San Gregorio fueron algunos de los temas de su oposición. Ya es Canónigo Doctoral: muy pronto tiene que intervenir en bastantes problemas, que no serán sólo capitulares, sino políticos.

Mayo 1808, sucesos de la plaza de Santa Ana. El Cabildo Permanente se hace cargo del gobierno. La Junta de La Laguna envía al teniente coronel Creagh para destituir a las autoridades nombradas por el Cabildo grancanario. Hay encarcelamientos, y Afonso, una vez más, es acusado de convivencia con los encarcelados; con él Pablo Romero, Isidoro Romero, José Quintana y tantos amigos más que se reunían a comentar los sucesos y las noticias que llegaban desde Cádiz. Afonso empezaba a jugar a la conspiración. Y, mientras tanto, redactando informes, como el de la fiesta del Pino en Teror de 1808, cuando los capellanes teronenses “no dejaban horas de reposo necesarias a los canónigos que se desplazaban desde Las Palmas a las Fiestas del Pino”.

Informes, informes. El Doctoral, “informa”: sobre el pleito con los administradores de Jandía; sobre la diputación capitular que debía saludar al Arzobispo Prats, camino de Caracas; sobre cómo celebrar la instauración de la constitución de 1812; sobre la ausencia del Cura Gordillo, iracundo y violento en sus modales; sobre las medidas a tomar en la peste de 1811; sobre los primeros intentos de división episcopal de la Diócesis; sobre la administración del legado del Obispo Verdugo, destinado a terminar las obras del puente sobre el barranco y a la traída de agua potable para la ciudad; sobre la organización del Seminario, del cual es nombrado rector; sobre la redacción de un edicto pastoral encomendado por el Cabildo Catedral, estando vacante la sede episcopal por muerte de Verdugo. El Doctoral informando, el Doctoral escribiendo, el Doctoral interviniendo fuera y dentro del Cabildo Catedral. Y haciendo sus primeras armas de escritor; así, en el Edicto Pastoral que le encomienda el Cabildo Catedral:

“La libertad parecía haber huído de Europa y haberse refugiado en Inglaterra... Para la España la libertad era una quimera de imaginación desterrada en el país de las fábulas. Consentir gustosos a que torne el culto a su antigua simplicidad... sin más prácticas que las necesarias..., uniformes sólo con sus dogmas y un pequeño número de instituciones apostólicas”.

Algunos párrafos del Edicto. Entre líneas, Locke, Helvecio, autores manejados por el canonista Afonso, el primitivista Afonso. El defensor de la vuelta a los ritos y la “Iglesia primitiva”. Un Edicto Pastoral cargado de política, de novedad, de espíritu revolucionario. En 1822, elegido Diputado a Cortes. “Mil pesos al Sr. Doctoral”, dice el texto de las Actas del Cabildo, para poder hacer viaje a la

Península. El Doctoral cambia su silla de coro por el escaño de diputado.

1821-1822. Elecciones en el Palacio Episcopal. Sus amigos consiguen su acta de diputado. Su pasaporte reza así: "46 años, talla regular, color moreno, cabello cano, ojos negros, nariz aguileña, y barba clara". El 4 de Marzo, desde Sta. Cruz de Tenerife rumbo a Cádiz; viaje accidentado. El 24 de Abril, residiendo ya en la Calle Mayor Madrileña. Tres días después, jurando en las Cortes su cargo de Diputado.

Interviene en la Comisión de Instrucción Pública, defiende la unidad eclesiástica, lucha por la unidad episcopal del Archipiélago, defiende la tesis de la independencia de Estado e Iglesia (Obispos independientes del Papa; no intervención de la nunciatura Vaticana. Recuérdese entre las tesis defendidas por Afonso en sus años de seminarista: "No nos atrevemos a proclamar al Papa como infalible"). El seminarista pesando sobre el diputado.

En los sucesos de la "capitalidad interina", en Sta. Cruz de Tenerife, con gran prudencia, Murfi, diputado tinerfeño, y Afonso, diputado grancanario, ¿estableciendo un pacto secreto para que quedasen en cada isla determinados estamentos?

Afonso, "gran pájaro de la libertad", en el grupo de las liberalistas más radicales. En Sevilla, ya en 1823, vota la incapacidad del Rey, del Rey Fernando. Lucha contra la política de Bencomo y de sus amigos tinerfeños que buscaban y consiguieron el obispado de Tenerife. Desde Sevilla a Cádiz, siguiendo a las Cortes y al Gobierno. En Cádiz, escribiendo cartas dramáticas a su Cabildo Catedral. Desde Cádiz hacia Las Palmas. Desde el Puerto de la Luz a Gáldar. Desde Gáldar a Sta. Cruz de Tenerife. Desde Tenerife a Venezuela. El Diputado comenzaba su vida de exiliado político.

1821-1837. En Venezuela, sus primeros versos. Versos valdesianos, prerrománticos:

*Deja que el labio ardiente
bese tu blanca mano.
Y con llanto inhumano
le riegue el ansia fiel.*

La "Ninfa del Manzanares" vestida con traje bucólico y con aire prerromántico. Años venezolanos que transcurren con la ayuda de paisanos y amigos que residen en Venezuela. Afonso cantando a la libertad nueva que había llegado a Venezuela: celebrando a Monagas, un general y caudillo venezolano. Mezclando la lírica amorosa y el canto pindárico.

San Juan, Parroquia de Puerto España, en la isla de Trinidad. Graciliano Afonso párroco: desde 1835 a 1837. Labor evangélica. Sermones en francés y en inglés. Y Meléndez, el poeta Meléndez Valdés, que le acompañará en sus versos fechados en Trinidad. El párroco-poeta leyendo a Píndaro, a Horacio, a Anacreonte,

a Virgilio. Y traduciendo. Gracias a un amigo que poseía una buena biblioteca. El párroco, el poeta, el escritor leyendo, traduciendo, emborronando cuartillas y folios. El exiliado descubriéndose como poeta.

Y enriqueciendo su anacreontismo y su prerromanticismo.

San Juan de Puerto Rico 1837. *El Beso de Abilina*. Su primer libro. 22 odas de Afonso, 64 traducidas de Anacreonte y el *Poema de Leandro y Hero*, de Museo:

**Y yo ardía, y tu ardías
en una misma hoguera,
y delirantes ambos,
con la pasión extrema,
perturbada la vista,
las bocas entreabiertas
por un secreto impulso
un tierno beso estrella.**

Sensualidad, erotismo, amor. Juan Segundo, poeta flamenco del Siglo XVI, traducido por Afonso, le sirvió de modelo. Y Meléndez, el poeta de Salamanca. Con Meléndez, Abibina, una pastora de Tacoronte que parece escapada de una égloga valdesiana. Egloga que le sirve al poeta para volver sus ojos expatriados a su isla natal. Para transfigurarla con versos que ya son modélicos:

**¿Te acuerdas, Abibina?
Mi amor, tú si te acuerdas
del día en que jugamos
a la gallina ciega,
con tus hermanas lindas
y gratas compañeras,
entre ellas descollando
cual de las flores reina...**

Lamartine (*El Lago*: “Una noche, ¿te acuerdas?”) pudo servir de modelo; pero la frescura de los versos es valdesiana. El prólogo del libro, inédito, es pieza importante. Resumen de la poesía anacreóntica española.

El Beso, libro capital hoy en la historiografía literaria puertorriqueña. En 1838, decretada por la Reina Isabel la amnistía para los exiliados políticos, regresa a Canarias. El pasaporte hubiese dicho: “63 años, pelo blanco...”

1838-1861. Desde América a Las Palmas. En Sta. Cruz de Tenerife, mientras el barco hace la cuarentena obligada, *La Oda al Teide*. Poema personal, autobiógrafo. Evocador e histórico. El historicismo lo había aprendido del Duque de Rivas, su compañero en las Cortes; de Quintana, la grandilocuencia. Buena parte de la poesía regionalista romántica insular arrancará de esta Oda y de otros poemas publicados por Afonso dedicados a temas de la historia regional (Icod, Dácil, Doramas). Reincorporado a su Cabildo, gran actividad capitular. El Doctoral sigue informando,

con los primeros achaques de una vejez prematura. Sobre la creación de un Instituto en 1846, que nacería en La Laguna en año después; sobre el cólera de 1851; sobre las disputas con el Provisor del Obispo Codina; sobre su solicitud de encontrar un nuevo asiento catedralicio, ya que el de Las Palmas le iba resultando incómodo. Vísperas del Concordato. Fortalecimiento de la autoridad episcopal. Y Afonso defendiendo el Regalismo.

Además de informes, cartas. Cartas a los arrendatarios del Cabildo de Fuerteventura, Lanzarote, Tenerife. Cartas relacionadas con las ediciones de sus primeros libros editados en Las Palmas. Así, la traducción de *La Eneida*, de Virgilio; o *El Paraíso Perdido* de Milton; o *El rizo robado*, de Pope. Afonso traduciendo inglés, francés, latín. Más tarde, años después, *La Antígona*, de Sófocles. La madurez del hombre junto a la del humanista. Desde 1850, el Colegio de San Agustín, en donde desempeña cátedra de Retórica y Poética. Cátedra de Liberalismo y de Literatura. Tal vez, algún mozo llamado Benito Pérez o León y Castillo pudieron haberlo conocido. O, al menos, haber percibido la estela de su paso. Afonso, una vez más docente. Deseoso de llevar cultura a sus paisanos. Afanoso de comunicar ciencia a la juventud. Por sus aulas pasaron: Juan Evangelista Doreste, León y Joven, Agustín del Castillo, los hermanos Escobar y muchos más. Tal vez algunos de los “niños de la Laguna”: un grupo de jóvenes grancanarios a los que la agudeza de Galdós dedicaría alguna caricatura.

Cólera de 1851. Oda a Codina, Obispo que tanto significó para una Ciudad llena de muertos. Versos escritos no sólo con retórica, sino con amor hacia el desvalido. Carretas llenas de muertos, cementerios improvisados, enfermos abandonados por su familia. El poeta Afonso vio y cantó el horror y el amor.

Caridad, educación, filantropía: viejas y remozadas ideas propias de un ilustrado afanoso siempre de enseñar. Así, Emiliano, Teófilo, Amaranto Martínez de Escobar. Primero, alumnos; después, discípulos; siempre, amigos. En su vejez de la casa de los Reyes Católicos, la tertulia de los Escobar y otros amigos acompañan al Doctoral. A Pedro Susana, su criado, le compra una casa en la calle de García Tello; “con los atrasos” que el Cabildo Catedral le adeudaba. Octogenario, enfermo, aún asistiendo al Cabildo; informando, escribiendo versos, leyendo, Afonso veía transcurrir sus últimos años. Mientras la ciudad iba adquiriendo otro talante y otro modo de vida.

En Agosto, en 1861 en su casa de la calle de los Reyes Católicos, en Las Palmas el Doctoral Afonso muere.

Con él desaparecía 53 años de “doctoral”; y 86 años de inquieto vivir.

Evocación de Blas Cabrera Felipe

Estaba allí, en una estantería de la biblioteca, de la vieja biblioteca a la que acudía casi todas las tardes. Era una biblioteca provinciana, polvorienta y silenciosa. Tenía las viejas novelas de Sué, tenía las novelas de Baroja —¿por qué atraía tanto Baroja a aquellos lectores quinceañeros?—, tenía los primores de Azorín en unos ya valentudinarios «Australes», y tenía viejos manuscritos; y libros de Historia, con más láminas que textos; y, sobre todo, tenía, evocada hoy, fragancia de costumbre inveterada. Al salir del Instituto, casi todas las tardes, íbamos hacia aquella sala destartalada y casi familiar; en donde, en ocasiones, leíamos; en ocasiones hacíamos los problemas de Matemáticas; en ocasiones destartalábamos el silencio impuesto desde la ventanuca del vigilante con ademanes unas veces enérgicos, y otras, suasorios.

Sí, en aquella estantería estaba la colección de la revista, con cubierta blanca y roja y negra, con dibujos originales e incomprensibles —¿quién sería aquella Maruja Mallo de los monigotes?—, con un índice atractivo y pulcro. Era una revista de la que nos había hablado aquel profesor de historia, de voz chillona y aire escrutador. La revista, decía, tenía artículos de historia, de filosofía, de literatura y, sobre todo, tenía aquellas limpias, aquellas deliciosas letras capitales, aquellas primorosas mayúsculas que parecían bailar en medio de cada página. Para atraer, para seducir al lector.

La “Revista de Occidente” nos dio en alguna ocasión la posibilidad de leer por vez primera un nombre llamado Lorca, o Alberti, o M. Hernández, o Aleixandre. Y nos adentrábamos en las delicias rítmicas del romancero, o en las inexcusables metáforas de *Los Angeles* y sin darnos cuenta nos íbamos convirtiendo en lectores de primores. En lectores de textos semicomprendidos, pero atrayentes. Y la revista —aquellos ejemplares manoseados, desencuadernados— pasaba de mano en mano. Y más de un lector, brillante ensayista hoy, nos explicaba a su manera la hermeneútica de los versos o la metáfora de una prosa escrita por la euritmia de Ortega, aquel Ortega de nuestras mocedades, descubridor e incitador de tantos ideales...

En la revista, además de literatura, y de historia, y de filosofía, se publicaban textos científicos, etruscos textos incomprensibles para nuestros afanes de curiosos lectores desordenados. Y entre ellos surgía un nombre, Blas Cabrera. Alguien nos dijo que era un físico, que había nacido en las Islas y que desempeñaba su docencia en Madrid. Que era un sabio y que colaboraba con otros sabios en materias cuasi crípticas que iban más allá de la física clásica, mal estragada por nuestros caletres bachillerescos.

Cabrera escribía sobre el mundo del átomo —galaxia perdida para nuestro analfabetismo físico— y lo hacía con sencillez y con claridad. Manejaba aquel

escritor un lenguaje distinto al de otros colegas suyos y pensaba de un modo especial, luego lo supimos, en los lectores comunes de una revista de contenido muy amplio y, por tanto, de lectores con gustos y preferencias muy variados.

Allí fue el descubrimiento del escritor. Y allí quedó en el aire la seducción de un nombre del cual sólo había quedado el eco de un apellido. O la resonancia de algo recóndito y secreto.

Pasado el tiempo, pisando ya las aulas universitarias, aquel desordenado lector volvió a tropezarse, en la mesa de un compañero de pensión –estudiante de ciencias químicas– con un texto de Cabrera, de un Cabrera que se llamaba Juan. Y volvió la evocación de aquellas lecturas de la “Revista de Occidente”, y volvió el afán de conocer algo más de aquel ensayista casi desconocido. Un inolvidable profesor de historia le procuró un ejemplar, hoy casi incunable, sobre la radioactividad, un manual escrito para inexpertos e indoctos. Y los arcanos se iban llenando de destellos. Destellos fugaces, pero destellos. Y otro profesor, un inolvidable profesor de ciencias naturales que había conocido al autor del libro, le contaba anécdotas de aquel sabio ignorado que hacía muchos años había abandonado su patria devorado por el torbellino... Y en el libro vio por vez primera su efigie y el nombre se llenó de sustancia.

Al releer hoy en el volumen –homenaje que ha recogido una “selecta” de su obra– el discurso de su ingreso en la Academia de la Lengua, es posible confirmar la sospecha del lector quinceañero. La sospecha del don de la claridad. Y en cada una anotación, y en cada una la explicación. El escritor, escritor ante todo, rezumando claridad. Los aldabonazos de la ciencia española y los recordatorios de un nombre resonador de magia, Einstein, surcando el laberinto de unas páginas y el desgranar de un discurso académico.

Blas Cabrera Felipe, lanzaroteño de Arrecife, español universal, maestro de la física en los últimos setenta años, fracasado alumno de derecho, colega de los maestros europeos, iniciador de sistemática investigadora en España, ejemplo y paradigma para los investigadores, resulta hoy, en el centenario de su nacimiento, una página encontrada de la historia de la ciencia española. Esa historia que se escribe con nombres olvidados, pero que se rubrica con señales indelebles.

Las que se han escrito con el esfuerzo y el magisterio de un sabio.

El Marqués de Santillana, poeta «Ardit e osado»

Para Saulo Torón, Pedro Perdomo y Agustín Millares

Se cumple en estos días el V centenario de la muerte de Don Iñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana, fallecido a los 60 años de edad. Releyendo su obra, anotando sus versos, he ido entresacando estas notas que hoy os ofrezco a vosotros, discípulos como él de la “gaya sciencia”.

¿Y sabéis qué es lo más atractivo de su vida? Su pasión. Su esforzada pasión. De ella os desearía apuntar –volver a recordar– tales o cuales notas quizás demasiado repetidas, pero no suficientemente deslindadas.

Cuando Ortega, con aquella su ejemplar elegancia, decía que “cada generación tiene su vocación propia, su histórica misión”, estaba adelantándose a las variadas definiciones que se iban a dar por los historiadores de la Literatura del fenómeno del “compromiso” o del “engagement”. Guillermo de Torre, por recordaros un nombre, ampliaría estas ideas en *“Literaturas de Vanguardia”* y en otros libros posteriores, *“Problemática de la Literatura”*, entre ellos; y sería él, y con más precisión Américo Castro, quien descubrió en el siglo XV –el más pasional y turbulento de nuestra historia–, los primeros hitos del “compromiso social”. En él se encontraría por vez primera, el mundo privado y público de cada escritor perfectamente delimitados; y, lo que es más importante, puntualmente jerarquizados. Uno de estos escritores, sin duda el más conspicuo de todos, fue el Marqués de Santillana, un “español fiel a su época”.

Agustín Espinosa –¿lo recuerdas tú, Agustín Millares?–, en sus luminosas clases de Literatura, lo llamaba “galanteador demasiado serrano”; y recitaba con aquel seseo suyo tan peculiar, los versos de sus serranillas y de sus trovas provenzales. Agustín se detenía especialmente –cosa muy natural– en el provenzalismo de Santillana, el fenómeno más sobresaliente dentro de su obra literaria. Además, nos hablaba de los “malabarismos” renacentistas de Santillana, sonetista, endecasilábico, dantesco, y nos releía, muy despacio, los párrafos más expresivos del “Premio” en donde el poeta daba fe de sus preferencias literarias, inclinadas hacia “La Francia y la Italia”. Sobre todo a Italia, “ca sus obras se muestran de más altos ingenios, e adornanlas e componenlas de fermosas y pelegrinas estorias”.

Pero Don Iñigo se mostró tan feliz escritor en prosa como en verso. Ahí están: *“La Glosa a los Proverbios”* premio de la paremiología cervantina; el *“Diálogo de Bias contra Fortuna”*, ventanal abierto al platonismo de Garcilaso y Fray Luis de León, modelo del senequismo hispano; y el *“Doctrinal de Privados”*, y de cuya relectura son fruto estas notas mal ordenadas. En él, en este poema didáctico, según rezan las Preceptivas, y estremecedor, según se van deshilvanando sus versos, el Marqués de Santillana nos ofrece el mejor mapa espiritual de su tiempo.

Tuvo Santillana una vida movida, accidentada, difícil. Manejó la lanza y la pluma, aunó la acción con la reflexión; y de tan feliz ayuntamiento surgió el hombre, entero, cabal. Fue *El Doctrinal* la expresión más fiel de su humanidad, de su mucha humanidad. La pasión y el rencor del político ofuzcan por completo la finura espiritual del poeta, y así, subvertidos los valores, cada verso es más fruto del doméstico individualismo que del amplio y universal objetivo. Don Alvaro de Luna, víctima del poeta, aparece –gracias al ejemplo que ya había dejado Dante– como un ente diabólico y sobrenatural, morador de las infernales moradas. Quedaba atrás la amistad con el Valido, los comunes juegos cortesanos, la fingida amistad de otrora, los casamientos y los vínculos cuasi familiares: ahora sólo prevalecía el orgullo del noble, cabeza visible de la facción triunfante. La sanguinolenta cabeza del Condestable parecía aún viva merced al odio, al encono, al fuego con que la vivifican los versos de Santillana, en este momento olvidado de sus viejas lecturas senequistas y de sus más nobles enseñanzas.

Caudillo de la nobleza rebelde, y feudal, cada vez con poderes más menguados y privanza más mortecina, poseía, como el Condestable, aquella devoradora “cobdicia” tan endémica en los hombres del siglo XV, según refiere el puntualísimo Guzmán; y “la humanal cobdicia” fue el signo más característico del reinado de Juan II de Castilla. Cegados por ella cayeron Pedro Manrique, Gómez Benavides, Sánchez Alvarado, Diego de Vadillo, Pero Niño y tantos otros nobles del Marqués, mucho más afortunado en su juego... o más habilidoso. Porque como dice Don Marcelino, fue “Santillana tan buen diplomático como poeta”, y ya sabemos el lato significado que aquella voz tiene durante la Edad Media. Podría decirse que representaron Don Alvaro y Don Iñigo dos caminos distintos: la tradición y la novedad. Y venció, justo es reconocerlo, la primera: los fueros, los privilegios, el poder nobiliario sólo podían cercenar el vigor y la prudencia de los Reyes Católicos. Pero de la pugna sólo interesa destacar este hecho: Luna y Santillana más eran movidos, al decir de Guzmán, por “cobdiciosos afanes” que por el “zelo y amor a la república”. Y este “cobdicioso afán” es el hábito que flota por encima de la rotundidad rítmica del *“Doctrinal de Privados”*.

“Con rencor e con vengança” fue escrito el Poema, en el cual la autoconfesión pública del pecador es hija de la violenta sátira y del poco espíritu cristiano del poeta. Vitalmente atado aún a los problemas que había conmocionado los primeros cincuenta años del siglo XV, Olvidado de su mansedumbre, Santillana nos ofrece el aguafuerte más nítido de una sociedad a la que él mismo se sentía, por muchas razones, violentamente atado. Es posible que Séneca haya tenido algo que ver en los versos morales de muchas de las octavillas del poema, pero no es menos cierto que el espíritu belicoso y acusador de la obra es hijo del político, feliz rimador de los versos. Santillana, hombre de su tiempo, participó de sus virtudes y de sus defectos, y entre estos últimos no fue el menor la virulencia, la versatilidad y la fiereza con que pretendía convertirse en testigo imparcial de la historia. “Difícil le fuera entre tanta multitud de errores vivir sin pecar”, dice Guzmán, y calla prudentemente el historiador aquella “ambición desordenada” tan característica del siglo y tan

connatural con nuestro poeta.

Pero ya es hora de volver al “Doctrinal”. Para releer algunos de sus versos, para deleitarnos con sus enseñanzas, para revivir su historia. Si me pidiéseis vosotros, poetas amigos, una octavilla, yo os escogería ésta, no por repetida menos ejemplar:

*Lo que non fice, faced,
favoritos e privados:
si queredes ser amados,
non vos teman, mas temed.
Templad la cupida sed;
consejad rectos juicios;
esquivad los perjuicios;
la razón obedesced.*

Y seguramente vosotros también, como yo, gustaríais de su fragancia y de su actualidad. La concisión de los versos, la riqueza conceptual, la gradación del razonamiento (Observad la justeza con que el poeta ha escogido los imperativos suasorios: “Templad”, “consejad”, “esquivad”, “obedesced”), las antítesis oportunas: todo predispone al regusto del vigor y la vivacidad dignas de un gran poeta. Si quisiéramos ser más exigentes en nuestra selección, yo os apuntaría el quinto verso.

templad la cupida sed.

Porque su transparencia y su nitidez mal encubre la originalidad de la sinonimia, agudamente expresada por ese epíteto tan agudo: “cupido”. Esa “cupida sed” que fue santo y seña del poeta y que sobrepujó a su cordura y a su templanza. Difícil lucha, sostenida a lo largo de su vida, que sería el rasgo más definidor de su biografía.

El término de tan porfiado combate ocurrió en la misma ciudad de Guadalajara, coso de sus más celebradas hazañas. Se aprestaba su ánimo, templado en la lucha, a entablar la batalla más peligrosa: aquella a la que, con él mismo dejó dicho, se iba “syn turbación e con tranquilidad e reposo”.

Comenzó tan singular torneo el 19 de Agosto de 1398, en Carrión de los Condes, y concluía en Guadalajara, un 25 de Marzo de 1458. Entre esas dos fechas, la rojiza llama de un corazón más lleno de pasión que de ternura.

Amigo del ardor y la osadía.

La gruta del humor

En recuerdo de Agustín Espinoza, quevedino y zumbón.

Quevedo, almacén de chistes; albañil de ingenio. Aquí, sacando un chiste; allí, levantando el cañizo de su volatinería ingeniosa. Quevedo, vestido de titiritero, jugando con bolas, con tablas, con muñecos invisibles. Perceptibles por su profunda intuición; por aquel su ingenio, socavador de todos los secretos. Quevedo, también, vestido de caballero cortesano, andando y desandando sus paseos por la Corte, descubriendo por doquier con su desenvoltura y con su desparpajo lo que otros ven, pero no comprenden. Explicándolo todo, diciéndolo todo, sin callar nada. Desatando el ridículo y armado con la burla. Con la afilada espada de su chiste.

No es pícaro, porque descubre la picaresca; no es ocioso, porque censura la holganza; no es fullero, porque denuncia a los gariteros; no es entretenido, porque siempre está en acción. Quevedo es denunciador; valiente e irrespetuoso que, sin medir la materia denunciable, viste con descarnadura lo que debe ser vestido con honra, con respeto o con fama. Quevedo denuncia con frialdad, hasta con crueldad; porque, sin querer, se estaba denunciando a sí mismo.

Pasea por la corte su figura desenfadada; todos le temen, o todos le sonríen. Los Grandes, por su mordacidad; los infelices, por su valentía. Sabe en dónde están las "figuras", sabe por dónde atacarlas. Se mete, sin arredrarle las peripecias, en la gruta de las deformidades para, después, referir cuánto ha visto llamando a cada cosa por su nombre. Cavernícola él mismo, en el más noble sentido del vocablo, aficionado más a la sombra que a la luz, intuye las penumbras, descifra los sueños, dialoga con los fantasmas. Da igual que baje a los infiernos o que suba a las buhardillas de las conciencias: este diablo entrometido de su ironía, esta guarda incesante de su palabra está siempre al acecho. Para no dejar escapar nada. Para vigilarlo todo.

En la cantidad no puede darse ni por más ni por menos; si el humorista, debe ser dibujante fiel; si la caricatura, tiene necesidad de la precisión y de la contención; si la línea, debe vencer al volumen. Quevedo, dueño de sus sensaciones, equilibrista fiel con sus propias imágenes, supo dejar constancia de su arte pictórico. Que no es estilizado, ni es voluminoso, ni tampoco superficial; sí hondo, penetrante, tridimensional. Visitador de las rinconeras más oscuras, de las grutas más intrincadas, de las obscuridades más espantosas. Quevedo siempre tiene el estilete a punto. Nunca deja al azar la descripción o la silueta. Sabe perfilarlas, o rechazarlas. A fuerza del contraste, a fuerza de la paradoja.

Desengañado, irónico, sarcástico, aparenta madurez y sólo es dueño de la infantilidad. Porque sólo las almas infantiles, sólo los espíritus niños pueden entrever, recrear imágenes tan sutiles, visiones tan complicadas. El niño juega, se



deleita con sus propias creaciones; el adulto necesita crearlas para poder, luego, jugar con ellas. El humorismo de Quevedo es fruto de su infantilidad y, aunque nos parezca risible, de su candor. Así, los “enanos” son gigantes; los “corcovados”, erguidos; los “calvos”, con cabellera; ha bastado una lente, un cristal de cien colores. El prisma irisado de la ingenuidad. O de la sátira.

Aquí viene ya la primera “figura”. Es el primer “intento” de Quevedo, cazador de lo inverosímil. “Espada a la jineta”, “daga a la brida” “bálsamo y olor para los bigotes”; así aparece la afectación vestida de carnaval. Bizarria por fuera y cobardía por dentro, vasallos del miedo y señores de la insolencia, hidalgos de la mentira y disimuladores de sus muchos pecados, gesticuladores e insolentes, habladores con palabra sin sentido (“A lo superior llaman bonito; a lo bueno, razonable, y a lo mediano, pésimo”); así había llegado a Quevedo la primera imagen cortesana.

Los “accionistas de la valentía” vienen después. La bravura la disfrazan de lindezas, al hombre con la tosquedad, la temeridad la visten de gesticulación; nada más vivo, nada más lineal, ni más deforme ni dicho con más sencillez de medios. Se adivina el carbón esquemático de “la figura”: “Visten a lo rufianesco, media sobre media, sombrero de mucha falda y vuelta, faldillas largas, colete de ante, estoque largo y daga bufda”. Son más lacayos que señores, ayos más que servidores; pero lacayos de sí mismos y ayos de su persuasión.

En la ancha plaza de la Corte tienen cabida todos los denunciados. Porque en ordenada República debe haber toda clase de ciudadanos. Junto a los valientes vienen los “sufridos”, “gente de gran prudencia y sagacidad y que con más comodidad y estimación pasan su vida”. Allí, los cornudos; allí los haraganes; allí los agasajados. Los hay de todas las clases, y toda condición. Quevedo los conocía por sus nombres, y los señalaba por su especie. No podía ser más preciso: “en casa usan de gran silencio por no inquietar al huésped y espantar la caza”. Españoles de pro, defensores de hidalguías, de noblezas arruinadas, de comodidad y de gorronería. En más de un verso quevedino aparecen retratados, pero, aquí, en el marco ceñido de la prosa, aparecen más reales, más vivos. O más teñidos de carbón; del carbón caricaturesco.

¡Ah!, pero Quevedo no se contentó con levantar los tejados de cristal de las conciencias. Se entrometió muy adentro, socavó las andaduras; y llegó a los infiernos. La “caldera de Pero Gotero” –riqueza semántica merced a una simple letra– hervía de chismes, de gritos, de embustes. Los chilindrones, los embustersos, los soplones, los aduladores, los letrados, las dueñas; confuso alboroto había en los reinos plutónicos. Y los ojos de Quevedo bailando de contento: “Delante el soplón haciendo aire... la Dueña en zancos de fuego le seguía... El Entrometido no dejaba ánimo sin gesto y reverencia”; nada se le escapaba al diablón de Don Francisco. Se topaba de buenas a primeras con un “testigo falso”, teniendo por “ojos dos bolas de fuego”. Y encontraba un emperador vestido de hojalata: “la cabeza tenía coronada de laurel, el cuerpo lleno de heridas, el cuello lleno de sangre”. No importa que se

llamase César, porque el Rey Felipe también lo era; y, sin duda era la sombra del Rey la que había cruzado por delante de los ojuelos miopes del infernal visitante.

Endemoniado humor el de Quevedo. De tintes negros, de sarcasmo, de erizado filo. Hería, rebotaba, cruzaba el aire el tajo del cinismo quevedino. Flajelador constante, censor implacable, teñía el sarcasmo con la sonrisa; aunque gotease sangre.

Sí, de la caverna del mundo salía Don Francisco de Quevedo más dispuesto y más enriquecido. Dispuesto a nuevas aventuras y enriquecido con soñadas imágenes. Le había bastado un poco de ingenio y otro poco de fantasía. Lo demás... ¡Ah!, sí, lo demás lo había puesto la Literatura. La locuela de la razón había roto una vez más sus enrejados. Derribados por el mandoble mordaz de Quevedo.

Nicolás Estévez

Don Nicolás Estévez fue una figura de relieve en la Historia decimonónica española. Anduvo de aquí para allá, pasó parte de su vida fuera de su Patria y supo, quizá precisamente por eso, amarla y respetarla más. París, Habana, Puerto Rico, Nueva York fueron lugares que conoció el espíritu aventurero del ex-capitán canario que un día, lanzando al aire su uniforme, quiso conocer el destino o quiso, sin saberlo, romper el "fatum" que le había acompañado hasta entonces. París fue su residencia más constante; allí para tentación de los bibliógrafos, dejó en la casa Garnjer —más española que francesa— buena huella de su paso. Una huella que seguirían otros muchos españoles —gran número de los cuales habían nacido en las Islas— y que, por las mismas razones que Estévez, o, simplemente, por un deseo de bohemia, se lanzaban al torbellino del París de finales de siglo. Alejado de su Patria, runruneando sus viejos ideales, haciendo gala de su endiablado humor, luchando a brazo partido con los Garnier, Nicolás Estévez aparece en medio de aquel París todavía afanoso de rococós y de señoras estilo Imperio como un inadapado. Era un español fuera de España que, en todo momento, recordaba y recordaba lo que había más abajo de los horizontes de Francia; o lo que las cartas de los amigos podían contarle para satisfacer su insaciable curiosidad, avivada en historia o en pasatiempo. Uno de sus correspondientes más asiduos fue don Luis Maffiotte La Roche, bibliógrafo empedernido, hombre que vivió enteramente ocupado por la vida y la trasvida de los libros; aunque, como le decía Estévez, "fueran libros escritos con números y no con letras". (1)

Son cartas variadas, ricas en noticias. No conocemos las de Maffiotte; las suponemos a través de las que escribió Estévez. Debieron haber sido puntualísimas en fichas, en datos y en rigor bibliográfico. Don Nicolás, hombre de altos vuelos, tomando con un poco de comodidad las manías de su amigo, sonreía a cuenta de la Bibliografía. En cierta carta, a petición de Maffiotte, cuenta algo de sus actividades; "para distraer mis ocios —dice— he empezado a escribir lo que creo no ha hecho nadie: una "Aritmética humorística". Algo en serio debió haberlo tomado Maffiotte, cuando en otra carta posterior le contesta Estévez": "La broma de mi Aritmética hace tiempo que está en poder del editor. Para su objeto, ¡ay!, le serviría poco; menos aún que la primera Aritmética impresa en este mundo (Venecia, 1484) por el signor Borgo: "La nobel opera de arithmetica ne la qual se tratta de tutte cose a mercantia pertinenti". Sin querer, D. Nicolás salía de su incredulidad bibliográfica para convertirse en colaborador de Maffiotte. Aunque casi al mismo tiempo, a propósito de una revista de modas que necesitaba Maffiotte, le contestase D. Nicolás de este modo no muy erudito: "Sepa V. que en un tiempo estuvimos Guisa y yo encargados de la revista de modas "El Correo de Ultramar". Las elegantes de Nicaragua y Honduras que se vistieron entonces por los figurines de París no sospecharían que el modisto era yo". Y para colofón, añade un detalle muy expresivo y... muy gráfico: "Recuerdo haber recibido una consulta acerca de unos

patrones que a cierta suscriptora de Cumaná le resultaban incomprensibles... y lo serían positivamente. Para contestarle hube de consultar un tratado de Geometría descriptiva, pero ni aún así pudo desarrollarse las proyecciones, las trazas y las líneas del patrón". Jamás, creemos, se pensó en un bibliógrafo metido a cortador de patrones o a creador de figurines; sólo imaginaríamos a un don Bartolomé, extremeño, cargado de libros, de malhumor y de libelos; o al Maestro Nicolás Antonio, fichando palabras y palabras; o a D. Juan Iriarte, silencioso y reflexivo, emborronando papeles en la Biblioteca de Palacio.

Y de historietas, ¡cuántas no sabía o inventaba la imaginación de D. Nicolás! Un imaginar voluptuoso al que le impulsaba su humorismo y deliberado sojuzgar lo local. Porque él, burlándose siempre de "los rifeños nacidos en las islas", era un rifeño más. Sobre todo, por la preocupación –excitada sin duda por el propio Maffiotte– de descubrir isleños por los rincones más insospechados.

Comentando un libro de Villalba Hervás, le escribe a Maffiotte, "Si V. lo ve (a Villalba), dígame que se dejó un canario en el tintero. Lo subrayo porque salió endecasílabo. En efecto, en los últimos renglones de la pág. 357 de sus "*Dos Regencias*", habla de la fiel escolta que lo acompañó hasta el puerto de Sta. María; pero no dice que la escolta la mandaba un isleño: "Moriarty". Sobre un Diccionario Militar que estaba escribiendo, dice Estévanez a Maffiotte, "Si conoce V. algún término militar canario, dígame V.; pero excluyendo los violentos, como llamaban por allá a no sé qué cañones, pues nunca he podido averiguar de dónde han sacado ese apellido". De otro apellido, canario y flamenco de origen, –Monteverde–, también le habla; conocía muy bien a los Monteverdes por ser paisanos suyos y por haber sido sus compañeros de armas. "En efecto, el General Monteverde era canario. Si no recuerdo mal, murió en Vitoria y no hace mucho tiempo; su sobrino Tomás, que iba conmigo a la escuela de Canseco, también es de Estado Mayor". Por los jóvenes literatos insulares de entonces (1898) se interesa con afán; "¿Quiere decirme V. quién es Angel Guerra? Comprenderá por mi pregunta que he leído *Vida Nueva* –el núm. de ayer– donde también he visto que el modernismo lírico ha llegado al Puerto de la Cruz".

Estévanez, queriendo y no queriendo, dejaba escapar su amor a la Patria chica. No su insularismo; en él no había sobrestimación de soledad y de mar. Necesitaba el movimiento, el vuelo, la ironía. Vivir un poco en broma; dejarse arrastrar por la bohemia parisina y otro poco por la incertidumbre de la aventura. Quienes llegaron a ver los bigotes de D. Patricio –hermano de D. Nicolás, director de "El Correo de Tenerife"– puede asociarlos a los de D. Nicolás, algo napoleónico en su atuendo; pero pocos adivinarían detrás de aquellos bigotes la ironía despiadada para cuanto cayese en sus manos. No dudamos que ésta sería la compañera de sus bibliomanías; al parecer inseparable pareja del hombre apasionado del libro. O fruto de unas vidas, como la de Estévanez, en donde el azar era la ficha más constante del juego. Y la que él mismo, jugador infatigable, sabía mover mejor.

“Don Alonso”, cronista

Después de haber leído –releído, casi– las 125 Crónicas que ha agavillado, con tan buen tino y con tan certero juicio, Yolanda Arencibia (1); después, digo, querido Don Alonso, de haberlas leído, se me vienen apelonadas a la mente muchas y desordenadas imágenes, evocadas sin duda más por el corazón que por la razón.

Desde mis años mozos, escuché su nombre, querido Don Alonso, en el ámbito familiar; porque mi madre fue amiga suya y porque otros y entrañables amigos –entre ellos Saulo Torón y algunas de sus hermanas– siempre recordaban su nombre como el de una mezcla de poeta bohemio y de espíritu singular. Mi madre, lo recuerdo muy bien, tenía por usted una especial devoción por haber recibido unos versos suyos, después de una velada poética o teatral que había tenido lugar en el hoy desaparecido Teatro del Puerto, en donde tantas y tantas horas inolvidables discurrieron de mano de círculos y grupos esforzados y selectos de aquel Puerto de la Luz de los años de la Primera Guerra Mundial. Cuando usted, mi querido Don Alonso, relataba las aventuras de Robaina, cuando immortalizaba a las “redondas y fofas criadas de Vegueta”, o cuando el humilde carnaval insular quedaba reducido a aquella careta “de tres perros chicos con que se han de vestir de Pierrot”. O cuando el rengue-rengue de la tartana de Galindo “lleva hasta diez paquetes”, los misteriosos paquetes que contenían “algodón hidrófilo, vendas, polvos desinfectantes” anunciadores del reborujón del Galindo próximo a nacer para ser, según usted, mi querido Don Alonso, “una píldora más en la ínsula”.

Sí, mi querido Don Alonso, en aquellos años que los sesudos críticos han llamado “años de la Primera Guerra”, “generación del año diez”, “grupo posmodernista”, y tantas lindezas más; pero que usted, testigo, y testigo cualificado, llegó a llamar, tal vez evocando a su admirado Galdós, “años bobos”. “Años bobos”, tan significativos, tan peculiares y tan dramáticos, en que vivió usted, con los insulares de entonces, el devenir de la isla, naufraga en medio de tantas y tan crudas tormentas. Tormentas más espirituales que atmosféricas que usted supo detectar y diagnosticar con tanta sagacidad.

Fue usted, mi buen Don Alonso, como bien apunta Yolanda Arencibia, una parte muy calificada de esa “generación de intelectuales” que avizoraron, advirtieron y denunciaron los muchos males que aquejaban a la sociedad de su tiempo. Fue su voz, como la de tantos otros contemporáneos suyos –léase Cansino, léase Grau, léase Miguel Sarmiento; o léase su admirado Unamuno, tronador esforzado e impenitente–, la voz no ya apasionada y trágica como la de Don Miguel, sino suavizada por el humor, por la fina ironía tan propia de su naturaleza insular. Y de ese humor, de esa ironía, de esa negra y explosiva ironía “mi mejor obra, mi gesto supremo, será salir un día –le dice usted a Luis Doreste– con un chaquet en la punta de un palo gritando: “el taparrabos de los guanches, ¿quién lo

(1) Alonso Quesada: *Crónicas*. Edición de Yolanda Arencibia.

quiere?”) nacerá esa su prosa cortada no con cincel y escuadra, sino a paletadas y amazotada; apretujada más con pasión que con delicadeza. Y en ella volcará usted no su amargura, que la tenía, sino su desesperación, su impotencia, su dolor y hasta su agonía. Aquella su agonía constante de sentirse vivo entre tantos muertos cualificados... Cualificados, ostentosos y rabilargos.

Por ello, releer sus *Crónicas* –hacia 1942 ó 1943–, es volver a escuchar voces ya silenciadas por el desgarrón de la muerte. Pero voces para mí inolvidables y guiadoras. Es, por ejemplo, recordar lo que escuché en mi propio ámbito familiar de aquellas veladas porteñas, en donde teatro, baile, poesía, se juntaban como casi único espectáculo y liberación de una juventud aherrojada por tantas cortapisas; o volver a evocar aquellos relatos, para mi imaginación infantil parpadeantes, del hambre y la miseria de “los años de la guerra”: cuando plátano y gofio eran distribuidos al alimón por instituciones y sociedades altruistas; o escuchar a mi padre, marino mercante, las historias de los submarinos alemanes pululando por nuestras aguas, o las de los naufragos ingleses que se recogían cerca de la costa africana, o las de las descargas de aquellas mercancías –escasas y de mala calidad– arribadas desde Cádiz en el correo marítimo semanal. Historias, historietas y crónicas que usted, con su pluma, supo plasmar con gracia, oportunidad y belleza. Como aquella “gran persona”, tan magistralmente retratada, y que más de un lector de aquellos años sabría poner el nombre propio y hasta el seudónimo con que familiarmente se le conocía.

Retratos vivos, siluetas en escorzo, caricaturas hablantes, sus personajes, los personajes de sus *Crónicas*, caminan por la ciudad, se reúnen con los amigos, van y vienen por las calles, suben a los tranvías, entran y salen de las barberías; murmuran en el mentidero, aparentan lo que no son, sonríen sus tristezas. Y, sobre todo, mi querido Don Alonso, sus *Crónicas* son guía inestimable de aquella ciudad –de nuestra ciudad– atrabancada y sucia; de aquella ciudad cruzada por el polvo de “la carretera del Puerto”; orgullosa de su barranco sin agua; tintilante de procesiones y entierros nocturnos; sacudida y hasta estremecida por el atrevimiento picante de Ursula López en el “Circo Cuyás”: chapoteada con las primeras lluvias de otoño y “con los adoquines adormecedores de la tartana”; adormecida, en fin, por esa melancolía que usted, perspicaz e intuitivo, supo descubrir en cada esquina, en cada calle, en cada plaza, en cada rincón de aquella ciudad fantasmal y onírica que usted vivió, amó y pergueñó con tanta maestría.

Haber sabido ser cronista puntual de la ciudad, haber conseguido plasmar los documentos que hoy poseemos gracias a su prosa periodística, haber tenido la suerte de recorrer hoy los ayeres vivos de una ciudad y de sus habitantes. Haber tenido el placer de escuchar, línea a línea de sus *Crónicas*, el latido de aquella ciudad que fue; de aquella vida que anidó en el muelle, en la carretera, en la Plazuela, en la calle de Triana, en el callejón del Losero, o en aquellas visitas nocturnas e interminables; deleitarnos otra vez con ese recuento parsimonioso y festivo que usted nos ha hecho en sus *Crónicas*, es un placer impagable.

No tan sólo ha sabido usted revivir sombras ya arrinconadas para siempre, sino que vuelto a dar actualidad –perennidad– a un mundo que no está tan lejos de nosotros. De un mundo y de una sociedad que no es otra sino la nuestra. Igualmente emperigotada, igualmente influyente, igualmente vacía. E igualmente necesitada de otro Alonso que la caricaturice; de otro Alonso zumbón y endiablado que pueda cruzar por los tejados invisibles de esos rascacielos sin cielo que hoy nos ahogan y nos trituran.

Contrarreseña

Yo no he leído, querida Yolanda, el libro de M. Yourcemar sobre Adriano. Y espero, deseo leerlo; después de haber releído tu muy precisa y justa reseña.

Ella da noticia fiel del contenido del libro; y, además, está enriquecida por la connotación personal que la reseñista ha sabido poner para dar una mejor guía al lector.

Porque reseñar quiere decir eso, guiar, indicar, resaltar, compulsar y, en ocasiones, transferir la repulsa o el entusiasmo que el lector ha tenido frente al libro.

Decía A. Reyes que hacer una reseña implicaba dos fases bien distintas: entender y comunicar. Comunicar al lector qué contenido tiene el libro, cuál es su secreto; cómo debe leerlo, dónde debe detenerse, en especial, durante la lectura; cuáles son las páginas más felices. O cuál la relectura preferida. Porque el libro, tú lo has señalado muy bien, hay que releerlo, dejarlo descansar; para volver a él con más ahinco, para saborearlo mejor, para desentrañar con más acuidad las interlíneas de la lectura.

Maestros en el arte de reseña los ha habido, y todos los recordamos. Clarín, severo, apasionado y temible; Bonafoux, sardónico, mordaz y desdeñoso; P. Ayala, ponderado, glosador; el propio Ortega, maestro de breves ensayos como modelo de reseñas. La reseña como relectura y la reseña como reflexión a la lectura.

Y la tuya, tu reseña de Adriano, participa de las dos cualidades. Porque tamizada de reflexión y de ponderación, tiene al mismo tiempo, apasionamiento reiterativo, cuando, como tú confiesas, "Adriano nos sumergió en su mundo". Ahí radica el secreto del buen lector: zambullirse, entrar de lleno, impregnarse plenamente de cada línea, de cada palabra, de cada idea. Por eso, has sabido vivir, vivir intensa, apasionadamente cada capítulo de la vida novelesca del personaje.

Yo quisiera añadirte, a modo de glosa o colofón de esta contrarreseña, una vivencia mía. Muy apegada al Adriano de la Historia, al emperador romano.

Nuestro profesor de Latín —o tempora!— nos explicaba algunas vicisitudes de la historia romana; lo que entonces, en la jerga docente, se calificaba "Historia de las Instituciones romanas". Nos hablaba de las reformas impuestas por los funcionarios del Emperador, en materia de Derecho; y nos resaltaba la modernidad con que supo inspirar la nueva legislación romana. A mi me atrajo, en especial, aquella su preocupación por los "Limes" del Imperio. Aquella intención juiciosa del legislador, guiado siempre por la razón más que por los sueños de grandeza. Frente a sus predecesores, algunos de ellos tan ilustres en la conquista y engrandecimiento de las

fronteras imperiales, Adriano fue capaz de usar de la prudencia y del buen sentido. Actuó con rectitud y objetividad latinas, guías constantes de la historia de Roma.

Se me ocurre pensar que nuestro Adriano, ese que tú has releído con tanta avidez y con buen gusto, de haber vivido en nuestras calendas, no sé qué "limes" hubiese podido encontrar, qué medidas hubiese podido usar. Frente a tanto colosalismo, frente a tanta vacuidad legisladora. O frente a tanto sueño "orientaliorum vatium".

Sí, no sé, no sé qué diablos hubiese hecho. Tal vez habría vuelto a su Itálica provinciana. Tal vez se hubiese encerrado en su Angelo mirífico. O tal vez hubiese destapado las ánforas del buen juicio, selladas con tanta rudeza con manos encallecidas, endurecidas de torpeza y de zafiedad.

Pero vale más leer el Adriano de Yourcemar; vale más degustar, guiado por tu índice revelador, las bellezas y las recreaciones de la biógrafa. Porque en estas recreaciones, en esta doble ficción de la biografía, sin duda se encuentra el verdadero mensaje del libro.

El cuento literario en Canarias

En los albores de la Literatura fue el cuento. Antes de rimar los versos, los pensamientos. Pensamientos engarzados, uncidos por el relato, buscadores de consejas, de moralidades, de enseñanzas: de afán apologizador. Fruto de esta búsqueda de lo ejemplar, nació el cuento.

Desde Aristóteles hasta Boileau, la "poiesis" como núcleo fundamental de toda obra literaria. Gracias al cuento, nacido en el manantial riquísimo de la tradición, fue posible unir la imaginación desbordadora de Herodoto y la sesudez reflexiva de Tucídides: la historia nacida entre rumores de consejas. O de "ejemplos", o de "dichos", o de "relatos": desde las fantasías de Ulises hasta la narración puntual y cuidadosa de Patronio.

Toda la Edad Media, cruzada de preocupaciones éticas, entrecruzada de cuentos: dichos por boca del juglar, escuchado por las mozas de boca de una vieja narradora, vestidos con el adorno del apólogo. Europa tejida de hilos sutiles y maravillosos; y la sigilosa araña del cuento dando forma definitiva a la mitología. A la siempre nueva y desbordadora mitología europea.

Desde el "oy decir" del Libro de los Engaños, en 1253, al "dijo una perdiz", del siglo XIV; desde el apólogo del Arcipreste hasta la comicidad del otro Arcipreste, el Talavera; desde la Blancaflor francesa hasta la Fiammetta italiana; desde el legendario Amedís hasta Don Quijote; desde las zozobras de Persiles hasta las odiseas fantásticas de Alvar Núñez. Alejandro luce vistosas lorigas, o lleva brillante armadura medieval; el astuto Ulises escucha cantares de castellanas sirenas, y hasta Don Omero rima sus consejas bajo la sonrisa de Juan Ruiz.

El pícaro, personaje de los cuentos más humanos y más descarnados; porque el héroe es protagonista y relator. El cuento de los siglos XVI y XVII convertido en relato popular o cargado de comicidad.

En el siglo XIX, el romanticismo enriquece su fantasía con recreados mitos o con renovadas fábulas. Unos estarán llenos de animales parlanchines y las otras de fantasías misteriosas o deslumbradoras. El Cuento romántico caracterizado o por su fantasía, o por su fondo popular. En España, Bécquer, con sus *Leyendas* y *Trueba*, con sus *Cuentos* representan estas dos tendencias. En medio, a caballo del cuento y del artículo de costumbres, Larra, creador de relatos novelescos, cargados de imaginación y de acción. En las postrimerías del siglo, Pardo Bazán, "Clarín" Valera, tres distintos creadores de cuentos; tres maneras distintas de narrar.

En Canarias, por muy variadas razones, el cuento se cultivó tardíamente. Dejando atrás, por exigencias del tiempo, alguna leyenda romántica, como las de

Negrín, o las de Sansón –poetas tinerfeños–, tienen que venir los primeros diez años del nuevo siglo para encontrar las primeras muestras de cuento literario en las Islas. El florecimiento y la lozanía del periódico, cada vez con mayor espacio para las colaboraciones literarias, facilitaron grandemente la publicación de novelas folletinescas; o, por rara excepción, de algún cuento. Asimismo, la mayor difusión que tienen los libros narrativos franceses entre las bibliotecas de nuestros escritores regionales (ahí quedan algunas bibliotecas que lo comprueban), ayuda mucho al nacimiento del género narrativo menor. El regionalismo, henchido como nunca, colabora a la proliferación del cuento popular, del legendario, del rural o del social; un regionalismo cuyas últimas páginas –al menos, las más representativas– las escribió *Pancho Guerra*, por boca de un Patronio del Risco llamado Pepe Monagas.

Así, en líneas muy amplias, queda planteada la charla de esta tarde. Que tendrá unos límites cronológicos (finales de siglo) y que excluirá, deliberadamente, el nombre de Galdós entre los cuentistas insulares. Sin perjuicio de ser mencionado en el momento oportuno –por la huella dejada en los Millares o en “Ángel Guerra”–, o de citarse un juvenil destello de su pluma aún bachilleresca, se ha preferido excluirlo de un conjunto de escritores unidos en lo generacional no tan sólo por la partida de su nacimiento, sino por la índole insular de sus narraciones. Galdós forma un mundo aparte, tanto por la excelsitud y universalidad de su obra, cuanto por las características muy peculiares de sus cuentos literarios.

Todavía debe hacerse una aclaración más. Se ha eliminado de la charla la novela corta; entra este género con más propiedad dentro de la novela, y por ello se ha desechado. Sólo y exclusivamente, se han escogido los cuentos, sobre cuyo linaje, estructura y contenido merece la pena recordarse algunos conceptos que, no por conocidos, deban de ser silenciados. Ayudarán a precisar más y a aclarar cuanto se vaya a decir de los cuentos escritos por escritores naturales de estas islas o vinculados a ellas de un modo muy especial.

Dice el profesor Baquero, en su exhaustivo estudio sobre *El Cuento español en el siglo XIX*, que entre la novela y el cuento hay la misma diferencia que entre una sinfonía y un corte ideal dentro de ella. La novela parece formada por un conjunto de sucesos y por un continuo cambio de situaciones y de personajes; mientras que el cuento viene a ser un fragmento de la vida, una cala que se produce en la unidad vital. Y esa cala debe hacerse con tal precisión, debe herir con tal sensibilidad al lector, ha de tener tal emotividad que, en determinados momentos, tenga la narración la tensión de un poema. Casi, con su misma cargazón lírica. El buen cuentista debe buscar herir al lector con una sola impresión, como si fuese un impacto; desde el momento que este impacto se diluya en digresiones (anecdóticas, secundarias), el cuento ha perdido su cualidad esencial. Otra nota peculiar será la primordialidad del argumento y la brevedad de su extensión, aunque este último factor no se cumple de un modo riguroso por parte de todos los buenos cuentistas.

En la literatura española, el cuento romántico tuvo dos caminos: el objetivo y

el subjetivo. Predominó más el segundo método que el primero, y de ahí que la narración adolezca de la presencia explícita o tácita del narrador. Cualquier relato histórico y hasta cualquier descripción costumbrista tienen un invisible relator o comentarista; en ocasiones, como en el caso de Larra, para ennoblecer la narración. En otras ocasiones, para desvirtuarla. De ahí que la novela naturalista, con su impasibilidad y frialdad (al menos aparentes), traiga a la literatura la objetividad narrativa. Dice Doña Emilia P. Bazán que hay, entre los narradores de este periodo, como un deseo de asepsia narrativa. De este modo, la tensión y el estremecimiento lírico que pueda tener la narración, no sufren corte ni interrupción de ninguna clase. Leopoldo Alas o Maupassant apresan de tal manera al lector que, insensiblemente, éste, sin coacción alguna, se ve metido, prendido en la espesa malla de la prosa: cumpliéndose la vieja regla del contagio del relato. El juglar medieval necesitó de la voz, del gesto, de la música y hasta de la pantomima para apoderarse del auditorio; al narrador naturalista le bastará unos pocos ingredientes: en especial, su objetividad narrativa. Que no debe confundirse con la frialdad o con la indiferencia del narrador.

El cuento literario en Canarias tiene muestrario muy variado en su contenido, aunque, como se verá, tiene mayor densidad la narración objetiva que la subjetiva. Únicamente, entre los cuentistas posteriores a 1920, aproximadamente, será posible encontrar narraciones sin relación con el mundo inmediato y objetivo. El cuento histórico, el legendario-histórico, el popular, el costumbrista será el más abundante; el psicológico, el social, el fantástico o el meramente filosófico será muy raro y excepcional. Los resabios románticos se prolongarán mucho más allá de comienzos de este siglo; y hasta se notarán estos resabios en prosistas como los Millares, tan apegados a la novela de estirpe naturalista. Y tan cercanos, en muchos aspectos, de la prosa narrativa francesa (recuérdese entre sus ensayos los dedicados a Maupassant, el maestro de la narración corta naturalista).

El cuento popular ofrece la particularidad de poseer un léxico vulgar (abundancia de seudovulgarismos) y de tener por escenario la urbe o el campo insulares, con lo cual el paisaje (elemento accesorio en el cuento) adquiere un papel primordial. Tal vez el abuso paisajístico circunscriba más al cuento de Canarias dentro del ámbito regionalista; y sólo la calidad de los narradores (así, Angel Guerra) es capaz de superar tal regionalismo. Este tardío regionalismo, manifestado en las formas de expresión y en la reiteración del lugar en donde se desarrolla el relato, es sin duda la nota más sobresaliente y más común de la mayoría de los cuentistas insulares. Tal vez sea esta nota la que le da al cuento insular una falta de contemporaneidad; porque continúa, de este modo, más unido a las formas narrativas románticas que a las naturalistas; o a las propias de las últimas tendencias, más interiorizadoras, más llena de impresiones, sugerencias y subjetividad.

Entre los predecesores, que es necesario estudiar para situar mejor a los cuentistas de nuestro siglo, hay que mencionar a Plácido Sansón, Martínez Neda,

Miguel Sarmiento y a los hermanos Millares, aunque estos últimos, junto con "Ángel Guerra", forman el puente entre la narrativa romántica y la naturalista. A todos ellos puede añadirse el nombre de Galdós, que escribe en Las Palmas, en 1861, a los 18 años, sin terminar el bachillerato, una crónica que casi es un cuento inverosímil titulada "Un viaje redondo por el bachiller Sansón Carrasco", narración de estirpe cervantina, como se deduce por el título, y en la cual apuntan ya la sagacidad narrativa del novelista y la imaginación ilimitada para la descripción. Es una pieza singular –quizá la primera conocida dentro de la densísima obra galdosiana– que sirve para ir precisando caracteres futuros del novelista.

M. Neda, poeta romántico tinerfeño, publicó en "La Atlántida", de Madrid, (revista canaria editada en Madrid, en cuyas páginas figuraron como colaboradores: L. y Castillo, Galdós, Eduardo Benítez, Valeriano F. Ferraz, José Plácido Sansón, Juan Ravina y otros), en 1868, un fragmento de un libro de cuentos o leyendas titulado Taoro; hay una nota explicativa de la redacción que aclara cuál es el contenido de las leyendas tituladas La Cruz Quemada y El balcón del Chantre: "hermanar las poéticas bellezas del sin par valle de la Orotava con la verdad o la descripción, sirviendo de lazo alguna que otra leyenda histórica o novelesca, que a la vez que hace a la lectura más amena dándole interés, revela las costumbres del país". Como se ve, se trata de una leyenda vestida de cuento, aunque la acción resulte mínima y la descripción resulte lo más importante. Casi son crónicas paisajísticas, a mitad del costumbrismo y de la novela. En La Cruz Quemada, los dos enamorados, la Cruz, el diablo, la tormenta, la muerte violenta y dramática de los dos protagonistas: todos son elementos propios de la narración romántica legendaria. Sólo ofrece interés –y por eso se consigna– por el afán que el narrador muestra por escoger una leyenda relacionada con un pueblo tinerfeño. Hasta el procedimiento, el cuento dentro del cuento (un viejo relata a un viajero la leyenda del Valle), está dentro de la temática romántica. Por último, el propósito moralizador, más evidente en la narrativa romántica que en la naturalista, aparece claramente en las líneas finales del cuento. La aparición de los fantasmas de los muertos avisan a los vivos para que no incurran en los mismos pecados: un cuento fantástico –legendario. Pero enraizado en la geografía insular.

Luis y Agustín Millares tienen fechada su producción narrativa entre 1894 y 1921, aunque estas últimas narraciones más sean obras de Agustín que de Luis. Estudiantes aún en Barcelona ya leían novelas francesas y, al regresar a la isla, se propusieron crear una obra literaria, preferentemente orientada a exaltar los valores vernáculos. Su obra es variada y abundante; el estudio de la misma servirá de guía para el género narrativo de los años 20 y 30, extraordinariamente variado como se verá.

En 1894, se publica "De la tierra canaria"; narraciones con muchos elementos descriptivos y que, en ciertos momentos, recuerdan a los capítulos del Madrid decimonónico de M. Romanos. Hay un cuento, De la Tierra, que parece salirse del ambiente regionalista que impera en los demás. Se trata de una evocación, de un

recuerdo que sirve de trama al relato. Maupassant –autor al que los Millares le consagraron un amplio artículo literario– está presente en muchos pasajes. Sin la fealdad y el desnudismo del naturalista francés, los autores han conseguido escribir un cuento en el que los símbolos, los objetos más nimios (así “el torpe aleteo del moscardón que se empeñaba estúpidamente franquear los vidrios de la ventana”) adquieren un papel primordial. El tiempo lento, moroso con que describen las emociones, las situaciones psicológicas colaboran para enriquecer el dramatismo de la narración, felizmente conseguido el final sin que decaiga el interés de la lectura. Ha bastado describir, impresionar; el paisaje y el diálogo son escasos, muy secundarios. Hasta el final moral está diluido en el choque violento de la realidad, cuando el protagonista ha dejado de soñar para volver a la realidad. El subtítulo del libro, Escenas y paisajes, entronca con la literatura narrativa que eludía el término cuento, casi circunscrito para los relatos humorísticos o fantásticos.

San Josph de la Colonia, editado en 1907, es tal vez la colección de cuentos mejor escritos de los hermanos Millares. Son narraciones simbolistas a pesar del ambiente o del trasfondo regional que pueda haber en cada una de ellas. El cuento que da el título al libro entra casi en la clasificación de psicológico; porque la reflexión, los ensueños, los monólogos que casi son diálogos catalogan al relato dentro de la escuela simbólico-naturalista. El realismo descriptivo llega a la minucia, a la pequeñez: así, en las primeras líneas consagradas a pintar la casa, en cuyas paredes va a transcurrir casi toda la narración:

La casa de José era la última hacia el Sur. Tenía techo de tierra y dos caños de madera medio podrida que escupían el agua de lluvia sobre un patiecillo empedrado...

Cuando de paisaje se trata, está por encima del ánimo del narrador que es, en realidad, el verdadero recreador de las cosas vivas, o vivificadas por la impresión.

Impresionaba la mezquindad del paisaje, encerrado entre dos promontorios... El mar se revolvía con inquietud casi febril, hinchando y deprimiendo el vientre con ritmo inacabable y las ollas llegaban a la playa como extrañas serpientes blancas...

Las imágenes altamente expresivas, ese misterioso ritmo que parece conseguirse con el vaivén marino, son elementos propios de un relato simbolista. Simbolismo que aumenta cuando, por boca del viejo labriego, va apareciendo, poco a poco, como descubriendo el misterio largamente escondido, la trasvida de la casa, de aquella casa de San José de la Colonia. La personalización de los objetos más inanimados, la trascendencia evocadora de cada cosa (camas, muebles, paredes) significan el triunfo del símbolo. Y, además, la supeditación de la acción al estatismo descriptivo. El lector, insensiblemente, va revolviendo aquel cadáver aún palpitante que es la casa en manos del cuentista, siempre afanoso de descubrir emociones, de resucitar recuerdos o ensueños:

Me acerqué a la fachada con emoción... Apliqué mi boca a la cerradura mohosa y recibí el hálito de aquel interior deshabitado y muerto, un soplo de aire frío y cargado de olores misteriosos...

Un personaje invisible, pero presente, avasallador, el tiempo. Dominador de personas y cosas; el misterio parece roto gracias a ese hálito casi fantasmal que viene desde el pasado, hecho presente, en forma de soledad, abandono, podredumbre, silencio y muerte. Porque es ella, la muerte, cargada de elementos simbólicos, la que parece ser moradora de aquella casa abandonada:

¡Ah, la ansiedad con mis labios bebieron el ambiente de aquella casa cerrada hacia más de setenta años... El último suspiro de la muerte! Lo sentí penetrar en mis pulmones, descender hasta lo más vivo y profundo de mis entrañas...

De 1921 es el libro de cuentos, Doña Juana; el subtítulo, "cuentos viejos". El Desriscado podría servir de modelo. Un inglés recogido moribundo en el fondo de un barranco, es conducido sobre unas parihuelas por un grupo de campesinos hacia la ciudad. Mientras se habla y se comenta el suceso, durante un descanso, se asiste a la agonía del moribundo. Es un cuento impresionista desarrollado en un ambiente rural, aunque la presencia del silencioso inglés, agonizante, constituye un contrapunto al relato. La naturaleza, bravía, hosca de la cumbre insular se sobrepone a cualquier otro personaje; hasta el diálogo de los portadores parece dominado por la presencia del precipicio, de la "fuga", del barrancaral. Los elementos descriptivos corresponden, por su crudo realismo, por su naturalismo sin cortapisas, a un buen autor de cuentos:

Sobre un montón de harapos, despojos de telas de embalajes de la que emplean para transportar abonos... En algunos sitios, la tela, empapada de sangre y lodo, pegábase a la carne como un emplasto sucio...

El retrato del moribundo está conseguido con sobriedad de medios; se adivina lo que no se dice. Se presiente la ronda de la muerte. Los hermanos Millares, familiarizados con la muerte —especialmente, Don Luis, médico de profesión—, consiguen páginas maestras en esta suerte de episodios:

El rostro apenas presentaba ligeros rasguños, las manos se agitaban constantemente como si pretendieran atrapar al vuelo un enjambre de mariposas inoportunas; la izquierda, pequeña, blanquísima y regordeta; la derecha reducida ya a un muñón, horriblemente mutilada.

A su lado, los campesinos charlan, beben, comentan, como si fueran un coro tumultuoso. La codicia, el apetito de dinero, el egoísmo más descarnado acompaña a la agonía del herido, cuyos estertores se llenan de misterio con palabras entrecortadas, escuchadas con religioso silencio por todos. El simbolismo de la mano abierta es un motivo bien conseguido.

Las canariadas de antaño, editadas en 1926, son los cuentos más conocidos. Cuentos regionales, populares; con personajes sacados del pueblo, con un habla

muy bien captada de boca de la gente de los barrios de la ciudad. Casi todos los cuentos, con un final cómico, cargados con un trasfondo satírico. El Temporal de Reyes reduce su argumento a una parturienta, cuya criatura, nacida en medio de un horrible temporal, desaparece entre las riadas de agua que inundan la habitación hasta que es encontrada, por casualidad, por un vecino borracho. La descripción de los hechos más naturales –los síntomas del parto– no puede ser más feliz; casi se oye y se siente cada uno de dolores de la pobre mujer:

Se despertó una sensación general de angustia, de ardor en la piel, de molestísima picazón en todo el cuerpo. De cuando en cuando, atendía a la leve sensación de un dolor todavía impreciso, que serpeaba vagamente en sus entrañas. Con los ojos cerrados, se empeñaba en aplazarlo hasta el día siguiente y en la semivigilia dolorosa, le atormentaba el recuerdo de una gata blanca que en la semana anterior había desaparecido de casa...

Como se ve, el símbolo –esta vez un animal– no falta. El antojo de la parturienta, aún después de haberse encontrado el cuerpecito de la criatura, persiste en la búsqueda de la gata blanca. Una gata que parece esconder el doble significado del alma del niño recién nacido.

Como se ha visto en este apresurado recorrido que se ha hecho del cuento de los Millares, se puede apreciar en él dos aspectos claramente diferenciados: el regionalismo y el simbolismo naturalista. El primero fue el que los hizo más populares (como se podrá apreciar, en especial en su novela larga y aún en su teatro); el segundo, sin duda de mayor valor literario, demuestra una inquietud y un afán de superación grandes. Tal vez sea el lenguaje empleado en los cuentos regionales, lo que mayor pervivencia haya tenido, sobre todo por la expresividad cómica que encierra. En otras ocasiones, la expresividad se consigue con un léxico considerado como el más común entre la gente del pueblo, con los diminutos afectivos (“aquí trasito”, aquí lantrito”), aplicados de un modo particular a los nombres propios de personas.

De “Angel Guerra” a Picar.

Un poco más jóvenes que los Millares son los cuentistas siguientes: “Angel Guerra”, B. Pérez Armas, M. Sarmiento, F. González Díaz y otros. Es posible que José Betancor Cabrera, Pérez Armas y Sarmiento sean las figuras más importantes; las otras pertenecen con mayor propiedad al periodismo, al ensayismo o, en último término, al costumbrismo.

P. Armas y *Guerra* son naturales de Lanzarote; sólo por esa razón se les agrupa para su estudio. El primero es uno de nuestros mejores novelistas, y no le va el segundo en méritos secundarios. P. Armas fue un novelista de gran calidad, y sólo, en revistas (*Gente Nueva*, de Tenerife) y en periódicos tinerfeños, es posible encontrar relatos breves, más clasificables dentro de la novela corta que del cuento. Por escoger uno, a modo de muestra, La Baja del Secreto, leyenda premiada por

Gente Nueva, en 1900. Es un simple cuento histórico inspirado en el episodio de Iballa y Ajeche, en La Gomera, tema sobre el cual se ha publicado una novela, también histórica, de Juan del Río. La prolijidad en el relato, las perfrasis, el énfasis retórico, la amplitud del periodo son elementos más propios de un narrador romántico que del siglo XX: el hecho de haber alcanzado el premio, resulta significativo. Prueba la persistencia de una moda y de un gusto estético. Al menos, en el jurado calificador.

“Angel Guerra”, de linaje galdosiano, fue periodista, novelista y político. Vivió en Madrid y en París, en una de cuyas editoriales, Garnier, tan vinculada a la literatura española, publicó un buen número de sus obras originales o traducidas. “La Epoca”, “El Globo”, “La Lectura”, “La Correspondencia de España” albergan firmas de muchas de sus colaboraciones. Dos cuentos: Rincón Isleño (1917) y Andanzas y añoranzas.

Rincón Isleño son cuentos rurales, en su gran mayoría. Tienen tensión lírica digna de un Clarín. Velut umbra o Tierra seca pueden escogerse como cuentos modélicos: la morosidad narrativa, la descripción paisajística (llevada a sus justos límites), las reacciones de los personajes son elementos caracterizadores. El desenlace, siempre inesperado, violento en ocasiones, es propio de un buen cuentista; porque sabe utilizar el mínimo de elementos supletorios. Rincón Isleño es un puñado de estampas en las que, se halla una prosa limpia; un relato en el que la emotividad y el lirismo superan cualquier otra circunstancia. Es “A. Guerra”, con Sarmiento, uno de los cuentistas insulares mejor dotados para henchir de lirismo el relato; esa apagada lírica tan difícil de lograr en una prosa escueta, objetiva, asépticamente objetiva.

Miguel Sarmiento, se destacó por su lirismo, por su descripción y por su prosa justa, precisa. Tal vez se, entre los predecesores de los prosistas de nuestros días, el menos retórico, el más coloquial y hasta el más ensayístico de todos nuestros cuentistas. En Cuentos de la Tierra, Pino es un cuento regional con un final trágico; la enloquecedora matanza del indiano bajo las patas del encelado camello. Y la buena técnica del narrador reside en saber conducir el cuento hacia el fin propuesto, la muerte violenta, gracias a unos cuentos objetos presagiadores del desastre. En el siguiente fragmento, se puede apreciar como el impresionismo, sin excesos, sirve para presentar al protagonista torturado por el dolor, por un arrebatado dolor. Ha bastado, como se verá, la ley del contraste:

En torno de la casa, la misma quietud, el silencio de siempre en la altura... La luna rodando por el infinito... La tierra parecía dormir tranquila. Entre las piedras, en la infinita soledad del campo, cantaban los grillos: crit-crit. Y a ese crit-crit contestaba el fondo del vernegal: gluc-gluc... Juan Iloraba.

Inclusive en el episodio fantástico de la aparición de la Muerte, el simbolismo llega por mano de un buen maestro. Es una duermevela, casi una ensoñadora vigilia

de Juan que, de pronto, se encuentra, “caída en la cruz de la silla” del camello, el cadáver de Pino que, con anterioridad, había presenciado, horrorizada, como el camello destrozaba, pateándolo, el cuerpo de su marido, el indiano.

Francisco González Díaz (1869, destacó en especial en el periodismo, en el artículo con tono ensayístico; pero también cultiva en la prosa narrativa. A pesar de que la narración adolezca la lentitud, de falta de acción. Por estar, como se verá, más dentro del artículo o de la crónica que del cuento. Deben ir juntos estos dos escritores, en este índice apresurado del cuento insular por la temática de sus relatos, más filosóficos que puramente narrativos.

González Díaz publicó varios libros, más del género ensayístico, que de pura creación. Uno de ellos “Especies”, mereció el juicio, severo, aunque elogioso, de Miguel de Unamuno. En 1913, edita El viaje de la vida; lleva como subtítulo “cuentos, narraciones, impresiones”: en boca de Unamuno, “algo desordenado, confuso que necesita más unidad en su conjunto”. Entre los relatos, La Bruja. Relato folklórico, con mezcla de terror caricaturesco. Parece adivinarse algo del quevedismo apuntado por Baquero en algunos prosistas del XIX; sobre todo, en el esperpentismo de la protagonista.

Flaca de cuerpo hasta parecer un manojo de huesos envueltos en rugoso pergamino; morena y curtida de semblante; silenciosa al andar, tan silenciosa que su marcha, más bien que marcha, era como deslizamiento; fosca y huraña, desabrida y áspera. Por ojos tenía dos ojuelos extraños, de color cambiante, ora grisáceos, ora leonados, ora sanguíneos, siempre de mirada incierta bajo la claridad diurna...

En el léxico se advierte algún arcaísmo, ciertos galicismos; en el tono misterioso del relato destaca, con machacona insistencia moralizante, el “Dios, Dios, Dios” pronunciada por la vieja al sufrir la persecución y el apedreamiento de los mozalbetes. El vocabulario modernista se adivina en palabras como “protervo, fosca, leonados, satánico”, frecuentes en la prosa valleinclanesca.

En 1922, un segundo libro narrativo titulado “Cuentos al minuto”. Casi son ensayos breves; están en esa frontera difícil de salvar que va de la prosa meramente discursiva a la estrictamente narrativa. Algunos relatos son casi soliloquios: visiones, sueños, irrealidades. Escritos con una prosa rica en símbolos, en escondidas significaciones. Los diálogos resultan excesivos, más propios de la didáctica que de la narración. Adolecen de una docencia excesiva.

Cuando en 1929, G. Díaz publica Desierto, caravana, oasis, título ya excesivamente enigmático, se creyó que había aparecido un libro “cajón” para dar cabida a todo. Pero hay sorpresa. Porque tal vez sea el libro de cuentos mejor de G. Díaz; en donde su lirismo llega a más. Y en donde, a no ser por el eticismo que aún persiste, nada recordaría el tono didáctico, moralizador de sus anteriores crónicas-relatos. En Pasado en presente, hay una evocación de seres sobrenaturales, una

vuelta a infancia y un final sorpresa: la falta de candor infantil en el poeta. En La Misteriosa, cuya acción –y acción bien llevada– se desarrolla a bordo de un trasatlántico, la protagonista, una misteriosa pasajera, centra toda la acción narrativa. En torno a ella hay como una conspiración de envidia, curiosidad, deseo que concluye de un modo trágico: un día amanece muerta en su camarote y su cadáver es arrojado al mar.

Perteneció G. Díaz al linaje escritores más amigos del discurso que de la creación. Prefirió más urdir ésta sobre aquélla, y por eso sus cuentos llevan zurcidos filosóficos, entretela razonadora. Los monólogos apenas ayudan a dar una situación de la narración, y así ésta adolece de ritmo, está falta de andadura. Sin embargo, como se ha visto, a los últimos cuentos consigue henchirlos de lirismo, de contenido poético. Los abrevió y los vistió con la imaginación.

De su propia generación fueron, entre otros cuentistas, Leoncio Rodríguez, Jiménez Martínez, Antonio Domínguez, M. Pícar, cuyos cuentos no añaden gran cosa al género literario. Hay cuentos regionales y cuentos naturalistas, muy a lo Blasco Ibáñez o a lo Clarín, sin que la mención de tales escritores sólo sirve como mera referencia a un modo de concebir la narración.

Jiménez Martín publica en 1900, en Las Palmas, Cinematógrafo. El título es significativo, y podría esperarse relatos con nueva técnica. Los modelos naturalistas, la inspiración en hechos y situaciones de la realidad más inmediata y hasta las dedicatorias, precisan aún más su delimitación. Faltos de acción, abundantes en paisaje, recuerdan su ascendencia costumbrista; ya que no son sino eso: cuadros de costumbres en los que aparece algún diálogo o algún personaje. “La cueva de las brujas”, relato fantástico y folklórico, podría escogerse como uno de los mejores.

Antonio Domínguez edita en Madrid, en 1904, con prólogo de Blasco Ibáñez y epílogo de “A. Guerra”, un libro titulado Relatos. El título es significativo, ya que el autor sigue eludiendo la terminología tradicional que todavía, en aquellos años, seguía evitándose. La índole urbanística de los cuentos, de corte naturalista; la prosa discursiva, la excesiva minuciosidad de los detalles accesorios, hacen perder fuerza narrativa. Dice “A. Guerra” del autor que es “un buen observador”, lo cual es cierto; pero le faltó añadir que un cuento no se hace con observación, sino además con reflexión.

Bajo el seudónimo de Luis Roger, el periodista Leoncio Rodríguez, cuya pluma tan amiga estuvo con la prosa regionalista, publica en La Laguna, en 1905, Cuentos Canarios. Nótese, una vez más, que la materia popular del relato justifica el empleo de la palabra “cuento”. Hay relatos históricos, filosóficos (demasiado prolijos) y regionales, como El Casorio, con un léxico recogido del habla vulgar. Al utilizar la técnica, cuento dentro del cuento, Rodríguez rescita un viejo y ya clásico procedimiento, aunque la abundancia de reflexiones y pensamientos le hace perder eficacia.

Pícar, un dibujante afincado en Teror, escribió La Bruja de las Peñuelas, en 1906. Más es un conjunto de cuadros fantásticos que de relatos novelescos. La abundancia del elemento fantástico –espíritus, fantasmas– hace entroncar al libro con los “cuentos estrambóticos”, al modo de los de Ros de Olano, aquel estafalario narrador cuya prosa, aún romántica, tiene tantos puntos de contacto con los cuentos policíacos modernos.

Agustín Espinosa, J. Manuel Trujillo y “Alonso Quesada”

Después de la postguerra, la prensa insular se incrementa; “El País”, en Las Palmas; “La Rosa de los Vientos”, en Tenerife. Algunos de los supervivientes de “Gente Nueva”, revista valiosísima para conocer el panorama literario insular de fin de siglo, intentan editar en La Laguna una nueva revista de tipo magazine. Llegan a las islas, en fin, las últimas corrientes, los más estrepitosos ismos. En “La Rosa”, hermana de tantas otras publicaciones peninsulares, se hermanó la greguería ramoniana con la sesudez filológica, el escorzo de Espinosa con el ensayo discursivo de Rodríguez Doreste, los versos serenos de B. Inglott con la estridencia ultraísta de Agustín Miranda Junco. De uno de sus colaboradores, de Juan Manuel Trujillo –fundador de “La Rosa”, con Agustín Espinosa y Ernesto Pestana–, hay un cuento, El Estudiante. Es casi un ensueño en el que no ocurre nada, en el que no sucede nada, en el que la imaginación lo hace todo. La limpidez y pulcritud de la prosa, así como la andadura lenta del relato hacen del cuento una pieza antológica representativa de los escritores del 27, generación que aquí, en las islas, tuvo un papel predominante y significativa: quizás gracias al espíritu batallador y combativo de Agustín Espinosa.

Espinosa había publicado en 1929, Lancelot -27 - 8º-; una truculencia ramoniana ordenada en forma de crónicas costumbristas. Y de evocaciones sentimentales. Díaz Plaja, al hacer la reseña del libro, lo encuadró en la literatura nativista –no regionalista– que surge hacia los años 20 en casi todos los géneros literarios. Espinosa acertó en este libro, que no es un conjunto de cuentos, a dar una imagen metafórica, nueva, sorprendente de la isla lanzaroteña. Cuando en el año 1934, edita “Crimen”, con una portada del Oscar Domínguez más surrealista, estaba depurando, en forma de relatos, lo que en Lancelot sólo había planteado en moldes de primeros planos. Ahora, en Crimen, la secuencia cinematográfica –y no es otra la técnica utilizada– alcanza su plenitud. Espinosa trajo a la narración insular ese procedimiento que en nuestros días, en manos muchos novelistas –y aún dramaturgos–, parece tan innovador y revolucionario. No en vano, Agustín Espinosa había jugado con Giménez Caballero, con Agustín Miranda y con tantos otros amigos madrileños, a cineasta de feria. Y aquella su experiencia cinematográfica de los años 20 le sirvió a las mil maravillas para urdir estos “sketchs” del mejor Buñuel.

De nada vale decir que el cuento –el género no es válido en este caso– se trata de un viejo que asesinó a su mujer arrojándola a la vía del tren, y que, en un

segundo tiempo, con una retrospectiva cinematográfica, evoca, revive su crimen, con unos testigos muy singulares: una hojilla gillette, un cable eléctrico, un jazminero, una cuna, etc. El relato de novela de crímenes pasa a ser relato psicológico, en el que sólo el mundo de los ensueños tiene valor. Vale la pena releer dos fragmentos, porque resultan esclarecedores; y demuestran en el autor un dominio de la técnica narrativa nada común.

“Yo busco una mano desesperanzadamente... Una mano lívida, fría, yerta. Que descorra las cortinas de mi alcoba, que guíe mis deslucidos pasos, que quiebre en el aire, entre sus deseos dulces, saetas enemigas, que se apoye en mis horas peores sobre mis desvelados hombros”... Yo conozco una mano, pero no es esa. Yo conozco una tibia mano, una mano rosada y blanda. Para mis labios, para mis manos y para mi cuello. Para mis noches de amor, en torno a mi cabeza o sobre mi espalda”.

Las formas de expresión reiterativas, el ambiente (el clima, en léxico de Maurois), el yoísmo tan común en los neorrománticos surrealistas: tales son algunas de las novedades traídas a la prosa insular por el catedrático Espinosa, cazador de mitos y hurgador de metáforas.

En este otro texto, también de “Crimen”, puede verse la cualidad descriptiva del cuentista y el borbotamiento lírico que supo animar a la evocación; diríase que el paisaje y los sentimientos del escritor están tan entremezclados, que resulta difícil establecer límites entre ambos mundos. Obsérvese que como únicos personajes hay: una calle, unas imágenes borrosas de la infancia. El simbolismo de los objetos en el periodo naturalista, ha dado paso a la personificación de los objetos inanimados, aún de los más repugnantes o menos poéticos. El pintor surrealista –fuese escritor o no– le interesaba el primer plano de sus cuadros, sabiamente desordenados, en una perspectiva de lejanías.

“Se llamaba así: la calle del Muerto. Pero su categoría no llegaba aún a callejón. Eran veinte metros de mal empedrado camino entre dos muros, blancos, casi como por milagro... La calle del Muerto tenía en su fondo un paisaje de barcas de vela sobre un mar en calma, de gaviotas, soles de poniente y nubes rosadas. En la calle del Muerto escondía yo mi batallón de los ocho años... La calle del Muerto protegió mis mejores conspiraciones de niño conspirador... ¡Letrina de mi niñez sin ayos ingleses y de la de mis gentiles amigos del barrio de la Hoya!

Diríase que el pasado, la fluidez del ayer, se ha conseguido gracias a una forma verbal común a todas las acciones verbales (“llamaba”, “eran”, “tenía”, “escondía”) y a la reiteración que, en manos de Espinosa, es procedimiento peculiar de su estilo. La última frase, enriquecida por substancias, desprovista de verbos, intenta resumir todas las emociones, todas las vivencias del narrador. El silbido de las piedras disparadas por los infantes del callejón portuense –la geografía real, el Puerto de la Cruz, está esbozada en rasgos, no en líneas, ni en planos– rebotan contra los muros blancos, sobrevuelan por debajo de aquel fugiminoso fondo de gaviotas y de barcas de vela.

En el año 1950, salió un cuadernillo de cuentos de “Alonso Quesada” titulado Smoking Room (1). Por su temática y por su técnica, pertenece al cuento valleinclanesco o, como apunta Ventura Doreste, al azoriniano. De Valle extrajo la descoyuntura de la prosa, de Azorín, sin duda, la minuciosidad descriptiva, la sucesiva enumeración. El puñado de cuentos de *Alonso* –contemporáneo de Tomás Morales, de Saulo Torón, de Luis Doreste– es, si se quiere, la antología cuentística mejor lograda que se haya escrito en Canarias. La modernidad de su prosa y el aliento presagiador de su técnica narrativa –según Ventura Doreste, con afortunados enfoques cinematográficos– se evidencian en textos como los siguientes:

Su monóculo era de un cristal extraordinario. El decía que todo el “humor” está en el monóculo... En el rincón de un gran comedor inglés es preciso que haya siempre un señor con monóculo. El monóculo puede ser como un suave perfume, como una etiqueta de limpieza social... Mr. John era tan limpio como su monóculo.

Al final del retrato –caricatura perfecta del inglés– esconde esa amarga ironía, ese desdén olímpico escondido detrás de su humor amargo con que *Quesada* supo ver al inglés de la colonia, sobre cuya vida y trasvida entretejió estos cuentos del “Smoking”.

En Las dos mujeres de Mr. Talbott, la escena de la mujer tísica que acaba de expirar, aún sin amortajar, resulta de un humor negro subido. Y de una sátira cruel. Se trasluce, por entre el aire mortecino de los vestidos colgados en el armario –enfocados en travelling– la imagen de la muerte; que sólo se supone, que Mr. Talbott prefiere eludir. Tal vez guiado sabiamente por el narrador que prefiere hacer su enfoque hacia los trajes, mortajas vivas vacías de cuerpo, de alma y de gracia. Como el amortajador de tan asépticos sentimientos...

Sacó trajes del armario. Un traje blanco, un traje rosa, un traje verde. Todos vaporosos, alegres; trajes de inglesas lindas, trajes económicos para las colonias, hechos para las heridas del sol y de las aguas malas de los lavaderos españoles que los rompen pronto. Talbott no sabía qué traje poner a su muerta. El verde era demasiado cruel, el blanco igualaba demasiado con el rostro.

Fue *Alonso* maestro en la ironía –cualidad harto destacada por la crítica–, pero mayor fue su maestría en el sarcasmo. Ni la prosa más hiriente de M. Angel Asturias, resulta tan incisiva como la de nuestro cuentista, diseccionador de la flema colonial británica. Que él sabía descoyuntar –como su prosa– a fuerza latigazos insulares. De socarronería isleña vestida con humor.

Aún alternado el orden cronológico, se ha preferido colocar a Francisco Guerra Navarro, que publicó Los cuentos famosos de Pepe Monagas en 1948, a continuación de los de Alonso. Guerra se sintió en todo momento un feliz continuador de “Roque Morera”, el personaje creado por *Alonso* en el libro de las

Crónicas de la ciudad y la noche, colección de artículos costumbristas en donde se aunan también ironía y lirismo. La ironía de Guerra, al sacarse de la manga el fabuloso Pepe Monagas, hijastro más que hijo de *Roque Morera*, se hace socarrona; no tiene altura de coturno y se queda calzada con la democrática alpargata. Pepe Monagas es un “risquero”, de “cartabuche”, camisa rayada, corbata café y sombrero ladeado; es un hombre del pueblo, de uno de los barrios más sintonizadores de la geografía urbana de la ciudad, y por ello su lenguaje, en consonancia con su carácter, tendrá esa lentitud, esa morosidad, ese quiero y no puedo de su “apardelamiento”. Esa “pardela” que todo buen isleño, con la sonrisa a flor de labio, tiene para dejar hacer, para “irse dejando caer”, con esa perifrasis verbal de tanta cargazón semántica.

Tiene cada cuento un fin humorístico y un lenguaje peculiar, en muchas ocasiones más hijo de la imaginación del narrador que fiel exponente del habla vulgar. Monagas y Venturilla el Taita hablan con ultravulgarismos, con seudocanarismos. El diálogo es elemento primordial; gracias a él se consigue intensificar, gradualmente, el relato. La expresividad lingüística la consigue el autor fundamentalmente con gestos, movimientos, entonaciones y onomatopeyas (“y tás y tás”, “eé, eé”) o muletillas (“oyó, dijo”, etc.) Además, el quijotizarse el propio narrador, que dialoga con su propio personaje, es técnica muy de Alonso *Quesada*, utilizada en sus Crónicas.

Guerra es el Mesoneros isleño, pero con menor figura, con gracia más densa, con chistes más rebuscados. Y con lenguaje más abarrocado. Los hermanos Millares le dieron mucho material para sus relatos; él supo densificar cada cuento para convertirlo en una sucesión de escenas, en un amontonamiento de episodios. Cuya gracia reside en los silencios o el oportunismo del personaje.

Discípulo suyo (sin la gracia de Guerra), es Orlando Hernández, autor de Sancocho, publicado en 1960. Son escenas insulares de fiestas, bodas, bautizos, etc.; más ambientados entre gente campesina y no urbana, como le ocurría a Monagas, que salió muy pocas veces lejos de su barrio. Como ocurre casi siempre, el sedivulgarismo del lenguaje, el rebuscamiento de la gracia ha perdido la frescura y la naturalidad que había conseguido Guerra Navarro.

Navarro Artiles, de la Nuez Caballero (Sebastián) y “Luis García de Vegueta” pueden agruparse no tanto por sus temas cuanto por las fechas de algunos de sus cuentos. Navarro es autor de La niña que vio al Rey Baltasar: cuento infantil, con final amargo; con diálogo bien logrado; con fantasía lírica; y con mucho de autobiografía: es decir, con una base de experiencia real. Sebastián de la Nuez publica en Cuentos Nuevos, uno titulado Una noche en vela, en 1953: narración dramática. Comienza la acción “in medio”, en el momento del velatorio de un muerto: el recuerdo, el pasado vuelve evocado por una niña. Los tres tiempos del cuento están bien logrados (con el uso reiterado del imperfecto consigue la sensación de acción perdurada) y hasta alguna nota satírica (“el muerto se queda

tuerto al apagarse un cirio”) está bien utilizada. “García de Vegueta”, autor de artículos de evocación histórica, escribe una narración, que es casi un episodio histórico, inspirándose en una página de la historia insular: el lenguaje, el ambiente de los personajes, la división de los tres tiempos de la narración (unida por tres distintos estadios temporales) la alejan mucho del cuadro costumbrista; entra de lleno en el cuento, en la narración pura.

En 1953, Leandro Perdomo, un desconocido mozo lanzaroteño, publica un libro: Diez cuentos; tienen dibujos de Manolo Millares. Fue una sorpresa y una expectación, porque, salvando tales o cuales defectos formales, la narración de este cuentista ha sido una de las más sorprendentes e innovadoras dentro de la prosa narrativa insular contemporánea. Con una mezcla de ironía melancólica, con otro poco de escepticismo amargo, el narrador, volcando en muchas páginas de los cuentos, retazos de su propia vida, enriqueciendo la ficción con descarnada realidad, consiguió unir diez relatos, algunos de los cuales pueden figurar, sin desdoro, en cualquier antología. Casi todos los cuentos tienen un trasfondo dramático; en unos, se precipita el drama bruscamente, y en alguno, de una forma más lenta, más pausada. En El mamoncito, se cuenta las angustias, las zobras y la desesperación de un padre ante el nacimiento de su primer hijo, cretino por añadidura. Los pensamientos del señor Peláez van apareciendo, como granos de arroz; así son de menudos, de solidificados, de apretadamente unidos, cuando conoce, con alborozo, su paternidad:

Tenía el cuerpo lleno de mortal amodorramiento y el alma llena de un gozo inexplicable y nuevo. ¡Padre!... El misterio de la procreación, de la inmortalidad; el misterio de la perdurabilidad de la carne que apesta y pudre la tierra se había roto inundándole la existencia de desconocidas ilusiones...

Hay dos cuentos, tal vez los mejor logrados, El Loquito y La Botella, cuyas andaduras siguen procedimiento de buen narrador. El fragmento en que el viejo padre del loquito comienza a perder la razón es un buen trozo de prosa introspectiva; refleja un fino análisis del cuentista. El monólogo interior, apenas esbozado, la paulatina explosión de su disconformidad, de su falta de resignación, son elementos muy bien trabados para conseguir un feliz párrafo novelístico:

El alma del viejo Juan siempre fue algo rebelde, un tanto inquieta. No se conformaba el hombre hasta que Dios quisiera. Es más, es que Dios no quería, estaba convencido. Dios, si fuera Dios, lo hubiera oído en sus plegarias: “Llévame, Dios, contigo. Sácame de este agujero que es la vida. Si cabe más dolor en mi alma, dame más dolor; pero llévame, arráncame esto que me ahoga... arráncame la vida”. Y el viejo se crispaba y manifestaba ideas suicidas.

La vida de Tomás Alba, el protagonista de “La Botella”, es lento discurrir del tiempo delante de copas, de placeres, de goces mundanos. El narrador, utilizando la reiteración de una frase, que es un motivo literario, consigue atar cada tiempo, cada momento de la narración. Los tres aspectos del alma del borracho –satisfacción,

ansiedad y desesperación— están felizmente conseguidos: ha bastado colocar al personaje en tres situaciones, en tres ambientes. En la última, la más dramática, abrazado, muerto ya, a la botella, símbolo de toda su vida.

Perdomo, con su cuento psicológico, de ambiente social, con el diluido didactismo (apenas esbozado en algún cuento); con esa falta de diálogo que hace la narración más fúda; con el lirismo conseguido a base de desgarrar, es, de nuestros narradores contemporáneos, uno de los más significativos. Porque, habiendo vivido muchos de los escenarios de sus cuentos, ha sabido llevar a ellos la ácida amargura que los envuelve; en los que, a diferencia de los cuentos de “A. Quesada” —gran amargado de nuestra prosa—, hay una exaltación de lo feo, de lo desagradable, de las hondonadas más secretas del espíritu, que sólo puede conseguirlo un escalpelista como Leandro Perdomo.

Carlos Pinto, médico tinerfeño poeta, escribió en 1956, Las horas del Hospital; se subtitulan “relatos mínimos”. Algunos rozan con la crónica costumbrista, pero la mayoría tiene aliento lírico, conseguido con parquedad de elementos, como en La Madrugada (casi toda la acción se reduce a un cambio de luz paulatina, hasta la llegada de la mañana) que es, en realidad, el vínculo común de casi todos los relatos. El diálogo, abundante, cumple su función evocadora; ocasiones hay en que las palabras, en bocas de los enfermos, de los anhelantes enfermos (no se puede olvidar el valor humano y autobiográfico de cada relato), salen con sonidos semi humanos, con resonancias. El narrador juega con la realidad inmediata, materia de su relato, pero al silenciar lo esencial para sobrevalorar lo accesorio, enriquece a la narración de contenido y de lirismo:

No ha dicho (ha estado hablando una mujer enferma, ahora sigue hablando el narrador) que el vientre ha crecido mucho en poco tiempo y que ha adelgazado mucho. No ha dicho que tiene unos dolores insoportables. No ha dicho que tiene hemorragias con mucha frecuencia...

Pedro Lezcano, también de los últimos, ha publicado en prensa insular algunos de sus cuentos. Uno, El Pescador, que da el título a un libro de cuentos en cursos de publicación. Es la vida de un sencillo marinero que, después de padecer hambre y sufrimiento, vuelve al mar. Destaca en la narración dos elementos: el paisaje, ya exterior, ya interior. Porque el narrador consigue ir, con tiempo lento, con andadura cinematográfica, dando retazos de vida de un hombre, cuyo único destino es el de la mar. Sin pretender establecer comparaciones, recuerda, en distintos escenarios la locura obsesiva del cuento de Hemingway: éste, obsesionado con su tiburón y aquel, el pescador insular, con su vuelta al mar.

Las evocaciones, las páginas vueltas en sentido inverso al tiempo narrativo, ayudan más y mejor a delinear la templanza dramática del protagonista del cuento. Luchando dramáticamente contra su destino; hasta que es derrotado. Una de las páginas del pasado, la escena de la primera pesca en barca. Salpican a los recuerdos la espuma violenta del mar sureño y agitado:

A Simeón le clavaron una sardina viva en el anzuelo, y él soltó liña. Simeón hundió el plomo hasta el fondo, y luego levantó con tacto. Rezaba porque no le comieran uno de esos peces extraños que tienen voz, contra la ley del mar. Y enseguida sintió un tirón brutal desde abajo que le hizo brotar sangre de las manos. Pero Simeón se obstinó en halar, mientras su padre le miraba con orgullo. De pronto el pez dejó de pesar, como si hubiera inflado su vejiga y subiera aboyado...

Los elementos descriptivos, propios de un buen conocedor del oficio, el realismo meticuloso, la pincelada de fantasía –"peces extraños que tenían voz"– se conjugan para ofrecer un admirable trozo descriptivo, sabiamente encuadrado dentro del conjunto narrativo. Porque Lezcano, poeta, sabe ordenar, con rigor y con buen ritmo, todas y cada una de las partes del cuento hasta llegar al final: aleccionador, dramático, si se quiere. Pero diríase que obligatorio, empujado por el sino fatal de las circunstancias. Entre las cuales no son las menores, los párrafos últimos, en donde con tanta destreza, con pinceladas gruesas, aparece al descubierto el tremendismo en forma de explosión contra los garroteros de la agricultura, disfrazados de mestureros mercantiles.

Ventura Doreste, más familiar del ensayo y de la crítica, ha ofrecido, en estos últimos años, algunas primicias de su producción narrativa, la mayor parte inédita y, si se quiere, mucho más valiosa, que la publicada. De esta última, El último recurso de Zeus, cuento fantástico publicado en "Papeles de Son Armadans", puede servir de muestra.

Utilizando un procedimiento ya clásico en la cuentística contemporánea, Zeus, metamorfoseado en Carlos Anderssen, sufre todas las consecuencias de su eventual estado humano. No vestido de pastor bucólico, ni disfrazado de fiero toro, sino encerrado en la humanidad fría y aséptica de un vendedor de objetos de arte. Cada uno de los episodios que van precipitando a Anderssen a huir de nuevo al Olimpo, vencido y derrotado por la brutalidad humana, se caracteriza por encerrar una unidad descriptiva o narrativa. Porque quizá sea la pulcritud, el esmero, el orden riguroso –que nada quiere decir frialdad narrativa– lo primero que destaca en el cuento. Los esbozos de monólogos que apenas quedan despuntados, así como los pasajes reflexivos, muy breves, pero muy acertadamente dispuestos, hacen del cuento un ejemplar que dice mucho y bueno de su narrador.

He aquí la lucha interna, el cóncavo espejo simbólico que viene a ser testigo de las dudas e incertidumbres del Dios, encadenado su destino al del vulgar vendedor de objetos de arte: maniatado por las obligaciones de su cargo, subordinado fiel a las discretas razones del dueño del establecimiento:

Si Anderssen dependía de Zeus, éste dependía de Warner. Y por eso, al marcharse de su despacho el director, tras haberle extraído el asentimiento, Zeus quedó sumamente disgustado. Cuando llegó al hotel rehuyó mirarse al espejo, porque entonces Andersen le hubiese dominado... Permaneció largo rato asomado a la ventana, en diálogo consigo mismo, desdoblándose temblorosamente...

Doreste, con un estilo impecable, con una prosa literaria que en pocos momentos resulta discursiva –más bien reflexiva–, ha conseguido una narración objetiva, de encadenación lógica y con un final nada sorprendente, esperado; pero conseguido después de haber sabido desenvolver, con maestría, el ovillo trenzado, y siempre tenso, de la narración.

Como se ha visto, a lo largo de tantas y tan fragmentarias fichas, incompletas por otro lado, necesitadas de revisión y aún de ampliación, es posible llegar a conclusiones provisionales respecto del género cuentístico en las islas. En todo momento el cuento insular supo estar a la par con el peninsular o con el extranjero (el francés, especialmente); sólo el regionalismo o el historicismo rompe este rítmico proceso. Lo que prueba que la huella costumbrista persiste, y aún sigue persistiendo. Y todavía, una nota más: el cuento representa en la prosa narrativa moderna, la expresión más fiel de nuestros narradores, más inclinados al relato breve que largo. Sin duda, porque en el destello fugaz, pero intenso, del cuento han encontrado una forma de dicción más adecuada.

Albores románticos

Para comprender con toda claridad qué cosa fue el Romanticismo es necesario irlo desnudando de sus propios vestidos; para saber cuál es su cuerpo, de qué está formado, qué nacimiento tuvo. Y entonces, al hurgar las costra, surge lo sorprendente; porque sorprendente resulta encontrar debajo de la levita la casaca, debajo de la melena la peluca; el siglo XVIII escondido debajo del XIX. Como si lo incitase a esconderlo, como si no fuese él mismo un siglo —con su olor de rapé, con su aire suave de pavana, con sus nifas retozonas y sus amorcillos gordonzuelos— capaz de sentirse un poco paternal al ver otro siglo, —pólvora y sangre, algaradas liberales, igualdad de derechos, democracias de lamparilla— tan necesitado de conseja y guía. Por eso, hurgando y hurgando han ido apareciendo tantas sorpresas.

En ese siglo, frío, amanerado, académico, pero también heterogéneo y difícil es fácil encontrar, casi de la mano, la legalidad borbónica y la bullanguería republicana, la fe más ortodoxa con el extremismo más crudo, el bucolismo más amanerado y el sentimiento más sincero. La desnudez se impone al vestido; la sinceridad a la falsedad; el corazón a la cabeza: de ahí que, nacido el siglo XIX, todavía en pañales casi, sinceridad, desnudez y corazón se adueñasen totalmente de los hombres. Aquellos mismos hombres que tenían algo de muñecos de relojería y de figurillas de porcelana. A éste, no sabemos si con acierto, los críticos se han empeñado en llamarlo Romanticismo, pero nosotros creemos que ese Romanticismo necesitó antes de un prefijo, de una sala de espera en donde todo el equipaje abigarrado que se volcaba desde todo un siglo, en donde había permanecido aprisionado, tuviese asientos y maduración. Romper las normas; gritar en vez de dialogar; arrebatar en vez de conquistar; sentir en vez de pensar; amar en vez de galantear; tirar al aire las pelucas, rasgar los encajes de las casacas, quedarse a media luz con una vela mortecina: tales fueron los fenómenos que en esa antesala iban sucediendo. Esta revolución —pues revolución fue, y grande, aunque soterrada— se hacía, porque ya no cabía en la cabeza humana la existencia de una Ley única, de un Poder único y de una Verdad única; atacadas las mentes de una enfermedad incurable —la Ilustración—, fueron naciendo conceptos nuevos, semillas empapadas con la rica savia de la locura. Encontrarse a sí mismo el Hombre, revalorizarse, recuperar una jerarquía que había perdido: este fue el camino, curvado y cruzado por tantos vericuetos. Y así, los Obispos se creyeron Papas cuando se reunieron en Pistoia; y los Reyes se adrogaron potestad divina; y los súbditos se transformaron en ciudadanos. No más leyes impuestas, no más obligaciones, no más predominio de unos pocos; decretense las leyes después de discutidas, suprimase lo superfluo, iguálense a los muchos con los pocos. El Hombre, libre, consciente, es capaz de interpretar las Leyes, hasta entonces nacidas de Dios, por su propio albedrío.

Cuando los sacerdotes preferían Van Espen a Sto. Tomás, Rousseau iba ganándose más lectores, y el mismo pueblo se hacía unas cartillas —mágicas y

prolíficas— para satisfacer su curiosidad; cuando los libros, bandada de pájaros tentadores, se ofrecían a la puntería de hábiles cazadores; cuando sacerdotes y soglares comentan sigilosamente “El Espíritu de las Leyes”, “Abelardo y Heloisa” o las aventuras de “El Eusebio”; cuando un barbero aparece facilitando un libro prohibido a un seminarista; cuando la fiebre subía más y más amenazadora, nada podía hacerse para contenerla. La Medicina más enérgica, la cirugía más urgente, el tratamiento más intenso sólo podría hacer una cosa: aminorar lo que cada día tenía mayor fuerza. Y esto fue lo que ocurrió: la epidemia se propagó y prendió en los enfermos más insospechados. Y lo que había parecido cosa de poca monta adquirió carácter de tragedia.

Diagnosticar hoy la enfermedad como consecuencia de la Revolución, resulta fácil. Pero, nacieron las barricadas solas, salieron los trabucos y las navajas caprichosamente, respiró el mundo pólvora y sangre por un azar. Detrás de cada barricada había, sí, un revolucionario, el mismo, tal vez, que en un día de conclusiones del Seminario había puesto en apuro al Rector por defender tesis atrevidas, o que se había atrevido a refutar el doctrinario tomista del profesor de filosofía o de Teología. La Revolución, el motín o la asonada no resultaban sino un día de conclusiones con arcabucería, lanzasos y griterío. Más ruidoso, más movido, pero, a la postre, un día más del Curso. No es otra la razón de que la acción se antepusiese a la contemplación dentro del Romanticismo. Románticos, y de la mejor especie, son los que eluden la policía inquisitorial, los que comentan en baja voz tal o cual proposición atrevidilla o los que traducen y difunden impresos perseguidos por los aduaneros espirituales. Ahí estaba el Romanticismo, infantil, un poco precoz y otro poco ingenuo. En los escaños de unas Cortes aéreas, en las guerrillas de 1808, en los fusilamientos de la Moncloa, en los relinchos rojos de los mamelucos en la Puerta del Sol, en la mueca de Goya, en el reír chispeante de D. Ramón de la Cruz; en la luz y en la sombra que es la vida española a partir de Trafalgar, está todo el germen del Romanticismo. En la vida, en la turbulenta vida de los españoles de principios de siglo, hay que buscar todo el secreto de 1830, cuando la Escuela va adquiriendo más verdor y más ímpetu. Antes que el Duque de Rivas escribiera su “Alvaro”, antes que Martínez de la Rosa representara “Aben Humeya”, antes que Teresa fuese elevada a una deificación amorosa, Rivas, de la Rosa y Espronceda habían hecho sus pepinos de hombres clásicos, se habían sentado en los escaños de las Constituyentes y habían conocido, uno más y otro menos, el destierro y la lejanía de la Patria. La hondura, la sinceridad, el desgarrar de aquellos hombres ausentes de todo lo suyo dio al Romanticismo español ese tono melancólico y sincero que caracteriza, por ejemplo, los versos de Rivas, pasando frente a Gibraltar, o los de Martínez de la Rosa saludando jubilosamente el terruño granadino; no eran versos escritos por el poeta, sino por el hombre. Porque Hombres, hombres de carne y hueso, son los que van derramando sus vidas en versos inconclusos o en poemas de retorno. Camino de vuelta —camino nunca hecho totalmente—, el Romanticismo parece presentarse como un retorno perenne, como una hoja en blanco flotando en el aire, apenas sin doblarse. Diciendo adiós a algo que quedaba atrás, pretendiendo resucitar algo aparentemente muerto, los románticos no podían desligarse total y

rápidamente del pasado que arrastraban. Ese fondo clásico, bambalinas de una buena parte de nuestros románticos, es el que da ese tono indeciso y nostálgico a la nueva escuela, ausente de estallidos violentos, de genialidades vigorosas, como le ocurre a Francia, a Inglaterra o a Alemania. La persistencia de un soterrado neoclasicismo, en pugna con el romanticismo innovador, es la nota característica hasta muy entrado el siglo XIX; y no se piense en una pugna literaria, sino fundamentalmente ideológica. No se discutía un modo de escribir o de concebir, sino un modo de ser y de vivir. No se hablaba de Estética, sino de vida, de vida palpitante. La del tonadillero, la del majo, la del aguador, la de los espectadores de la cazuela del Príncipe, la de los jaleadores de D. Ramón de la Cruz, la de los de la carga a los mamelucos de la Puerta del Sol, los mismos que plasmó genialmente Goya en una madrugada del 3 de Mayo en la Montaña de D. Pío. No se busque en otro lugar el Romanticismo; erudición pura y vana sería descubrirlo, parte incluso, en las preceptivas literarias, o en las disputas académicas.

Quehacer vital; ahí está condensado todo el romanticismo español. En la vida cotidiana, en el tráfico diario; no en otro lugar. Igualmente románticos fueron quienes contrabandearon ideas —envasadas en píldoras más o menos disfrazadas como los que, como aquel coronel español exiliado en Londres, se dedicaban a hacer labores manuales para cubrir las mínimas necesidades, pues toda la preceptiva romántica —si pudiésemos admitir alguna preceptiva romántica— está encerrada en estas dos palabras: renovación por revolución. Una renovación que empezó a mediados de 1700 y no terminaría hasta casi 1850.

El espejo de la novela

Ya no hay tiralíneas. Ni compás. Ni orden. Ni capítulos, ni palabras. Ni “realismo de cosas”, ni descripción ordenada, ni lenguaje cotidiano, ni verosimilitud.

Ahora, desorden. Y números. Y “realismo de almas”. Y fotografía múltiple. Y lenguaje balbuciente. Y personajes difuminados. Y palabras, con o sin sonidos, con o sin sentido. Pero sugeridoras.

El escritor necesita siempre expresar algo, transmitir algo; para que el lector –invisible personaje– recoja un mensaje. ¿Cómo conseguirlo? ¿De qué medios puede valerse? Cada escritor utilizará su peculiar medio de comunicación. Cada uno habrá creado un medio de expresión.

Si en el siglo XVIII, Fielding procuraba “hacer pintura de la vida”, en el siglo XX, Onetti dirá que “el sujeto se manifiesta a cada instante”. Y esto es lo que hace el novelista del siglo XX: manifestarse cada vez que escribe una novela. No guiado por la lógica, sino arrastrado por el fugiminoso mundo de la magia.

Elevando lo accidental a lo substancial; anteponiendo lo nimio a lo importante; destacando lo ínfimo sobre lo máximo, el novelista va creando la novela. Sus personajes, “seres invisibles, indecisos”, van buscando misteriosas relaciones con las que se va tejiendo el texto novelístico. Y de la planificación novelesca del siglo XIX, se pasa a la poliédrica del siglo XX. De ahí que el lector necesite una mayor atención; porque el camino es más difícil; porque su participación es mayor.

Múltiple y pluriforme, la novela se convierte en una polisinfonía. El autor no ha cerrado el círculo; por el contrario, ha dejado abierta la puerta por donde lanzarse hacia imprevisibles horizontes. El lenguaje divagatorio, el párrafo impuntuable, el léxico roto, las jitanjáforas onomatopéyicas tienen su raíz en esa incógnita. Buscador de incitaciones, el escritor ensaya procedimientos formales con que enriquecer el perspectivismo novelístico.

En vez de narración, presentación. Los personajes actúan por sí mismos. No necesitan conducción ni tutorías. Su madurez e independencia son señales de una nueva manera narrativa.

La segunda persona –constante y obsesiva– puede esconder una segunda voz que obligue al personaje a dirigirse no tan sólo a sus interlocutores novelísticos, sino al invisible interlocutor que es el lector. Envuelto en la vorágine del tú aproximador, el lector se ve aprisionado dentro de la novela, sin tener el asidero de

un punto, de una pausa, de reposo. Tiempo, espacio, situación y acción parecen confundirse con intención malévolá.

Tocado por la magia de la inquietud, el novelista excita, entremezcla, desordena lo que la novela clásica parecía haber jerarquizado de una manera inexorable. Los territorios de la novela parecen ser subterráneos inexcruables del pensamiento, de los sueños o de las sensaciones. Sin cortapisas, el novelista bucea en el marasmo de las conciencias, o, como dice Sábato, en "el descenso al misterio primordial de la condición humana".

La realidad no es la fotografía, ni la psicología; es un magma, escurridizo, que se mueve con irregularidad, con sorpresa, como si fuese hecha con levísimos extertores de terremotos vitales.

Inquietud, zozobra, aspiración: tal vez pueda ser el denominador de la nueva novela. Esta que nos ha dejado ver el espejo caminante de la sombra que nos acompaña.

Sin pasión y con rigor

A Ventura Doreste

He leído, querido Ventura Doreste, tu artículo titulado “A propósito de Unamuno”, y su lectura me ha incitado a terciar no en el debate promovido por el libro que tú comentas, sino en el problema Unamuno; en ese amplio difuso y hoy difícil problema Unamuno. Puedo adelantarte, pues, que más será mi artículo glosa del tuyo, que no escolio ni comentario a lo que no he leído y no puedo, por tanto, juzgar.

Dices en tu artículo que “no emprende Armas un estudio medurado y amplio de la obra unamuniana, sino a señalar... lo que en esa obra juzga reprochable”. Y no sé, sin querer, pones el dedo en la llaga. Pues es ésta enfermedad antigua y endémica en nuestras letras: juzgar sin comprender, reprobar sin leer, hablar sin entender. Y pongo aquí en su justo y exacto sentido dos vocablos tan llevados y traídos en sus últimos tiempos: (comprender, aprehender algo en otro y entender, ahondar en el conocimiento de personas, ideas, intenciones). Tal vez tenga raíz este desconocimiento, como decía el propio don Miguel, en la “insociabilidad” “uno de nuestros rasgos más característicos”; o, como decía también Unamuno, en “el dogmatismo agudo”, pues “aquí –continuaba– lo arreglamos todo con afirmar o negar redondamente, sin pudor alguno, fundando banderías”. Y ahora vendría bien aquello de las “ideas esquinudas” y de las “ideas redondas”; y de la “esquinudez” de nuestras ideas, etc. Por eso ha sido siempre más fácil la abstracción que la concreción; y por eso casi siempre ha sido esta última más útil que la primera en los menesteres discursivos: aunque, al final, a la hora de las conclusiones, éstas necesiten de muletas para andar por su cuenta.

Juzgar con medida y con amplitud, analizar con sesudez y con calma, discriminar las partes de un todo: he aquí la base de una buena comprensión, ese difícil arte para el que la filosofía ha dictado durante más de veinte siglos tantos y tantos procedimientos. Y para el que tan pocos están dispuestos, por el esfuerzo que representa, por las dificultades que entraña. Pues, como decía el sesudo Tácito “el que quiera hacer profesión de fe y de verdad incorrupta no debe escribir de alguno con afición ni con odio particular”; y el viejo historiador, testigo de excepción de los años más trágicos y terribles de la historia romana, podía hablar con toda propiedad cuando aludía al “odium” o al “amorem”. En nuestra España, por desgracia ha abundado más la abstracción que la concreción; ha faltado la medida; no ha habido “dudas”, sino “fe” y “dogma”. Y en la última centuria, “loa “sin ambages” y “sin rodeos” fueron tópicos archirrepetidos en la prosa literaria y burocrática. Es que nuestra geografía, nuestros paisajes, nuestro carácter predisponen a huir de la transición, a esquivar el matiz, a no gustar de lo difuminado: nuestro romance corta

como el filo del acero toledano. Rigidez en los juicios, aspereza en el trato, reciedumbre en el carácter: así ha sido el espíritu español, y así continúa siendo, para nuestro bien o para nuestro mal.

El propio don Miguel, de superficial aspereza, supo mucho de este comportamiento. Y, por citar un caso reciente, ahí está todavía palpitante, “el caso Ortega”, precisamente revivido con recientes libros publicados por orteguistas y ortegófobos (Pedro Caba –nada orteguiano– en un ensayo titulado “Polémica sobre Ortega”, decía que “tiene derecho a discutir e impugnar a Ortega y representar lo torcido y defectuoso de Ortega, pero que no tiene derecho a torcer él mismo sus razones para ello”).

Si a recoger fuera la antología de “desconocimientos mutuos” en el amplio ruedo ibérico, me temo que tendría que llevar hasta el hirsuto Marcial –aquel feroz ibero que cortaba la redondez pudibunda de Roma– para comenzar mi labor antológica. Pero, mi querido Ventura Doreste, basta para el ejemplo lo que ya se ha dicho; por otra parte, ahí queda para el curioso el libro de Sainz Rodríguez, nada dudoso, “Las Dos Españas”, para que se pueda completar mejor el panorama de nuestra cartografía ideológica. O cualquier otro de Castro de Figuereido o del propio don Marcelino, especialmente los de su última época.

Señalas tú también que “buena porción de esos juicios –los recogidos por el comentarista de Unamuno– no se refieren a toda la labor de Unamuno sino a aspectos determinados”. Claro está, ¡cómo que éste es otro de nuestros pecados! ¡Son tantos los casos de parcialismo en nuestra historia literaria! Ahí está el caso Galdós sin ir más lejos. Bastó que se lanzara sobre él un anatema para que prevaleciera; y no me refiero al anatema dogmático o religioso, sino al estético. Descubrió alguien –posiblemente algún parnasianista de última hora– que don Benito decía las cosas con suma sencillez, utilizaba las frases sin galanura; no escribía como Zola; entonces, del modo más escolar y más ingenuo, se dijo que Galdós no sabía escribir, o que no tenía sintaxis, o que usaba “lenguaje pedestre”. Después, cuando vino el estudio desapasionado, cuando se volvió a estudiarlo y a leerlo, cuando vino la crítica extranjera y la española, desprovista de filias y de fobias, Galdós ocupó el puesto que siempre tuvo: el del creador de la novela moderna española. M. Pelayo, por citar otro caso concreto, también necesitó del tiempo, de la sedimentación de las pasiones, para que se le reconociese por todos, por tirios y troyanos, que su “Historia de Heterodoxos”, es algo más que la pasión juvenil o el dogmatismo religioso; y ha habido necesidad –tú lo sabes muy bien– de rectificar juicios, cuando se ha leído una correspondencia tan inquietante y de tanta hondura entre don Marcelino M. y Pelayo –el ortodoxo– y el terrible escéptico de don Juan Valera. Al bueno de Unamuno también le ha salido este salpullido de antólogos mal dispuestos que solamente tijeorean para dentro, para los de casa, no para todos, no para la mayoría. ¡Buena historia de la Literatura se escribiría a base de antologías domésticas y de juicios reprobables! Nosotros, los docentes de la Literatura, no sabríamos a qué carta quedarnos con un jardín tan espeso de

opiniones, y, con unas opiniones de tanta variedad y calidad. Me acuerdo ahora del propio Unamuno y de su galdofobia. Recuerda los juicios nada gratos que profirió de Galdós, al que achacaba frialdad “prosa doméstica” y lenguaje “para ir por dentro de casa”, amén de falta de idealismo y de magisterio; las páginas recogidas por G. Blanco en “De esto y aquello” son bastante expresivas. Esto ocurría en 1920-1921; en 1922, desde París, le escribe a Castañeira, su íntimo amigo fuerteventureño: “Porque nunca podré olvidar que fue ahí, y gracias a V. y a su librería, cómo releí a Galdós y aprendí a conocerlo. Pues debo declarar que aunque yo conocí y traté a don Benito, mi verdadero conocimiento de su obra data de mi estancia en ésta. En la quietud y el sosiego de esa isla, es en donde pude darme cuenta de todo el enorme trabajo de aquel hombre recogido. Mi Galdós de hoy es el que yo aprendí a conocer ahí”. ¿Galantería, halago al corresponsal? Poco amigo fue el de la alabanza; sí, de la verdad, “dicha a martillazos”, muchas veces. Aquí Unamuno se declara, paladinamente equivocado en su juicio; y lo confiesa, sin rubor. ¡Cuánta falta hace esta suerte de confesiones en “la república de las letras”! Y para añadirte una prueba más de estas rectificaciones de juicios apasionados, podría añadirte aquel hermoso ensayo publicado por nuestro Castro a raíz de la muerte de Unamuno en “La Nación”; allí se condolía don Américo de su acritud con el vasco, al que llamaba “el español más español y la cabeza más ibera” de los últimos cincuenta años.

Sí, querido Ventura Doreste, “no nos fiemos de extraños testimonios irreductibles”. Juzguemos nosotros mismos; ésa es la mejor norma: “Acercarse a la misma obra de Unamuno a fin de estudiarla con mente y sensibilidad alertas”. Se me ocurre ahora, al releer tu cita de Saldaña sobre la ausencia de filologías en la obra unamuniana, repetirte lo que me contaba un dominico de Salamanca, ex-alumno de don Miguel en sus clases matutinas de Filología Española. Era difícil, me contaba el religioso, seguir lápiz en mano la explicación de clase, porque no se sujetaba nunca a ningún texto ni a ningún orden. Decía don Miguel —y lo repetía hasta la saciedad— que “la palabra no es sólo “articulación de sonidos”, según enseña la Fonética, sino también “sangre de espíritu”; por eso, terminaba Unamuno, la palabra, como la sangre, está siempre oxigenándose, siempre renovándose, siempre vivificándose y vivificando al que hace feliz uso de ella. En el año 53 o 54, —no tengo a mano la referencia bibliográfica— se publicó en Salamanca una tesis doctoral sobre “La lengua y el lenguaje en Unamuno”. Apoyándose en textos de apuntes de clase —algunos del hoy profesor G. Blanco, alumno de Unamuno—, el doctorando va exponiendo como era una clase de Unamuno, y cómo alentaba de continuo en su obra una preocupación filológica “viva”: no “mortecina, como la cochina Literatura”. Yo mismo creo haberte leído —y seguramente algún testigo vivo habrá aún— un fragmento del segundo discurso pronunciado por don Miguel desde el escenario del Galdós en 1910; la más hermosa lección que pudo haberse escuchado allí de la lengua española, dicha por un profesor y henchida por el corazón ardiente de un escritor español.

Pero ya es demasiado larga mi carta. Sólo te voy a referir una última anécdota.

En 1953, en las fiestas centenarias de la Universidad de Salamanca, se inauguró en la antigua casa rectoral el hoy museo de Unamuno; sus pajaritas de papel, su desnuda habitación de parquedad franciscana, sus estantes repletos de libros y aquel su inolvidable balcón, esquinero de la altiva torre catedralicia. Hubo discursos, ágape y toda suerte de actos propios de estas inauguraciones. Después, aquel mismo día, fuimos al cementerio a poner un ramo de rosas en la tumba del homenajeado; entre los asistentes figuraba el Rector entonces, doctor Tovar, y el también Ministro de Educación Nacional. Los poetas hispanoamericanos y los profesores de otros países desahogaron su retórica y su lírica. Sólo recuerdo hoy las palabras de Tovar, al ofrendar el ramo de rosas rojas en nombre de la Universidad de Salamanca: “Estas rosas expresan la pasión de su vida y la pasión viva que supo prender en el corazón de quienes fueron sus alumnos; porque si no hubiese otro eco de su magisterio, nos sentiríamos felices de haber heredado de él, nosotros los universitarios de España, la más noble pasión de universalizar y mejorar nuestra Universidad, carne viva de un profesor poeta”.

Máscaras y contornos

Para Pedro Lezcano, corega.

Vieja cuestión. Vieja y ardua. ¿Debe o no representar la poesía dramática la realidad, la “fisis” griega? Ahí quedan los testimonios de los maestros, desde Aristóteles hasta Nietzsche, para corroborar o rectificar una de estas tesis. Aún hoy, después de 25 siglos de haber salido Tespis a escena, continúa siendo problema debatido con tesón.

Aristófanes, primer maestro de la comedia social; sus obras encubiertas por la simbología; sus personajes dejando escapar sus sentimientos gracias a la crudeza del lenguaje, su ironía caudalosa, derramada sobre los dioses y los hombres. Antecesor directo de Plauto, maestro del teatro moderno, vigorizador de la persona dramática, individualizador de los caracteres, vivísimo espejo de la sociedad griega helenizada: tal fue Menandro. Con él y con su discípulo latino, “Terentius magister maximus”, el teatro alcanza su desarrollo más perfecto.

Atrás habían quedado la mímica y el coro, atrás, también, el problema tan debatido de uno o varios personajes. Ahora el autor se esfuerza por trasplantar a la escena la realidad de la vida. Los dioses, aparecen, llegan disfrazados, vergonzantes o beodos; los enmascarados de la tragedia han cedido el paso a los actores revestidos con la solemnidad de sus propios y definidores caracteres: el avaro, el mentiroso, el fanfarrón, la presuntuosa hetaira, el encubierto sodomita, la enhebradora alcahueta, el vanidoso ridículo, esculpidos magistralmente por sus creadores, aún siguen teniendo vigencia y realidad. No desfigurada la obra con alusiones, con digresiones o con debates interminables, cada parlamento, cada diálogo, cada palabra está ceñida por la más desnuda realidad. Por el realismo más vivificante.

La comedia nueva, iniciada por Menandro, se caracteriza por el fluido de docencia moral que encierra. La bufonada siciliana se ha hecho cuadro de costumbres, admirable cuadro de costumbres. Allí están “El Avaro”, de Moliere, de raíz menandrina, o el Trigo aristofánico montado en su hiperbóreo corcel y disputo a dar los consejos más descabellados. Los dioses y los héroes de Esquilo, ahora grotescamente ridiculizados —el Hércules comilón o el Mercurio mentiroso—, y los atormentados personajes sofocleos suenan un poco a hueco en la escena populachera, grotesca y rijosa de los comediantes atenienses. Hay un deseo por contar, referir, representar la vida cotidiana; el hombre aparece cada vez más libre de los prejuicios o de las ideas sobrenaturales; la sociedad gana en aburguesamiento lo que pierde en religiosidad. Y quizá, para bien del teatro, éste haya sido su signo más caracterizador.

Después, ... después, el caos. Interminable y hasta enojoso sería un extracto del mundo dionisiaco. Basta recordar, que el drama medieval tiene su origen inmediato en estas farsas, en estos "laudantes", en estas diversas maneras con que los pueblos occitanicos interpretaron el drama primitivo. Esto es, el diálogo dramático. El teatro italiano, el francés o el español, al dar forma a sus manifestaciones escénicas, repetirán, recrearán, intentarán encontrar en viejas fórmulas las soluciones de sus obras teatrales. Muestras diversas, "La Favola de Orfeo", de Policiano, el Auto "De las grandes lluvias", de J. de la Encina, o el "Jeu d'Adam", de autor desconocido, piezas dramáticas en las que se exterioriza una preocupación religiosa –fruto del momento en que fueron escritas–, pero también ostentadoras de un racionalismo teológico harto irrespetuoso, como ocurre primordialmente en el teatro francés. Cuando el gran teatro europeo del siglo XVI y el siglo XVII hacen su aparición, la sombra tutelar de Séneca parece revolotear por encima de cada pieza dramática; especialmente, en su estructura formal. Los bamboleantes coturnos barrocos recuerdas bastante a los de la época imperial, de complicada escenografía y de retórica sublime, enrevesada y sutil: semejante a la de Calderón, Marlowe o Shakespeare. Y, apurando un poco los conceptos y saltando por encima de cuatro siglos, como son la grandilocuencia de Claudel o el retoricismo de Raynal. Y es válido mencionar, sólo mencionar, la rigidez dramática del XVIII, entrustecido siglo de preceptos, de reglas, de comentaristas aristotélicos... hasta que Shakespeare, dominador, se adueña de los escenarios; y la dolorida sombra de Hamlet vuelve a tomar corporeidad en nuevas adaptaciones.

En el teatro del siglo XX, caminos viejos redescubiertos la mayoría; redescubiertos y reformados. Ibsen, Pirandello, O'Neill, tres nombres que podrían señalar tres hitos dramáticos. Cada uno con su camino propio, con su sello personal, los tres unidos por un deseo ferviente de realidad, de verismo real. Unamuno proclamaba en sus cuartillas leídas en el Ateneo de Madrid, un deseo, común en el teatro moderno: la desnudez dramática, "el efecto que se obtiene presentando la tragedia en toda su augusta y solemne majestad". El desarrollo de la acción; "resultado del choque de pasiones", va por la línea más corta posible; porque esa acción, se podría añadir, está enriquecida con el aliento poético del autor. Al decir de Unamuno, teatro clásico igual a teatro poético; no el adorno con ropaje de rimas biensonantes, sino el agitador de espíritus y el purificador de almas. Y para ello, el camino más recto: el de la desnudez, que, como decía Unamuno, es "siempre más casta que el desvestido". Por eso, O'Neill traza con tanto verismo el carácter de Marsden, o Pirandello se atreve al monólogo de la Hijastra en sus "Seis Personajes..."; porque ambos prefieren la verdad a la sensualidad mal encubierta o al vicio peor desahogado.

Y, nuevamente, el amor. Aquel amor, desfigurado y caricaturizado de mil modos en la comedia griega –en la aristofánica y en la menádrlica–, que sirvió para sustituir, primero, y dominar, después, a las simbologías mitológicas o a las mixtificaciones semi-heroicas. Teatro pletórico de pasiones descarnadas, de almas intensamente agitadas, de humanidad dominada por el Dios Ero. Teatro en el que

sólo hay lucha de almas, aparición de "personas" mal encubiertas por invisibles máscaras (así, los monólogos de los "dobles" tan frecuentes en las obras de O'Neill; o los "aparte", en el drama pirandelliano; o los monólogos, en las piezas unamunescas). Teatro cuyos personajes exponen sus intimidades, revelan sus secretos, confiesan su "yo". En suma, en donde la individualización ha salido triunfante. Triunfante de lo episódico e impregnada de sustancialidad.

Y ahora sí que viene bien aquello del autor de "Fedra": "Los oídos más castos deben y pueden oír los rugidos de una fatídica pasión irresistible... sólo una gazmoñería farisaica puede fingir escandalizarse de la castísima desnudez con que aquí se os presenta un alma dominada por el amor fatal". Porque sólo con este ánimo es posible oír y ver el drama, sea o no comedia, tenga o no enjundia dramática, posea o no utillaje cómico. Sí, sólo con una límpida castidad. Con aquella que dio vida a los más altos mitos de la tragedia griega. Y con la que seguirá perviviendo el arte escénico. Tan escueto, tan sobrio y tan "desnudo", que sólo necesite, según recomendaba nuestro autor, una "limpia sábana blanca" por decorado.

La purificadora sábana de Dionisio.

Elogio de la crítica

Cuenta Ortega y Gasset, en “El Espectador”, de la “falta de gramática” de Baroja, al que dedica nuestro crítico sesudas y esclarecedoras páginas.

Y dice Ortega, después de explayarse en la teoría de la percepción, tan necesaria para un buen crítico, que “yo leo para aumentar mi corazón y no para tener el gusto de contemplar cómo las reglas de la gramática se cumplen una vez más en las páginas del libro”. “Aumentar mi corazón”, regla de oro en un buen crítico; regla incumplida por muchos. Porque, como añadía Ortega: “no hallo cuál pueda ser la finalidad de la crítica literaria si no consiste en enseñar a leer los libros, adaptando los ojos del lector a la intención del autor”.

¡Ahí es nada! Adaptar los ojos del lector a “la intención del autor”; conducir a aquél, con destreza y con rectitud, a ese camino por donde el autor quiso llevar su palabra. Ayudar a comprender, o a interpretar en ocasiones, cuál fue la intención, cuál fue el deseo, cuál el mensaje del escritor. Arriscarse por tortuosos, por oscuros senderos por los que el autor decidió llevar el hilo invisible de su texto. Ahí está el secreto de la buena, de la justa crítica. Desde Dionisio, el maestro helénico, hasta Adisson, el “avisador”, inglés maestro de “avisadores” –esto es, de conductores de avisos.

Releer hoy a Ortega, en especial al Ortega “avisador” –al puntual y excelente lector que fue Ortega– lleva consigo el deleite de sentirse en suelo amigo, cuando nos conduce por las páginas de Baroja, de Azorín, de Stendhal o de Dante. Con el rigor de su método, con la nitidez de su lenguaje, cualquiera de los escritores estudiados, desvelados, aparecen más claros, menos recónditos. Más ostensibles.

Por desgracia, en nuestros días, la crítica se tiñe de sofisma, se viste de obscuridad o, simplemente, se convierte –¡y con cuánta reiterada abundancia!– en una hoja de mala informática: rodeada de cabalísticos signos o de enceladas frases. Y así, como decía Ortega de los malos críticos, sólo nos enteramos de la falta de sintaxis del escritor, o de la pululación de tales o cuales vocablos. Crítica de camisa blanca, ojeo de formas o de fenómenos; nunca percepción de intenciones.

Porque, no hace falta repetirlo, radica en esa búsqueda de intenciones, en ese detectar los guiños del autor, la raíz de la buena crítica. Quiere decir, el secreto de la lectura en alta voz; para ser escuchado, silenciosamente, por miles de lectores.

Desde los milenios de Alejandría –patria de los filólogos– hasta la centuria de Montaigne, maestro de ensayistas, la crítica se centró en “rodear”, en descifrar, en “traducir” lo que podía resultar poco inteligible. Nunca en las aritméticas ecuaciones de datos numerados y desalentadores.

Caer en los extremismos de los adeptos de escuelas críticas, aplicadas –para escarnio de mofa– a jóvenes e iletrados lectores, resulta doblemente pernicioso; cuando no escandaloso y hasta denunciado. Intentar releer, con propósito didáctico, un libro, un fragmento, para rodearlo de ininteligible terminología, para aplicarle misteriosas estadísticas o para rellenarlo de vectores geométricos, es vender mercancía poco fiable. Es, sencillamente, engañar al incipiente, al desesperado lector, ahuyentar para siempre del hábito inicial de la la lectura.

Aplicar el mejor ángulo de la perspectiva, diseccionar las vivencias de aquella criatura –esplendor de un soneto, magia de un cuento, latido dramático de una escena–, acercar con óptica adecuada el objeto analizado: vivificarlo, volverle a dar la misma vida que alentó en manos del autor. Tal es, tal debe ser el deber del buen crítico.

Ayudar a mirar mejor, ser fieles y penetrantes espectadores, como pedía Ortega, debe ser una de las normas más altas de la buena crítica. Quiere decir, de la buena y recta lectura.

Un cónsul en Canarias

Las Islas Canarias, como casi todas las islas, como casi todos los Archipiélagos, han conocido, a lo largo de su historia, la visita, pacífica o no, de foráneos que han venido atraídos por causas diversas. Unas veces, la depredación o la rapiña; otras, la conquista; en mayor ocasión, la visita pacífica del simple viajero. Viajero que, en muchas ocasiones, se iba transformando en un isleño más: atraído, conquistado, “insularizado”.

Desde los viajes de las naves romanas o cartaginesas buscadoras de plantas tintóreas o de carne humana, hasta los ataques piráticos de Drake o Van Der Doez, las Islas han conocido capítulos muy diversos a lo largo de su historia. Y no ha sido el capítulo de los inmigrantes extranjeros, llegados por causas muy variadas, ni el menor ni el menos importante. Desde el siglo XVI, con genoveses y portugueses, hasta el XVIII, con ingleses y franceses, la población insular conoció el mestizaje más variopinto; y más enriquecedor. Ahí quedan hoy, en los árboles familiares, la sangre, las raíces extranjeras, entroncadas ya para siempre con la savia insular.

A partir del siglo XVIII, el de la Ilustración y el del Comercio, las Islas vieron intensificada la presencia de comerciantes extranjeros que venían atraídos, unas veces por los propios productos del país —en especial, el vino—, y otras, por el fraude aduanero, más o menos sigiloso, que facilitaba, mucho más que en la Península, la relación y el intercambio con los puertos americanos. Puerto de la Cruz, Arrecife, Sta. Cruz de La Palma, Sta. Cruz de Tenerife o Las Palmas se fueron convirtiendo en puntos de arranque de un intercambio comercial cada vez más cosmopolita; ahí quedan como muestra mínima, según los últimos estudios de geografía urbana de Sta. Cruz de Tenerife, el número de viviendas inglesas, francesas o alemanas (en fechas mucho más recientes) que se destaca como edificios singulares en el casco urbano santacrucero.

El auge y el crecimiento paulatino de tal intercambio comercial con países extranjeros exigió la presencia consular para regular y defender, en bastantes ocasiones, los derechos de sus respectivos súbditos. Expedientes inquisitoriales hay en los que depone tal o cual agente consular para testificar, para aclarar o para clarificar las acusaciones que pesaban sobre el reo, pendiente de la causa incoada. Unas veces, por la “venta de botones con imágenes irreverentes”; en ocasiones, “por el tráfico de estampas contrarias a la religión católica”. En todo momento, por no haber tenido la cautela de establecer el diálogo previo, antes del desembarque de la mercancía, con el Comisario del S.O., más diligente y propicio a las transacciones mercantiles que a los sigilos de la curia.

La importancia alcanzada por Sta. Cruz de Tenerife, como puerto comercial y como núcleo urbano —sede de la Capitanía General y de la Intendencia, así como de

la Diputación y de los Jefes Políticos (actuales Gobernadores Civiles)– obligó a desplazarse a esta ciudad a muchos establecimientos comerciales, con anterioridad residenciados en el Puerto de la Cruz. A partir de 1823, fecha de la declaración administrativa en la que se reconocía a Sta. Cruz como “capital interina” de la provincia de Canarias, hasta los comienzos del siglo XX, en que el nuevo Puerto del Refugio de la Luz alcanza su mayor crecimiento, Sta. Cruz fue la “gran Babilonia” insular, como la calificaba la prensa de la época.

Por esta razón, los viajeros –científicos, simples turistas, comerciantes– que llegaban a las islas, fuesen o no de paso hacia América, encontraban en Sta. Cruz de Tenerife –decimonónica, mercantil y portuaria– escala obligada y, en ocasiones, permanente.

Uno de estos viajeros, atraído por razones de curiosidad científica, fue Sabino Berthelot, un marsellés nacido en 1794 y huérfano de padre desde los años de su infancia.

Hombre de sólida cultura, impenitente navegante –había visitado algunos países americanos–, atraído por el estudio de las Ciencias de la Naturaleza, Berthelot llega a Tenerife a bordo de la goleta “Triumphant”, a fines de 1819, año en que inicia su primera estancia en las islas, hasta 1830, en que regresa a Francia. Para volver, nuevamente, en 1847, hasta su muerte, en 1880, en la misma ciudad de Sta. Cruz, en donde transcurrió la mayor parte de su fructífera vida.

Berthelot fue hijo de la Ilustración. Conocía bien las lenguas clásicas, tenía ideas muy claras sobre las novedades científicas y literarias y poseía ese espíritu de curiosidad devoradora que caracterizó a la generación prerromántica; esto es, a la que nacida con los resplandores de la Revolución llegó a conocer, a vivir intensamente –como en el caso de Berthelot–, los primeros brillos de la ciencia positiva. De las Humanidades a la Geología podría decirse que nuestro viajero recorrió todas las ciencias del saber.

Y por esta razón, el Marqués de Villanueva del Prado le encargaría del cuidado del Jardín Botánico de la Orotava –de cuyas especies publicó estudios y comunicaciones en revistas inglesas y francesas–, o, casi por los mismos años, fundaría y dirigiría, en la Orotava, un Liceo Científico que se convirtió en Centro de Enseñanza regido por un extranjero, con ideas pedagógicas muy distantes de las que entonces imperaban en nuestras escuelas y conventos.

Berthelot, el francés, como lo llamaban en casi todos los pueblos a donde llegaba, para herborizar, para investigar, para anotar, para estudiar, iba vertiendo en sus cuadernos el material que, años después, fructificaría en las *Misceláneas*, una obra escrita con la colaboración del naturalista Felipe Warker Webb, aristócrata inglés, Doctor por la Universidad de Oxford, atraído también por la magia científica y entonces casi legendaria de las Islas atlánticas. De esta obra, *Las Misceláneas*

sobre las Islas Canarias –considerada como clásica dentro de la historiografía insular–, extraeremos muchas de las noticias que iremos desgranando a lo largo de nuestro breve ensayo.

Berthelot, como Webb, supo cultivar no sólo la ciencia de la naturaleza –botánica, geología, hidrología–, sino la etnografía y la antropología. Las páginas de su libro ofrecen las fuentes más valiosas para el fiel conocimiento de la vida insular en la primera mitad del siglo XIX. Ese siglo durante el cual, y a partir de 1847, Sabino Berthelot, nombrado cónsul de Francia en Las Islas Canarias, tanto hiciera en favor de las islas y en favor de la ciencia.

La Historia Natural de las Islas Canarias, dentro de cuya obra figuran *Las Misceláneas de Canarias*, es sin duda uno de los estudios más ricos y sugestivos que se hayan hecho sobre nuestras islas. Enriquecido con los dibujos de Diston y de Williams, los grabados sepías en los que hoy podemos contemplar rincones ya perdidos, avaloran aún más el valor documental de obra tan señera y capital para nuestra historia.

Fue Berthelot hombre de una dedicación plena a los estudios relacionados con el Archipiélago y a su entorno geográfico. La Pesca en Africa, factor entonces muy importante para la economía insular, es objeto de más de uno de sus estudios. La historia y las antigüedades de las islas, sus riquezas de fauna y de flora: todo fue objeto del estudio por parte del científico francés.

Nombrado cónsul de Francia, se dedicó por entero a los trabajos propios del Consulado, hartos complejos y aún delicados por la presencia constante de súbditos franceses avecindados en Tenerife y dedicados al comercio. Comerciantes que tenían, en más de una ocasión, lances no muy afortunados con los aduaneros españoles. Hombre con muy claras ideas reformistas –defensor del libre comercio–, Berthelot tuvo que enfrentarse con frecuencia con las trabas, con el rigor o el exceso de celo de los funcionarios portuarios. Entre 1848 –fecha luctuosa para Berthelot: muerte de su hijo– y 1852, año en que se publicó la Ley de Puertos Francos, el cónsul francés desarrolló una actividad periodística y epistolar intensas en favor de la libertad de comercio.

Miembro de la Sociedad Económica de La Laguna, sus informes sobre el cultivo de la cochinilla resultaron valiosos para la adaptación de tal cultivo, de tanta importancia en la economía insular. Corresponsal asiduo de científicos españoles y extranjeros, las cartas de Berthelot dan fe de su capacidad científica y de su celo por todo cuanto se relacionaba con los estudios científicos de las islas. Humboldt, Bory de Saint Vincent, Webb, Buch, Fdez. Navarrete, Saviñón, Villanueva del Prado, Chil y Naranjo, Agustín Millares, Aquilino Padrón son, entre otros, los nombres que, por su vinculación a la bibliografía insular –en el campo de la ciencia o de la historia–, mantuvieron corresponsalía fructífera con nuestro cónsul insular.

Colaborador de la *Revista de Canarias* –periódico publicado en Sta. Cruz de Tenerife desde 1878–, Berthelot pertenece, por derecho propio a la generación científica que tanto lustre dio a nuestras islas. Generación en la que figuraron los tinerfeños Zerolo, Masferrer, Bethencourt Afonso, Méndez Cabezola, Pizarroso y contemporánea de la de Las Palmas por los Chil, Martínez de Escobar, Ruano, Padilla, Domingo J. Navarro, Salvador Calderón, Champseaur y otros historiadores y científicos en torno al recién fundado *Museo Canario* (año 1879).

Fueron ellos, estos hombres creadores de una ciencia positiva en el Archipiélago, los herederos de los románticos de la *Biblioteca Isleña*, de *La Aurora*, de *El Porvenir de Canarias* o del *Atlante*, títulos de periódicos de los años cuarenta al cincuenta en los que comenzaron a publicarse las primeras muestras de la literatura regionalista canaria, en la que no faltaba como tema primordial la figura del indígena primitivo (el idílico guanche) y los anatemas apasionados contra el “castellano conquistador”. La utopía del “hombre natural”, prototipo tan arraigado en la historiografía ilustrada, se plasma muy pronto, a través de la poesía o de la historia insulares, en el pasado isleño. Y de este modo, se reeditan obras del siglo XVI o XVII relacionadas con el pasado insular; y tales libros –los de Cairasco, Viana, Viera y Clavijo, Abreu y Galindo, Espinosa, etc.– constituyeron la fuente indiscutible de este regionalismo insular. Regionalismo, conviene destacarlo, que tenía una doble vertiente: la estrictamente literaria y la minoritariamente política. Tinguaro, Tanausú, Bencomo, Doramas son héroes de poemas épicos o de dramas románticos; los barrancos, las montañas, los bosques –¡los desaparecidos bosques insulares!– adquieren imagen lírica. Y de este modo, los hombres pertenecientes a las dos generaciones ochocentistas –la romántica y la realista– constituyeron una pléyade ilustrada y rectora de la conciencia insular. En ningún otro momento de la historia de las Islas, un escogido y selecto grupo de intelectuales resultó tan influyente dentro del ámbito regional.

Sabino Berthelot, afincado en las islas desde 1819, supo aprehender muy bien, y con la misma pasión que otros insulares, esas ideas matrices. Que desembocarían en las páginas de su *Historia Natural* y de sus *Misceláneas*.

Desde las primeras páginas de *Misceláneas*, el autor casi hace su autorretrato. Está describiendo detalles del viaje entre Marsella y Tenerife. Relata detalles del viaje, precisa anotaciones de hombre de mar –Berthelot perteneció a la Armada francesa– y concluye de este modo sus observaciones:

“La naturaleza es como la libertad: cada cual la entiende a su manera. Yo he querido admirarla en toda su hermosa plenitud: navegando, busco emociones en los espectáculos que ofrece el mar; en tierra, estudio la naturaleza física y sus efectos e influencia... Pero aunque me he extasiado como cualquiera otro contemplando las mil maravillas de la creación siempre me han interesado más los hombres que las cosas. He escrito escasas memorias, pero la mayor parte de las notas han sido tomadas en los mismos lugares a que hacia referencia” (“Primera Estancia en Tenerife”. Trad. Luis Diego Cuscoy, Sta. Cruz Tenerife, 1980, p.220).

“Naturaleza”, “libertad”; “hombre”, “cosas”: he aquí un vocabulario muy de la época. Cualquier positivista lo hubiese hecho suyo. El afán de documentarse, por observación directa, sobre los fenómenos estudiados. Tal fue su línea de conducta en las Islas: visitarlas todas, bajar y subir sus barrancos, admirar sus paisajes. Y hablar, hablar con los isleños. Con los de Taganana, con los de Los Sauces, con los de Haría, con los de Gáldar, con los de Hermigua o con los de Santiago del Teide. “Palabras y Cosas” podría subtitularse muy bien este valioso libro en el que, página a página, el autor ha conseguido darnos un documental vivo y palpitante de cada rincón insular.

Viajero perspicaz, tuvo Berthelot ese don especial propio de los hombres de la Ilustración: ver, observar y anotar. Al igual que Viera, viajero por tierras de Francia o de Alemania –itinerario narrado con tanta gracia y minuciosidad–, Berthelot supo llevar a sus páginas estampas de la vida agrícola, de las faenas del campo, de las costumbres ciudadanas; esto es, nuestro cónsul supo escribir algo así como la “vida y costumbres de las islas”. Y los tipos insulares –el arriero, el bachiller, la dama de alta alcurnia, el carbonero, el cabrero, el vendedor de sombreros– van pasando por delante de nuestros ojos gracias a la máquina proyectora de nuestro viajero.

En el mes de Febrero de 1819, Sta. Cruz celebra sus Carnavales. El joven Berthelot, con sus 25 años, se dispone a divertirse:

“La animación reinaba en la ciudad: por todos sitios parrandas y grupos bailando; los tocadores de guitarra canturreaban bajo los balcones y unas notas de piano... hacían de señuelo para las máscaras. En ese instante, desembocaba por la calle de Castillo una alegre comparsa... Una compañía de aficionados recorrían los salones en los que se representaba una comedia de nuestro Molière, El Anfitrión, traducido en verso castellano por un poeta local”.

(Primera Estancia... p. 26)

Hasta aquí el texto de Berthelot. Un texto costumbrista. Con color local: “comparsas”, “máscaras”. Casi un presagio de las páginas de Larra, maestro del costumbrismo español. Y, al final, una nota cuasi patriótica: el gusto por lo francés entre los santacruceros. Una representación de Molière, de la cual Berthelot da minuciosas noticias: la colocación de los actores, el montaje del escenario, los aplausos del público y la disposición de la farándula. Todo descrito con gracia, con soltura; sin que se escapase al ojo observador del viajero ningún detalle de aquel baile de máscaras celebrado, seguramente, en el Castillo de San Cristóbal, a la entrada del Puerto, en la residencia del Gobernador.

No sólo escenas, sino paisajes. Paisajes urbanos o rurales. Unos y otros impregnados de resabio romántico; de sensibilidad paisajística. La Laguna, la vieja Villa de Agüere, aparecía de este modo a los ojos del joven viajero francés:

“Vemos grupos numerosos de personas... curas vestidos como para una representación de ópera... estudiantes con birrete y capa negra y frailes de distintas órdenes... Los musgos y los helechos crecen sobre los antiguos escudos heráldicos. Los verodes en flor se espesan en tejados y aleros... Sobre el arco de la puerta cochera aparece siempre una ventana ancha con gráciles columnas”.

(Primera Estancia... p. 36)

La pincelada lagunera está bien conseguida: personas, viviendas, la naturaleza virgen de los verodes. Casi un dibujo. Las notas peculiares de un buen costumbrista.

Y al salir de La Laguna, el viajero llega a Las Mercedes:

“Era la naturaleza en primavera, virgen y pura como en los hermosos días de la Creación. Nos adentramos en la espesura del bosque sin seguir senda alguna... Nos encontramos al borde de un barranco... Espléndidos laureles de troncos gigantes se elevan sobre la masa de helechos... Más lejos, mocanes, acebiños, follaje, adernos... Descansamos unos instantes cerca de una cueva de la que fluían varios chorros de agua pura y transparente como el cristal... Una bóveda vegetal se balanceaba sobre nuestras cabezas... Canarios, mirlos y currucas parecía que se hubieran dado cita en este paisaje. Y sus cantos nos traían el recuerdo de la patria”.

(Primera Estancia... p. 57)

No falta nada en el cuadro: bosque espeso, árboles casi virginales, agua cristalina, cantos de pájaros... y el recuerdo de la patria. El viajero siempre evocador. Delante de tanta belleza, la evocación de Francia: la dulce, la verde Francia... Ahí queda un pedazo de prosa descriptiva, romántica, cargada de sensibilidad.

O en La Orotava, para el viajero tan querida. Vista, primero a través de los textos de Humboldt; después, con los ojos interiores del viajero, impresionado por tanta belleza natural:

“Desde la orilla del mar hasta la cima del Pico, las faldas y las montañas forman un anfiteatro de lo más variado. En la parte baja, el Puerto, con sus playas atormentadas, negros amontonamientos de escorias, torrentes de lava, imponentes acantilados, y en medio de ese caos,... blancas casitas alternando con masas de verdor. Más arriba, fértiles ribazos y amenos bosquecillos. Todavía más arriba, bosques siempre verdes y nubes que ensombrecen las colinas... La Villa de la Orotava tiene su asiento en la pendiente del Valle. Su aspecto campestre no se encuentra en ninguna de nuestras ciudades de Europa, es la verdadera “rus in urbe” de Horacio; el campo irrumpe en las calles y del mismo se puede disfrutar sólo con salir a ellas”.

(Primera Estancia... p. 66)

La gradación descriptiva, el contraste de los colores, el verdor del bosque y “las playas atormentadas”, “el aire campestre y horaciano”: los elementos integrantes del paisaje idílico cantado por poetas y por paisajistas románticos. Paisajista, en el caso de Berthelot, que dictará lecciones para que otros escritores insulares (la generación de la escuela regionalista) aprendan a sentir, a ver “con los

ojos del alma”, el paisaje insular.

No podía faltar la página primitivista. Esta vez referida a la Virgen de Candelaria, al monumento levantado en la Plaza de la Constitución de Sta. Cruz en 1778. Berthelot se detiene, precisamente en las cuatro estatuas de los cuatro menceyes o reyezuelos (Güimar, Daute, Abona e Icod) que apoyaron al conquistador F. de Lugo:

“De esta manera –comenta Berthelot– el cincel ha inmortalizado la memoria de los que han traicionado a sus hermanos, que acabaron por abatir su frente al yugo vil de sus opresores. No a los traidores, sino a los heroicos menceyes que lucharon por su independencia y por defender su honor derramando generosamente su sangre, es a quienes se debió haber levantado un monumento. En particular, a Bencomo, el más valeroso de los caudillos guanches, esa doliente víctima de los conquistadores...”

(Primera Residencia... p. 30)

El cónsul francés conocía muy bien la historia insular, a la que dedicó muchas páginas de sus estudios. De un modo especial, el periodo de la conquista, tan grato para los historiadores y escritores románticos, en general. El “vianismo”, la resurrección de las ideas de Antonio de Viana, el poeta del siglo XVII que tanto exaltó la figura del indígena natural, es una constante del romanticismo insular. Poetas como Sansón, Murphy, Estévez, Tabares –por citar a los más notables– e historiadores como Ossuna, Pizarroso, Millares concuerdan en esta guanchofilia que se extendió hasta bien entrado el siglo XX. Berthelot, fiel conocedor de esta tradición, no podía dejar pasar la ocasión para comentar el monumento de la Plaza Mayor santacrucera, vituperado también por otros poetas románticos insulares.

Tema grato al romanticismo insular fue el Teide. Desde el hermoso soneto del Vizconde del Buen Paso, el Quevedo insular del siglo XVIII, hasta Tomás Morales, el wagneriano poeta del modernismo, el Volcán atrajo constantemente la inspiración de poetas y científicos. Las expediciones para llegar hasta su cráter son numerosas; y entre ellas, no podía faltar la de nuestro cónsul viajero.

La descripción del viaje es minuciosa. Enriquecida por el afán científico. Los torrentes de lava, las emanaciones sulfurosas, la rudeza de la tierra pómez, los hondos y peligrosos barrancos: nada se escapa a la curiosidad observadora de Berthelot. Pero al llegar arriba, la emoción vence a la razón:

“Contemplamos el inmenso océano desde una altura de 11, 430 pies; el sector del globo que podemos abarcar con la mirada tiene un diámetro de más de cien leguas, pues hacia el Este alcanzamos a ver Lanzarote, a 160 millas de distancia... Todo el Archipiélago aparece como un mapa en relieve... ¡Qué admirable panorama! A medida que el Sol fue ascendiendo, la niebla subía por todos los lados y se la veía flotar en forma de blanco nublado, extenderse sobre los bosques e invadir cañadas y vaguadas. Los efluvios de la tierra ascendían insensiblemente hasta la atmósfera”.

(Primera Estancia... p. 107)

El colosal gigante parece doblemente grandioso gracias a la prosa del narrador. No medida por los datos técnicos, sino inspirada más por el pavor y el estremecimiento causados al contemplar el espectáculo del amanecer desde el cráter. “Los efluvios de la tierra” ponen ese aire de misterio tan característico en el paisajista romántico.

Los viajes insulares de Berthelot le llevaron al resto del Archipiélago. Y de cada isla nos dejó una puntual relación. En especial, de sus viejos pueblos, de sus iglesias, de sus monumentos más significativos. Así, de Betancuria, en Fuerteventura, “villa gótica”, con “mayoría de edificaciones del siglo XV”, lugar en donde Berthencourt mandó edificar una primitiva iglesia, según Berthelot, al estilo francés, lengua, dice el puntual cronista, que llegó a hablarse hasta después de “pasar la isla al dominio español”. Pero sobre todo, el castillismo, el amor por los castillos y las iglesias antiguas; y por los monumentos funerarios, tan gratos a los dibujantes románticos. De ahí, la copia del “pomposo epitafio” de Don Diego de Herrera, señor de Fuerteventura, enterrado en el convento de Fuerteventura; enterrado en compañía de todos sus títulos, de toda su vanidad y de toda su alcurnia. Desde el señorío de “estas siete Yslas” hasta las conquistas que hizo de “los nueve reyes de Tenerife y dos en Gran Canaria”, amén de los señoríos, mariscalatos, fundaciones y conquistas que realizó dentro y fuera de las islas.

O la Catedral de Las Palmas que “recuerda a la de San Sulpicio de París”, de un “bello gótico”, enriquecida con el “Epitafio de Cayrasco” y la “tumba de Viera”; y en donde nuestro cronista recuerda haber visto la bendición de las palmas un Domingo de Ramos, espectáculo en el que “los abanicos con varillas de otro brillaban en sus manos (en las de las canarias), que los movían con una rapidez asombrosa... dijérase una bandada de aves de paraíso, de alas multicolores, revoloteando bajo un cielo esplendoroso”.

Sabino Berthelot, un romántico; como cualquiera de los escritores insulares de su época. Con calidad de página en sus descripciones (como las dedicadas a la Orotava, a Betancuria). Exaltador de ruinas, de primitivismo y de soledad. Evocador de paisajes llenos de íntima subjetividad. Puntillista milagroso, como los dibujos que adornan a su libro.

Enraizado profundamente con el pasado histórico insular. Colaborador e impulsor de *La Revista de Canarias*, publicación fundamental para el desarrollo del movimiento romántico en islas; imbuido del espíritu positivista como cualquiera de los científicos de su tiempo. Creador, con otros insulares, del *Gabinete Instructivo de Sta. Cruz*, incipiente Museo de Ciencias Naturales, en donde médicos, boticarios y botánicos se reunían para recoger, guardar y conservar el pasado insular. Contemporáneo y amigo de Power, que estrena por aquellos años, en Sta. Cruz sus *Cantos Canarios*, pieza musical de especial relevancia dentro del movimiento regionalista decimonónico.

Berthelot, en fin, patriarca del movimiento realista y científico de las Islas, alentado por su espíritu soñador y por devoción a la ciencia.

Espíritu y amor que él volvió, por completo, hacia sus Islas. En donde reposó su cuerpo y aún se conserva, con devoción, su recuerdo.

Porque aprendió la lección, la enriquecedora lección de insularidad. La que quedó grabada para siempre en su corazón.

Pedro Lezcano, poeta en la amistad

¿Cuántos años: diez, veinte, treinta? Sí, seguramente más. Viene al recuerdo la vivacidad de Pedro, alumno en bachilleres, haciendo dibujos, modelando trazas escénicas, jugando al teatro y a la imaginación.

Y aún, en ese recordatorio, sus primeras páginas literarias en una fugaz revista estudiantil. En donde prosa y verso unieron nombres, unos idos para siempre y otros aún vivos y atados por la amistad.

Años universitarios y laguneros; pasillos y lavamanos escuálidos de la calle de San Agustín; versos en honor de Tomás Morales, instalado en la puerta de la Facultad. Y algún recital por el Ateneo. Mientras el Paseo Largo se vestía de otoño o de malva en primavera.

Después, idas y venidas a la Complutense. Escolásticas disputas, vaivenes de profesores dogmáticos, espectros de dómines vestidos de silogismo. Mientras nuestro Pedro Lezcano urdía ya su vida futura, ajena a “Bárbaros celarent”, sin rima y sin ritmo para su sensibilidad de poeta.

Un día, pasados los años, una habitación con una imprenta, una vieja y destartada imprenta a mano. De donde salieron tantas etiquetas comerciales. Y por dónde se coló, huésped eterno, algún verso. Mientras el olor farmacéutico vecino se colaba por aquel patizuelo de color ocre y amarillo...

Pero antes, antes... ya había nacido el poeta. En aquella “Colección para 30 bibliófilos”, de J. Manuel Trujillo, timonel de tantas y variadas aventuras literarias. En donde *Cinco Poemas* se convierten en dos de los cuadernillos. Y en donde el Romancero, estructura ya básica en Lezcano, va adquiriendo firmeza. Y expresión:

¿Tiempo? ¿Y qué es el tiempo?

¿Oro o plata sobre el cabello?

El mercader ríe y canta:

oro o plata, al fin dinero...

El tiempo, martilleo obsesivo del poeta; el tiempo de los latidos; el alba sin sueño; el tiempo, dominador. Convertido por el poeta en el trasfondo de su quehacer poético. Escrito a los 28 años, cuando ya parecían otros los caminos; pero que en manos de Lezcano adquiría renovación y contenido.

Después, Muriendo dos a dos, editado por otro poeta, Fernando González en 1947, en Valladolid. Libro que coloca a Lezcano en el escaparate de la poesía española contemporánea. Y en ese mismo año, Antología Cercada, con tres autores,

Agustín Millares, Ventura Doreste y Lezcano. Libro que resulta esencial dentro del panorama poético español; la primera aportación coherente de Canarias a la poesía social española.

Después, Consejo de Paz, libro tan señalado en su vida por el estigma de la estulticia y del ensañamiento. Libro en el que el Amor,

*Posarse apenas
y partir enseguida*

es tema primordial. El amor convertido en batalla de posesión de los demás. Y junto con el amor, la Esperanza; dictada con señales inequívocas:

*Muchachos que soñais con las proezas,
y las glorias marciales:
bajaos del corcel, tirad la espada;
los héroes ya no existen o están en cualquier parte.*

¡Qué misteriosos y vesperales corceles entrevistados por el poeta, invisibles para cuévanos vacíos de luz!

Y en 1968, Cuentos sin geografía. Prosas enriquecidas de aleteo lírico. Matizadas por esa imaginación creadora sólo dable en un poeta. Páginas alineadas por un ritmo interior indescriptible.

Por último, 1977, Romances. Antología bien expresiva de una estrofa ya modélica en el poeta. Como aquel Romance de la niña y su sombra, espejo nítido y borroso, en el que sueño y realidad aparecen traspuestos.

*Tu sombra yaca en la noche
fundida a tu propio cuerpo,*

dice Lezcano: y en esa función parece estar presente la infinitud del sueño inconmensurable. O la medida de la inmensidad.

Sí, nuestro Pedro Lezcano poeta. Y creador de farsas teatrales. Y jugador de alfiles siderales. Y dueño de silencios. Pedro Lezcano, dictando siempre lecciones de amor y de amistad.



**LA CAJA
DE CANARIAS**

ISBN 84-87832-01-6



9 788487 832017

Alfonso Armas A. alc.

**BIG
860-4
ARM
pal**

